
FRAGMENTOS DE UN CEO
EL BRUTO Y LA BELLA
SARA FIDÉLIS

EL BRUTO Y LA BELLA

Copyright © 2025 Sara Fidélis

EL BRUTO Y LA BELLA

1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, sin el consentimiento y la autorización por escrito del autor/editor.

Portada: Maria Vitória
Revisión: Grazi Reis
Diagramación: April Kroes
Traducción: Gustavo Henrique

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.
Ninguna parte de este libro puede ser utilizada ni reproducida por ningún medio existente – tangible o intangible – sin la autorización previa de la autora.
La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la Ley nº 9.610/98, sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

TEXTO REVISADO SEGUNDO O ACORDO ORTOGRÁFICO DA LÍNGUA PORTUGUESA.



Resumen

Resumen
Notas iniciales
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Recetas
Agradecimientos



Notas iniciales

¡Hola, mis amores! Estamos aquí con un lanzamiento y este es muy especial para mí y sé que también lo será para ustedes. El Bruto y la Bella es mi vigésima historia escrita, y es una versión contemporánea de mi primer libro, El Ogro y la Loca.

Teniendo esto en cuenta, es muy interesante darme cuenta de cómo ha cambiado mi escritura a lo largo de mi aún corta carrera. También es genial entregarles a mis lectores una historia tan especial para mí, pero con una nueva perspectiva, permitiendo que incluso aquellos que no gustan de las novelas históricas puedan leerla ahora.

Siempre me gusta usar este espacio para advertirles sobre los posibles desencadenantes en la trama, esta vez no son muchos, pero hay uno relacionado con la traición. No es entre nuestra pareja protagonista, así que no tienen que preocuparse por eso.

Bueno, creo que eso es todo. Espero que les gusten Matteo y Anabela, que se emocionen con ellos, se diviertan y se enamoren.

Gracias por apoyar mi trabajo y por estar aquí una vez más. desencadenantes

Besos

Sara Fidélis

Dedico este libro al sueño, del cual renuncié para terminarlo, a los energéticos y cafés que me ayudaron todas las noches, y a la almohada que me soportará justo después del punto final. Y, por supuesto, también se lo dedico a ustedes.





Mi hermana está sirviendo el almuerzo, preparando la mesa como lo hace todos los días, y también una bandeja para llevarle a nuestra madre. Dividimos nuestras responsabilidades así desde que nuestros padres se vieron obligados por las circunstancias a dejar de trabajar. Julieta cuida de ambos y de la casa, mientras yo trabajo para poner comida en la mesa.

— Estoy emocionada por tu entrevista — comenta, tratando de sonar positiva.

La verdad es que llevo tiempo buscando un nuevo trabajo. Estoy cansada del trabajo doméstico, que me exige demasiado, pero sin una formación no puedo conseguir algo diferente que pague un salario decente.

— Sé que querías estudiar — dice Julieta, moviendo la cabeza —, también quiero que algún día puedas ir a la universidad, y creo que esta podría ser una oportunidad.

Suspiro, pensando en mi sueño lejano de trabajar con libros o perfumes, mis dos pasiones. No creo que eso suceda tan pronto.

— ¿Cómo? Voy a ser limpiadora en la mansión de un pez gordo, y probablemente será una casa enorme. Llegaré aquí muerta de cansancio y no tendré tiempo para pensar en estudios.

Julieta hace un gesto de desaprobación; sabe que tengo razón, pero quiere ser optimista por mí. Colocando la bandeja sobre la mesa, suelta su cabello negro, que es unos tonos más oscuro que el mío, y lo arregla con los dedos antes de recogerlo de nuevo.

— Sí, pero hay dos ventajas — dice pensativa. — La primera es que fuiste recomendada por tu antiguo jefe, así que ya llegas a la entrevista con buenas referencias, y eso debería facilitar las cosas. Y la segunda, la más importante... — Julieta hace una pausa, creando suspenso. — ¿Sabes quién es el señor Viturino?

La forma en que lo dice hace parecer que es alguien importante; sus ojos verdosos brillan mientras espera mi respuesta.

— La verdad, no. ¿Debería saberlo?

— Pues sí. Yo tampoco lo he visto en persona, pero busqué en internet y tú deberías hacer lo mismo. ¡El tipo es el presidente de las escuelas Prover!

Frunzo el ceño, procesando la información.

— ¿Esas escuelas para niños ricos? — pregunto, porque ese nombre sí me resulta familiar.

He trabajado lo suficiente para ricos como para conocer esas escuelas. Incluso he lavado muchos uniformes de niños que estudiaban allí, aunque no sé en qué podría ayudarme eso.

— ¡Exacto! Pero no solo eso. También es el dueño de la red de educación superior Vevet y propietario de una editorial de libros académicos. ¿Sabes lo que eso significa?

¡Madre mía! Es como si el hombre controlara todo el sistema educativo del país. Como no respondo, todavía procesando esta nueva información, Julieta vuelve a hablar:

— Significa que, si haces bien tu trabajo y logras llevarte bien con él, podría ser que en el futuro consigas un descuento, o no sé, algo que te ayude a estudiar.

Siento mi corazón acelerarse mientras empiezo a imaginar los posibles escenarios. ¡Tal vez esta sea mi gran oportunidad! Tienen tantos cursos increíbles, y varios de ellos llaman mi atención. La verdad es que tengo una idea específica, un sueño que parece bastante imposible y por eso lo guardo en lo más profundo de mi corazón, bien protegido, pero muchas otras formaciones serían excelentes para mi currículum y me ayudarían a conseguir trabajos mejor pagados que nos saquen a mí y a mi familia de las dificultades económicas.

— Eso es...

— Increíble, ¿verdad? Ahora voy a llevarle el almuerzo a mamá al cuarto y, Anabela, come algo antes de ir y haz un esfuerzo por conseguir el puesto. Si quieres buscar en internet, tal vez encuentres más suerte que yo y descubras algo sobre tu futuro jefe. Yo no encontré mucho

más que esto.

Julieta sale de la cocina llevando la bandeja vieja con el plato, que llenó de arroz, un trozo de carne y mucha ensalada. Tomo mi celular y escribo rápidamente el nombre del hombre en el buscador.

Viturino. No sé su primer nombre, así que comienzo mi búsqueda con pocas pistas, pero ya en el primer intento encuentro una página entera sobre su familia y su empresa.

Leónidas Viturino, fundador de las redes Vevet y Prover, un ícono del mercado, setenta y ocho años, jubilado. Casado con Clarissa Viturino, con quien tuvo tres hijos: Matteo, Miguel y Catarina Viturino.

Encuentro algunas fotos de la pareja de ancianos, ambos muy elegantes, en eventos del sector. La hija también aparece en algunas imágenes, junto a su actual esposo. Incluso hallo una fotografía de su boda.

El hijo mayor es un enigma; a pesar de ser mencionado en la biografía del padre, no hay fotos ni reportajes sobre él. Y el menor murió joven, en un accidente.

No es que esas cosas sean relevantes ahora. Si la pareja necesita ayuda con las tareas domésticas, probablemente los hijos no interfieran en eso; ni siquiera deben vivir en la misma casa.

El señor Viturino quiere que acuda a una entrevista, y mandará al chofer a buscarme.

Eso fue lo que dijo su empleado cuando llamó. Fui recomendada por el señor Pacheco, mi antiguo jefe, lo que me aseguró una preferencia para la vacante. Aun así, no encuentro información sobre hobbies o temas que puedan servirme para agradar a mi futuro jefe, así que me aferro a la idea de que se me da bien tratar con ancianos. Por lo general, ellos me caen bien y yo a ellos, ¡todo saldrá bien!

Si hay algo que realmente me ayudará, es no llegar tarde. Levanto el celular y analizo mi reflejo en él. No dormí bien por la noche, ansiosa por la entrevista, así que las ojeras empiezan a asomar bajo mis ojos color avellana. Mi cabello está recogido en una trenza larga, y he elegido

un jersey de lana porque hace frío. Los pantalones son negros y básicos, y los zapatos, también negros, son los más nuevos que tengo y creo que dan un aire más elegante.

Miro el reloj, empezando a preocuparme, y al mismo tiempo escucho el sonido de la bocina frente a la casa.

Agarro mi bolso, el celular y una manzana del frutero. Salgo apresurada y encuentro un coche negro, de esos modelos de lujo, esperándome. El chofer baja y abre la puerta trasera para que entre. Ya estoy boquiabierta con tanto despliegue.

¿Para qué todo esto? Soy solo una posible empleada, ni siquiera está decidido todavía, y el hombre me manda un chofer impecable, vestido de gala, y un coche de rico. ¡Puedo imaginarme las mil exigencias que deben tener con la limpieza de la casa!

— Buenas tardes, señorita Gonzales. Soy Timoteo, el chofer de la residencia del Presidente.

— ¿De la república? — pregunto, bromeando, pero el hombre no parece encontrarle gracia.

Me observa por el retrovisor, pero no sonríe.

— Del Presidente Viturino. Nosotros lo llamamos así, pero también puede referirse a él como señor Viturino.

— O CEO, ¿no? — intento aliviar el ambiente nuevamente.

Timoteo solo asiente.

— Es el CEO de la empresa, sí. Pero no es muy común usar esa sigla para referirse a alguien. En realidad, no debe preocuparse mucho por eso ahora. Su entrevista será en la residencia Viturino, que está en las montañas, en Campos do Jordão, y quien la entrevistará será el señor Hélder.

No me da más detalles, pero ya estoy nerviosa con la poca información que tengo. Estaba segura de que la entrevista sería en la capital. No traje nada conmigo, y el trayecto tomará unas tres horas de ida y otras tres de vuelta. Además, si el trabajo es allí, será imposible considerarlo.

Paso todo el trayecto preocupada, pensando en las posibles preguntas y ensayando respuestas en mi cabeza. También enumero las dudas que tengo sobre el trabajo para aclararlas durante mi conversación con ese tal Hélder.

El chofer pone música, algo demasiado clásico, y termino quedándome dormida. Cuando despierto, estamos subiendo una pendiente arbolada y una ligera llovizna empieza a caer.

— Estamos llegando — anuncia cuando nota que me he despertado.

A lo lejos veo la casa, si es que se puede llamar así. En la cima de la colina, destaca imponente, toda de vidrio y madera. Tiene una terraza de madera en el último piso, y ya puedo imaginar lo maravillosa que debe ser la vista desde allí.

Por el terreno están esparcidas varias casas más pequeñas, como chalets, pero que también rezuman elegancia y belleza. Es como si hubiera entrado en un escenario de película.

— Es maravilloso… — susurro, más para mí misma.

Timoteo me escucha de todos modos.

— En verdad lo es. Fue construida por el señor Viturino hace casi cuarenta años, pero se reformó recientemente y pasó por muchos cambios. Algunas áreas no están abiertas, pero sigue siendo una construcción inigualable.

Asiento sin saber qué responder, porque mis ojos se pierden en la increíble vista. ¿Cómo alguien puede mantener una casa como esa? Debe tener decenas de empleados, considerando los jardines…

Desvío la mirada para observar mejor y noto el césped alto, las flores entre la maleza densa y el evidente descuido.

— ¿No tienen jardinero aquí? — pregunto mientras nos dirigimos a la entrada principal.

— Hay poquísimos empleados — responde Timoteo, contradiciendo mi pensamiento anterior.

— Pero… ¡la casa es enorme!

— El señor Viturino no quiere mucha gente rondando por aquí, así que nos las arreglamos como podemos.

Esto es muy raro, pero prefiero no preguntar más ni dar la impresión de que no quiero el trabajo, aunque realmente no sé si lo quiero o cómo haría para venir aquí a trabajar todos los días.

Él estaciona y baja enseguida para abrirme la puerta otra vez. Cuando pongo los pies fuera del coche, mis zapatos se hunden en el césped, y recorro con la mirada la bonita fachada. Desde cerca, se puede notar que la casa, aunque hermosa, está prácticamente abandonada.

Los escalones están inmundos, cubiertos con hojas caídas de los árboles que han formado casi una alfombra; nadie las barre desde hace mucho tiempo. Las puertas y ventanas de vidrio están sucias y empañadas, y apenas cruzo la entrada, una enorme telaraña me envuelve.

— ¿Está seguro de que alguien vive aquí? — pregunto, pero enseguida oigo pasos que vienen desde dentro de la casa.

— El señor Hélder hablará con usted ahora — dice Timoteo, y luego sale de la casa por el mismo camino por el que entramos.

Un hombre aparece frente a mí poco después. Tiene el cabello blanco perfectamente peinado hacia atrás, lleva un traje impecable, su rostro arrugado y una sonrisa amable en los labios. Es un anciano tan elegante y bien arreglado que desentona completamente con la casa, que parece sacada de una película de terror — ya saben, hermosa, pero aterradora.

— Me imagino que es la señorita Anabela — dice, extendiéndome la mano para saludarme.

— Sí, señor. — Acepto el saludo, sorprendida por su firme apretón. — ¿Es usted el señor Hélder?

— Así es, querida. Por aquí, por favor.

El anciano comienza a caminar por el pasillo, y apenas tengo tiempo para admirar la opulencia de la casa, desgastada, pero todavía impresionante.

Sigo sus pasos y noto de reojo las obras de arte colgadas en las paredes. Pasamos por una sala de música y veo un piano blanco en una esquina. Continuamos caminando hasta llegar frente a una puerta de madera oscura. Él la abre, entra, y yo lo sigo.

— Siéntese, por favor. — Señala un sofá tapizado.

Me siento en la esquina del sofá, notando lo polvoriento que está. A pesar de todo, las flores bordadas son muy bonitas, y el mueble es elegante. El señor Hélder también se sienta, pero en un sillón frente al sofá.

— Bueno, soy el empleado más antiguo de esta casa. Trabajo para los Viturino desde hace muchos años, y debo decir que esta casa ha visto tiempos mucho mejores, pero estas son las condiciones actuales, después de todo.

No tengo idea de a qué se refiere con "todo", pero debo admitir que una casa como esta podría estar en un estado mucho mejor.

— El señor Timoteo me comentó que aquí no hay muchos empleados — comento, tanteando.

Quizás sea solo una excusa. Tal vez el tal Viturino está en bancarrota, lo que explicaría el estado de la residencia.

— Trabajamos con el mínimo necesario.

Me dan ganas de decir que esto no es ni de lejos lo mínimo, si todo está tan sucio, pero me callo y escucho sus explicaciones atentamente.

— El señor Viturino es un hombre reservado. No le gusta que extraños anden por la casa y valora mucho su privacidad. Si obtiene el puesto, tal vez lo vea durante las comidas o, ocasionalmente, por los pasillos. Por lo general, pasa todo el día trabajando en su oficina.

— Entonces, ¿vive aquí?

— Sí, no sale de esta casa.

No sé bien por qué, pero su respuesta me parece demasiado enfática, como si el hombre no saliera absolutamente para nada. Aunque, claro, no puede ser el caso.

— Entiendo. ¿Y la vacante es exactamente para qué? ¿Cocinera? Ya que mencionó las comidas…

Él sonríe, pero sus ojos se desvían al suelo.

— Es para gobernanta. Pero, lamentablemente, estamos en una situación en la que el cargo es solo de nombre. No podrá simplemente delegar funciones y coordinar. También estamos sin cocinera. De hecho, al igual que el resto de nuestro equipo, tendrá que hacer un poco de todo, y toda la responsabilidad de la casa recaerá en usted.

¡Dios mío! ¿Tienen idea de lo que están proponiendo?

— Sabemos que es mucho — dice el anciano, como si temiera que rechazara la oferta. — La gobernanta también necesita residir en el terreno de la propiedad. Hay un chalet en los alrededores que está desocupado y listo para recibirla. Sus pertenencias serían trasladadas allí.

— ¿Entonces necesito vivir aquí? — pregunto, solo para confirmar la locura, que empeora con cada nueva información.

— Así es. Pero el patrón es generoso. Tendría un día libre a la semana.

— Sonrío, tratando de contener la risa más fuerte.

— Es lo mínimo, señor Hélder.

— Claro, claro… No es muy complicado, ¿sabe? Aunque sea cansado. El patrón no es tan exigente con la limpieza o la comida, pero es extremadamente estricto con la privacidad y el silencio.

— ¿Silencio?

— Sí, están prohibidos los gritos en la casa, la música alta o las carcajadas exageradas — dice Hélder en un susurro.

Levanto las cejas, replanteándome cuánto me voy a llevar bien con este Viturino. ¡Al paso que vamos, hasta hablar va a estar prohibido pronto!

— Entiendo…

— Parece que no está muy interesada, lo comprendo. Ya hemos tenido cinco gobernantas

en los últimos años, y ninguna duró mucho tiempo, especialmente considerando el temperamento del señor Presidente.

¿Temperamento? Pues vaya, ¡ahora resulta que el hombre también es un imbécil!

— Entonces, lo que me está diciendo sobre el trabajo es que tendré mucho que hacer, incluyendo tareas que no corresponden al puesto. Necesitaré vivir en la propiedad con solo un día libre a la semana y, para colmo, no puedo hablar alto, reírme, escuchar música y, además, tengo que lidiar con un patrón… ¿muy estricto?

El señor Hélder al menos tiene la decencia de parecer avergonzado.

— Bueno, dicho así, suena realmente terrible.

— Y sin mencionar que cinco personas antes que yo abandonaron el empleo.

— Sí, exactamente, pero ahora voy a llegar a la parte ventajosa. Aun así, le pido que, si es muy sensible o… frívola, tal vez, reconsidere aceptar el puesto. Necesitamos a alguien que se quede, pese a las dificultades.

El hombre todavía cree que necesito pensarlo después de todo este discurso desalentador. ¡Francamente!

— Señor Hélder…

— Señorita Gonzales, el salario es de siete mil quinientos reales.

— ¿Qué? — Definitivamente estoy oyendo mal, porque incluso con todos estos problemas, no tiene sentido que ofrezcan tanto a alguien sin formación como yo.

— Así es. — Suelta una risita al notar mi asombro. — El señor Viturino tiene mucho dinero y me ha dado autonomía para incluir algún bono, si fuera necesario, para convencerla de que se quede.

— ¿Siete mil, ha dicho?

— Y quinientos.

— Claro. — Parpadeo, tratando de asimilar la cantidad. — ¿Y un bono para convencerme…? ¿Qué tiene de malo este trabajo?

— Nada más allá de lo que ya le expliqué. Lo que sucede es que usted fue muy bien recomendada y, como él valora la privacidad y todas estas cuestiones mencionadas, una recomendación de un familiar tiene gran peso.

— ¿El señor Viturino es pariente del señor Pacheco? — pregunto, tratando de entender a qué parentesco se refiere.

— No, quien recomendó sus servicios al patrón fue doña Catarina, que es amiga íntima de los Pacheco.

La hija de la pareja, si recuerdo bien lo que leí antes de venir.

— Entendido… ¿Y la esposa del señor Viturino? Me gustaría conocer a la…

Pero Hélder sacude la cabeza, negando mi petición.

— El Presidente no tiene esposa.

Frunzo el ceño. ¿Será que internet estaba equivocada? ¿No es como una ley? Si está en internet, tiene que ser cierto. ¿Cómo que no tiene esposa? ¿Y la señora Clarissa?

Tal vez se separaron, pero prefiero no preguntar.

— Entonces, ¿sólo vive aquí el señor Viturino?

— Sí, únicamente el Presidente.

¡En esta casa enorme! Qué cosa más rara. Pero eso facilita un poco las cosas; lidiar con un jefe gruñón es mejor que con una familia entera de personas irritantes.

Nunca he tenido un trabajo en el que pudiera ayudar a mi familia y hacer algo por mí. Siempre tuve que destinar todo mi salario a los gastos del hogar, que, por cierto, aceptando este empleo, disminuirían, ya que habría una boca menos que alimentar en la casa de mis padres.

— Por su interés, imagino que el salario le ha parecido atractivo. ¿Cree que puede lidiar con las complicaciones del puesto frente a eso? — pregunta el señor Hélder.

Las manos del anciano tamborilean constantemente sobre sus rodillas, lo que indica que está nervioso. No rechazaría esta cantidad ni en sueños, pero ya que voy a sufrir aquí, tal vez

pueda probar los límites de mi futuro patrón un poco más.

— Señor Hélder, no me importa ser una gobernanta que, además de delegar funciones, lave, planche, limpie y cocine. Sé que puedo encargarme de todo.

— ¡Excelente! — Sonríe.

— Pero usted mencionó un bono… Creo que estará de acuerdo conmigo en que este empleo exigirá mucho de mí y tal vez ese bono sea el atractivo final para que acepte el cargo.

— ¿Qué desea? Lo proporcionaré si está a nuestro alcance — responde sin titubear.

— No es algo que vaya a generar costos financieros. Yo... — Desvío la mirada hacia mis manos sobre el regazo, quizá temiendo su reacción ante mi petición un tanto atrevida. — Quiero estudiar.

— ¿Cómo dijo?

— Solo terminé la secundaria, como debe haber visto en mi currículum, y sé que Vevet ofrece varias becas anualmente. Eso es lo que quiero, una beca para estudiar.

El hombre parpadea, atónito, y continúo antes de que rechace mi solicitud.

— Sé que puede parecer extraño, pero es un sueño que tengo y que nunca pude costear. También sé que una carrera universitaria no es barata, pero él es el dueño, ¿no? No le costará nada. Podría estudiar a distancia, así no tendría que salir de aquí por las noches.

— Bueno… Creo que no será un problema, pero…

— ¿De verdad? — Empiezo a emocionarme, porque esperaba alguna objeción, pero parece bastante dispuesto a aceptar.

— ¿Qué carrera sería? Dígame y hablaré con el patrón antes de que cerremos un contrato.

— ¡Nada muy caro! Quiero tener mi propia empresa algún día, así que estoy pensando en estudiar administración o quizás biblioteconomía, porque quiero trabajar con libros. Probablemente... Bueno, aún no estoy segura, pero algo por el estilo. Decidiré cuando llegue el momento.

Debería haberlo decidido antes y venir con una respuesta lista, pero jamás imaginé que conseguiría el trabajo con todo acordado de esta manera.

El señor Hélder se levanta y camina lentamente hacia la salida de la sala. Juego con mis manos, ansiosa, nerviosa por la respuesta que pueda darme.

Tal vez el señor Viturino piense que soy demasiado atrevida y me mande al demonio, echándome de aquí inmediatamente. Pero tal vez me considere valiente y decidida, y esas sean las cualidades que él admira como jefe, ¿no? Mantendré el pensamiento positivo.

El hombre tarda unos quince minutos en regresar, y no sé si la conversación llevó tanto tiempo o si fue debido al tamaño de la casa y la lentitud de sus pasitos. Cuando vuelve, ya no tengo esmalte en las uñas; lo arranqué todo mientras lo esperaba.

— Bueno, señorita Gonzales, el patrón está de acuerdo con su petición. El puesto es suyo si quiere quedarse, pero necesita comenzar hoy mismo.

— ¿Hoy? Pero ni siquiera traje mis cosas.

— Timoteo puede recogerlas por la mañana, si le parece bien. Además, ya tenemos sus uniformes en el chalet y los artículos básicos de higiene.

Me pongo de pie de un salto, celebrando, y creo que tomo al viejito por sorpresa cuando lo abrazo con fuerza, saltando de alegría.

Debería ser más comedida, pero no puedo creer mi suerte. ¡He conseguido un trabajo que paga muy bien y que cambiará todo para mí! Y, de paso, podré estudiar y asegurar mi futuro y el de mi familia, ayudar a mi hermana para que también pueda estudiar.

¡Es como un milagro! El señor Viturino puede ser el mismo demonio y no me importará, porque acaba de convertirse en un ángel que cambió mi vida en menos de una hora.





En todos los aniversarios de esa fecha de mierda, termino sucumbiendo. Los recuerdos resurgen y me atormentan, y no puedo lidiar con el peso de ellos sin una o dos botellas de whisky.

Por suerte, tengo este lugar, mi propio universo donde puedo lamerme las heridas sin tener los ojos atentos de otras personas encima de mí, analizándome, sugiriendo millones de otras formas de lidiar con mis problemas que no sean hundirme en alcohol y aislarme del mundo.

La verdad es que una parte de mí también murió esa noche, y lo que quedó fue esto, solo la carcasa vacía de lo que alguna vez fue un ser humano. Llevar una empresa, administrar mis propiedades y, ocasionalmente, tener algún contacto con mi familia consumen toda mi energía, y no queda nada para la interacción social. Como si alguien pudiera beneficiarse de mi presencia lúgubre.

La mansión fue adaptada para cubrir todas mis necesidades básicas, y no necesito más que eso. Los pocos empleados están bien entrenados por mi mayordomo y no suelen ser un inconveniente, y desde aquí, desde estas tierras alrededor de la casa y dentro de mi oficina, controlo el legado de los Viturino, sin contacto con el mundo exterior.

Pero no hoy. Todos los años, en esta fecha y cerca de ella, dejo el control y lo entrego a las amarguras de mis malas decisiones, del pasado.

Pasé la noche aquí. El día ya amaneció hace rato, pero no tengo idea de qué hora es. No sé si ya es tarde o si el sol ya se puso. Me quedé en el despacho, más específicamente en la biblioteca, releyendo fragmentos del maldito libro que me trae tantos malos recuerdos y bebiendo, en un brindis silencioso a la muerte, que elevó mi tragedia a una proporción tan épica

como la historia que poco antes había estado en mis manos.

Despierto recostado en el sofá detrás de mí, el rostro y la ropa arrugados, el libro caído al suelo y las botellas vacías. Hélder no golpeó la puerta, consciente del estado en que me encontraría; simplemente entró y ahora está parado frente a mí. Por más que intente disimular, sus ojos transmiten esa lástima que tanto odio.

— ¿Qué pasa?

— La nueva gobernanta, Presidente —dice, desviando la mirada hacia las botellas a mis pies—. Está aquí para la entrevista.

— No quiero hablar con nadie. Si Catarina dice que es buena, contrata a la mujer y déjame en paz.

Como siempre, no titubea ante mi tono mordaz, y por eso lo mantengo conmigo desde siempre. No recuerdo una vida en la que Hélder no estuviera presente.

— Sí, señor. Ella aceptó las funciones, pero quiere un bono.

— ¿El salario no es bueno? ¿Qué mierda más quiere?

— Señor Viturino, ella dijo que…

Meneo la cabeza, interrumpiéndolo; su voz parece entrar en mi cerebro y sacudir todo. Los signos de la resaca empiezan a asomar.

— Lo que sea, no me importa. Haz lo que esa señora quiera, siempre que evite que esta casa se derrumbe sobre nuestras cabezas.

— Muy bien, ¿necesita algo más?

Necesito morir.

— Voy a subir y darme un baño en un rato. Tengo que resolver algunas cosas de la empresa más tarde.

Hélder asiente, pero no se va. Parece incómodo, como si aún quisiera decir algo.

— ¿Qué pasa ahora?

— Necesita comer, Presidente. Ya casi es de noche y no ha comido nada desde ayer.

Todavía me resulta extraño cuando me llama así, siendo el hombre que cuidó de mí durante mi infancia y que me vio crecer, pero como exijo un trato formal de los demás empleados, Hélder consideró adecuado alinearse con eso.

— No puedo pensar en nada que ellas no arruinen —digo, refiriéndome a las actuales empleadas, que o ponen demasiada sal en la comida o dejan la carne dura. Nada nunca queda aceptable.

— Pediré a la nueva gobernanta; dijo que no le importa cocinar.

— Espero que sea mejor que esas dos.

Asiente con un gesto y se da la vuelta, saliendo del despacho. Pienso en levantarme, pero mis ojos terminan fijándose en el libro caído a mis pies, y siento otra oleada de rabia invadiéndome.

Maldición. Tal vez debería beber un poco más…



Anabela

Con todo arreglado con el señor Hélder, no tuve tiempo ni siquiera de conocer mi nueva casa, el chalet que está justo detrás de la mansión. Fui directamente a la cocina.

Hélder me pidió que ayudara con la cena y prometió mostrarme toda la casa después, además de explicarme mejor sobre el trabajo, así que lo seguí, ¿qué más podía hacer?

La casa parece hacerse más grande a cada instante. En este primer piso están el vestíbulo de entrada, la sala de visitas, un pequeño despacho donde Hélder y yo conversamos antes, la sala

de música, de la cual pude echar un vistazo, y el comedor, que es inmenso y tiene una mesa de madera larguísima, bellísima y cubierta de polvo. A la izquierda hay un pasillo con dos puertas cerradas.

— ¿Qué hay allí?

Hélder desvía la mirada hacia donde señalo.

— La primera puerta es el despacho y la biblioteca del Presidente, y la segunda es la zona de la piscina.

— ¿Dentro de la casa? — pregunto, extrañada.

— Sí, es cubierta y climatizada.

Interesante…

— En el piso de arriba están los dormitorios. En el ala izquierda encontrarás la suite del patrón y dos más para visitas ocasionales. También verás la puerta que lleva al deck y al balcón.

— ¿Y en el ala derecha?

— Hay otros dormitorios y habitaciones, pero esa ala está cerrada. No necesitas preocuparte por limpiarla.

— ¿Por qué?

— Son demasiadas habitaciones y pocos empleados, así que el Presidente decidió mantener solo una parte de la casa en funcionamiento.

— ¿Y él usa la biblioteca y la zona de la piscina?

— Casi todos los días.

— Entendido. ¿Y necesito llamarlo Presidente?

El señor Hélder se detiene y me mira, frunciendo el ceño, aunque no sé si es por mi comentario o simplemente por las arrugas de la edad.

— ¿Cómo más lo llamarías?

— Eh… bueno… — respondo, sin saber qué decir.

Cuando finalmente llegamos a la cocina, que está en la parte trasera de la mansión, me

encuentro con una escena digna de una foto.

Dos mujeres están prácticamente sepultadas entre platos, ollas e ingredientes. Una grita pidiendo cosas a la otra, que parece no estar prestando atención, y lo que están haciendo puede llamarse de todo, menos una cena decente.

— ¿Elis? — llama el señor Hélder, y por la informalidad, puedo imaginar que ya son amigos.

Una mujer de mediana edad, con el rostro cubierto de harina, levanta la mirada de sus ojos muy azules hacia él. Lleva una sonrisa amable en los labios.

— Aquí estoy, intentando hacer un pastel para el postre, mientras Suzi dice que está preparando la cena — dice, señalando con la cabeza a su compañera.

— Es un intento — responde la otra, probablemente Suzi —, no soy cocinera, señor Hélder. Estoy harta de inventar menús todos los días y ver cómo vuelve todo intacto.

— Si hicieras algo rico, él se lo comería — replica Elis, y las dos empiezan a reír.

De repente, ambas parecen notar mi presencia detrás de él, observando la escena con aprensión. No hay manera de que salga algo comestible de este caos.

— ¿Quién eres tú? — pregunta Suzi, desviando la mirada hacia mí. A pesar de las palabras, el tono es educado. — ¿Eres la nueva gobernanta que viene a salvarnos?

El viejo mayordomo me mira y se encoge de hombros, dejándome presentarme sola.

— Soy Anabela, voy a trabajar aquí con ustedes, como gobernanta… en teoría — completo.

Ellas vuelven a reír al escuchar la última parte.

— Pero por ahora, seré cocinera — digo, acercándome para intentar entender lo que están haciendo. — El señor Hélder me pidió que preparara la cena para el… Presidente.

— ¡Ah! ¡Gracias a Dios! — suelta Elis, dejando la cuchara de madera y llevándose la mano al pecho. — Juro que soy una excelente asistente. Puedo ayudarte con lo que necesites, solo dilo.

— ¡Perfecto! Voy a echar un vistazo a la despensa y al refrigerador. ¿El señor Viturino tiene alguna restricción alimentaria?

— ¿La comida mala cuenta? — pregunta Suzi, con una mueca.

Termino riendo por el comentario.

— Ahora que ya te adaptaste a estas dos chismosas, voy a ocuparme de mi trabajo — decide el viejo mayordomo. — Señorita Gonzales, siéntase en libertad de darles órdenes a estas dos sobre cualquier cosa que necesite y, bueno, haga los cambios que considere necesarios. La casa está completamente en sus manos expertas.

¡Que Dios me ayude!

Está bien que ya trabajé en casas de familia antes, ya hice todo lo que tendré que hacer aquí, pero en otra proporción. No sé cuándo lograré poner en orden este lugar entero, así que lo mejor es empezar cuanto antes.

Encuentro algunas verduras en el refrigerador, que no está muy abastecido, pero las pongo en manos de Elis para que las pique, mientras pongo agua a hervir. Luego las pongo a cocinar a fuego lento, preparando una sopa como entrada.

Mientras se cocinan, sazono y preparo un trozo de lomo y lo llevo al horno para asar.

Elis falló con la masa del pastel, está demasiado líquida, pero logro arreglarlo con un poco más de harina. Además, añado trozos de nueces picadas y engraso un molde para llevar al horno.

Cuando la carne está lista, pongo el pastel a hornear y sigo sin parar un minuto, hasta que tengo todos los platos listos.

Respiro aliviada cuando veo que son las ocho y la cena ya puede servirse. Logré hacer arroz, sofreír unos frijoles y preparar una ensalada. No es nada muy elaborado, pero estoy segura de que al menos tendrá buen sabor.

— ¡Eres un hada! — elogia Suzi, aplaudiendo al ver cómo están dispuestos los platos.

— No fue nada. De hecho, creo que lo hice mucho más rápido de lo habitual… ¿Y ahora?

¿Cómo suelen hacer?

— ¿Qué cosa? — pregunta ella, sin entender mi pregunta.

— ¿Llaman al Presidente para cenar? ¿Quién sirve la mesa?

Elis niega con la cabeza.

— No necesitamos llamarlo, puntualmente abre la puerta de su despacho y alguna de nosotras lleva la cena.

— Por la mesa sucia, supongo. Mañana me encargaré del comedor. ¿Quieren que yo la lleve? Aún no me he presentado ante él. De hecho, ni siquiera lo he visto.

Pero ellas niegan mi sugerencia de inmediato.

— No hace falta. Ve a acomodar tus cosas en el chalet. Nosotras nos ocupamos de todo aquí y de los trastes. Apenas llegaste y ya te tocó caer en medio del huracán.

Pienso en insistir, pero recuerdo a mis padres y a Julieta, que deben estar ansiosos por una llamada mía. Además, también quiero conocer el chalet que, desde hoy, llamaré mi hogar.

— Está bien, entonces. ¿Cualquier cosa me llaman?

— Claro, yo te llevo hasta allá — se ofrece Suzi.

Salimos por la puerta trasera y noto lo maravillosa que es la noche en este lugar. Unos pequeños faroles iluminan parcialmente el camino, y el cielo hace el resto del trabajo.

Caminamos sobre el césped húmedo y, desde donde estamos, alcanzo a ver las luces amarillentas ya encendidas en el chalet que está a unos cincuenta metros de la propiedad.

— ¿Es aquel?

— Sí. Elis y yo también vivimos cerca, compartimos un chalet un poco más abajo. Timoteo vive en el otro.

— ¿Y el señor Hélder?

— Tiene una suite en la casa, cerca del patrón.

Quiero preguntar sobre nuestro jefe, pero llegamos frente a las puertas del chalet y Suzi me extiende un manojo de llaves.

— Arreglamos todo para ti más temprano. Espero que te guste.

— ¿Ustedes lo arreglaron? ¿Cómo sabían que me quedaría?

Ella se encoge de hombros.

— Cuando mencionan el salario, todas quieren el trabajo. Lo difícil es mantenerse en él.

Hago una mueca al oír su comentario.

— ¿Es tan difícil así?

— Y más todavía — responde, riendo —, pero te acostumbras.

— ¿De verdad?

— ¡No! Todavía me estremezco cuando grita — responde, riendo.

— ¿Nos grita? — Empiezo a asustarme.

— Más bien grita por las situaciones, ¿sabes? O sea, no dice: "¡Suzi, eres una cocinera de mierda!" Pero sí dice: "¿Qué mierda de comida más horrible y salada es esta?" En el fondo, es lo mismo, ¿no crees?

— Sí, no sé si hay mucha diferencia. Pero, ¿llevas mucho tiempo aquí?

— Sí, me acostumbré a él. En realidad, es cuestión de no tomarlo personal. Ni siquiera se fija en nosotras, no se aprende nuestros nombres, así que tampoco me tomo esas cosas a pecho. Lo que importa es la paga al final del mes.

Está bien, tal vez tenga razón, pero yo y mi temperamento vamos a tener que encontrar una forma de lidiar con este imbécil.

— Voy a regresar ahora y ayudar a Elis, la pobre tiembla cada vez que le lleva la comida a él.

Suzi hace un gesto de despedida agitando la mano y empieza a correr, volviendo al trabajo.

Abro la puerta con la llave que me dio y entro al chalet.

Es una grata sorpresa. El ambiente es acogedor y bonito. Hay una chimenea en una esquina, ya encendida, y frente a ella un sofá cama con algunas almohadas.

Un televisor pequeño está fijado a la pared y, al fondo, una cocina compacta pero completa que irradia encanto. Veo una única puerta, que probablemente sea del baño, y un perchero de madera al lado con varios ganchos para colgar mi ropa.

Encima, una repisa guarda la ropa de cama.

Es todo sencillo, pero de buen gusto. No es un espacio enorme, pero es más grande que mi habitación en casa. ¡Es perfecto!

Mi celular vibra dentro de mi bolso y me reprocho por haber olvidado avisar a Julieta.

— ¡Hola! — contesto rápidamente.

— ¿Dónde te metiste? ¡Estoy preocupada! ¡Mamá ya quería llamar a la policía!

— En Campos do Jordão, ¿puedes creerlo? La entrevista era aquí.

— ¿Qué? ¿Y no has salido aún? ¡Vas a llegar tardísimo! ¡Tienes que venir ya!

— Escúchame, pasaron muchas cosas — digo, dejándome caer en el sofá cama para comprobar si es cómodo —, ¡conseguí el trabajo!

El acolchado es bastante suave, aunque no sea lo mismo que una cama.

— ¿De verdad?

— ¡De verdad! Pero ahí viene la cuestión: el puesto es para trabajar aquí.

— ¿En Campos do Jordão? ¡Pero está lejos!

— Sí, voy a tener que vivir aquí, pero tengo un día libre el fin de semana. Parece malo, lo sé, pero aún no te he contado lo mejor.

— ¡Entonces dímelo ya!

— El sueldo es una locura, tengo un chalet solo para mí y logré convencer al jefe de que me dé una beca para la universidad.

— ¿Qué? — Su grito casi me revienta el tímpano. — ¡No lo creo!

— ¡Lo sé! Es surrealista, ¿verdad? Así que, mira, Juli, cuéntale a mamá y a papá, tranquilízalos y diles que voy a quedarme aquí. El fin de semana voy a casa y les cuento todo con detalles.

— Pero hermana, ¿vale realmente la pena?

— ¿Cuándo voy a tener otra oportunidad así? Con este sueldo puedo mantenerlos a ustedes allá y además comprar mis cosas. Te voy a mandar fotos del chalet para que se las muestres a ellos y se queden tranquilos.

— ¡Está bien! Quiero fotos de todo, no olvides mandármelas.

— ¡Lo prometo! ¡Ah! El chofer de mi jefe va a venir por mis cosas en la mañana, ¿puedes preparar una maleta con ropa? Sobre todo de abrigo, aquí hace frío y no traje nada más que mi bolso, por suerte mi cepillo de dientes vino conmigo.

— ¡Claro que sí!

Cuelgo la llamada y empiezo a fotografiar todo de inmediato. Tomo fotos de los muebles, del espacio en su conjunto y salgo al exterior para fotografiar la entrada.

Después de enviar las imágenes, voy al baño y, satisfecha, constato que la ducha es de esas grandes y que el agua parece bien caliente. No tengo ropa limpia para ponerme, así que me ducho rápido y me pongo la misma de antes.

Encuentro en el brazo del sofá una pila de vestidos, todos iguales, en un tono gris horroroso. Por el diseño y la falta de estilo, imagino que son mis uniformes. Se parecen un poco a los que llevaban Elis y Suzi, solo que los de ellas tienen un delantal encima.

Qué horror...

Extiendo el sofá cama, acomodo las almohadas, pongo las cobijas y me preparo para acostarme. Solo cuando escucho mi estómago rugir me doy cuenta de que no he cenado ni comido nada.

El refrigerador en la cocina es casi del tamaño de un minibar y dentro no encuentro nada más que agua y hielo.

Abro los armarios y veo dos paquetes de fideos instantáneos que, por suerte, no están vencidos. Preparo uno de ellos, lamentándome por haber cocinado una cena tan rica poco antes y ahora estar comiendo ramen instantáneo, pero así es la vida, ¡Anabela! Él es millonario, tú no.

Sonrío.

Bueno, no soy millonaria, pero desde ahora soy dueña de un salario muy, muy generoso.

El día amaneció cerca de las seis, pero me levanté antes de que saliera el sol. Aún en el chalet, empiezo a hacer una lista de todas las áreas de la casa, aunque no estoy completamente segura de cuántos cuartos hay.

Área externa.

Incluye jardines, frente de la casa, terraza y deck. Césped.

Área interna.

Salas.

Incluye la de visitas, el hall, la de comedor y la de televisión (¿será que hay una?).

Piscina

Biblioteca/Oficina

Cocina

Habitaciones

Baños

Con mis listas en mano, me dirijo a la casa, sabiendo que por la hora aún no voy a encontrar a las demás trabajando.

Aprovecho este primer momento a solas para conocer el lugar. Tendré que dar instrucciones a las otras, así que no sirve de nada esperar que me expliquen todo.

Entro en la sala de música y recorro el ambiente con la mirada. Es todo muy bonito y, aunque está descuidado y sucio, no hay nada aquí que no se solucione con agua y jabón.

¡Perfecto!

Las demás salas no tienen la misma suerte. En una de ellas, el tapizado está rasgado y en la de comedor una de las sillas tiene una pata suelta. Anoto ambas cosas para resolverlas cuanto antes y continúo mi exploración.

En el área de la piscina, curiosamente todo está limpio, pero entonces recuerdo lo que dijo el señor Helder: el Presidente usa este lugar casi todos los días, no iba a nadar en agua sucia.

La piscina es una de esas olímpicas, con carriles que dividen el espacio. A su alrededor, el piso es de madera, y sobre ella, el techo es de vidrio. Columnas de estilo griego están dispuestas por el lugar, dándole a la estructura un aire de sofisticación. Tumbonas acolchadas rodean la piscina.

¡Es encantador!

Pero lo que realmente me despierta curiosidad es el cuarto al lado. Abro la puerta de la biblioteca y, de repente, soy transportada a un reino de sueños.

Es imposible no quedar fascinada. Admiro las estanterías altas e imponentes y la elegante escalera que lleva hasta las repisas junto al techo.

Miles de libros están dispuestos en las estanterías. La habitación es muy larga, y los muebles repletos de ejemplares están esparcidos por todo el lugar. Paso las manos por los lomos variados: algunos son coloridos y extravagantes, otros sutiles y discretos, y también los hay dorados y llamativos.

Siempre he tenido una relación casi de adoración con los libros. Es maravilloso que, aunque mi vida sea aburrida y monótona, solitaria, dentro de las páginas de los romances pueda encontrar hombres maravillosos y vivir amores imposibles.

Desde que tengo memoria, he estado rodeada de libros. Mi madre era bibliotecaria y siempre me regalaba ejemplares nuevos, leía cada uno de ellos para mí y me llevaba a conocer historias mágicas. Cuando aprendí a leer, empezó a traerme los títulos que yo pedía, y así mi pasión por ellos solo creció.

Mi gusto por los perfumes data de esa misma época. Siempre me ha encantado percibir aromas, relacionarlos con cosas conocidas o descubrir nuevas fragancias, hacer mezclas y sentir que algo diferente se forma.

Veo un ejemplar tirado en el suelo, cerca de un sofá. La mesa de trabajo del Presidente está llena de papeles y hay una computadora encendida sobre ella. Quizás no debería haber entrado aquí.

Recojo el libro del suelo y leo el título en la portada: La Ilíada.

Nunca lo he leído, aunque siempre me ha dado curiosidad. ¿A qué olerá este libro?

Es algo mío: siempre que empiezo a leer un libro y me gusta, rocío un perfume o esencia que me agrada en un pedazo de papel y lo uso como marcador de lectura. Con el tiempo, el aroma se mezcla con las páginas, y esa historia adquiere un aroma propio, único.

Siempre que mi olfato detecta esa fragancia después, la historia regresa con fuerza total a mi memoria. Así creo conexiones entre mis libros preferidos y los perfumes que más me gustan. No tiene que ser necesariamente una colonia; ya lo he hecho con el aroma del café, la canela y otras tantas cosas.

Coloco el ejemplar sobre la mesa de centro. Veo dos botellas vacías tiradas en el suelo y también las pongo de pie sobre el tablero de madera. Luego dejo la habitación, aunque a regañadientes. Quizás no sea la mejor forma de encontrar al jefe, husmeando en sus cosas, así que salgo del lugar y continúo mi exploración.

Cuando termino de inspeccionar todo en la planta baja, voy a la cocina, donde encuentro a Elis y Suzi ya esperándome. Helder está con ellas y sonríe al verme.

— Buenos días, señorita Anabela.

— Buenos días, señor Helder, buenos días, chicas. Necesito algunas cosas y quería hablar con usted al respecto.

— Claro, ¿qué necesita?

— ¿Puedo contratar a un jardinero? También necesito hacer algunas compras para la

casa: comida y productos de limpieza. El tapizado de una de las salas está rasgado y necesito a alguien para arreglar la pata de una de las sillas de la mesa del comedor.

El mayordomo asiente, esbozando una sonrisa.

— ¡Qué eficiente es usted! Apenas ha comenzado y ya ha notado todo eso. Le voy a entregar la tarjeta de crédito del Presidente, que está reservada para los gastos de la casa. Puede comprar todo lo que necesite.

— Pero... ¿su tarjeta?

— No se preocupe, todas las compras llegan para que él las revise después. No le importa.

Claro que no, siendo tan rico...

— De acuerdo. Entonces voy a buscar un jardinero ahora mismo y lo llamaré para que venga hoy mismo.

Encuentro con facilidad una florería cerca, está más abajo, en la ciudad, pero no muy lejos. Prometen enviar a un empleado experimentado, y me quedo satisfecha por haber resuelto mi primer problema en mi nuevo trabajo.





Me siento frente al ordenador y me coloco los auriculares antes de hacer clic en el enlace para la reunión. La cámara se activa y aparece Catarina al otro lado, toda sonriente. Mi hermana siempre es así. Ella y su esposo, Alberto, me ayudan a gestionar la empresa desde que asumí la presidencia.

Como no hago apariciones públicas ni acepto reunirme con los administradores, accionistas ni empleados, Catarina y Alberto tienen un poder notarial para tomar decisiones y firmar en mi nombre, aunque rara vez lo hacen.

Casi a diario hablamos los tres, ya sea por llamadas o videollamadas, y ellos me presentan todos los asuntos que requieren mi aprobación. Después, ponen en marcha mis ideas y planes, siempre en nombre del Presidente. Son extremadamente fieles y dedicados, y ni siquiera lo que ocurrió en el pasado ha disminuido la devoción de Catarina hacia mí.

— ¡Buenos días, hermano! — saluda ella desde el otro lado.

Su cabello oscuro está recogido en un moño alto, y sus ojos azules, iguales a los míos, me examinan en busca de cualquier señal de que no esté bien. Ella sabe mejor que nadie lo que esta época del año me hace.

— Buenos días, Cat. ¿Cómo está el bebé?

Ella desvía la mirada y coloca la mano sobre su abultado vientre.

— ¡Perezoso! Creo que debería nacer ya para que me devuelva mis costillas.

— Solo falta un mes — comento.

Mis preguntas son más por cortesía; en realidad, no me interesa su embarazo, y sé que soy un hombre horrible por eso, pero no es algo que pueda controlar. No siento nada bueno

desde hace mucho tiempo.

— Lo sé. He estado pensando, y creo que Alberto y yo deberíamos ir a Campos do Jordão a visitarte esta semana. ¿Qué te parece? — Conozco bien el motivo de esta visita repentina, pero ni siquiera me da espacio para interrumpir. — Después de que nazca el bebé, será complicado por un tiempo, así que creo que ahora es el momento ideal.

— Estoy bien, Cat. No necesitan venir.

Pero Catarina solo hace un gesto de desdén con la mano.

— No digas tonterías. ¿Quién dijo que no estabas bien? Solo quiero ver a mi hermano.

— Creo que es mejor que no. La casa no está lista para recibir visitas — explico, esperando que así se le pase la idea. — Ahora llama a Alberto para que empecemos esta reunión.

— Tuvo que salir a resolver unas cosas. Hoy somos solo nosotros dos. Pero veamos… Bueno, la inauguración del polo dos de la universidad en Campinas será el viernes. — Catarina lleva la punta del bolígrafo a la boca; sé perfectamente lo que significan esa pausa y esa expresión ensayada. — Ellos quisieran…

— No — la interrumpo.

— ¡Pero ni siquiera lo dije!

— No voy a salir de aquí, Catarina, ya lo sabes. No voy a ir a ninguna puta inauguración. Ya sabes qué hacer.

Catarina me mira con esa expresión de lástima que tanto detesto.

— Pero, Mat, ya han pasado cinco años…

— Y pasarán otros sesenta, tal vez. Voy a vivir y morir en esta casa, lo sabes.

— ¿Por qué? ¿No lo hemos hablado ya?

— Sí, y tu opinión no va a cambiar la mía — respondo, enfático. — Volvamos al tema de la reunión. Si pidieron que yo fuera, es porque quieren a alguien para cortar la cinta y participar en la ceremonia. Tú o Alberto pueden encargarse de eso.

Ella niega con la cabeza.

— Pregunté si irías porque tengo que intentarlo de vez en cuando, pero ya tengo un sustituto a la altura.

— ¿Quién?

— Papá. Él se ofreció a ir, y será bueno; les gustará que esté presente.

— Perfecto. ¿Algo más? ¿Algo urgente? Me está matando la cabeza hoy, quiero tomar un medicamento y acostarme un rato.

Catarina frunce el ceño, y por su expresión, ya sé que he dicho algo equivocado.

— ¿Estuviste bebiendo toda la noche?

Prefiero no mencionar que fueron dos noches, o vendría inmediatamente. Mi hermana tiene el don de ser entrometida, tanto que, a pesar de todos mis esfuerzos por alejarme de todo y de todos, ella logra mantenerse relativamente cerca.

— Solo un poco — miento. — ¿Terminamos por hoy?

Ella parece considerarlo y cambia de tema drásticamente.

— ¿La nueva gobernanta ya llegó?

— Sí, llegó ayer — respondo, recordando que fue recomendada por ella.

— Entonces voy mañana. Pídele que prepare una habitación para nosotros.

— ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? Ya te dije que no estoy listo para recibir visitas.

— ¡Tu casa parece un mausoleo, Matteo! Estoy embarazada, necesito al menos un poco de comodidad. Pero como ella llegó, sé que no le importará preparar una habitación para nosotros. Además, Pacheco dijo que su comida es excelente.

Eso me hace recordar la cena maravillosa de la noche anterior. La mujer realmente sabe lo que hace en la cocina.

— En eso no puedo estar en desacuerdo; hacía tiempo que no comía tan bien.

— Porque no contratas a una cocinera… — murmura, casi en un susurro.

— Y seguiré igual.

Ella suspira.

— Bueno, entonces tuviste suerte de conseguir una gobernanta que sepa cocinar. Ojalá se quede por mucho tiempo.

— Quizá se case con Helder y se quede para siempre, como él — comento, considerando la posibilidad. No sería mala idea.

Catarina parece sorprendida por mi comentario.

— ¿Pero es tan vieja como él?

— No sé, no la he visto, pero lo supuse.

— ¿No la has visto, Matteo? ¡Qué vergüenza! ¿Cómo contratas a alguien y ni siquiera la saludas? ¡Antes eras más educado!

— No necesito ser amable, Catarina. Solo tengo que pagar bien.

— ¡No tienes remedio! — comenta, irritada. — ¿Sabes qué? Voy a colgar. Tómate tu medicina y duerme un poco. Espero que estés de mejor humor cuando llegue. Y habla con Alberto, ¿me oyes?

— Siempre hablo con él.

— Hablar de verdad, no de trabajo.

— ¿Pero de qué…?

— ¡Adiós, Matteo!

Y, así de simple, me cuelga.

No puedo creer que me veré obligado a recibir a Catarina y su esposo. Luego, el maleducado soy yo, pero eso de ofrecerse para ir a casa de los demás es el colmo.

Oigo tres golpes en la puerta y enseguida Helder asoma su cabeza blanca.

— ¿Puedo entrar, Presidente?

— ¿Qué pasa?

Cierra la puerta tras de sí y camina lentamente hasta estar frente a mi escritorio.

— La nueva gobernanta ya empezó a trabajar. Está observando las mejoras que necesita

la casa y le dije que dejaría la tarjeta para los gastos.

— De acuerdo, eso está bien — coincido, pensando en la visita repentina de mi hermana. Será perfecto que vea que estoy viviendo bien y me deje en paz por un tiempo. — Pídale que prepare una habitación para Cat y Alberto; van a venir de visita.

— ¡Qué maravilla! — La cara del viejo se ilumina. Catarina tiene ese don de ganarse a la gente, y él la adora. — Hablaré con ella ahora mismo. Solo hay un asunto que preferí discutir con usted…

— ¿Y cuál sería?

— Va a enviar la silla rota a la carpintería y el tapizado desgarrado a la tapicería. Pero respecto al jardín, pidió a la floristería que enviaran un empleado experimentado. Como sé que no le gusta tener extraños en la propiedad, vine a informarle, para saber si está de acuerdo o si le digo que lo deje como está. El césped realmente necesita ser cortado.

— Déjelo como está. No quiero extraños rondando por aquí.

— Pero su hermana va a venir y el jardín está hecho un desastre…

— Entonces lo arreglaré yo — respondo categórico.

— ¿Usted?

— Sí. Dígale que cancele al jardinero. Voy a cambiarme y limpiar la entrada de la casa.

— Está bien.

Helder se dirige a la puerta.

— Y, Helder, explíquele que no me gusta tener extraños aquí. Incluso las compras que haga, pídale que las dejen en la puerta, allá abajo.

— De acuerdo.

Helder sale de la biblioteca, y yo lo sigo poco después. Subo a mi habitación y cambio la ropa formal por un viejo pantalón de chándal y una camiseta que ya vio días mejores.

Estoy seguro de que tengo un par de botas por aquí. Siempre que algo de este tipo necesita hacerse en la propiedad, prefiero encargarme yo mismo antes que dejar entrar a alguien

en mi universo privado.

Abro la parte del armario donde guardo los zapatos y encuentro lo que estoy buscando. El hecho de que estén viejas y gastadas es aún mejor, ya que van a terminar hechas un asco.



Anabela

Después de instruir a Elis para que limpiara la mesa del comedor y quitara las telarañas del lugar, encargué a Suzi que se ocupara del vestíbulo. Quizás debamos comenzar por ahí y limpiar cada habitación una por una.

Decidí aprovechar la tarde que el patrón pasa trabajando en el despacho para limpiar su habitación y programé mis tareas según los horarios del hombre. Si iba a la piscina a las cinco, aprovecharía ese momento para limpiar la biblioteca, retirar las botellas vacías de licor que vi allí y organizar todo lo que fuera posible.

Subo las escaleras, emocionada por finalmente conocer el segundo piso de la casa.

Decido empezar por su cuarto para no interrumpir su rutina, en caso de que decida volver. Abro la alta puerta de madera y entro en una habitación oscura y fría. Mis ojos tardan en adaptarse, pero poco a poco logro distinguir los contornos de los muebles.

Paso frente a la cama y camino hacia las grandes puertas que dan al balcón. Las abro, dejando que la luz del día entre. Mucho mejor.

Aunque el Presidente sea gruñón y malhumorado, a su edad no debería estar en un cuarto tan cerrado y sofocante; eso podría hacerle daño. Que se aguante, porque voy a poner esta casa

en orden.

Arreglo la cama y cambio las sábanas. Miro alrededor y noto que la habitación no está tan sucia como el resto de la casa, pero aún así quito el polvo, limpio el piso y paso un paño húmedo por el balcón.

La vista desde aquí es fantástica; no puedo imaginar cómo debe ser de noche.

Percibo un movimiento en uno de los arbustos frente a la casa y me inclino sobre la balaustrada para verlo mejor. Un hombre está desbrozando el césped. Sonrío, satisfecha al constatar que el jardinero llegó más rápido de lo previsto.

El hombre alza la azada y golpea el pasto alto, y no puedo evitar notar los músculos de su brazo fuerte que tensan la ajustada camiseta.

¡Dios mío! ¿De dónde salió este jardinero? Me quedo parada un momento más de lo que sería considerado decente, observando, pero ¿quién puede culparme?

Su cabello es bien negro y cae un poco sobre su frente. Ya está todo sudado. No alcanzo a ver sus ojos desde aquí, ni distinguir sus rasgos, pero es imposible que un hombre con ese cuerpo no sea guapo.

Sacudo la cabeza, despejando los pensamientos, y vuelvo al interior. No es momento para babear por el cuerpazo del jardinero.

Termino de arreglar el cuarto, pongo todo en su lugar y, cuando estoy segura de que está todo en orden, recojo mi material de limpieza y cierro las puertas del balcón otra vez, saliendo de la habitación.

Paso al cuarto de al lado y encuentro una habitación tan grande como la anterior, pero esta, al no usarse con frecuencia, está inmunda. Me lleva más de una hora limpiarla, lavar el baño y quitar el polvo y las telarañas.

Busco ropa de cama limpia y cambio todo, dejando un agradable aroma a desinfectante en el aire al salir. Me gustaría conocer el resto del piso, pero, considerando la hora, lo mejor que puedo hacer es bajar y limpiar la biblioteca antes de que el Presidente vuelva de su tiempo en la

piscina.

Bajo las escaleras rápidamente y entro al despacho, pero lo que encuentro no podría sorprenderme más.

Tranquilamente sentado en el sillón del Presidente, leyendo un libro gastado, está nada menos que el jardinero buenorro —lo reconozco por los brazos—. El descarado no solo se quitó las botas embarradas, que ahora están tiradas descuidadamente sobre la alfombra, sino que también se quitó la camiseta, exhibiendo un señor abdomen digno de causar envidia, o agua en la boca.

Por un instante lo observo en silencio. No porque esté fascinada con su belleza, sino porque su descaro es tan grande que no sé cómo reaccionar.

Pero no puedo huir. Soy la gobernanta de la mansión y fui yo quien llamó a este idiota para que cuidara los jardines. Claro que no podía prever que el hombre invadiría la casa y se sentaría cómodamente en el despacho de mi jefe.

Probablemente estaba esperando el pago, pero nada en este mundo justifica una actitud tan desvergonzada.

Estoy furiosa. ¿Qué diría el señor Viturino si lo encontrara aquí? Siempre tan reservado, seguro le daría un ataque al corazón, y a su edad eso podría ser fatal. Y, lógico, también me despediría.

Cruzo los brazos bajo el pecho y camino hasta quedar más cerca de él, que, concentrado en la historia, aún no me ha notado.

— ¿Está cómodo ahí, joven?

El descarado alza el rostro y me mira con el par de ojos más azules que he visto. ¡Caray! Es aún más perfecto de cerca. La barba es espesa y el maxilar fuerte, el cabello oscuro y la expresión feroz.

¡Jesús, dame fuerzas! ¡Concéntrate, Anabela! Puede ser guapo, pero es un sinvergüenza y podría hacerte perder el empleo.

Él me mira de arriba abajo, deteniéndose en cada parte de mi cuerpo, haciendo que mi rostro empiece a arder de vergüenza.

— Hice una pregunta — digo más alto, tratando de intimidarlo y recuperar el control de la situación.

— Eh… Estoy cómodo, creo — responde, como si no lo hubieran pillado en plena invasión.

La respuesta me irrita aún más. ¡Qué cretino!

Noto sus botas embarradas tiradas en el suelo y tomo una decisión. Si no se va por las buenas, se irá por las malas. Me agacho y agarro una de ellas, dominada por la rabia.

Y movida por la impulsividad, actúo. Sin pensarlo dos veces, lanzo la primera bota, que golpea el libro que tiene en las manos y lo hace caer al suelo.

Al menos logro sorprenderlo, porque el hombre se levanta de un salto y me mira con los ojos muy abiertos.

— ¿Estás loca? ¿Quién te crees que eres para andar lanzándome cosas? Además, ¿qué haces tú aquí?

Sus preguntas no me detienen ni por un momento. Tengo que ser rápida y aprovechar el elemento sorpresa, porque si logra alcanzarme, sé que no tendré fuerzas para enfrentarme a un gigantón como él.

Entonces agarro con firmeza la otra bota y se la lanzo también. Escucho el ruido cuando el zapato le da de lleno en la cabeza.

— ¡Sal de aquí ahora, sinvergüenza! ¿Cómo tienes el descaro de entrar así en la casa de otros? Si me meten en problemas por esto, te juro que voy a agarrar esas tijeras que usas para cortar el pasto y te voy a hacer picadillo.

El hombre ahora parece furioso, probablemente porque la bota le golpeó con fuerza, y ya empiezo a ver un chichón formarse.

— ¿A quién llamas sinvergüenza? Y desde luego no soy yo el que anda invadiendo

propiedades ajenas y lanzando cosas.

Avanza hacia mí, planeando arrinconarme, pero logro anticipar su movimiento y agarro un trofeo de vidrio que está sobre la mesa.

— ¡Si no te largas ahora mismo, te juro que esto te lo estrello en la cabeza!

Parece darse cuenta de que no estoy bromeando, porque enseguida se agacha en silencio, toma su camisa y levanta una mano como si yo fuera una asaltante y él se estuviera rindiendo.

— Tranquila, tranquila… Ya me voy.

Sigo blandiendo el trofeo en mis manos y, de vez en cuando, hago el ademán de lanzarlo, hasta que él, de espaldas, llega a la puerta y sale por ella.

Solo me queda esperar a que se haya ido de verdad. Me llevo la mano al pecho, sintiendo los latidos acelerados de mi corazón.

Lo que hice fue muy arriesgado, no debería haberme enfrentado al hombre así, pero ahora que todo pasó, me siento mejor. Al menos protegí el despacho de mi jefe. Seguro estaría orgulloso si supiera hasta dónde llegué para echarlo de aquí.



Matteo

Subo las escaleras hacia mi habitación, con el teléfono en la mano y a punto de llamar a la policía, pero encuentro a Helder frente a la puerta, yendo en dirección contraria a la mía.

— ¡Helder! — lo llamo mientras lo arrastro dentro del cuarto.

— ¿Señor? ¿Pasó algo? — Mira mis pies descalzos y mi estado de suciedad, alarmado.

— ¡Pasó! Hay una mujer en mi despacho, creo que debe ser de alguna pandilla o algo así. Empezó a gritarme, a lanzarme mis botas — cuento, señalándome la frente para ilustrar. — Estaba diciendo cosas sin sentido y exigió que me fuera de la casa. Incluso me amenazó con uno de los trofeos de la empresa, esos de vidrio. — Camino de un lado al otro, pensando en todas las posibilidades. — ¿Crees que… estarán intentando apoderarse de mis tierras por la fuerza? ¿Una banda? Supongo que no está sola; no se habría metido aquí sin tener respaldo.

Mi mayordomo niega con la cabeza y me mira como si estuviera confundido.

— ¿Señor Presidente? Lo que está diciendo no tiene mucho sentido. No hay nadie en la casa.

— Te lo estoy diciendo porque la vi. ¿Acaso el chichón en mi cabeza no es prueba suficiente? ¿Me estás llamando mentiroso? Hagamos esto: voy a buscar mi arma, solo para intimidar a la ladrona, y tú llama inmediatamente a la policía.

Pero el viejo no se mueve.

— Creo que deberíamos revisar la casa primero. No veo necesidad de alertar a la policía si ya pudo haberse ido.

Pensándolo bien, podría tener razón. Tal vez estoy lidiando con una loca, y lo mejor sería encontrarla y echarla sin hacer mucho ruido, si es posible.





Pasé parte de la noche en vela, preocupado por la extraña invasión que ocurrió durante el día. Helder revisó toda la casa y no encontró ni rastro de la intrusa; aun así, me aseguré de dormir con el revólver cerca de la cama, por precaución.

Tan pronto como amaneció, bajé al despacho, decidido a poner algunas cosas en orden antes de la llegada de Catarina. El día transcurrió sin mayores imprevistos, y desde la biblioteca podía escuchar el ir y venir por la casa mientras la nueva ama de llaves y las demás empleadas organizaban todo para recibir a Catarina y Alberto.

Cerca de las tres de la tarde, Helder trajo una bandeja con café y pastel, además de un pan casero que me hizo agua la boca. La señora Gonzales realmente sabe usar las manos.

Aún me quedó tiempo para nadar un poco, y luego bajé al gimnasio del sótano para entrenar. También practico boxeo en mi tiempo libre. Son hobbies y actividades que me ayudan a mantener la cordura entre estas paredes.

Después de ducharme, Helder me informó que mi hermana había llegado, y por eso ahora estoy aquí, de pie en la entrada de la casa, esperando por ella y Alberto, que avanzan a paso de tortuga debido a la enorme barriga de Cat.

Ella abre una sonrisa inmensa al verme y me envuelve en un abrazo que casi me asfixia.

— ¡Ah, Mat! Qué ganas tenía de verte. — Sosteniéndome la cara con las manos, examina mis rasgos con detalle. — ¡Esa barba está enorme! ¿No crees, Alberto? Ya es hora de que vuelvas a parecer humano.

— Muchas gracias por el consejo, pero estoy bien así.

— ¿Estás comiendo bien? — insiste.

— Como un rey desde hace dos días, desde que llegó la señora Gonzales.

— ¡Ah, qué maravilla! Entonces vamos adentro, porque me muero de hambre. ¿Crees que preparará la cena?

— Helder dijo que ya casi está lista. Entren.

Alberto me saluda con un apretón de manos firme y una sonrisa que no logro devolver. Odio esa manía que tienen de preocuparse tanto por mí.

Catarina entra a la casa, y noto que sus ojos atentos recorren todo el ambiente. Está inspeccionando el estado de la casa, y termino haciendo lo mismo para intentar adivinar qué dirá.

Ni siquiera había notado cuánto más limpia estaba todo: las telarañas desaparecieron y los muebles están libres de polvo. Algunas cortinas y alfombras han desaparecido, pero eso es lo de menos.

— Al menos parece que la casa está en orden...

— ¿Y por qué no habría de estarlo? ¿Crees que vivo aquí en medio de la mugre? — pregunto, sin un ápice de vergüenza por la mentira.

Sé que, si se entera de la verdad, no me dejará en paz.

— No dejaba de hablar de venir a verte, Viturino. Por lo menos ahora podrá tener al bebé en paz — dice Alberto, caminando detrás de nosotros y también inspeccionando la casa con atención.

Son dos entrometidos. Fueron mejores amigos alguna vez y terminaron casándose. No se puede negar que están hechos el uno para el otro, ya que a ambos les encanta meter la nariz donde no los llaman.

— ¿Y cuándo se van? ¿Mañana?

— ¡Mat! Deberías, al menos, fingir que te alegras de vernos — responde Catarina, pero no siento ni una pizca de remordimiento.

No es que no me gusten; simplemente prefiero no tener que lidiar con visitas o con la alegría irritante de estos dos.

— Sabes que no soy de fingir.

Alberto se echa a reír, porque, al parecer, ni siquiera siendo grosero logro ofenderlos.

Llegamos al comedor y me siento en la cabecera, observándolos acomodarse, uno a mi izquierda y otro a mi derecha. Alberto empieza a hablar de banalidades y, por las miradas furtivas que se lanzan, sé bien que Catarina lo obligó a sacar algún tema.

Sería mucho más fácil para todos si mi hermana y mis padres aceptaran lo obvio. No solo perdieron a mi hermano, yo también estoy muerto por dentro. Estoy vacío, y no me importa nada de lo que puedan decir o hacer por mí, no cuando nadie puede ofrecerme la oportunidad de retroceder en el tiempo y corregir mis errores.

— Buenas noches, pequeña Cat — saluda Helder, todo sonriente al cruzar la puerta y verla.

Catarina suelta un gritito emocionado y se levanta tan rápido como su barriga se lo permite, para abrazar al viejo mayordomo.

— ¡Mi Helder! Qué ganas tenía de verte…

— Y yo a ti. — Él observa a mi hermana con cariño y luego fija los ojos en su vientre redondo. — ¿Vas a traer al bebé para que lo conozca?

Catarina responde, apoyando las manos en la cintura:

— Sabes que puedes vivir conmigo en la capital, ¿verdad? Me ayudarías con mi hijo, así como ayudaste a mi madre conmigo y con Mat. Y también podrías descansar un poco, yo cuidaría de ti, Helder.

— Deja de intentar robar a mi mayordomo, Catarina — protesto al escuchar la propuesta.

Ella entrecierra los ojos y me mira fijamente.

— ¡Es de la familia! ¿No sabes que siempre le digo esto cada vez que vengo? ¿Y sabes qué me responde este tonto?

Helder niega con la cabeza, sonriendo, pero Catarina prosigue:

— Me dice que no puede dejar al niño Mat.

— Curioso, porque él solo me llama Presidente — respondo, mirando a Helder y viendo que evita mi mirada.

— Es por respeto — dice él, concentrado en mirar únicamente a mi hermana —. ¿Cómo voy a dar ejemplo a los empleados si llamo al jefe pequeño Mat? Además, él prefiere que sea así hoy en día.

Tiene razón en eso. No puedo permitir que me traten como a un crío, especialmente ahora que soy un hombre hecho y derecho de treinta y cinco años.

— ¿Quieres sentarte con nosotros, Helder? — invita Cat, ya arrastrándolo hacia la mesa.

— Ni pensarlo — el viejo se detiene en seco —, pero vine a avisar que la cena está por servirse.

Helder logra escapar de Catarina y regresa rápidamente a la cocina. Poco después, una de las empleadas más antiguas de la casa entra con una bandeja humeante de carne.

No consigo recordar su nombre, pero la veo saludar a mi hermana y a mi cuñado antes de bajar la cabeza al pasar junto a mí. Otra empleada entra enseguida y coloca una fuente de risotto sobre la mesa. Ambas van y vienen hasta dejar todos los platos frente a nosotros y, finalmente, se retiran.

Todos comienzan a servirse, y me siento satisfecho al ver que, comiendo, mi familia se vuelve menos parlanchina. Catarina prueba un poco de cada plato y repite la ración, cerrando los ojos con cada bocado, animando también a su marido a probar todo.

— ¿Qué te pareció el risotto? — pregunta; ya es la cuarta vez que hace comentarios sobre la comida.

— Maravilloso — responde Alberto, siempre el buen lacayo de mi hermana.

— ¿Y la carne?

Respiro hondo para mantener la calma.

— Cat, ya entendimos que te encantó todo — corto, empezando a irritarme.

A estas alturas podría estar leyendo un libro, tranquilo en la biblioteca, o preparándome

para acostarme.

— ¡Pero, Matteo! ¡Esa mujer cocina como una artista! Todo está increíble.

Tiene razón en lo que dice; probablemente he ganado dos kilos en solo dos días, pero prefiero no prolongar la conversación, así que solo asiento.

— Voy a hablar con ella. — Catarina se levanta de repente.

— ¿Qué? ¿Con el ama de llaves?

No logro entender la lógica de Catarina y sus decisiones aleatorias.

— ¿Con quién más?

— ¿Pero para qué? Déjala en paz, Catarina.

Sus mejillas empiezan a enrojecer, y noto que está perdiendo la paciencia con mi encantadora manera de ser.

— ¡Eres un grosero! ¿Sabías? Seguro que no has elogiado su comida ni una sola vez.

— Ni siquiera la he visto, ¿cómo la voy a elogiar?

— ¿Lo ves, Alberto? — Como siempre, Cat busca el apoyo de Alberto. — ¿No crees que está cada día peor? ¿Cómo puede no haber visto a la persona que se encarga de toda la casa? ¡Es absurdo!

— Mira, Matteo, voy a tener que darle la razón a tu hermana. Es muy extraño.

— ¿Y cuándo no le das la razón?

— Además de ridículo, es muy desconsiderado con los Pacheco, que la recomendaron — continúa la parlanchina. — Voy a la cocina a darle las gracias y a traerla aquí. Y tú, procura ser educado.

Me froto las sienes, molesto con el rumbo que están tomando las cosas. ¡Pero qué demonios! Apenas llegó y ya me está dando dolor de cabeza.

— Tranquilo, hombre. Estás demasiado estresado; creo que necesitas unas vacaciones — dice Alberto, riéndose abiertamente de mí.

— ¿Vacaciones de qué, Alberto?

— No sé, ¿por qué no te vas de viaje?

Ofrezco mi mejor mirada mortal, y al menos tiene la sensatez de quedarse callado.

Catarina regresa poco después; escucho su voz animada y levanto los ojos para encontrarme con la escena más aterradora de mi vida.

Del brazo de mi hermana y sonriendo dulcemente está, nada menos, que la ladrona de ayer. Aunque suelo perder la paciencia con Catarina y Alberto, ellos son mi familia, y algún vestigio de humanidad que queda en mí se aterroriza pensando que ella pueda hacerles daño.

¡Esta desgraciada!

Me levanto de inmediato e intento pensar rápido, pero dejé la maldita pistola en el cuarto.

— ¡Aléjate de ella ahora mismo, maldita ladrona! — grito, haciendo lo único que está a mi alcance ahora.

La mujer alza el rostro y sus ojos se encuentran con los míos; Catarina abre la boca, asustada por lo que está pasando. ¿Cómo no estaría? Embarazada y siendo rehén de una loca.

— Mat, yo...

— Tranquila, Catarina. ¡Helder! — grito, intentando encontrar una solución.

No puedo simplemente abalanzarme y sacar a la ladrona a la fuerza; es una mujer, por peor que sea. Pero puedo asustarla.

Agarro el cuchillo para la carne que está sobre la mesa y lo empuño, amenazante. La chica suelta el brazo de Catarina y se lleva las manos al rostro, aterrada.

Eso...

— ¡Quiero que te largues de esta casa ahora mismo o llamo a la policía!

— ¿Pero qué está pasando? — pregunta Alberto.

— Esta mujerzuela entró a mi casa, me atacó con mis propias botas e intentó romperme un trofeo en la cabeza. No sé qué quiere, pero parece un perro que no suelta el hueso.

— ¿Estás bien, Matteo? — Cat da dos pasos hacia mí, despacio. — ¿Hermano?

— ¿Hermano? — pregunta la ladrona con ojos tiernos.

Lo peor es que la desgraciada sabe cómo fingir inocencia. Es hermosa y tiene un cuerpo hecho para el pecado; aunque esté bajo ese largo vestido gris, es imposible no darse cuenta. ¿Qué mierda está haciendo con el uniforme de mis empleadas?

— Es culpa mía, señora Catarina — dice, en voz baja. — Hubo una confusión, por lo que puedo entender.

— ¡Cállate! — grito, exasperado por la falsedad en su voz de niña buena.

— ¡Alberto! Sujétalo, va a atacar a la pobre señorita Gonzales. ¡Ha perdido el juicio!

Mientras intento procesar esas palabras y encontrarles sentido, mi cuñado simplemente me agarra las manos, las tuerce detrás de mi espalda y me empuja contra la mesa para detenerme.

Como si un debilucho como él pudiera detenerme, de no ser porque estoy completamente en estado de shock. ¿Dijo señorita Gonzales?

La ladrona se acerca a la mesa, con esos ojos color miel líquido, ahora llenos de lágrimas.

— Por favor, no hace falta que lo sujete. Tiene razón, es verdad que hice esas cosas...

Alberto suelta lentamente mis brazos, y Catarina también se acerca, intentando entender este circo.

— Perdón, creo que cometí un error — continúa, con su explicación nada racional.

— ¿Eres la ama de llaves?

Ella asiente, pero evita mirarme.

— No me di cuenta de que usted era el hijo del presidente...

— ¿Hijo de quién? — pregunta Catarina, igualmente ajena a la locura en que se ha convertido esta cena.

— Del Presidente Viturino.

Golpeo la mesa con el puño cerrado y los cubiertos saltan, asustándolos a los tres.

— Yo no soy su hijo, maldita loca. ¡Yo soy el Presidente!

Ella lleva las manos a la boca y abre los ojos como si apenas ahora entendiera la magnitud de la cagada que hizo. Mi hermana se sienta de nuevo en la silla, tan confundida como

yo.

— ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí?

— Luego, Cat. Ahora la señorita Gonzales y yo tenemos mucho de qué hablar.

No miro atrás mientras camino hacia la biblioteca. Estoy seguro de que, después de la enorme estupidez que hizo, no dudará en seguirme. Al entrar al despacho, me dirijo a mi silla; la ama de llaves viene detrás y cierra la puerta, dejándonos solos.

Se acerca a la mesa, con las manos cruzadas frente a su cuerpo y la mirada fija en sus propios pies. Está avergonzada, y eso es lo mínimo que debería sentir después de todo.

— Puedes empezar a explicarte.

Solo hay un instante de vacilación, pero pronto encuentra su voz y comienza a narrar los acontecimientos.

— Bueno, mi nombre es Anabela Gonzales. Me contrataron para ser la ama de llaves de la casa, pero no nos habíamos encontrado en estos dos días que llevo aquí.

— Claro que sí nos encontramos.

— No como debería, eso quise decir...

— ¿Y la señorita afirma que no es una ladrona ni pertenece a una banda?

— ¿Qué? — pregunta, sorprendida ante la hipótesis.

— Invadiste mi despacho y comenzaste a gritarme y amenazarme, lanzándome cosas. ¿Qué se supone que debía pensar?

Ella suspira y cierra los ojos. Creo que está intentando recomponerse.

— Había llamado a un jardinero.

— Te dije que no lo hicieras, y que yo mismo cortaría el césped.

Anabela abre los ojos y me mira, levantando las cejas.

— Entonces fue eso...

— ¿Eso qué?

— Me avisaron que cancelara con la floristería mucho después. Así que cuando lo vi

desde la ventana, cortando el césped, pensé que era el jardinero.

Intento entender lo que pasó por su cabeza, pero cada vez resulta más difícil.

— ¿Pensaste que yo...?

— Eso pensé. Y luego, cuando entré y te vi en la silla, creí que habías invadido la casa, tal vez esperando que te pagaran.

— ¿Creíste que el jardinero había invadido el despacho y se había sentado en mi silla?

No tiene el menor sentido.

— Exactamente. Imaginé que si el Presidente, o sea, usted, llegaba y lo veía, se enfurecería y me despediría por no mantener la casa en orden. Así que decidí enfrentar al... hombre.

— Sinvergüenza — digo, citando cómo se refirió a mí. — Si no me equivoco, fue el término que usaste.

— Perdóneme, Presidente. No tenía cómo saberlo, no tenía idea. Sé que está en su derecho si quiere despedirme, pero ¿no he hecho un buen trabajo? Le aseguro que no suelo hacer estas cosas, como lanzar botas a los jefes.

Frunzo el ceño ante sus disculpas.

— O amenazar o desmembrar con tijeras de jardín...

Veo que aprieta los labios, conteniendo una respuesta mordaz. Está molesta con la reprimenda, y de repente quiero poner a prueba cuánto dura su fachada de buena chica.

— Si la señorita fuera más eficiente, una buena empleada, se habría presentado a su jefe — comento. — Nada de esto habría ocurrido.

Su rostro se pone rojo y sus ojos parecen dos chispas ahora.

— Si usted no fuera tan intimidante, lo habría hecho.

Bingo.

Cubre su boca con la mano, consciente de que ha dicho demasiado.

— ¿Te asusto? Al menos no voy por ahí amenazando a la gente.

La chica pone las manos en la cintura y resopla. No hay otra manera de describirlo. Creo que la provoqué lo suficiente como para que llegara a su límite.

— Perdón por mi sinceridad, pero usted hace cosas mucho peores — dice sin filtros. — Elis y Suzi están aterradas con usted, y el pobre señor Helder se dedica a defender esas reglas ridículas sobre no hablar alto, no escuchar música y no vivir — remata, exagerando un poco. — Incluso su hermana parecía aterrada cerca de usted, y mire, asustar a una embarazada y tratar a su propia familia con falta de educación no deberían ser las maneras de un Presidente — pronuncia la última palabra como si fuera un insulto.

El comentario me divierte, y me doy cuenta de que tengo ganas de sonreír. Hace mucho que no estoy a punto de reírme por algo.

— ¿Y dices todo esto sabiendo que puedo despedirte?

— Lo digo precisamente por eso. Ya me di cuenta de que va a despedirme por defender su casa contra un intruso — Anabela pone las manos en la cintura. Es casi gracioso, es bajita y delicada, pero no parece tener ningún miedo de enfrentarme —, así que al menos puedo decir lo que pienso.

— De acuerdo. Pero, Anabela, todavía tengo una duda — digo, conteniendo la risa. — ¿Por qué demonios no se te ocurrió que yo podía ser tu jefe? Después de todo, estaba en mi despacho, sentado en mi silla, y aún no me habías visto. ¿Cómo no se te pasó por la cabeza?

Abre la boca y la cierra tres veces, luego aparta la mirada de la mía.

— Bueno, no lo pensé...

— ¿Por qué?

— No podía imaginarme que se viera así — dice de repente.

Por alguna razón, su comentario me provoca ganas de reír otra vez.

— ¿Qué tiene de malo mi apariencia?

Cambia el peso de una pierna a otra, nerviosa.

— Nada.

— Entonces no entiendo. ¿Quisiste decir que me encontraste muy feo, es eso? — pregunto, solo porque quiero oírla confesar lo contrario.

Es una sensación extraña. Hace años que no escucho un cumplido de una mujer bonita, y nunca lo eché de menos, pero por alguna razón quiero que lo diga.

— ¡Claro que no!

— Entonces, ¿me encontraste guapo?

Anabela entrecierra los ojos hacia mí, parece una pantera a punto de atacar.

— Presidente, no sé qué tiene eso que ver con la conversación.

— Todo. Quiero entender por qué actuaste de esa manera.

Exasperada, levanta los brazos y los deja caer a los lados del cuerpo.

— ¿Qué quiere que diga? ¡Con esos brazos y sin camisa, la cara...!

Ya no puedo controlar las ganas de reír.

— ¿Qué tiene mi cara ahora?

— ¡No esperaba que pareciera un modelo de ropa interior, ¿está bien?! ¿Satisfecho? ¡Pensé que sería un viejo con el pelo blanco y todo arrugado! — estalla.

La carcajada explota desde dentro de mí justo cuando ella continúa con sus explicaciones, pero ya no puedo concentrarme. ¿Dijo modelo de ropa interior?

— Leí sobre su familia, el señor Viturino, su padre. Deduje que él era el presidente, y en su biografía dice que tiene más de setenta años...

— Entonces esperabas a un anciano — respondo, sin poder dejar de reír, lo que parece enfurecerla aún más.

— ¡Eso!

— No a un modelo de ropa interior...

Esta vez no lo confirma, solo desvía la mirada de la mía, avergonzada.

— Está bien, señorita Gonzales. Puede irse. — Me seco los ojos, intentando calmarme, pero basta con mirar su expresión indignada para que vuelva a reír sin control.

— ¿Irme?

— No, volver al trabajo.

— ¿No me va a despedir?

Sonrío ante la sorpresa en su voz.

— ¿Quieres que te despida?

— No, señor, pero después de todo lo que pasó, incluso le lastimé la cabeza. Sé que no le agrado.

— En absoluto, pero eso no importa.

— ¿Cómo que no?

— Cocinas muy bien — digo, en un cumplido sincero —, estás cuidando la casa, limpiando y haciendo tu trabajo. Si te mantienes fuera de mi camino, lo cual no es difícil en una casa tan grande, nos llevaremos bien.

— Será un placer mantenerme lejos de usted.

— Entonces tenemos un trato.

Asiente y me da la espalda, pero conserva esa postura orgullosa. Qué interesante ama de llaves he conseguido...





¡Qué gran idiotez fui a hacer, Dios mío! ¡Ni yo creo en el tamaño de mi metida de pata! Confundir al jefe con el jardinero y echarlo de su propia oficina.

Tiene toda la razón de haberse enfurecido. No sé cómo no perdí el empleo, porque él fue provocando, irritándome, y cuando me di cuenta ya le había soltado unas cuantas cosas. Algo debo haber hecho bien.

Pero ahora tengo dos situaciones complicadas que resolver. La primera tiene que ver con la familia del Presidente.

Catarina fue tan educada y amable, me agradeció por la cena y me trató como si fuéramos amigas. Y, a cambio, la pobre casi tuvo a su bebé ahí mismo, en el comedor, con el susto que se llevó. Necesito disculparme.

La segunda, y más preocupante, es mi jefe: malhumorado, bruto y modelo de ropa interior en sus ratos libres. Sin duda, ese hombre no me soporta, y está bien, no le gusta nadie, en realidad. Pero aun así, necesito al menos mejorar la mala impresión que tiene de mí, y no sé cómo hacerlo.

Me revuelvo en mi sofá cama, preocupada. Al final, hice muchos planes con este trabajo. No puedo irme así, por un simple malentendido. El recuerdo del momento en que salió de la oficina vuelve a mi mente, y sacudo la cabeza.

—¡Anabela, idiota!

Tengo que hacer algo que lo agrade, que sea suficiente para que olvide lo ocurrido y podamos seguir adelante.

Tal vez podría…

¡La biblioteca, claro!

Me siento de golpe en la cama, con la idea bullendo en mi mente.

Cuando entré en la biblioteca, noté que, a pesar de tener una colección enorme, está completamente desordenada. Los libros están alineados sin ningún orden o criterio, llenos de polvo e incluso algunos tirados por ahí, al azar.

A él le gusta leer. Lo sé porque encontré un libro en mi primera visita al lugar y, después, cuando lo sorprendí y cometí la estupidez de echarlo, también estaba leyendo. Además, ¿quién tendría una biblioteca de ese tamaño si no le gustara? Pero, aun así, no parece tener paciencia para mantenerla ni para limpiar los ejemplares.

Si organizo todo bien bonito, por nombre de autor o incluso por género, colocando los libros en las estanterías de forma más metódica, seguro que lo agradecería, se pondría contento.

Y si consiguiera seleccionar algunos de sus libros favoritos y perfumarlos uno por uno, ¡el Presidente no tendría otra opción que adorarme! Sería elevada al nivel del señor Helder, seguro. Así que me decido, eso es lo que voy a hacer, solo necesito la oportunidad.

Y cae en mi regazo a la mañana siguiente.

Después de preparar un desayuno abundante para calmar los ánimos y lavar los platos después, encuentro a Catarina en el comedor, sola. Tiene las piernas apoyadas en una silla que puso frente a ella y está con el celular, pareciendo aburrida.

—¡Buenos días, señora Catarina!

Ella levanta la mirada al escucharme y me sonríe. Mejor, al menos todavía parece amable.

—¡Buenos días, Anabela! ¿Cómo pasaste la noche después de lo de ayer?

—Bien, en realidad. Su hermano no me despidió, así que…

Catarina asiente, como si hubiera dicho algo muy interesante.

—Sorprendente —comenta pensativa—, no tenía dudas de que te echaría. No es tu culpa,

pero Mat no tiene paciencia, no perdona y no confía en las personas con facilidad.

—Fue un error, enorme y catastrófico, pero no lo hice con mala intención.

—No entendí muy bien lo que pasó, ¡deberías contármelo! Me dio mucha curiosidad… —dice, quitando los pies de la silla y apoyándolos en el suelo.

—Me encantaría quedarme y contarlo todo, pero necesito ponerme a trabajar antes de que él cambie de idea.

A Catarina no parece importarle mi excusa.

—Alberto lo arrastró a pescar, hay un estanque en el fondo de la propiedad. Matteo no quería ir, pero no tuvo mucha opción, así que no volverá hasta la tarde, a menos que llueva… Hace frío y está algo nublado, ¿no crees?

Siempre está oscuro dentro de la casa, pero eso no refleja necesariamente el clima afuera. Hoy, sin embargo, el cielo realmente está nublado.

— Sí, pero el pronóstico no dice que va a llover. ¿Estás segura de que solo vuelven por la tarde?

— Sí, claro. ¿Por qué?

— Es que… — Miro a los lados, confirmando que realmente no está cerca, y luego me acerco. — Estuve pensando en alguna forma de redimirme, de hacer algo para agradar al Presidente.

— Interesante, pero debo decirte que casi nada le agrada...

— ¡Lo sé! — respondo, entusiasmada con la idea que se me ocurrió. — Pero entonces pensé en algo: le gustan los libros, ¿verdad?

— ¡Le encantan! — Catarina se levanta, animada antes incluso de saber mi plan.

— Entonces, no sé si has entrado a la biblioteca, pero es un caos.

— Me lo puedo imaginar.

— Los libros están tirados, las estanterías llenas de polvo… A mí también me encantan los libros, creo que podría organizarlos por orden alfabético de los autores o por género. Él

estaría contento, ¿no crees?

— ¡O lo más cerca posible de eso! ¡Qué buena idea! ¿Sabes qué creo? Que podemos ir juntas, tú y yo. Te ayudo y de paso charlamos.

— No, ni hablar. No es necesario que te preocupes, estás embarazada, mejor descansa.

— ¡Pero quiero! No voy a soportar quedarme aquí todo el día sin hacer nada. Solo te pido dos cosas a cambio de mi ayuda...

— ¿Qué cosas? De cualquier manera, ya te debo una disculpa por lo de ayer.

— Solo entretiéneme con chismes y algo rico para beber. Y para comer…

Sonrío ante su apetito inagotable. Dicen que algunas embarazadas comen por dos; Catarina parece comer por cinco.

— ¿Qué te parece un chocolate caliente? Creo que combina con el clima.

— ¡Perfecto! — Aplaude y hasta hace un bailecito gracioso. — Te espero en el despacho, entonces.

No la hago esperar mucho. Me lleva unos quince minutos preparar el chocolate caliente y coger unas galletas que quedaron de la tanda que horneé para el desayuno.

Cuando entro al despacho, encuentro a Catarina analizando las estanterías con el ceño fruncido.

— Como bien dijiste, ¡es un caos!

— Le dije a la señora…

Ella pone los ojos en blanco y me mira, colocando las manos en la cintura.

— Sabes que no debo ser mucho mayor que tú, ¿verdad? ¿Puedes dejar de llamarme “señora”?

— ¡No creo que seas mayor! — respondo, muerta de miedo de que me haya malinterpretado. — Solo es una muestra de respeto, tu hermano exige un trato más formal.

— ¡Mi hermano es un idiota! Llámame Catarina o Cat.

Acabo riendo por cómo habla de mi jefe y asiento.

— Está bien, Cat.

— ¡Perfecto!

Catarina se sirve una taza, llenándola hasta el borde con chocolate caliente. Cierra los ojos mientras prueba la bebida y luego coge una de las galletas.

— ¿Estás segura de que nunca tomaste un curso de cocina? ¿O quizá estudiaste gastronomía?

Sonrío ante el halago.

— Aprendí a cocinar después de que mi madre enfermara, pero cuando mi padre se jubiló y empecé a trabajar fuera, la responsabilidad del almuerzo y la cena pasó a mi hermana. Solo preparaba platos diferentes, postres más elaborados... y acabé disfrutándolo.

— ¿Y no te gustaría estudiar algo relacionado con eso?

— La verdad, no. ¿Has leído ese libro que habla sobre los distintos lenguajes del amor?

Ella niega con la cabeza.

— Dice que cada persona tiene una forma de demostrar sus sentimientos. La mía es sirviendo. Me encanta cocinar en casa, para las personas que amo; en el trabajo, saber que la gente aprecia lo que hago. A pesar de ser agotador, es gratificante limpiar y saber que hice a alguien más feliz con mi esfuerzo. Es mi forma de demostrar amor por las cosas y por la vida, pero no es mi pasión como profesión.

Tal vez estoy hablando demasiado; después de todo, este es mi trabajo, pero Catarina asiente como si me comprendiera.

— ¿Y qué es tu pasión en el ámbito profesional?

— Los libros y los perfumes.

— Qué mezcla interesante. ¿Quieres ser escritora?

— No — sonrío ante su suposición —, me gusta trabajar con los ejemplares en sí. Me encantaría trabajar en una editorial, una librería o quizá una biblioteca.

— ¿Y los perfumes? ¿Dónde encajan?

— Es una manía, me gusta perfumar mis libros para que la historia tenga su propio aroma. Parece raro, lo sé.

— En realidad, parece adorable — dice ella, señalando las estanterías. — ¿Por dónde empezamos?

— No sé, ¿qué te parece mejor? ¿Sacamos todo, limpiamos y luego volvemos a colocar ordenadamente, o vamos sacando uno por uno?

— Creo que todo. Podríamos hacer pilas por género, así será más fácil acomodarlos después.

Estoy de acuerdo, realmente será mejor de esa forma. Entonces comenzamos el trabajo duro. Subo la escalera hasta alcanzar la última estantería y empiezo a sacar los libros uno por uno. Catarina los toma de mis manos para colocarlos en el suelo y separarlos.

Como no puede cargar mucho peso, esto toma más tiempo del que tomaría con otra ayudante, pero mucho menos de lo que me llevaría sola.

— ¿Y entonces? ¿Me vas a contar? — pregunta después de un rato.

— ¿Qué cosa?

— Lo del caos de anoche.

— ¡Ah, eso! Es una historia tonta. Empecé a trabajar aquí y llamé a un jardinero para que desmalezara el césped que estaba muy crecido. Aún no había visto al Presidente y pensaba que era su padre.

— ¿Papá? Se jubiló hace años.

— Pues sí, pero no hay nada que informe eso en internet.

— Sí lo hay, si buscas bien. Pero fue una decisión discreta, y Matteo no hace apariciones públicas, así que tampoco hay fotos.

— Exacto — digo, prestando atención a lo que menciona sobre las apariciones públicas. Al parecer, eso de no salir de la propiedad es literal —. Como esperaba a un hombre mayor y vi a

tu hermano desmalezando el césped, asumí que era el jardinero.

— Ay, Dios…

— Se pone mucho peor — aseguro.

Catarina ya se ríe de mi desgracia.

— ¿Qué hiciste exactamente?

— Entré aquí y lo encontré sentado en la silla del jefe, sin camisa y descalzo. Pensé que era un jardinero muy descarado y sin vergüenza…

— ¡Y le lanzaste las botas!

— Así es. Y hasta lo amenacé con arrojarle el trofeo de vidrio si no se iba.

— ¡Dios mío! ¿Y se fue?

— Se fue. Ahora entiendo que pensó que yo era una ladrona. Hasta llegó a decir que era parte de una pandilla, ¿puedes creerlo? ¡Mira mi cara de delincuente, Catarina!

Ella ríe a carcajadas, apoyándose la mano en la barriga mientras probablemente imagina la escena.

— Como no te había visto antes, pensó que habías invadido... — dice entre risas.

— Eso. Ahora imagina el susto que se llevó al verme entrar contigo.

— ¡Se puso blanco como un fantasma! Pero ¿sabes qué me dejó más intrigada?

— ¿Qué? — pregunto, entregándole otra pequeña pila de libros.

— Ustedes entraron a hablar. Yo estaba segura de que lo iba a escuchar gritando y luego te despedirían.

— Yo también.

— Pero lo escuchamos reír, ¡a carcajadas! — dice, todavía sorprendida.

— Es que me preguntó cómo estaba tan convencida de que no era el Presidente. Y le expliqué que pensaba que era un viejo.

— ¿Eso fue todo? ¿Se rió tanto solo por ese comentario? — Catarina me observa con el ceño fruncido, como si analizara mi explicación.

No quería decir toda la verdad, pero no parece que vaya a rendirse tan fácilmente.

— No, pero no puedes reírte, ¿vale? Cuando estoy nerviosa hablo demasiado — comienzo, incapaz de mirarla a los ojos, así que cierro los míos. — Le dije que esperaba que el Presidente fuera un anciano, arrugado, y no un… modelo de ropa interior.

Catarina se atraganta con la risa. Aunque no la veo, la escucho, pero al menos tiene la decencia de intentar disimular. Continúo:

— Empezó a reírse de mí, y creo que al final dejó pasar todo el asunto.

— Eso fue… ¡Modelo de ropa interior! ¡Por Dios! — Su risa se hace más evidente, y pronto estalla en carcajadas. Abro los ojos para mirarla, bastante avergonzada por mi confesión.

Ella sigue riendo y termina contagiándome; pensándolo bien, fue bastante gracioso.

— Fue una tontería, pero creo que le resultó cómica.

Catarina sacude la cabeza y se limpia los ojos, calmándose tras la crisis de risa. Luego me mira más seria.

— No lo entiendes. Desde que se aisló aquí, hace cinco años, nunca lo había visto reírse así. Por eso Alberto y yo estábamos tan sorprendidos. Una sonrisa forzada, de vez en cuando, pero ¿reírse a carcajadas? Hace más de cinco años que no oía ese sonido.

El comentario me deja perpleja. Sé que el Presidente es serio y poco sociable, pero ¿no reírse en cinco años? Me parece que es mucho más que una cuestión de personalidad. Algo tuvo que haberlo dejado así.

— ¿Puedo preguntar qué le pasó?

Tal vez fui demasiado intrusiva, porque ella desvía la mirada del suelo y, cuando responde, no da muchos detalles.

— Bueno, digamos que perdió mucho. Matteo estaba casado.

Oh, Dios mío...

Eso no me lo esperaba, no podía imaginar que fuera viudo.

— ¡Es tan joven!

Ella asiente, pero se encoge de hombros.

— Se casó joven. La chica era de una familia rica, nuestros padres y los de ella querían fusionar las empresas, y parecía que los dos se querían mucho, así que unieron lo útil a lo agradable. Él tenía unos veintiocho años, tampoco era un crío.

— ¿Cuántos años tiene ahora?

— Treinta y cinco... — Catarina me mira de repente. — Yo tengo veintiocho, ¿y tú?

— Veintisiete.

— ¿Ves? Solo un año de diferencia entre nosotras — responde, y noto que cambió de tema a propósito. No insisto.

— Sí, y una vida — coincido. — Mientras yo sigo soltera, tú ya te casaste y vas a tener un hijo.

— Alberto y yo hemos sido amigos por mucho tiempo. Nos dimos cuenta de que estábamos enamorados y nos casamos. Nunca he tenido a otra persona, ¿lo crees?

— ¡Ah! ¡Qué bonito! Algún día yo también viviré un amor así. Por ahora, me conformo con los personajes literarios.

— Haces bien, ellos no se atreven a irritarnos — susurra como si fuera un secreto. — ¿No tienes novio?

Niego con la cabeza, pero Catarina parece esperar una explicación más completa o al menos que desarrolle el tema.

— Mis padres necesitan mucho de mí y de Julieta, mi hermana. No salimos mucho. Esta es la primera vez que estoy lejos de casa, y eso porque el salario lo vale mucho. Así que nunca he tenido tiempo para una relación seria. He conocido a algunos chicos, pero nada que realmente prosperara.

— Lo entiendo. Yo tampoco empecé a salir muy joven.

Seguimos conversando durante algunas horas. Me cuenta más sobre su relación y también que su embarazo ya está entrando en el octavo mes y que el bebé será un niño. Mientras

tanto, vaciamos todas las estanterías. Sin embargo, justo cuando empiezo a guardar los libros, Catarina se sienta en el sofá al otro lado de la habitación.

— ¿Te sientes bien?

— Creo que me lastimé la espalda al mover y colocar los libros en las pilas.

Miro hacia abajo, analizando el desastre que hicimos, pero no puedo permitir que siga así.

— Creo que deberías parar por hoy. No puedes esforzarte tanto.

— ¿Pero cómo terminarás? Ya casi son las cinco...

— No importa. Si el Presidente viene a la oficina, será más tarde, porque a esta hora está en la piscina.

— Sí, después tiene boxeo — dice, pensativa. — No creo que vuelva hoy...

— ¿Boxeo?

— ¿No lo sabías? Tiene un gimnasio en el sótano y también entrena boxeo — cuenta, como compartiendo un secreto.

— Ahora todo tiene sentido...

— ¿Qué cosa?

— Eh... — Mi gran bocota. — Es que es fuerte, pero tan encerrado aquí no pensé que hiciera ejercicio.

— La genética no sería tan buena por sí sola. — Se ríe. — Pero lo importante es que no volverá a la oficina hoy, solo mañana.

— ¿Y si decide venir por la noche?

— Vamos a cenar juntos: Matteo, Alberto y yo. No voy a darle espacio para que piense en el trabajo. Además, sus reuniones siempre son conmigo, y yo ya estoy aquí.

Bajo las escaleras despacio y termino por estar de acuerdo.

— Está bien, termino mañana temprano entonces. Pediré ayuda a una de las chicas... ¿Sabes en qué me podrías ayudar?

— ¿En qué?

— Quisiera saber cuáles son sus libros favoritos.

— ¿Para dejarlos en un lugar destacado?

— Algo así.

— Hmmm, creo que "Crimen y castigo", "Memorias póstumas de Brás Cubas"... No puedo recordar todos. Además, los favoritos a veces cambian con el tiempo y con nuevas lecturas.

— ¿La Ilíada, tal vez? — sugiero. — Encontré el libro aquí el otro día, parece que lo estaba leyendo. La edición está bastante desgastada...

— Es… — Catarina evade mi mirada otra vez, como ya he notado que hace cuando no quiere hablar del tema, pero esta vez lo hace. — La relación de Mat con ese libro es algo compleja. No sé si lo ama o lo odia, pero seguro son sentimientos intensos.

— ¿Y no es siempre así con los mejores libros? Siempre provocan una montaña rusa de emociones.

— Es diferente, pero sí, por ahí va…

Salimos juntas de la biblioteca y, mientras Catarina sube al piso de arriba para darse un baño y descansar un poco antes de la cena, verifico si Elis y Suzi ya terminaron sus tareas. Luego les pido que piquen los vegetales y adelanten lo posible para la cena, mientras corro a mi cabaña en busca de mi perfume. Es uno que siempre me ha encantado; mamá lo recibió de joven y me lo dio porque lo encontró demasiado fuerte, y desde entonces, cada vez que se me termina y tengo un poco de dinero extra, lo vuelvo a comprar, porque ya lo siento como parte de mi piel.

No quería usar este aroma específicamente para perfumar uno de los libros del jefe, pero es mejor que meterme en su cuarto y tomar uno de los suyos. Cuando regreso a la casa, también hago una mezcla de canela y chocolate en polvo con agua, y sumerjo unas tiras de papel en ella, dejándolas secar mientras trabajo en la cena. También rocío mi propia fragancia en otros

pedacitos de papel.

Antes de acostarme, y después de que ya están secos, paso por la biblioteca y los coloco dentro de los libros que mencionó Catarina, así como el que le pregunté, teniendo cuidado de poner más de un aromatizador en ese, para que el aroma se disperse más rápido.

¡Listo! Quedarán perfectos.

Al volver a la cocina, me informan que el jefe y su familia están reunidos en la sala de música, lo cual es bueno, considerando que ya la limpié y que, por la hora, él realmente no tiene intenciones de volver a trabajar hoy, así que puedo terminar de guardar los libros mañana.

Después de encargarme de los platos sucios de la cena, me despido de Elis y Suzi y vuelvo a mi cabaña, cómoda y acogedora. En dos días tendré mi primer día libre y podré ir a casa; ya estoy muriendo de ganas de ver a mis padres y a Julieta. Nunca pensé que sería tan difícil estar lejos de ellos.

Tardo un poco en quedarme dormida, pero cuando lo hago, caigo en un sueño tranquilo.





Si hay algo de lo que no puedo quejarme con respecto a la nueva ama de llaves, sin duda es de su habilidad en la cocina, al menos no cuando puedo comer un pastel tan delicioso como el que preparó hoy de postre. Por más atrevida y contestona que sea, cocina realmente muy bien. Si no supiera ocuparse de la casa, solo por las comidas ya valdría la pena haberla contratado.

Aunque sigo evitando extenderme mucho en la conversación desde que me arrastraron —y al pastel también— a la sala de música, Alberto y Catarina logran mantenerse entretenidos

entre ellos. No entiendo de dónde sacan tanto tema para hablar, considerando que viven en la misma casa y se ven todos los días.

Pero cuando Catarina corta un tercer pedazo de pastel, ya no puedo quedarme callado:

— Catarina, ¿cómo puedes comer tanto así? Sé que estás embarazada, pero parece que ya no te va a caber.

Alberto se ríe de mi comentario, y a mi hermana no parece hacerle mucha gracia.

— ¿Te vas a reír de lo que dice este idiota, amor? Ahora quiere controlar lo que como.

Dramática, como siempre.

— No estoy haciendo nada de eso, solo dije que estás comiendo demasiado.

— Es lo mismo, y bueno, Anabela tiene la culpa. Si no hiciera cosas tan ricas, comería menos. Ni siquiera sé cómo tuvo tiempo para esto, después de todo lo que trabajamos en la tarde...

— ¿Ustedes dos? ¿Qué hiciste tú? ¿Ayudaste con la limpieza? — pregunto, realmente curioso.

Catarina siempre ha sido muy dispuesta, pero no recuerdo ninguna vez en que haya agarrado una escoba.

— Claro que sí, y fue muy divertido, pero no limpié la casa ni hice trabajo pesado — explica, justificándose con Alberto. — Empezamos a organizar la biblioteca, limpiamos y separamos tu colección para arreglar ese desastre.

Por un momento creo haber entendido mal, porque obviamente no harían algo así sin mi consentimiento.

— ¿Qué dijiste?

— Los libros, Mat — repite, como si hablara del clima —, te gustan tanto, pero no los cuidas muy bien...

La sangre ya empieza a correr más rápido por mis venas. No sé cómo explicarlo, pero

siento la rabia condensándose dentro de mí, amenazando con explotar en cualquier momento.

— ¿Me estás diciendo que tocaron mis libros?

Rezo para haber entendido mal de alguna manera.

— ¿Y cuál es el problema?

¿Cómo puede preguntar una estupidez así? ¿Cuál es el problema?

Me levanto de inmediato.

— ¡HELDEEEEEER!

Sé perfectamente que me escuchará, esté donde esté.





Helder aparece enseguida, y sus ojos asustados se encuentran con los míos. No necesito decir mucho; como me conoce, ya sabe que estoy furioso.

— ¿Me llamó, Presidente?

— ¿Dónde está la señorita Gonzales?

Sus ojos buscan los de Catarina, pero ella está inmóvil, sin reacción. Como si no hubiera hecho una cagada monumental.

— Ya se fue a dormir, señor — responde finalmente —. Terminó las cosas en la cocina y se retiró; últimamente comienza a trabajar muy temprano.

Dejo a Alberto y a Catarina en la sala de música y me dirijo a la biblioteca. Helder me sigue, tratando de igualar mi ritmo con sus pasos más lentos.

Lo que más me saca de quicio es saber que, aunque pareciera desordenado, yo podía orientarme en mi propio caos, sabía exactamente dónde estaba cada ejemplar cuando lo necesitaba, ¡y ahora ella lo ha cambiado todo de lugar!

Abro la puerta, y lo que veo me deja sin palabras por un momento. La rabia domina todo mi cuerpo. Hace mucho que no me sentía tan enojado, al borde de estallar, pero al ver todos mis libros tirados en el suelo y las estanterías completamente vacías, siento ganas de matar a alguien.

— Dios mío… — susurra Helder detrás de mí —. Creo que aún estaba trabajando en esto — añade, como si quisiera justificarla.

— Esto no es trabajar, Helder, es destruir. Llámala aquí ahora mismo, no puedo ni expresar el odio que estoy sintiendo.

— Presidente, entiendo que esté enojado, sé cuánto valora sus libros y que ella estuvo

mal al tocarlos sin su permiso, pero ¿no sería mejor esperar hasta la mañana? Ya debe estar dormida y, seguramente, no lo hizo con mala intención...

— Helder, ahora.

Pero el viejo parece clavado en el suelo.

— Aún creo que es mejor esperar hasta la mañana. ¿Está seguro de que quiere hablar con ella ahora? Usted está muy alterado.

Estoy a punto de responderle cuando algo llama mi atención. Al principio, es un fuerte aroma a perfume que invade mis fosas nasales. Sin saber de dónde proviene, lentamente localizo la fuente del olor, y entonces noto una pequeña pila de libros sobre mi escritorio, los únicos que parecen medianamente organizados.

Me acerco a los ejemplares, ya temiendo lo que voy a encontrar. Son mis libros preferidos y, entre ellos, ese que me provoca tanto sufrimiento. El perfume fuerte proviene de uno de ellos.

Cuando tomo en mis manos el volumen gastado de La Ilíada, siento el aroma, algo floral pero con un toque amaderado que impregna todo. No es un olor desagradable, pero ¿qué carajos estaba pensando esa mujer para echarle un frasco de perfume a mi libro? Y los otros… ¡huelen a café!

Es la gota que colma el vaso, el detonante para que decida ir a buscarla ahora mismo.

— Puedes irte a dormir, Helder.

Paso junto a él y salgo por la puerta trasera. Cruzo el césped hacia el chalet que sé que le asignaron. Me importa un carajo la hora o si está durmiendo, me va a escuchar ahora. Claro que entiendo que Catarina es igual de culpable, pero dudo que la idea haya sido suya. Además, Anabela es mi empleada; Catarina no.

Golpeo la puerta de madera con tanta fuerza que esta tiembla bajo mi puño. Escucho pasos arrastrados dentro del chalet y cierro los ojos, tratando de controlar parte de la rabia que

siento.

Poco después, el desastre y la destrucción en persona está frente a mí, con el ceño fruncido de preocupación y el cabello castaño suelto.

— ¿Presidente?

— Necesito que veas algo.

La sujeto del brazo y la arrastro afuera. Ella intenta seguirme, pero no para de hablar.

— ¿Ahora?

No respondo.

— Es tarde, Presidente. Creo que sería mejor que me cambiara antes…

Esta loca, destruyendo la casa ajena y creyendo que tiene derecho a exigir algo.

Cuando entramos por la cocina y poco después abro la puerta de la biblioteca, la suelto y señalo el caos que hay frente a nosotros.

— Quiero saber qué excusa va a dar esta vez por este desastre que hizo aquí.

La miro con rabia y noto cómo su mirada vacila. Anabela observa el estrago y muerde su labio inferior, como una niña traviesa atrapada en medio de una travesura.

— Sé que parece muuuuy mal, Presidente. Lo que pasa es que no me dio tiempo de terminar, pero voy a devolver todo a su lugar por la mañana, ¡lo prometo!

Me acerco un poco más. Estoy ahora a centímetros de distancia de ella, que sostiene mi mirada con su habitual altivez.

— Destruiste mis libros — digo, señalándola directamente. — ¿Rompiste a propósito un frasco de perfume sobre ellos? ¿Vertiste café en mi ejemplar de Memorias Póstumas? — le pregunto, prácticamente gritando. — ¿Qué mierda pasó por esa cabeza hueca para hacer semejante cagada, señorita Gonzales? ¿Pensaste que sería divertido poner a prueba mi paciencia?

— ¿Por qué cree que los arruiné? Son aromas… — responde, comenzando una explicación en la que no tengo el menor interés.

— ¿Aromas? Seguro que no vas a entender lo importante que es este acervo para mí.

Probablemente nunca leíste un libro en tu vida — replico con desdén.

— Está siendo malvado y prejuicioso. ¿Por qué no habría leído un libro en mi vida? ¿Por ser pobre? — pregunta, sin bajar la cabeza. — De hecho, me gusta mucho leer.

— ¿Prejuicioso? Esto no tiene nada que ver con el dinero. Pero si te gustaran los libros, sabrías que no debías meter tu nariz donde no te llaman, entrometida. Es mi biblioteca, mis libros, y no te di permiso para tocarlos ni para echarles perfume.

La maldita mujer me mira con los ojos llenos de furia y apunta un dedo hacia mi cara, imitando mi gesto.

— ¿Entrometida? ¡Usted es un bruto! — dice, en el mismo tono que yo usé. — Estaba organizándolo todo. Aquí está ahora, dándoselas de hombre culto y muy refinado, pero si realmente amara tanto sus libros como dice, no los habría dejado tirados en los estantes, llenos de polvo. ¡Me pasé todo el día aquí con su hermana intentando hacer algo que le agradara, y así me lo paga! ¡Es un bruto de verdad!

El comentario me enfurece aún más. Sus ojos son muy bonitos, parecidos al miel en forma líquida, y ahora parecen brasas ardientes. Definitivamente, este no es el momento adecuado para notar lo condenadamente hermosos que son los ojos de esta gobernanta descarada.

— ¿Yo soy un bruto? Fuiste tú quien tiró mis libros al suelo y pensó que sería buena idea bañarlos en perfume.

— Puede que haya actuado mal al no preguntar antes, pero no bañé ningún libro. Solo son marcadores aromatizados, y usted no tiene derecho a gritarme solo porque paga mi salario. — No me da tiempo para responder. — Separé los libros por género y en orden alfabético; solo me faltó devolverlos a su lugar.

— ¿Me estás diciendo que decidiste que mi acervo necesitaba tu ayuda y aún crees que debería estar agradecido?

Ella pone las manos en la cintura, y contrario a lo que esperaba, no parece dispuesta a disculparse.

— Puede que me haya pasado de los límites, pero tuve buena intención. Ahora, ¡usted es muy maleducado! ¿No se ha dado cuenta de que me sacó de la cama, en ropa de dormir y en medio de la noche, solo para gritarme un montón de frases groseras? — dice, con los ojos llorosos, y de repente me siento como un completo idiota.

Está bien, no voy a decir que lo que hizo estuvo bien, pero parece que yo también me pasé de los límites. En ese momento no pensé en nada de eso; fui impulsivo, movido por la rabia, sin considerar lo inapropiado que era arrastrar a la chica hasta aquí usando esa...

Mis ojos traicioneros bajan por su cuerpo. Ahora noto con más atención la camisola blanca, que apenas cubre sus pechos con un encaje del mismo color y cae hasta la altura de sus muslos. Son muslos bien torneados, y la tela es un tanto transparente, dejando poco a la imaginación. Observo sus curvas sensuales, las piernas bonitas y, subiendo un poco más, la cintura fina. Al elevar la mirada nuevamente, ¡mierda!, puedo ver los pezones erectos bajo la tela, probablemente por el frío.

Anabela es buenorra y hermosa, pero yo, definitivamente, no debería estar mirándola así, tan descaradamente. Esto es lo que cinco años de maldito celibato han hecho conmigo: no puedo dejar de mirarla, como un adolescente descubriendo que su polla funciona.

— ¡Eh! — Un chasquido de dedos frente a mi cara llama mi atención. — Primero me grita sin un ápice de educación, ¿y ahora me va a mirar así?

Cruza los brazos, cubriendo sus pechos, y me observa de un modo diferente. A pesar de sus palabras contrarias, sus ojos también recorren mi rostro, bajan a mi pecho y se detienen ahí. Anabela pasa la lengua por sus labios, humedeciendo su boca perfectamente formada, y luego carraspea.

— ¿Sabe qué, señor Presidente? — pregunta, con un tono claramente sarcástico en la última palabra. — Ni aunque me pagaran treinta mil reales me quedaría aquí ahora mismo. Me voy mañana. Ningún salario en el mundo vale la pena si tengo que soportar a un grosero como usted.

— Tal vez me excedí, pero…

— ¡Quédese aquí, con sus libros desordenados que dice amar tanto! — interrumpe bruscamente.

Sin esperar una respuesta, me da la espalda y se va, dejándome sintiéndome como un completo idiota.

**

La reunión terminó pocos minutos después de lo previsto, pero fue suficiente para que apareciera el dolor de cabeza. Me subo al coche y espero un momento, mientras Miguel se despide de los demás, tan simpático como siempre.

Mi hermano abre la puerta del lado derecho y se deja caer en el asiento, colocándose el cinturón de seguridad enseguida.

— ¿Quieres que te deje en casa? — pregunto, saliendo del estacionamiento de Vevet.

Afloja la corbata y me mira por un instante.

— Estaba pensando en ir a la tuya — dice. — Podríamos ver una película, no sé, hacer algo.

— Puede ser. Catarina dijo que quizá pase por ahí más tarde.

Miguel asiente, satisfecho con el plan.

— Genial. ¿Sofía está en casa?

— Sí, le gustará verte.

Aunque, en realidad, no es exactamente así. Aunque Miguel y mi esposa se llevan bien, Catarina y ella no son las mejores amigas. Sofía tiene un carácter fuerte y mi hermana no se queda atrás, así que la convivencia entre ambas es, como mínimo, interesante.

Conduzco por las calles de la ciudad, atento al tráfico y escuchando los comentarios de

Miguel sobre la reunión.

— Creo que este nuevo campus va a quedar increíble, Mat. Los arquitectos presentaron un proyecto de puta madre, ¿no te pareció?

— Me pareció interesante — coincido. — Pero, ¿no te pareció muy… griego? Esos pilares.

— Por eso me gustó, me sentí dentro de la Ilíada, como el propio Aquiles frente a Troya. — Se ríe, mencionando su libro favorito.

— No sé cómo tienes paciencia para ese montón de versos. Además, Aquiles no va a construir nada, la idea es exactamente lo opuesto.

— Lo sé, lo importante es el monumento, hermano. Deja de fijarte tanto en los detalles. Y sobre los versos, ni los leíste. Como lector, es parte de tu deber, Mat, tienes que leer las epopeyas.

— No, dejo eso para ti.

Miguel se ríe y me da una palmada en la nuca, lo que me hace reír también.

— Sabes que, al final, nuestra opinión sobre el proyecto importa poco. Papá decidirá qué es lo mejor.

— Exacto, el Presidente tiene el poder.

Cuando estaciono la BMW frente a casa, Miguel y yo bajamos y entramos por la puerta principal. La mansión en Alphaville fue un regalo de bodas de nuestros padres, y su arquitectura increíble sigue siendo impresionante incluso después de dos años.

— ¡Sof! Ya llegué, cariño — grito al entrar.

Miguel me sigue, y ambos nos quitamos las corbatas al mismo tiempo. Nos parecemos mucho físicamente, aunque él es algunos años más joven que yo.

Entro en la cocina y abro la nevera buscando la jarra de agua. Miguel saca los vasos del armario, y cuando me giro para servirle, veo a Sofía entrar por la puerta trasera. Está radiante, con el cabello rubio suelto sobre los hombros y una enorme sonrisa en los labios. Hace tiempo

que no la veo tan feliz; ha estado distante, y quizás en parte sea culpa mía. He trabajado demasiado.

— ¡Ya llegaron! Qué bien, estaba aburrida aquí sola.

Me fijo en el diminuto bikini que lleva puesto. Es hermosa, tiene un cuerpo muy atractivo, pero a veces creo que no se da cuenta de cuánto llama la atención.

— ¿Sola? ¿Dónde está Helder? — pregunto, mirando alrededor.

— Limpiando algo. Quise decir sola, sin ti, Mat. — Me abraza, poniéndose de puntillas, y veo que Miguel desvía la mirada automáticamente.

Me molesta un poco la forma en que mira a mi esposa, pero mi hermano es casi un chiquillo y sé que no lo hace con mala intención. Sofía es demasiado hermosa, y andando así, prácticamente sin ropa, le pone las cosas difíciles.

— Creo que es mejor que te pongas un vestido — sugiero, lanzándole una mirada que deja claro a qué me refiero.

Ella se ríe, mirándome con sarcasmo, pero capta la indirecta. Cuando se dirige al dormitorio, le doy un manotazo en la cabeza a Miguel.

— Es mi mujer, imbécil.

— ¡Oye! — se queja. — ¡Yo no hice nada!

Despierto sobresaltado y me siento en la cama, llevándome la mano al pecho. Respiro profundamente, dejando que el aire llene mis pulmones poco a poco. Hacía tiempo que no soñaba con él, aunque he pensado en Miguel decenas de veces en las últimas semanas.

El día está a punto de amanecer, así que tomo una manta de la cama y me levanto, envolviéndome con ella. Camino hacia el balcón y observo el horizonte, esperando que el sol aparezca y haga su espectáculo diario.

Pensar en Miguel siempre me deja nostálgico…

Siento un pinchazo en el pecho al recordar el sueño; tenía una sonrisa fácil y estaba tan lleno de vida. Siento el sabor amargo en mi lengua, la bilis que sube y amenaza con darme la

vuelta, es el cruel sabor del arrepentimiento, del dolor.

Han pasado cinco años, pero el recuerdo de su risa, de sus ojos, todo sigue tan nítido dentro de mí, al igual que la memoria de una época en la que estaba completo, y no hecho pedazos como el hombre que sobrevivió a innumerables batallas, pero perdió la guerra.

El sol aparece en el horizonte, tiñendo el cielo de rojo, naranja y violeta, pintando el manto de la noche y transformándolo en día, renaciendo, poéticamente, de una forma que yo jamás haré.

Regreso al cuarto, consciente de que no voy a dormir más, y me dirijo al baño. Me quito la ropa y abro la ducha, decidido a darme un baño caliente antes de empezar el día.

Bajo el agua, dejo que lave el cansancio y la frustración por el sueño, por el recuerdo. He hecho muchas cagadas en mi vida…

Ese pensamiento me trae a la memoria la noche anterior, cuando arrastré a la ama de llaves hasta la biblioteca y hablé mucho más de lo que debía. No tenía cómo saber que era el maldito libro de mi hermano, y aunque realmente se haya metido en lo que no le correspondía, podría haber hablado de una manera menos grosera.

Creo que perdí la costumbre. Estoy tan acostumbrado a gritar y reclamar, a no tener a nadie que se moleste lo suficiente con eso, que olvidé cómo ser más… humano. Recuerdo su rabia, sus respuestas a la altura y sus ojos furiosos. No es una chica de gran estatura, pero parece de esas que no se asustan fácilmente.

También recuerdo cómo me miró, altiva, a pesar de estar de pie frente a mí, y el momento en que noté su ropa. La camisola transparente, el encaje dejando entrever los pezones, sus bonitas piernas.

Es instintivo. Siento que mi polla cobra vida, algo que es nuevo para mí.

Durante estos cinco años solo, atrapado en esta casa y en el pasado, perdí la cuenta de cuántas veces me masturbé, ya sea viendo películas, imágenes, o utilizando fantasías con mujeres sin rostro. Pero esta es la primera vez, en todo ese tiempo, que me pongo duro pensando en una

mujer específica, una mujer real.

¡Maldita sea!

Cierro la ducha antes de acabar convirtiéndome en un pervertido y tocarme pensando en la maldita ama de llaves. Regreso al cuarto y me visto rápidamente para el día.

Sigo usando traje y corbata, como hacía cuando iba a la oficina. Es un recordatorio para no hundirme en la amargura y no dejar que mi cuerpo sea enterrado.

Cuando bajo las escaleras y me siento a la mesa, Catarina y Alberto ya están en sus lugares. Ambos levantan la mirada cuando llego y me observan con expresiones que oscilan entre el desánimo y el desespero.

— ¿Qué pasa? — pregunto, analizándolos en busca de una respuesta.

— Buenos días para ti también — responde Cat, de mal humor.

— ¿Estás enfadada? Yo debería estar furioso contigo después de lo de ayer.

Ella niega con la cabeza.

— ¡Matteo! ¿Tienes idea de lo que hiciste? ¡Insultaste a la pobre Anabela a gritos! ¡Gritaste para que toda la casa te escuchara!

Suspiro, negándome a admitir mi error tan fácilmente.

— Ella tocó mis libros.

— Y lo acomodó todo después.

— No lo acomodó, no, estaba todo tirado…

Catarina me interrumpe.

— Sí, pero volvió a la biblioteca después de que te fuiste a dormir y pasó la noche en vela, poniendo todo en su lugar. Eso, antes de entregar la carta de renuncia.

— ¿Qué carta? ¿No recibí ninguna carta?

Y si no la recibí, la mujer no puede irse.

— ¡Es toda tu culpa! ¿Crees que no te escuché gritarle? Fuiste un bruto, y ahora vamos a tener que comer esta porquería rara.

Miro el plato que señala y noto que hay algo parecido a un engrudo, de procedencia bastante dudosa.

— ¿Esta porquería es su venganza?

Alberto se ríe ante mi pregunta, pero Catarina sigue seria.

— ¡Claro que no! Es lo que las otras empleadas lograron preparar, ya que Anabela terminó su trabajo en la biblioteca y se fue al chalé a recoger sus cosas. Timoteo la llevará.

— Pero… — También miro el engrudo, como si fuera una sentencia de muerte. — ¿De verdad lo acomodó todo?

Catarina arrastra la silla hacia atrás y se pone de pie.

— Ven a ver.

Ella camina hacia la biblioteca y la sigo, todavía intentando asimilar esta mañana, que ya empezó extraña. Alberto se queda donde está y come lentamente la cosa que tiene en su plato.

Cuando Catarina abre la puerta del despacho, queda claro que Anabela realmente pasó la noche en el lugar. Todos los libros han sido colocados en su sitio, y todo está organizado.

Me acerco a las estanterías y noto que hizo lo que planeó desde el principio. Separó todo por género y en orden alfabético, de una manera bastante metódica.

Me duele en el orgullo tener que admitirlo, pero realmente quedaron mucho mejor así.

Camino hacia donde están los libros sobre la mesa y noto que dejó una carta sobre ellos, probablemente la carta de renuncia que mencionó Catarina.

— ¿Hablaste con ella?

— ¿Tienes idea de la estupidez que hiciste, hermano? — pregunta, sin responderme. — Esta casa finalmente parecía habitada. Anabela hizo que el lugar volviera a tener vida. ¡Hasta te reíste! No te oía reír desde hace cinco años, Mat, ¡y obligaste a la chica a renunciar!

— No dije que tenía que irse.

— No, pero hiciste imposible que se quedara.

Me doy la vuelta para mirarla y suspiro, admitiendo mi error.

— Hice una tontería, ¿vale? No me gusta que toquen los libros y… puso perfume.

— Lo sé, me dijo que le gusta hacerlo con los suyos, que crea recuerdos y conecta los aromas con las historias. Fue un gesto de amabilidad.

— Era el libro de Miguel.

— Ah… — Cat entiende, sin que tenga que explicarlo, pero aun así continúa defendiéndola. — Ella no lo sabía. Tal vez deberías disculparte, aún no se ha ido.

— ¿Y qué voy a decirle? ¿Que soy un bruto y un idiota, pero que necesito que se quede y siga arreglando las cosas a su manera?

— Es un buen comienzo. Podrías pedir disculpas para complementar.

— No voy a hacer eso, Catarina, así que puedes buscar otra ama de llaves.

Ella coloca las manos en la cintura. Lleva un vestido largo, y su barriga, prominente, apunta hacia mí como si mi sobrino, que aún no ha nacido, también me estuviera acusando.

— ¿La séptima?

— Pero qué mierda...

— Pide disculpas.

Niego con la cabeza.

— Llama a Helder, voy a resolver esto.

Catarina no parece satisfecha, pero al menos hace lo que le pido. Helder aparece poco después, solo, y su expresión deja claro que tampoco está contento con la situación.

— Buenos días, Presidente.

— Un pésimo día, por lo visto. Llame a la señorita Gonzales, por favor.

Pero él solo sacude la cabeza, negándose.

— Timoteo ya está guardando sus cosas en el coche, está cerrando el chalé…

Por lo visto, no me queda más alternativa que humillarme para que la chica se quede.





La maleta con mi ropa llegó hace dos o tres días, y ahora he tenido que meter todo dentro de ella otra vez. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad, que un sueldo como ese no iba a caer del cielo directamente en mi regazo.

¡Claro que no! Para recibir todo ese dinero tendría que soportar a un jefe idiota que piensa que puede hacer lo que quiera y decir todo lo que se le pase por la cabeza sin que nadie le replique.

Escucho golpes en la puerta del chalé y dejo lo que estoy haciendo para ir a abrir. Probablemente sea Suzi viniendo a despedirse. Elis estaba toda sentimental cuando le dije que me iba, y la otra aún no había llegado. Pero no es Suzi quien me mira cuando abro la puerta.

El idiota está usando un traje impecable, con la corbata ajustada y el cabello peinado al nivel de la perfección. Su mandíbula fuerte está tensa, y sus ojos azules fijos en mi rostro.

El desgraciado es guapo a un nivel casi sobrenatural, quizás ese sea el motivo de su arrogancia. Debe estar demasiado acostumbrado a tener a las mujeres haciendo todo lo que él quiere y manda.

Pero que es hermoso, eso no puedo negarlo.

— Buenos días — dice, y su voz ni siquiera parece la misma que gritaba estupideces anoche.

Debe haber visto la biblioteca. ¿Lo ves, Presidente? Imbécil…

— ¿Qué necesita, señor? Estoy ocupada ahora.

Abre y cierra las manos, luego las mete en los bolsillos; está nervioso.

— Vi su carta de renuncia en mi escritorio.

— ¿Y por qué la sorpresa? Le dije ayer que no me iba a quedar más aquí.

— Pensé que solo estaba enfadada — dice, ahora sin mirarme directamente.

— No, no fue el caso. Yo no soy de ese tipo de personas, que se enojan y sueltan un montón de tonterías.

— Ya veo… Yo sí lo soy, por lo visto.

— Sin duda — confirmo, sin titubear.

— ¿Podría reconsiderar su decisión de irse? Vi lo que hizo en la biblioteca y admito que quedó muy bien.

— ¿Lo admite? — insto, lo provoco, sabiendo que no le agrada tener que pedirme que me quede.

— Sí, sé que dije que usted no había leído nada en su vida…

— Lo dijo, efectivamente.

Cruzo los brazos, saboreando el momento de victoria. Ahora estoy esperando la disculpa.

— Pero vi que realmente le gustan los libros. Catarina me explicó eso de los perfumes. No voy a decir que tenía razón, Anabela —dice con seriedad—, debería haberme consultado, pero digamos que entiendo que no lo hizo con mala intención.

— ¿Y qué le hizo entender eso, Presidente? Ayer parecía decidido a creer que yo era un monstruo.

Él casi sonríe. No llega a mostrar los dientes, pero es algo muy cercano a una sonrisa.

— Bueno, tal vez el horroroso engrudo que me sirvieron en el desayuno haya contribuido —dice.

En lugar de molestarme su comentario, siento ganas de reír. Es evidente que es pésimo pidiendo disculpas. No sabe halagar ni disimular que solo lo está haciendo por la comida.

— ¿Entonces está pidiendo mi perdón? ¿Vino hasta aquí para rogarme que me quede? — provoco.

La sonrisa falsa se ensancha.

— No exageremos, pero me disculpo, ya que insiste tanto en esas palabras —admite, cediendo—, por haber sido un grosero y haberme pasado de los límites. Pero sabe que usted también me debe una disculpa.

— Disculpe por hacer mi trabajo —respondo, arqueando una ceja.

— Señorita… —Se detiene y sacude la cabeza.— No necesita echar café en mis libros para hacer su trabajo.

— Usted no entiende la belleza de mi gesto. Un día abriré una editorial que venda libros perfumados y se dará cuenta del negocio millonario que tenía justo frente a sus narices.

— Ya veo…

Él sigue esperando que yo diga algo, así que admito mi error también.

— Está bien, debí haber preguntado si podía tocar sus libros y no debí suponer que le gustarían los aromas en sus ejemplares.

— ¿Entonces se queda?

— ¿Va a dejar de gritar? Porque, mire, señor Presidente… ¡Mi oído no es un basurero!

— ¿Qué? —La cara que pone finalmente me hace perder la compostura y reír.

— Es un dicho, ¿nunca lo escuchó? No porque me pague el sueldo puede tratarme así.

El Presidente asiente, parece haber entendido el mensaje.

— Está bien, volveré a ser el jefe malhumorado pero silencioso de antes.

— Perfecto. Y tampoco se quedará mirándome de esa forma indecente. Eso puede considerarse acoso.

— ¿Aco… acoso? ¡Ni abrí la boca! —exclama, sorprendido.

Tal vez está pensando que corre el riesgo de una denuncia.

— ¡Pero se quedó mirándome!

— Estaba casi desnuda, señorita Gonzales. Perdóneme, pero soy hombre. ¿Qué quería que hiciera?

— Para empezar, que no me arrastrara por ahí en camisón.

Él respira hondo y asiente.

— De acuerdo, mientras siga usando ese horrible uniforme de ama de llaves y evite los camisones, no será un problema.

— ¡Uniforme horrible! Entonces admite que son feos a rabiar, ¿no?

Él ríe, ahora más abiertamente, y yo acabo sonriendo también. Es realmente difícil verlo sonreír, y después de lo que dijo Catarina sobre que no reía hace mucho, presenciar estos momentos se siente como una pequeña victoria.

— ¿A rabiar?

— Es una forma de decir. ¡Pero son muy feos!

— No están hechos para que luzcan bonitos, están hechos para ser prácticos —dice, encogiéndose de hombros.

— Ah, eso sí, prácticamente parecen un disfraz de Halloween.

— ¿Entonces se queda? ¿Con el disfraz de Halloween, preferiblemente?

Pienso por un momento en su propuesta, pero mientras mi mente divaga, mis ojos recorren sus rasgos, deteniéndose más de lo debido en los anchos hombros bajo el traje, en el cuerpo bien formado que lucen sus caras ropas. Este hombre sabe cómo ser atractivo…

¡Dios, ayúdame!

— Señorita Gonzales.

— Sí…

— ¿Cuando las miradas vienen de la empleada, eso también se considera acoso?

El comentario no me avergüenza. Le dirijo una mirada cínica.

— No querrá demandarme. ¡No tengo ni dónde caerme muerta! Y no estaba mirando nada —niego, demasiado tarde.

Él extiende la mano en señal de paz.

— Tenemos un trato.

Pongo mi mano en la del Presidente, y algo extraño sucede. Siento una especie de onda

eléctrica que pasa de él a mí y eriza todos los vellos de mi brazo.

Sus ojos azules examinan los míos, y es como si, por un segundo, estuviéramos envueltos en una burbuja que nos aísla del resto del mundo.

— Yo voy a... —Sacudo la cabeza, esforzándome por recuperar la sensatez, y suelto su mano rápidamente.— Con una condición.

— ¿Otra más?

— Me dejará leer los libros de su biblioteca.

Esta vez ni siquiera lo duda.

— Hecho. Si solucionas lo del desayuno, hasta te dejo elegir un ejemplar como regalo.

— ¿En serio? —Mi corazón se acelera. Tiene tantos títulos increíbles en la biblioteca que no puedo evitar empezar a escoger mentalmente.

— Sí, y si lo haces en treinta minutos, puedes quedarte con dos.

Cierro la puerta detrás de mí y salgo apresurada, dejándolo atrás, pero el sonido de su risa me acompaña varios metros.

Cuando llego a la casa, noto primero una cosa: el supremo señor Presidente tenía razón sobre el engrudo, ¡no hay manera de defenderlo! Creo que Elis quiso darle una lección al hombre por hacer que yo renunciara al trabajo. Hasta puedo imaginarla vertiendo la leche en la olla mientras murmura maldiciones en voz baja, porque, aunque no sea muy buena en la cocina, es imposible que algo tan malo haya salido sin intención.

No logro salvar el desayuno en media hora, como él pidió, pero preparo huevos revueltos con tocino, corto unas rebanadas del pan casero que hice antes y también hago unos buñuelos azucarados. Todo en cuarenta minutos.

Catarina y Alberto pelean por el último buñuelo en la bandeja, pero el bebé termina ganando. Probablemente no conseguiré los libros, pero ver a mi jefe maleducado con la barba llena de azúcar y canela es un premio aparte.

Decido llevar la limpieza a la cocina hoy, así podemos preparar el almuerzo mientras

avanzamos con el aseo. Elis comienza a sacar toda la vajilla de los armarios, mientras Suzi lava y seca cada pieza con cuidado. Después de poner los frijoles a cocinar, me subo a una silla y empiezo a fregar los azulejos sucios, quitando también las manchas de grasa.

Esto me lleva bastante tiempo, y me divido entre la limpieza y la preparación de un guiso de carne con verduras, arroz, frijoles frescos y una ensalada. Nada muy elaborado, pero, con el tiempo que tengo, tampoco es algo tan simple.

Después de servir el almuerzo y terminar de limpiar la cocina, paso toda la tarde en la lavandería. Elis está planchando la ropa que ya se secó, mientras Suzi organiza el armario de ropa de cama y manteles.

Solo quedan las alfombras para lavar al día siguiente, porque cuando termino ya es hora de comenzar a preparar la cena. Estoy revisando el refrigerador cuando Catarina me llama. Su bolso ya está colgado en su hombro y abre los brazos para despedirse de mí.

La idea de quedarme aquí, sola con el señor “No-Toques-Mis-Libros,” me provoca un escalofrío, a pesar de nuestra tregua. Elis, Suzi y el señor Helder seguirán aquí, pero fue Catarina quien trajo algo de normalidad al apellido Viturino.

— ¡Anabela, querida, fue un placer conocerte! —Me abraza con calidez, aunque con cierta dificultad por el tamaño de su vientre.

— El placer fue mío. ¡Fuiste tan amable conmigo! Gracias por eso.

— Estoy muy feliz y aliviada de que hayas decidido quedarte. —Hace una breve pausa y echa un vistazo al pasillo antes de continuar.— Mi hermano es un hombre complicado, lo sé, pero si tienes paciencia, aprenderás a quererlo.

Si sigue comportándose como un bruto, lo veo difícil, aunque ahora ya he notado un pequeño destello de humanidad en el guapo. Lo mejor será mantenerme lejos de su camino, hacer mi trabajo y nada más, sin esperar nada más que mi merecido sueldo al final del mes.

— Lo estoy intentando, Cat —le digo la verdad—. Quizás después todo sea más fácil.

Alberto asoma la cabeza por la cocina, apresurando a su esposa, y aprovecha para

despedirse con un gesto desde donde está.

— Gracias por todo, Anabela, ¡y el almuerzo estuvo divino!

Catarina muerde su labio y cierra los ojos, como si estuviera recordando el sabor.

— Es verdad. Voy a extrañarlo...

— ¿Por qué no se quedan a cenar? —sugiero. Al fin y al cabo, puedo preparar suficiente para todos.

— No podemos. Mañana tenemos una reunión muy temprano, pero volveremos tan pronto nazca el bebé, y espero encontrarte aquí, ¿eh? —Catarina sonríe y acaricia mi hombro antes de unirse a su marido.

¿Cómo pueden dos hermanos ser tan diferentes entre sí?

Entonces, hoy cocinaré solo para el Presidente. Pensándolo bien, ni siquiera sé qué le gusta. No es que deba agradarlo después de lo que pasó, al contrario. Justamente porque eso es lo que quería hacer antes, pero ya que intentaremos que esto funcione, no veo por qué no aprender sobre sus preferencias. Aunque sea insoportable la mayoría del tiempo, sigue siendo mi jefe.

Por eso, decido preguntarle a la persona que mejor lo conoce en esta casa: el señor Helder. Él coloca las manos detrás de la espalda y mira al techo, pensativo, con la postura impecable como siempre.

— Veamos… Al Presidente le gusta mucho la comida italiana, las pastas. También le encantan las carnes de todo tipo. Aunque no lo diga, se nota fácilmente lo que le gusta.

— ¿En serio? ¿Cómo?

Helder se encoge de hombros, como si fuera algo obvio.

— Cuando algo le gusta, no queda nada en el plato.

Pongo las manos en la cintura, mirando la despensa frente a mí, con las puertas completamente abiertas.

— ¿Le gusta la pasta?

— Sí, también.

Me pongo de puntillas para ver los estantes de arriba. Tenemos salsa de tomate, varios condimentos y muchas conservas, que seguramente era lo que comía antes. Por eso debe gustarle tanto mi comida…

— ¿Qué tal una lasaña? Pensé en risotto, pero no tenemos arroz arborio. Creo que iré de compras mañana.

— Le encantará —confirma el señor Helder—. Y si haces las compras, recuerda pedir que las entreguen abajo. Timoteo puede traerlas a la casa.

— ¿Por qué eso?

— El Presidente no quiere extraños en la propiedad.

— Santo Dios… ¿Y usted, señor Helder? ¿También le gusta la lasaña? —pregunto.

— No tiene que preocuparse por mí, señorita.

— ¿Qué le gusta, entonces? Prepararé un plato especial para usted —digo.

Helder sonríe discretamente, y sus mejillas blancas adquieren un tono sonrojado. ¡Es un encanto!

— Me encanta la lasaña, señorita. Mi mamá la preparaba con salsa boloñesa.

— Decidido, entonces —digo, empezando a recoger los ingredientes—. Haré lasaña para todos.

Después de preparar la cena, Elis, Suzi y yo nos vamos. Cada una de nosotras se lleva un pedazo de lasaña para comer en casa, mientras Helder prepara la bandeja para servir al patrón.

A pesar de que fue un día largo, mi propio desorden me espera en el chalet. Por eso, prefiero no sentarme al llegar, o perderé la motivación.

Guardo la ropa en el perchero y los abrigos en la estantería. Cambio la ropa de cama también y, finalmente, lavo los platos que quedaron de la noche anterior. Agradezco que tengamos agua caliente en las llaves, porque aquí hace un frío terrible.

Estoy congelándome, así que saco un pijama calentito del cajón y me voy al baño. El agua caliente me relaja y me ayuda a pensar. Me acuerdo de la noche anterior, cuando el

Presidente me miró de esa manera en la biblioteca, y una ola de calor me recorre, despertando sensaciones inapropiadas.

Debo tener algún problema por sentirme atraída por alguien como él. El pobre de Fabinho, que me llevaba bombones a casa y me hacía mil declaraciones de amor, nunca despertó mi interés, y aquí estoy, imaginando cómo sería ser besada por el señor Presidente idiota.

Después de la ducha, apago las luces del chalet y me acuesto bajo el montón de cobertores en mi cómodo sofá-cama. Marco el número de Julieta para contarle los últimos acontecimientos y también decirle que no iré a casa este fin de semana, a pesar de la nostalgia. Necesito mi día libre para hacer mi examen.

El examen de ingreso en línea para los cursos EAD de la red Vevet es una redacción, según leí en el sitio de inscripción, lo cual me anima mucho, ya que tengo facilidad para escribir por leer tanto. Lo que me preocupa es el tema, que solo será revelado en el momento.

De cualquier manera, estoy confiada y, aunque me prometieron una beca, pensé en hacer el examen, obtener una buena nota y luego presentarla al Presidente, para que decida si me da la beca completa o asume el costo de las mensualidades.

Este fue el principal motivo por el que tragué mi orgullo y decidí quedarme. El salario es excelente, sí, pero poder hacer una carrera universitaria era un sueño que creía muy distante y que puede cambiar todo mi futuro y el de mi familia.

Además, me gusta mucho este lugar: me gusta el chalet, el frío y la niebla entre los pinos por la mañana. Me gusta el trabajo y la compañía de Elis y Suzi. Adoro al señor Helder y toda su pomposidad de mayordomo salido de una película.

También hay algo en el señor Viturino que me gusta, algo muy pequeño, escondido entre todo lo que me irrita. Algo que no puedo identificar, pero sé que está ahí y seguramente no tiene que ver con su apariencia maravillosa ni con los escalofríos que siento cuando me mira con más atención.



Matteo

Helder empuja la puerta de la biblioteca con el hombro. Sus manos están ocupadas sosteniendo la bandeja con mi cena. Ya tenía hambre de todos modos.

La chimenea está encendida y la luz que emana de ella es suficiente para iluminar las páginas del libro en mis manos, pero prefiero no arriesgarme a que el hombre, ya mayor, tropiece con algún mueble en el camino. Por eso enciendo la lámpara sobre mi escritorio.

— Buenas noches, Presidente. Traje su cena. La señorita Gonzales preparó lasaña.

Helder deja la bandeja sobre la mesa con cuidado, y me acerco para ver el plato. Parece delicioso.

— Catarina mataría a alguien por esto de aquí —digo, recordando a mi hermana hambrienta.

Recordar a Cat me hace pensar en lo que dijo antes de irse, sobre buscar nuevas actividades para hacer aquí, ya que me niego a salir. Tiene miedo de que termine enfermándome con esta vida monótona y lo dijo de una manera que hizo parecer que no hago absolutamente nada. Incluso llegó a culpar al ocio por mis dolores de cabeza y pesadillas. Sabe exactamente qué decir, porque después de eso me sentí patético.

— De hecho. La pequeña Cat siempre tomaba vitaminas para abrir el apetito y era la última en dejar la mesa, entreteniéndose con la comida, y mire ahora. El embarazo hace eso con muchas mujeres —Helder parece darse cuenta de que su comentario no me distrae, así que vuelve a su postura habitual—. Buen provecho, señor, y hasta mañana.

Helder se despide y, con una inclinación de cabeza, se marcha.

Pero lo que dijo, en realidad, me trajo un recuerdo, uno de los muchos que preferiría olvidar.

Mientras observo las llamas danzando en la chimenea, recuerdo a Sofía despertándome por la mañana porque quería comer un camafeo de nueces. Yo aún no sabía del bebé, pero aun así, como siempre, busqué el dulce hasta encontrarlo, solo para complacerla.

También recuerdo el día en que me contó sobre el embarazo. No estábamos en un buen momento como pareja, pero creí, como un idiota, que aquello lo cambiaría todo. Realmente lo cambió, solo que no fue como imaginé que sería.

Sofía estaba maravillosa esa noche, con su cabello rubio suelto, rizado, enmarcando su rostro redondo. Llevaba un precioso vestido largo con flores rojas bordadas en la falda. Ese tipo de ropa, tan delicada, no era lo que solía usar, y quise hacerle un cumplido, pero no quería dar mi brazo a torcer después de nuestra última pelea, así que me quedé admirándola desde lejos.

Después de un rato, ella vino hasta donde yo estaba, en la cocina, y me ofreció una amplia sonrisa. Sofía se quedó parada frente a mí y me pidió que abriera la mano. Cuando lo hice, colocó un pequeño zapatito de lana amarilla sobre mis dedos y me miró fijamente hasta que entendí.

Estaba tan feliz… Fue el día más feliz de toda mi vida, sin duda. La giré en mis brazos y me arrodillé para besar su vientre. Al fin y al cabo, íbamos a tener un hijo, y nada más importaba. Seguro que Dios había decidido que merecíamos ese regalo, aunque en los últimos meses hubiéramos tenido sexo poquísimas veces. Eso fue lo que pensé en ese momento.

Yo, que nunca había pensado en ser padre, de repente me sentía listo y deseaba más que nada vivir ese momento junto a la mujer que amaba, construir una familia con ella, transmitir el legado de los Viturino, darles un nieto a mis padres y un sobrino a mis hermanos. No veía la hora de contarles que Sofía y yo íbamos a tener un bebé.

Mis manos se cierran en puños con el recuerdo, pero no voy a golpear nada esta vez, creo

que ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo. Catarina debe tener razón, me estoy enfermando poco a poco, convirtiéndome en parte de las paredes de esta casa: frío, silencioso, oscuro y solitario. Al menos antes sentía rabia, y eso es mucho mejor que no sentir nada.

Ahora la lasaña ya no parece tan sabrosa. Estos malditos recuerdos se alimentan de mí mientras pierdo el apetito.

Sirvo otra dosis del whisky que dejé al lado del sillón, en el suelo, y bebo el líquido ardiente de un solo trago. El alcohol siempre me ayuda a olvidar.





No puedo dormir después de hablar con Julieta y mis padres. Al parecer, soy del tipo sentimental. Nunca había pasado tanto tiempo lejos de ellos y, con solo escuchar la voz de mi madre diciendo que me extraña, casi me derrumbo en lágrimas. Ahora tengo insomnio y necesito urgentemente algo nuevo para leer.

Podría leer en el celular, encontrar un ebook, pero me siento tentada a invadir la biblioteca de mi jefe. ¿No dijo que podía? ¿No me prometió un libro si preparaba el desayuno?

Tiro las cobijas a un lado y me levanto. Me pongo las pantuflas junto al sofá cama y me pongo un abrigo sobre el pijama.

Salgo del chalet en silencio, aunque sé que nadie va a escucharme, ya que todos están dormidos, y me dirijo hacia la casa. Entro por la puerta trasera, en la cocina, y hago todo lo posible por no tropezar con nada y terminar haciendo un escándalo.

Cuando llego frente a la biblioteca y entro, me asusto al ver una luz fantasmal viniendo desde dentro del cuarto.

Es la chimenea, ¡Anabela! Solo eso.

—¿Quién es? —pregunta una voz en la penumbra.

Maldición. Llevo la mano al pecho; mi corazón se dispara con el susto, pero reconozco la voz del Presidente.

—Soy yo... Anabela.

—¿Qué pasa? ¿Ya vas a sacar los libros de las estanterías otra vez? —pregunta, pero hay humor en su voz.

—Quería tomar prestado un libro para leer. No puedo dormir...

—Entra.

Cierro la puerta detrás de mí y parpadeo, adaptándome a la oscuridad.

—¿Puedo encender la luz?

—Mejor no... —responde.

Entrecierro los ojos y logro distinguir su silueta. Está sentado en su silla, pero inclinado sobre la mesa.

—¿Por qué está durmiendo aquí?

—No estaba durmiendo, estaba evitando dormir.

—¿Por qué?

—Pesadillas —dice, simplemente—. No sé si son peores ellas o los recuerdos.

Eso me sorprende; no es propio de él admitir alguna debilidad.

—Entiendo...

Pero si no puedo encender la luz, ¿cómo voy a poder tomar un libro? La chimenea ilumina un poco, pero no lo suficiente para leer los lomos de los ejemplares.

—Voy a encender la linterna del celular entonces...

No dice nada, y entiendo eso como una aceptación. Enciendo la linterna e ilumino la estantería frente a mí. Camino hacia donde están las novelas, que no son muchas, y trato de elegir entre ellas.

—¿Alguna sugerencia?

El Presidente levanta la cabeza, o al menos eso imagino, y me observa en la oscuridad de la habitación. Sus ojos brillan.

—Hmm... ¿Qué tipo de libro?

—Novelas románticas.

—Claro que serían... —dice en voz baja, pero lo escucho—. ¿Qué tal El Conde de Montecristo o Los Miserables?

—Quise decir romance romántico, no género textual.

—¿Jane Austen? —sugiere, pero algo en su voz suena raro.

—Podría ser. Solo he leído Orgullo y prejuicio.

—Lee Persuasión, es el mejor de la autora —dice, convencido.

Estiro la mano hacia la estantería de arriba y alcanzo el ejemplar de tapa dura. Es una edición antigua, como muchas aquí, y maravillosamente hermosa. Cuando me giro, la linterna ilumina brevemente su rostro, abatido, y siento una incomodidad. ¿Por qué está aquí solo a estas horas? Parece triste.

Dudo por un momento, pero me acerco a la mesa.

—¿Está bien?

Veo más claramente ahora, porque estoy muy cerca. Él me mira con sus ojos azules, ahora oscuros como la noche, y se encoge de hombros. En este momento no parece un Presidente, solo un hombre, cargando el peso del mundo sobre sus hombros.

Distingo la botella de whisky sobre la mesa y el vaso vacío.

—¿Cuánto ha bebido?

Él sacude la cabeza.

—No mucho, no lo suficiente.

La bandeja con la lasaña que preparé está casi intacta a su lado.

—¿La comida no estaba buena?

—Deliciosa. Es solo que hoy no me siento muy bien.

—Y si... ¿y si le ayudo a subir para que duerma? —ofrezco, sin estar segura de si debería hacerlo.

—Tenía dolor de cabeza y estaba pensando en el pasado. Bebí un par de vasos, pero puedo subir las escaleras, Anabela.

No suele llamarme por mi nombre de pila, pero, al parecer, con el alcohol entra la informalidad y se va la rigidez.

—Está bien, entonces.

—Anabela... —repite—. Tu nombre combina contigo —dice, poniéndose de pie.

Ahora estamos frente a frente. Su camisa tiene los primeros botones desabrochados, la corbata cuelga floja sobre su pecho, su cabello cae parcialmente sobre sus ojos profundos, y su aliento cálido roza mi rostro.

—Eres hermosa...

No esperaba eso y no sé cómo responder. Debería darle la espalda y salir, fingir que no escuché el cumplido, pero está tan cerca, y es tan atractivo. Mi corazón late rápido y mis pies me imploran que avance un poco más, que acorte la distancia.

El Presidente levanta la mano, y las yemas de sus dedos rozan mi rostro, en una caricia lenta. Cierro los ojos y dejo que las emociones hirvientes provoquen un caos dentro de mí.

—Abre los ojos... —pide, en un susurro.

No puedo negarle eso, no cuando su voz provoca escalofríos en todo mi cuerpo y me hace olvidar que existe un mundo más allá de este instante compartido.

Hago lo que me pide y encuentro su mirada intensa, que me devora al tiempo que me examina.

—Son como miel líquida.

—Miel... —repito, completamente distraída, concentrada solo en él.

—Sí, tus ojos. —Las yemas de sus dedos recorren la línea de mi mandíbula y tocan mis labios—. Quiero probarlos...

Me acerco un poco más. Nuestros cuerpos ahora están pegados. Inclino el rostro, dándole permiso para que acorte la distancia que aún nos separa.

Cuando su boca cubre la mía, no es apresurada ni desesperada. Es ligera, sutil, como si quisiera saborearme, como si probara mi esencia.

Sus labios tienen el sabor del whisky, pero son suaves, y él huele maravilloso, un perfume amaderado mezclado con el aroma de su sudor.

Sus manos fuertes rodean mi cintura, y las siento, incluso sobre el pijama, calentándome

como brasas. Me atrae hacia su cuerpo, y apoyo mis manos en su pecho firme, dejándome llevar.

Entreabro mis labios, permitiéndole besarme con más intensidad. Su lengua se desliza dentro de mi boca y me toca despacio. Mis palmas recorren su pecho y sus hombros, explorando su cuerpo robusto. Subo una mano hasta su nuca, donde mis dedos rozan los mechones de cabello ligeramente más largos, y suspiro, encantada por la sensación.

En algún rincón de mi ser, una voz grita, probablemente mi conciencia, advirtiéndome de lo equivocado que es esto, pero no puedo alejarme, no aún. Necesito un poco más para grabar su sabor en mi memoria.

Disfruto sus caricias, la firmeza con la que me sostiene pegada a él, la suavidad con la que me besa, su respiración agitada, que demuestra que me desea tanto como yo lo deseo en este instante.

No sé quién de los dos interrumpe el beso, pero cuando nuestros labios se separan, sus ojos me miran de una manera diferente, como si me viera desde otra perspectiva. Sé que yo lo miro de la misma forma. Poco a poco, el resto del mundo parece romper la burbuja en la que nos hemos refugiado, y la realidad de lo que acaba de suceder nos alcanza.

—Anabela...

—No quiero hablar de esto ahora —respondo.

Tomo mi libro de la mesa, le doy la espalda y dejo la biblioteca atrás.

**

Ainda não acredito que nós nos beijamos. Fico repassando o momento na minha

Aún no creo que nos hayamos besado. Sigo repasando el momento en mi cabeza, como si hubiera sido solo un sueño muy vívido, pero el ejemplar de Persuasión que dejé sobre mi cama prueba lo contrario.

No debería haber permitido que esto sucediera, poniendo en riesgo mi trabajo, por tercera vez en solo una semana. Si Julieta estuviera aquí, ya estaría creando mil fantasías de amor entre

yo y el Presidente, pero yo soy realista y sé que fue un error, un error grave, que no se repetirá.

Mientras preparamos la mesa para el desayuno, trato de concentrarme para no derramar nada, pero mis manos no dejan de temblar, ahora que sé que nos encontraremos nuevamente. Tengo miedo de un enfrentamiento, que él quiera hablar sobre lo de ayer y simplemente no sé qué le diría.

—¿Qué te pasa hoy, Anabela? ¿Te sientes bien? —pregunta Elis, tomando la bandeja con el jugo de naranja de mis manos.

—Perdón, no es nada, creo que mi presión está un poco baja —miento, pero no es exactamente una mentira. Puede que esté realmente baja.

La sensación de los labios suaves del Presidente sobre los míos no deja de atormentarme, la forma en que sus manos me llevaron hacia su pecho aún me causa escalofríos.

Él hace un leve clearing de garganta al entrar en la sala, y las tres nos apartamos de la mesa. Sus ojos se encuentran con los míos brevemente, pero se vuelve hacia adelante como si apenas registrara mi presencia. Suzi mira el reloj en la pared, asegurándose de que no lleguemos tarde.

—Buenos días —saluda, y esa sola palabra parece sorprenderlas.

Elis y Suzi responden en voz baja y luego salen de la sala, una detrás de otra.

El Presidente está usando un traje azul oscuro, ajustado, y noto que se peinó a la perfección. Está aún más guapo, si eso es posible.

Se sienta a la mesa y sirve café en su taza. Observo el pasillo y confirmo que estamos solos, aunque no lo desee, tal vez este sea un buen momento para hablar sobre lo que sucedió y poner límites, disculparme también, por supuesto, y dejar claro que lo que pasó entre nosotros no puede volver a ocurrir.

—Señorita Gonzales. —Su voz es firme y no muestra ningún sentimiento.

—¿Sí?

El Presidente toma su café, luego levanta los ojos y me mira durante algunos segundos.

— Puede retirarse.

La frase me golpea como una bofetada en la cara y estoy segura de que me puse roja, porque mis mejillas arden. ¿Cómo puede ser tan frío? Está actuando como si el beso nunca hubiera sucedido.

Asiento en señal de conformidad y paso por él, pisando fuerte. Al parecer, el Presidente quiere recordarme cuál es mi lugar en esta casa, quiere dejar claro que ese beso no significó nada, como si yo fuera una niña enamorada, a punto de confundirlo todo.

— Como quiera, señor —digo con brusquedad.

¡Para mí está perfecto, mejor imposible! Me ahorra el tener que explicarme y hablar sobre esa tontería, lo mejor es fingir que nunca pasó, como él parece preferir.

Siendo sincera, ni sé por qué estoy tan enojada, después de todo, poco antes estaba temblando de miedo de que quisiera hablar sobre lo sucedido. Tal vez me sienta insignificante al darme cuenta de que ni siquiera mencionó lo que hizo.

Debería haberlo hecho, ¿no? Es mi jefe, no debería tomarse esa libertad, y si lo hizo, lo mínimo era disculparse, tal vez justificarse. Pero no, claro que el insensible no lo haría. Claro que actuaría como si tuviera toda la razón al hacerlo, no se siente culpable simplemente porque no tiene sentimientos, tiene un bloque de hielo donde debería estar su corazón.

De regreso a la cocina, hago una lista de compras y decido ir a la ciudad. Desde que llegué, a principios de la semana, no he salido de esta casa, y creo que un cambio de aire me hará bien. El señor Helder pide que Timóteo me lleve hasta Campos do Jordão y nosotros dos partimos justo después del almuerzo.

Ya había venido a la ciudad antes, cuando era niña, pero no recordaba lo hermosa y acogedora que es. Las casas de arquitectura estilo europeo, con sus techos inclinados y flores en las ventanas, parecen tener el poder de transportarme a otro lugar. Los turistas animados, con sus abrigos y bufandas, entran y salen de las chocolaterías en la Vila Capivari, y yo observo desde la ventana, como quien ve una película en la televisión, completamente encantada.

Por un momento me imagino aquí, paseando de la mano con un hombre encantador, enamorada, cenando con él en uno de esos restaurantes elegantes, tomándonos fotos como la pareja del otro lado de la calle. Él también me amaría y me miraría con pasión, sus ojos azules me mirarían con deseo, antes de besarme.

¡Ojos azules, mi culo! Meneo la cabeza, haciendo que la fantasía se disipe, en cuanto me doy cuenta de que el hombre desconocido ha adquirido una cara, que ahora me es bastante familiar. Honestamente, no sé qué hizo ese maldito beso conmigo, siempre tan sensata y ahora imaginando escenarios románticos con ese bruto, que lógicamente jamás vendría a un lugar tan lleno como este, con cualquier mujer que fuera.

— ¿Puedo dejarla en el supermercado que está justo allí enfrente, señorita Gonzales? La esperaré en el coche para ayudarla con las compras.

Asiento, mirando al conductor por el retrovisor.

— Será genial. ¿Hay algo que quiera para la cena? —pregunto, siendo amable.

— ¿Yo? No, señorita. Todo lo que ha hecho es delicioso, debería preguntarle al Presidente.

— ¿Ese bruto? ¿Y cree que él me respondería? — exploto, saliendo del coche y dejando a Timóteo con los ojos como platos.

No sé por qué se asusta, ya debería haberse acostumbrado a que nadie aguanta a su querido jefe. ¡Besador de pacotilla!

Tomo un carrito en la entrada del supermercado y, siguiendo la lista en mis manos, empiezo a recoger todo lo que necesito para llenar la despensa. No dejo nada fuera, si el maldito no sale de casa, al menos tiene que comer bien, ¿verdad? Compro carnes variadas para llenar el congelador, verduras y hortalizas frescas, frutas diversas.

También compro harina, huevos, leche, refrescos —tal vez a él no le gusten, con toda esa gimnasia, pero a mí me gustan— y compro ingredientes específicos para algunas recetas que planeo hacer. Las noches frías piden sopas y no puedo esperar para asar unos marshmallows en

una de esas chimeneas, como siempre vi en las películas, así que también los compro. ¡Eso es lo que pasa cuando dejas la tarjeta de crédito en manos de una mujer enojada!

Termino las compras tomando dos botellas de vino, para cuando lleguen las visitas que rara vez aparecen, y aparto algunos artículos para llevar al chalé, pagando estos de mi bolsillo, claro. No soy una aprovechada.

Cuando paso por caja y pago las compras, Timóteo aparece y me ayuda a cargar el coche. Abre el maletero y lo llena con las bolsas rápidamente.

— Timóteo, ¿puedes esperarme aquí solo un minuto? Quiero comprar una última cosa...

Él asiente, educado como siempre, y corro a entrar en una bonita chocolatería justo en la esquina. Tomo una caja de bombones de cereza y un chocolate en polvo de la mejor calidad, no es chocolate en polvo lleno de azúcar, sino chocolate real, ¡será perfecto para mi chocolate caliente!

Vuelvo al coche y mientras subimos por la carretera estrecha, observo los altos pinos en las laderas y los chalés escondidos en las montañas, al otro lado de la sierra, es imposible no pensar que algo muy malo debió haber sucedido para que él quisiera esconderse aquí, lejos de los amigos y la familia. El lugar es hermoso, no lo puedo negar, pero no para vivir de forma solitaria así. Sé que quedó viudo, pero no sé... Me parece mucho tiempo para seguir de luto por la esposa, aunque la haya amado mucho.

Aún así, puede ser posible. Tal vez vivieron un amor de esos épicos, que dejan marcas eternas en el alma, y parte de él haya muerto junto con su amada, haya dejado de vivir. ¿Qué tipo de mujer debe haber sido para dejarlo destruido hasta ese punto?

Dejo las reflexiones de lado cuando Timóteo estaciona al lado de la casa, bajo la sombra de un árbol. Bajamos con las compras, pasando por la puerta trasera que lleva a la cocina.

El conductor deja las bolsas sobre la mesa y regresa inmediatamente, haciendo una mueca extraña al pasar junto a mí, entiendo lo que significa esa mueca en cuanto pongo los pies dentro de la casa.

Al mando de la cocina y vistiendo una camiseta básica y pantalones vaqueros, está nada menos que el propio Presidente Viturino. ¡Esto no puede ser una broma! ¿Estoy alucinando?

Coloco mis bolsas sobre la mesa al mismo tiempo que él desvía la mirada y me observa por un segundo, busco a Elis o Suzi, pero parece que estamos solos, lo que hace que todo sea aún más raro.

— ¿Quieres que lo haga yo? — pregunto, después de todo, no me parece el tipo de persona que cocina.

— ¿Sabes hacer waffles? — Su voz es firme, pero no tiene ira ni irritación en su tono.

— No, pero…

— Lo sé y soy bueno en eso. — El Presidente cubre la sartén con la tapa y se gira, quedando de frente a mí. — Solo estoy probando algo…

— ¿Qué cosa? — pregunto.

Empiezo a sacar los productos de las bolsas para guardarlos en su lugar correspondiente, pero de reojo observo la ropa informal que está usando, le queda muy bien, parece más joven, menos tenso y tan guapo como en sus trajes perfectamente cortados. Lleva unas zapatillas deportivas, definitivamente nunca lo había visto así, pero me imagino que son la ropa que usa para ir al gimnasio — excepto por los jeans — y al boxeo.

— No lo entenderías — dice, moviendo la cabeza.

¿Qué estará intentando hacer? La expresión en su rostro me despierta curiosidad, es una mezcla de vergüenza y tristeza, tal vez hasta un poco de esperanza, no debería, pero siento una necesidad muy fuerte de entenderlo, comprender lo que pasa por su cabeza.

— ¿Por qué no lo intentas? — Doy un paso hacia adelante, tratando de incentivarlo.

— Olvídalo, señorita Gonzales, y perdón por invadir su cocina. En realidad, no quería comer esto, fue un deseo momentáneo… — Me mira a los ojos por un instante y respira hondo, golpeando la cuchara de madera contra el aire. — Un deseo momentáneo, muy fuerte.

El recuerdo de nuestro beso en la biblioteca llena mis pensamientos, por la forma en que

habla, me parece que se está refiriendo a eso. ¿Está pidiéndome disculpas y diciendo que fue un deseo muy fuerte lo que lo llevó a besarme?

— ¿De qué exactamente estamos hablando?

Él apunta con la cuchara de madera hacia la sartén y se encoge de hombros.

— Waffles, señorita.

Claro que no estaba pidiendo disculpas. Y sabe hacerlo, ¿acaso?

— Ah, sí, claro. ¿Y dónde están Elis, Suzi?

Él me mira frunciendo el ceño, parece confundido.

— ¿Quiénes?

Esta vez no escondo mi mirada de irritación.

— Sus empleadas, Presidente. Las mujeres que limpian su casa, lavan el baño que usted usa, hacen habitable esta su cueva.

— Ah, sí… Solo no sabía sus nombres.

— ¿Por qué será, no?

Él ignora mi pregunta sarcástica.

— Pedí que se fueran — explica, así de simple.

— ¿Se fueran? ¿De la cocina o de la casa? ¿Y dónde está el señor Helder?

— Pedí que se fueran de la casa, ellas regresan más tarde para la cena. Y él está en su cuarto, tomando una siesta, como sugerí.

— Al menos ese sí sabe quién es…

— Claro que sé, qué absurdo — responde, refunfuñando —, el hombre me crió a mí y a mis hermanos desde niños.

— ¿Sus hermanos? — pregunto, haciendo como si no entendiera.

La verdad es que nunca lo escuché hablar del hermano que murió, así que no pierdo nada probando suerte.

— Sí, Miguel y Catarina — dice, tranquilo, pero no se extiende.

Tampoco me siento lo suficientemente valiente para preguntar por la muerte de Miguel, así que cambio de tema.

— Helder debe ser bastante mayor para haberlo criado.

— Es viejo, pero tuve la impresión de que acaba de llamarme viejo también, señorita. No tiene miedo de perder su empleo, ¿eh?

— Ah, yo no te llamé viejo, pero tampoco eres un jovencito, ¿verdad?

— ¿Y usted cuántos años tiene para hacer todo ese juicio? — la pregunta sale de manera desinteresada, pero siento que realmente está curioso.

Tal vez tenga miedo de haberse enganchado con una chica muy joven.

— Tengo veintisiete.

— Yo tengo treinta y cinco.

— Lo sé.

Si se sorprende con mi respuesta, no lo demuestra. Me acerco al fogón, observando el sirope de chocolate que ha hecho, parece que está haciéndolo bien.

— Está bien, entonces. Te dejaré ahí preparando tu merienda y estaré en la lavandería, por si me necesitas.

Salgo por la puerta trasera y sigo sin mirar atrás, pero me odio por estar deseando con todas mis fuerzas que me llame de vuelta. Lo que, claro, el imbécil no hace.





Sofía está embarazada hace poco, lo descubrimos hace dos semanas, y decido darle una sorpresa, comprar algo para el bebé y también para ella. Es uno de mis muchos intentos por mejorar las cosas entre nosotros.

El bebé definitivamente ya nos ha hecho más cercanos. Sofía ahora pasa todo el tiempo que estoy en casa conmigo y siempre planea darse una vuelta por la oficina. Hemos vuelto a dormir en la misma cama y, al parecer, mi costumbre de moverme toda la noche ya no le molesta. Por lo tanto, claro, el sexo ha vuelto a suceder con más frecuencia y, poco a poco, las cosas parecen encajar.

En el trabajo, sin embargo, no está tan fácil. Mi padre exige mucho de mí y mi hermano ya no se queda en la oficina ni asiste a las reuniones, lo que me deja aún más cargado de trabajo. Catarina es quien más me ayuda.

Miro el reloj y noto que ya son más de las cinco. Si no me apuro, no voy a encontrar las tiendas abiertas. Así que dejo los pendientes y salgo de la oficina.

Conduzco hasta la dirección que busqué más temprano y entro en la tienda. La vendedora me atiende rápidamente y le digo que quiero un osito para el bebé, aunque todavía no sé su sexo.

— Por aquí, por favor — dice, comenzando a caminar.

Sigo a la mujer por el pasillo de la tienda, que está repleto de cosas, hasta que llegamos al final. Miro el estante que me señala y veo los peluches alineados. Hay muchos y de varios tipos, lo que hace que elegir sea más difícil.

Encuentro conejos, perritos, jirafas e incluso un panda bastante tierno. Al final, me

decido por un labrador enorme de pelaje muy claro.

Todavía estoy en la caja cuando me doy cuenta de que probablemente el peluche sea muy grande para un recién nacido, pero el bebé no jugará con él por varios meses. Lo importante es el gesto.

Con el perrito en mano, vuelvo al coche y me dirijo a la floristería más cercana, donde compro flores para Sofía. No le gustan las rosas, las considera demasiado convencionales, como siempre dice. Así que compro tulipanes, bonitos y elegantes.

Miro el reloj y constato, feliz, que aún no son las seis. Llegaré mucho antes de lo habitual y la sorprenderé.

Aparco frente a la casa y entro por la puerta principal en silencio. Sofía está en la cocina, hablando por teléfono, y no me oye entrar. Me quedo callado, esperando a que termine la llamada para anunciarme.

— ¿Qué importa eso? No va a pasar.

Parece tensa, está discutiendo con alguien, y eso me incomoda.

— No, no voy a dejar a Matteo, ya te lo dije.

¿Qué? Siento como si alguien me diera un puñetazo en el estómago con mucha fuerza. ¿De qué mierda está hablando? ¿Con quién está hablando?

— Aun así, incluso si el bebé es tuyo...

Despierto de repente y me incorporo en la cama, atormentado. Es la segunda pesadilla en una semana y odio cuando vuelven así, como recuerdos. Descubrir la traición de Sofía fue una de las cosas más terribles que he vivido. Eso abrió un agujero donde antes estaba mi corazón.

Todavía recuerdo lo que hice ese día. Volví al coche en silencio, sin que ella me viera, y me fui de allí. No regresé hasta que fue muy tarde y no le dije nada durante los días siguientes. Fue una etapa horrible, pero, incluso después de eso, no mejoró mucho.

Miro hacia la terraza. Aunque las cortinas están cerradas, noto que, al igual que la otra noche, aún no ha amanecido. Sigo la misma rutina: arranco la manta de la cama, me enrollo en

ella y salgo a ver el amanecer.

Hoy tengo un dolor de cabeza molesto, quizás fruto de la pesadilla, pero también los cambios en la casa y en mi vida deben estar afectándome. Anabela.

Sacudo la cabeza, recordando el beso. No debería haber hecho eso, sobre todo con ella, una empleada. No sé cuál de mis actitudes merece el premio a la mayor estupidez: el beso robado o el hecho de actuar como si no hubiera pasado nada al día siguiente. Ella está molesta conmigo y con toda la razón, pero no puedo arrepentirme, aunque sé que lo que hice estuvo mal.

Hacía mucho tiempo que no me sentía vivo, como me sentí en ese momento, y ahora no me parece tan fácil olvidar.

Después de ver el espectáculo del amanecer, me doy una ducha y me cambio de ropa, preparándome para el día. Bajando las escaleras, encuentro a Helder en el comedor, donde mi desayuno está servido desde que Anabela llegó.

— Buenos días, Presidente.

— Buenos días, Helder.

Me siento en la cabecera de la mesa, como de costumbre, aunque vaya a comer solo.

— ¿Durmió bien, señor? — pregunta mientras sirve un poco de café en mi taza. — Últimamente se está levantando muy temprano.

— Sí, no estoy durmiendo bien.

— ¿Puedo preguntar por qué? ¿Hay algo que le esté molestando?

— Recuerdos, Helder. Los sueños... — Sacudo la cabeza, negándome a entrar en detalles. No es algo de lo que quiera hablar. — Las migrañas también están peor.

— Me imaginé que tenía algo que ver con eso, señor. Ha estado durmiendo muy mal.

— Eres siempre muy observador.

Asiente, pero no parece contento de tener razón. Helder se preocupa mucho por mí, aunque haya tantas formalidades entre nosotros.

— Enseguida traerán su desayuno desde la cocina, señor. Pero quiero sugerirle algo.

Me quedo en silencio, esperando. Las punzadas en mi cabeza van y vienen, pero aunque estoy irritado por esto y por el sueño, Helder merece al menos la consideración de ser escuchado.

— Usted necesita unas vacaciones.

— Alberto dijo lo mismo — respondo, recordando la conversación anterior. — Interesante la idea de ustedes, considerando que no salgo de casa para nada.

— No sale, pero trabaja todo el tiempo. Necesita descansar. Y aunque no quiera salir de viaje, debería haber algo interesante que hacer aquí mismo, para distraerse.

— Catarina también me dijo algo parecido, como si fuera un idiota que no hace nada en todo el día...

Helder no discute eso, lo cual me lleva a creer que piensa lo mismo.

— Quizás podría ir a pescar con más frecuencia, incluso sin su cuñado.

Asiento, considerando la sugerencia.

— Podría entrenar boxeo.

— Pero eso ya lo hace. La idea es hacer algo diferente.

— Ayer hice waffles, Helder — digo, recordando el momento en que Anabela entró y me sorprendió. — ¿Recuerda cómo me gustaba cocinar de vez en cuando?

Asiente, satisfecho.

— Fue un buen comienzo, señor.

— Si todos ustedes insisten, intentaré pensar en opciones de ocio que pueda hacer sin salir de la propiedad.

Termino el resto de mi café pensando en eso, pero pocas ideas me vienen a la mente. Tal vez después debería sentarme y hacer una lista, tratando de encontrar cosas que quiera y pueda hacer. Por la mañana tengo una reunión con Catarina, y cuando la pantalla se abre, primero intento entender lo que estoy viendo.

No veo su rostro, pero su cuero cabelludo está justo frente a la cámara.

— ¿Cat?

— ¡Hola, hermano! — Su voz suena un poco apagada. — El aire acondicionado se rompió y Alberto fue a llamar a un técnico.

— Mmm... Está bien.

— Por eso estoy en esta posición — dice, como si eso explicara algo que aún no entiendo. — Puse un ventilador debajo de la mesa y tengo la cara frente a él, porque no soporto el calor.

— No hace tanto calor, Catarina. No seas exagerada.

— Aquí sí lo hace.

— Pero es invierno...

— Tú no tienes un enorme bebé contorsionista dentro de tu barriga, Matteo. No sabes lo que es sentir calor.

— Ah, ya entiendo. Es cosa del embarazo.

— Sí, pero ya casi termina, gracias a Dios.

— Eso, pronto pasará...

— Bueno, como puedes ver, hoy estoy incómoda. Solo quería decirte que todo salió bien con la apertura del campus dos en Campinas. Papá fue, mamá lo acompañó y las fotos quedaron geniales.

— Perfecto.

— Por cierto, quiero discutir algo contigo. Helder me dijo que aprobaste un bono para Anabela. ¿Sabes lo que pidió?

— En realidad no. Dije que podía pedir lo que quisiera — respondo, recordando el momento en que él me preguntó al respecto.

— Pidió una beca para estudiar a distancia.

— ¿En serio? No sabía que eso era lo que quería.

— Sí, pero aun así se inscribió en el examen de admisión — cuenta mi hermana. — Hizo la prueba y, cuando salgan las notas, ¿puedes decidir eso? Si la incluimos en el sistema de becas

o asumimos los costos.

— Está bien, como prefieras. ¿Sabes qué curso quiere hacer?

— No me lo dijo.

— Entendido. No entiendo por qué hizo el examen de admisión si ya tenía asegurado el lugar por el bono.

— Tampoco lo sé, pero tal vez quería demostrar que podía entrar por sus propios méritos.

Asiento, reflexionando sobre eso. Anabela parece ser del tipo orgullosa, definitivamente haría algo así para probarse a sí misma, especialmente después de la discusión en la biblioteca.

— Voy a colgar entonces, necesito una bañera de hielo — dice Cat, aún agachada en esa posición extraña.

— Dios mío, yo voy a encender la chimenea.

Ella levanta la cabeza y me lanza una mirada fulminante.

— Que tengas un buen día, Mat.

La imagen desaparece y con ella también Catarina. Al revisar mi agenda, me doy cuenta de que no tengo mucho que hacer hoy. Las próximas semanas están tranquilas, lo que hace que la idea de unas vacaciones sea más atractiva. Estoy pensando en eso cuando mi celular suena sobre la mesa. Pocas personas tienen mi número, así que no es algo común.

Miro la pantalla y me sorprendo al ver el número de Greg. Hace mucho tiempo que no hablamos.

— ¿Hola? — contesto, algo sorprendido.

— ¿Qué tal, amigo? ¿Cómo van las cosas en el mausoleo?

— Muy bien, la momia aquí también está bien.

Él suelta una risa estruendosa. Greg es de esos tipos expansivos, siempre lleno de bromas y comentarios sarcásticos. Es mi amigo más antiguo; nos conocimos en la universidad y es el único que permaneció después de Sofia. No nos vemos con frecuencia, ya que siempre está fuera del país, pero de vez en cuando me llama o manda mensajes.

— Yo también estoy bien. Quiero ir a São Paulo a finales del mes que viene, estoy planeando aprovechar para hacerte una visita.

— ¿De verdad? — pregunto, apenas me libré de una visita y ya viene otra.

— Claro, noto en tu voz la emoción. Apuesto a que incluso me vas a dar un besito cuando me veas llegar.

— ¿Has estado bebiendo hoy?

— Todavía no. Acabo de despertarme, pero planeo beber, ¿por qué?

— Pensé que estabas alucinando.

— ¡Ah, Viturino! Admite que me echas de menos. Ahora cuéntame, ¿cómo va el viejo Helder?

— Salud de hierro, leal como siempre, más animado que yo...

— Eso no es difícil — responde, haciendo una broma. — ¿Y nuestra Cat?

— Que Alberto no te escuche decir eso, pero Catarina está bien y pronto tendrá al bebé. Quién sabe, tal vez hasta lo conozcas.

— No sé... Los bebés y yo no somos la mejor combinación.

— Sí, sé bien a qué te refieres.

— Bueno, entonces te veré. ¿Hay comida en esa casa o solo enlatados, como la última vez? Porque si es así, me llevo unos aperitivos.

— Hay comida. Contraté a una nueva ama de llaves y cocina muy bien.

— ¡Ahh, carajo! ¡Eso ya es otra cosa! Parece que estás mejor. Me alegra.

— Estoy bien, Greg.

— Está bien. Voy a colgar entonces y nos vemos pronto.





La semana está siendo tensa. La alfombra fue limpiada, ya está seca, y con la ayuda de Elis y Suzi, pongo todo de vuelta en su lugar. También arranco las cortinas, que parecen no haber sido lavadas nunca. Las llevo a la lavandería, que está fuera de la casa, en la parte trasera de la cocina. Hoy el sol decidió aparecer y hace un día más cálido que lo habitual por aquí, lo cual es bueno; ayudará a que la ropa se seque más rápido.

Miro la hora y vuelvo a la casa para preparar la merienda de la tarde. El Presidente está en la oficina desde temprano y aún no lo he visto, y si depende de mí, seguiremos así. ¡Ese idiota! Besarme de esa manera y actuar como si no hubiera pasado nada. ¡Francamente! Y luego, encima, ¡invadir la cocina de la nada!

Debería cocinar algo; es lo que suelo hacer en casa cuando Julieta o mis padres me irritan. También me gusta hornear galletas cuando estoy feliz, pero ahora mismo no es la emoción que me domina. ¡Esto es injusto! Además de irritarme, el hombre todavía va a comer deliciosas galletas. Debería ser del tipo que se enoja y quema el arroz, ¡eso sí!

Ya hice la receta muchas veces, así que me la sé de memoria. Abro las puertas de la despensa y saco el azúcar moreno, el azúcar blanco, la harina de trigo, la esencia de vainilla, el polvo de hornear y las chispas de chocolate que me encargué de traer del mercado. De la nevera saco los últimos ingredientes: la mantequilla y un huevo.

Después de mezclar bien la mantequilla con los azúcares, el huevo y la esencia, añado la harina poco a poco, pero con mucha irritación. También pongo el polvo de hornear y, al final, las chispas de chocolate.

Llevo la mezcla a la nevera y, mientras espero, aprovecho para lavar los utensilios que ensucié y encender el horno para precalentarlo. Cuando pasan los diez minutos necesarios para

que la masa se endurezca un poco, hago bolitas y las coloco en una bandeja para hornear.

Decoro las galletas por encima con más chispas de chocolate y luego las llevo al horno. Podría hacer un chocolate caliente para acompañarlas, pero el Presidente no se merece ningún detalle, así que preparo un café bien caliente. Cuando termino, las galletas ya están listas.

Organizo todo en una bandeja bonita y me tomo el trabajo de cortar una rosa del jardín, que coloco en un pequeño jarrón. Todo hermoso y delicioso, para que ese imbécil no se atreva a criticar nada, como corresponder a su maldito beso.

Elis entra a la cocina, agitada, y me mira con los ojos bien abiertos.

— ¿Qué pasó? — pregunto, notando su expresión.

— ¡Eso te lo pregunto yo! ¿De dónde viene este olor maravilloso? Toda la casa huele a chocolate y vine a robar un poco de lo que sea que estés haciendo — dice, olfateando cerca del horno.

— Son galletas, ya las saqué — respondo, mostrando la bandeja lista.

— ¿Las hiciste para el jefe? ¿No quedó nada para nosotras?

Sonrío ante su súplica y quito el paño de cocina que usé para cubrir la bandeja, revelando las galletas que guardé para nosotras.

— ¡Ah! Eres maravillosa, ¿lo sabías?

— Lo sabía — digo, bromeando —, pero también podrías ser amable y agradecerme haciendo un favor.

— ¿Cuál?

— Necesito que lleves la bandeja al Presidente; no quiero hablar con él.

— ¡Ahhh, no! Está de mal humor, no durmió bien anoche. Escuché a Helder diciéndole a Suzi que hoy mejor se mantuviera alejada de él. ¿No viste lo raro que está? ¡Ayer nos echó de la casa! Y no vas a creerlo: ¡estaba usando pantalones vaqueros!

Prefiero no comentar que también lo vi y me sorprendí.

— ¿Y por qué no durmió?

— Eso no lo sé… Parece que está teniendo una crisis de migraña. Anabela, piensa conmigo — dice, acercándose y juntando las manos como si rezara —, le caes bien. Puede que no lo parezca, pero si hubiera sido yo la que sacara todos los libros de las estanterías o le tirara una bota a la cabeza, ya estaría despedida y además tendría que enfrentar una demanda enorme. ¡Pero tú hiciste todo eso y él todavía te rogó que te quedaras!

— No fue exactamente así, él no rogó nada.

— ¡Te dio un libro! Creo que eso deja claro que si hay alguien que puede enfrentarse al Presidente en días como hoy, eres tú.

Suspiro, resignada. Al parecer nadie quiere ver al hombre. Abro el armario, saco un analgésico y luego lleno medio vaso de agua. Es la única manera de lidiar con este dolor de cabeza que este hombre se ha convertido.

Camino decidida hacia la biblioteca, con la bandeja asegurada en una de las manos, y golpeo la puerta. Escucho su voz responder, algo entre molesto y distraído. Abro una rendija y espío por ella.

El Presidente está sentado en su sillón, inclinado sobre el escritorio escribiendo algo. No parece tan enfadado como dijeron.

— Vine a traerle su merienda — digo, entrando finalmente.

Él levanta el rostro, y sus ojos se encuentran con los míos por un momento. Siento un frío en la boca del estómago. Maldito sea, ahora resulta que me hace sentir cosas...

— Déjela ahí.

Camino hasta estar frente a él y coloco todo sobre la mesa de madera, con un poco más de brusquedad de la necesaria. Él me mira con el ceño fruncido.

— ¿Qué pasa, señorita Gonzales?

— Se dice "gracias", Presidente.

— Hum… — Desvía la mirada hacia la bandeja y observa las galletas y el café humeante. — Se ve delicioso. ¿Y esto? — Señala el vaso de agua.

— Me dijeron que tenía migraña, así que le traje una pastilla — le ofrezco el analgésico, y él extiende la mano para tomarlo —, tómelo con agua.

— Gracias — dice, colocando el medicamento en su boca y bebiendo el agua enseguida —. Este dolorcito molesto me tiene fastidiado.

— Imagine mi fastidio entonces, ya que mi dolor de cabeza mide como un metro ochenta. No es algo que pueda llamarse "dolorcito".

Él parece confundido, y yo aprieto los labios al darme cuenta de que, una vez más, dije más de lo que debía.

— ¿Se refiere a mí, acaso?

— No, señor Presidente.

— Me parece que sí. Vamos, dígame lo que piensa, diga que está molesta conmigo por lo que pasó aquí.

— ¿Pasó algo? No recuerdo nada. — Me niego a darle esa satisfacción.

Pero el idiota sonríe de lado, esas sonrisas se están volviendo cada vez más comunes y hacen que su rostro sea aún más atractivo. Dios santo, ¿cómo puede ser tan guapo? Y rico, e inteligente, y encima besar bien… Es injusto para el resto del mundo.

— No quiero que me considere arrogante, pero no creo que olvide eso tan fácilmente.

— Pues se equivoca, tengo una pésima memoria.

— ¿De verdad, Anabela? Quizás debería refrescársela entonces.

— ¿Volví a ser Anabela? Es difícil seguir sus cambios en las normas de formalidad. Y ¿para qué refrescar algo, si mañana va a fingir que no pasó nada?

— ¡Ah! Entonces ese es el problema, está molesta porque actué como si no la hubiera besado.

— No es exactamente eso, señor.

— Claro que lo es… — Parece pensativo y sus ojos ya no me miran. — No sabía qué decir.

— ¿Usted? ¿Sin palabras?

— Sí. Escuche, no voy a mentir, ¿está bien? Tenía muchas ganas de besarla y lo hice. Usted correspondió, pero después se fue. No sabía si debía disculparme, si había hecho algo mal o si debía explicarme. Al final, preferí no decir nada.

— No correspondí, solo me tomó por sorpresa — miento, mejor preservar la dignidad.

— Sí que correspondió. Al menos por un momento.

— Es difícil reaccionar en este tipo de situación, cuando un jefe…

Él me interrumpe levantando la mano. Ahora sus ojos me miran con rabia.

— Yo no soy ese tipo de hombre, Anabela. No quiero que diga ni piense cosas así. No me aprovecho de mi posición para ligar con las empleadas de esta casa, así como nunca lo hice cuando trabajaba en la empresa.

— Entonces, ¿qué quiere que piense?

— Que fue solo con usted, porque así fue. No sé, creo que usted me atrae con ese carácter suyo, esa lengua afilada. Hay algo en usted que me saca de mi estado de inercia y me hace cometer una tontería tras otra.

Eso me hace sonreír.

— Sí, parece que tengo ese don de sacar a la gente de sus casillas.

— Lo tiene — confirma él.

Dejo de mirarlo porque se vuelve extraño; el ambiente comienza a cambiar, y antes de que uno de los dos cometa otro error, prefiero cambiar de tema.

— ¿Qué estaba escribiendo?

— Ah, no es nada… — Cubre el papel con la mano, escondiéndolo.

Entrecierro los ojos.

— Ahora me dejó más curiosa.

— No es asunto suyo — dice, pero ahora está sonriendo.

— ¡Grosero! Seguro que es una lista de reglas para la casa, como esas de no gritar, no

escuchar música y no vivir.

— ¿No vivir? Qué cosa más mórbida. Nunca dije eso.

— Lo dijo con sus actitudes.

Aunque le respondo en tono de broma, él se pone repentinamente serio y, meneando la cabeza, aparta la mano del papel, permitiéndome verlo.

— Es lo que todos me están diciendo, y no es exactamente una mentira. Pero decidí intentar hacer algo diferente, de tanto que insisten.

— ¿Entonces es una lista de tareas? ¿De cosas para divertirse?

— Algo así. Pero no sé si todavía puedo hacer eso; como tú misma te encargaste de recalcar, no vivo desde hace bastante tiempo.

— Déjeme ver eso — digo, acercándome un poco. Él no hace ningún gesto para cubrir el papel de nuevo, así que entiendo eso como una aceptación.

— Pescar de ocho a nueve… ¿También va a poner una alarma?

Él no responde.

— Volver a cocinar… Bueno, creo que eso explica su invasión a la cocina, ayer. Desherbar el jardín y plantar algunas flores… Mire, ya lo he visto en acción en ese caso, y se ve muy bien con la azada en la mano — digo, tratando de aligerar el ambiente, ya que parece incómodo.

— ¿Me estabas mirando sin camisa, Anabela? No sabía eso.

Parece que funciona, porque ahora se está riendo nuevamente.

— Miraba desde la terraza, al jardinero. No es mi culpa que fuera usted, no tenía cómo saberlo.

— Eso en realidad no hace ninguna diferencia — dice, meneando la cabeza —, igual estabas mirando.

— Sí, no lo voy a negar… — Vuelvo a mirar la hoja. — Boxeo. Mire, esa lista suya no tiene nada muy diferente de lo que suele hacer. Creo que debería intentar algo nuevo. Por

ejemplo, si va a boxear, hágalo con un oponente. Si va a plantar flores, haga un invernadero. ¿Y por qué no hacer un picnic junto al lago cuando vaya a pescar? ¿Entiende? Cosas relajantes. Lleve un libro también. Y sobre cocinar, creo que fue un buen agregado a la lista.

— Voy a pensar en tus sugerencias. La verdad es que, al parecer, ya no sé cómo divertirme…

Al decir eso, su mirada me parece triste. Es extraño; a veces, al hablar con él, siento como si fueran dos personas. El Matteo de ahora, que quiere vivir y abrirse, y aquel que aún está atrapado en los problemas del pasado. Tal vez fue la muerte de su esposa lo que lo dejó así. También podría ser ese el motivo de no haber continuado el tema del beso. Quizás se siente culpable, aunque su mujer haya fallecido hace tanto tiempo.


10



Regreso a la cocina algo pensativa sobre mi conversación con el Presidente. ¿Cómo habrá muerto esa mujer para que él haya quedado tan afectado?

Estoy preparando un platito con galletas para Hélder cuando Suzi llega. Ella se sienta cerca de Elis, en la pequeña mesa reservada para nosotras, y también agarra una galleta.

— Hoy pareces algo distraída, Anabela — comenta mientras se sirve una taza de café.

— Estoy pensando en el Presidente.

— ¿En qué exactamente? — pregunta, con un tono sugerente y levantando las cejas.

— No seas tonta, no es nada de eso. Es que siempre está tan serio e irritado, pero a veces parece un poco triste, ¿no creen? — Me acerco a ellas y bajo el tono de voz. — ¿Saben cómo murió su esposa?

Las dos se miran entre sí, pero no parecen tener una respuesta satisfactoria.

— En realidad, cuando vine a trabajar aquí, él ya vivía solo. Nunca entendí bien qué pasó, solo sé que hay algo serio en su pasado, y desde entonces está aquí encerrado.

— Es triste — murmuro, más para mí misma.

— Una vez escuché a doña Catarina y a la señora Clarissa conversando — dice Suzi, creando suspenso.

— ¿Su madre? ¿Ella viene mucho aquí? — Me siento frente a ellas, tomando también una galleta.

— Al menos cada dos o tres meses.

— ¿Y de qué hablaban? — pregunta Elis.

— Parece que su tristeza, ese aislamiento, no es solo por el luto de perder a su esposa. Tiene que ver con cuernos.

— ¿Cómo así? ¿Él engañó a su mujer? — pregunto, sorprendida.

Recuerdo la forma en que se justificó conmigo poco antes. No me lo imagino haciendo algo así, tan desleal.

— No, chica. Fue ella quien lo engañó y luego murió, o murió mientras lo engañaba… — completa Suzi, explicando. — No entendí muy bien. Lo que sí sé con certeza es que, aunque está muerta, doña Catarina y la señora Viturino ya dejaron muy claro que no les gustaba para nada.

— Qué cosa…

Generalmente, los seres humanos tienden a perdonar los errores de los que mueren. A veces, una persona hace de todo en vida y, cuando se va al otro mundo, se convierte en una santa de la noche a la mañana, con flores y homenajes incluidos. Si todavía odian a la difunta incluso después de su muerte, ¡esa mujer debía ser una perra! Eso elimina mi suposición de que vivieron un amor lindo y épico. Lo que lo destruyó fue la traición, lo dejó decepcionado.

— También está lo del hermano, que lo afectó mucho — continúa Suzi.

— ¿Qué pasó? Leí algo sobre un hermano entre él y Catarina, y ayer el Presidente mencionó que Hélder ayudó a criar a los tres.

— Eso, se llamaba Miguel. Murió en un accidente aéreo, el avión se estrelló, según dicen.

— ¡Qué cosa tan horrible! — Me tapo la boca con la mano. Poco a poco empiezo a entender toda la amargura del hombre. No debe haber sido fácil lidiar con esta sucesión de tragedias.

— Sí, la familia quedó devastada, y el señor Presidente y su hermano eran muy cercanos.

— Son tantas desgracias — coincido. — Esta conversación solo me dejó más curiosa. ¿Será todo verdad?

— Deberías preguntarle — sugiere Elis, riendo. — Ya que son tan amigos…

— Deja de decir tonterías, no somos amigos ni nada parecido.

— No te grita.

— ¿Estás loca? Lo único que hace es gritarme — afirmo, aunque el beso sigue muy vivo en mi mente —. A ustedes, en cambio, nunca les he oído levantar la voz. Son muy exageradas.

— Te lo dije el primer día — recuerda Suzi —, no nos grita a nosotras; grita por las cosas que hacemos, pero tampoco es muy agradable.

— No sé si es tan malo… — comento, recordando cómo me habló más temprano.

Las dos se miran y sonríen.

— Anabela, sabemos que es un bombón, también tenemos ojos. Pero no es porque estás loquita por él que nos vas a convencer de que el hombre es amable — dice Suzi, colocando un mechón de su cabello negro detrás de la oreja.

— Bueno, no diría amable… — Es demasiado tarde cuando sus palabras llegan a mis oídos, y abro los ojos de par en par. — ¡No estoy loquita por nadie! ¿De dónde sacaron esa idea?

— Qué sé yo, estabas suspirando mientras preparabas ese plato ahí, y cuando te pregunté, dijiste que estabas pensando en el Presidente.

— Dicen muchas tonterías — respondo, porque, claro, voy a negarlo hasta la muerte.

Las dos se echan a reír. Por lo visto, soy una broma y completamente transparente.

Paso el resto del día ocupada con mis quehaceres. Aprovecho que terminé el trabajo en la cocina y limpio el deck que está frente a la casa. El lugar es maravilloso y estaba completamente abandonado.

El cuarto del Presidente tiene un balcón y una escalera que lleva al deck, pero también se puede llegar desde afuera.

El suelo es de madera y hay una baranda. Desde aquí se puede ver parte de la ciudad allá abajo y mucho de las montañas alrededor. La vista es increíble.

En una esquina hay una chimenea enorme, no de piedra, porque no hay paredes, sino de esas ecológicas. Alrededor de ella hay varias sillas que parecen cómodas, pero probablemente no se usan.

Puedo imaginar que la vista del cielo nocturno debe ser maravillosa aquí. Solo de pensarlo, siento un enorme deseo de tomar un libro y sentarme a leer.

Limpio todo con esmero, quito el polvo, reviso que ningún bichito se haya aventurado bajo los cojines de las sillas y, al terminar, vuelvo adentro para preparar la cena.

Esta vez Elis no se niega a llevar la bandeja del Presidente, y aprovecho para servirme también del caldo de frijoles que preparé. Ceno en compañía de ella, Suzi, el señor Hélder y Timoteo. Cuando terminamos, lavo los platos rápidamente y dejo todo organizado para la mañana siguiente.

Al salir hacia el chalet, me doy cuenta de que, aunque no hace calor, tampoco es una noche muy fría, y vuelvo a pensar en el deck y en la idea de leer un poco allí.

Entro a la casa, me doy una ducha rápida y me visto. Luego tomo una manta y me la echo sobre los hombros, agarro el ejemplar de Persuasión que está sobre mi cama y me dirijo hacia el deck.

Las luces de los pequeños postes repartidos por la propiedad están encendidas, y cuando llego al deck, los dos postes que están en los extremos también lo están. No iluminan mucho, pero es suficiente para que pueda ver las páginas.

Me siento en una de las sillas y noto que la chimenea está encendida. Las llamas brillan intensas, contrastando con la oscuridad de la noche. En el cielo, las estrellas también destacan, y suspiro, maravillada. No sé si existe un lugar más hermoso en el mundo.

Coloco los pies sobre la silla, junto a mi cuerpo, y abro mi libro.

“Sir Walter Elliot, de Kellynch Hall, en el condado de Somerset, era un hombre que, para entretenerse, nunca abría ningún libro que no fuera el Baronetage; en él encontraba ocupación para sus horas de ocio y consuelo en las horas amargas; en él se exaltaban sus facultades de admiración y respeto, por la contemplación de los pocos remanentes de la antigua nobleza; en él, cualquier sensación desagradable provocada por los asuntos domésticos se transformaba naturalmente en compasión y desdén, mientras hojeaba la lista casi infinita de

nobles creados en el último siglo...".

— Me parece un hombrecito muy pesado — reflexiono en voz alta.

Sin embargo, no esperaba obtener respuesta.

— Me han llamado cosas peores.

Asustada, levanto la mirada y me encuentro con el Presidente, que camina lentamente hacia mí. Irónicamente, también lleva un libro en las manos.

— Parece que tuvimos la misma idea — dice, mostrando el ejemplar.

— Pensé que sería un buen lugar para leer, es tan hermoso aquí.

— Sí, lo es. Siempre me ha gustado sentarme y observar la noche desde aquí, pero estaba muy sucio.

Levanto una ceja ante el comentario.

— ¿Por qué será?

— No sé. Mi encantadora personalidad parecía estar espantando a las empleadas.

— Qué mujeres más raras — respondo, riendo y notando su tono ligero. — ¿Se va a quedar?

— Encendí la chimenea y fui a buscar un libro, me quedaré.

— Siéntase cómodo, no quiero interrumpir — digo, haciendo ademán de levantarme.

— No tienes que irte. Me voy a sentar aquí y leer en silencio, no voy a molestarte.

Eso me hace sonreír.

— La cuestión es al revés, yo no quiero molestarlo.

Él tiene los ojos fijos en la distancia, hacia las montañas, y camina hasta sentarse en la silla vacía junto a mí. Observo su figura imponente, los hombros anchos que, aun así, parecen cargar un peso enorme. Después de la conversación de hoy con las chicas en la cocina, he empezado a verlo de otra manera. Ya no me parece un hombre rudo y sin corazón, sino alguien demasiado herido como para abrirse.

— Voy a decirte algo que nunca le he dicho a ningún empleado mío, excepto a Hélder,

pero él insiste en seguir igual.

— ¿Qué cosa? — pregunto, curiosa.

— Creo que en algún momento cruzamos la línea de la formalidad, Anabela. Ya no me siento cómodo escuchándote llamarme señor o Presidente.

Me muerdo el labio, conteniendo una sonrisa.

— ¿Y cómo debería llamarte entonces?

— Matteo, es mi nombre, al fin y al cabo.

— Matteo…

Él también sonríe.

— Bueno, ¿me vas a llamar Anabela o vas a seguir con señorita Gonzales?

— Me gusta Anabela, combina contigo.

— Me lo dijiste la otra noche.

— Lo recuerdo. — También sonríe.

Es lo que dijo antes de besarme y, aunque ya no estemos hablando de eso, el tema está aquí, flotando entre nosotros.

— Claro… ¿Qué libro vas a leer?

— Fahrenheit 451 — responde. — En realidad, ya lo leí, pero me gusta mucho.

— Nunca lo leí, ¿de qué trata?

— Es una ficción distópica. En la realidad de la historia, los bomberos son los encargados de quemar libros; el gobierno prohibió que la gente leyera, vetando así el pensamiento crítico y todo lo que deriva de él.

— Parece interesante.

— Lo es mucho. El autor lo escribió poco después de la Segunda Guerra; el mundo todavía estaba afectado por todo lo que pasó, había censura, así que fue una narrativa de impacto. Es algo surrealista imaginar una sociedad donde los libros estuvieran prohibidos, ¿no crees?

Reflexiono un poco sobre la pregunta. ¿Sería tan fuera de la realidad?

— Creo que sí, pero al mismo tiempo dice mucho sobre el mundo actual, si lo piensas bien. Los libros son de extrema importancia y pueden cambiar la vida de las personas, enseñarles, hacer que aprendan y alcancen posiciones que otros no quieren que logren.

— Pero no queman los libros, no están prohibidos.

— No, pero muchas veces los hacen inaccesibles económicamente.

— Nunca lo había pensado desde ese punto de vista.

— Porque eres rico — respondo, riendo. — Yo siempre leí mucho y tenía que usar bibliotecas porque el precio dificultaba un poco comprarlos. Ahora no, que gano un salario millonario del mejor jefe del mundo — bromeo. — Ahora voy a montar una biblioteca.

Él también sonríe.

— Me gustó escuchar tu punto de vista. ¿Vas a montar una biblioteca y rociar perfume en todo?

Pongo los ojos en blanco.

— Ya te dije que no es así.

— Bueno, después de que pasó el susto, pude notar que los aromas que pusiste quedaron sutiles, es una idea interesante.

— ¡Es porque apenas se estaban secando ese día! No esperaste y ya estabas perdiendo la cabeza.

— Estás usando... — dice, sus ojos encuentran los míos, y hay en ellos un calor que antes no estaba allí.

— ¿Usando qué?

— El perfume que pusiste en mi libro, lo estoy oliendo.

Sus ojos recorren mi rostro y se detienen en mi boca. Siento un vacío en el estómago, como si compartiéramos algo muy íntimo, aunque ni siquiera nos hayamos acercado.

— Ah, sí... No quise invadir tu cuarto y tomar uno de los tuyos, así que usé el mío — explico, intentando concentrarme en la conversación y no en cómo su mirada quema ahora mi

cuello expuesto por el escote de la blusa.

— Es delicioso... — La forma en que lo dice hace que parezca que se refiere a algo más, pero no sé si estoy interpretando bien o imaginando cosas.

Me cubro más con la manta que tengo sobre los hombros.

— No parecía gustarte ese día.

Matteo ahora me mira a los ojos, dejando de lado el momento.

— Solo porque me asustaste, destruyendo todo como un huracán.

— ¿Lo ves, señor Presidente? Aprendió una lección.

— Matteo — recalca. — ¿Qué lección aprendí?

— Eso, Matteo. Aprendió que no debe juzgar antes de conocer todo.

— Sin duda, aprendí.

Asiento y nos miramos por un instante muy largo. Carraspeo y vuelvo los ojos al libro; las miradas se están volviendo insostenibles, como si exigieran algo más.

— ¿Y qué me dices de mi libro? — pregunto, cambiando a un tema más seguro. — Acabo de empezar y ese tal Sir Elliot ya me parece un pesado. No creo que sea el tipo de protagonista que me gusta.

Él se ríe de mi comentario y niega con la cabeza.

— Porque él no es el protagonista. Sir Elliot es el padre de la heroína, y sí, es pesado como la mierda.

Abro los ojos un poco, sorprendida por su lenguaje.

— ¡El Presidente dice palabrotas!

Esta vez se ríe a carcajadas, y el sonido me hace sonreír también.

— Eres un personaje, ¿sabías? — pregunta, negando con la cabeza.

— Entonces, ¿ese Sir Elliot pesado como la mierda es el padre de la protagonista?

— Eso. Una protagonista que se cree fea, bueno, en realidad su familia la considera fea. Se llama Anne y estuvo muy enamorada de un joven en el pasado, pero su padre no aceptó la

propuesta de matrimonio. Algunos años después, no recuerdo cuántos, él regresa, y el libro trata de ese reencuentro y de los sentimientos que Anne aún tiene por él, pero que no cree que sean correspondidos.

— ¡Mi tipo de historia! Me va a encantar.

— Seguro que sí. Incluso a mí, que no soy mucho de romances, me gustó.

— ¿Y qué es lo que te gusta, entonces? Por cierto, ¿te molesto con tantas preguntas?

— En realidad, me está gustando mucho hablar contigo. Creo que hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan interesante — dice, pareciendo sincero.

Lleva pantalón de vestir y camisa, pero no tiene corbata y el saco ha sido reemplazado por un abrigo cálido. No es que eso haga mucha diferencia, está tan guapo como siempre.

— Pues bien, Matteo, cuéntame más sobre ti — pido, muriéndome de curiosidad.

Claro que no imagino que vaya a abrirse y hablar de cosas muy personales, pero estoy sedienta de cualquier migaja de información.

Él suspira y pone el libro cerrado a un lado, parece pensar un poco antes de comenzar a hablar.

— Como sabes, soy el presidente de la empresa. Asumí el cargo después de que mi padre se jubiló, pero como no salgo de aquí, coordino todo a través de Catarina y Alberto, mis brazos izquierdo y derecho.

— ¿Y puedo preguntar por qué no sales de aquí?

— Puedes. Si voy a responder, es otra cuestión.

— Claro... — acepto, creyendo que nuestra charlita llegó a su fin.

Pero me sorprende continuando.

— Hace cinco años mi vida era muy diferente. Digamos que pasé por una sucesión de tragedias, perdí a personas, aprendí a desconfiar hasta de mi sombra. No confío en nadie.

Me acuerdo de la conversación con las chicas más temprano, sobre la traición, y asiento, entendiendo más de lo que él imagina.

— ¿Y no sales por eso? ¿Por no querer involucrarte con las personas?

— Debes estar pensando en cuánto necesito terapia — dice, esbozando una sonrisa triste. — La necesito, pero no quiero mejorar. Estoy cómodo así. La verdad es que, con todo eso, caí en una depresión profunda, y el mundo allá afuera dejó de tener sentido. Las personas... prefiero vivir aquí, en paz.

— ¿Y piensas seguir así?

— Tal vez. No sé... Pensaba que sí, pero últimamente he sentido la necesidad de hacer cosas nuevas. ¿Quién sabe si un día me den ganas de salir otra vez? Sé que ya no parezco tan deprimido como estaba hace un tiempo.

— Sobre eso, tu lista, si quieres ayuda con algo o compañía, puedo ser tu amiga, Matteo.

— ¿De verdad? Creo que sería bueno tener a alguien para acompañarme. Hablando de eso, es domingo. No deberías estar en casa, con tu familia.

Asiento, confirmando.

— Debería. Me quedé para estudiar para el ingreso a la universidad, luego pensé que sería mejor ir la próxima semana.

— ¿Con quién vives? O vivías, antes de venir aquí.

Percibo que el momento para saber más sobre él ha terminado; ahora el foco cambió hacia mí.

— Con mis padres y mi hermana Julieta. Ella es unos años menor que yo y cuida de mis padres y de la casa. Ellos ya no trabajan, mi papá se jubiló y mi mamá se enfermó y tuvo que dejar de trabajar, pero no recibe pensión. Así que yo trabajo fuera para ayudar con los gastos de la casa mientras mi hermana los cuida.

— Parece que te llevas muy bien con tu familia.

— Sí, son todo para mí. Me esfuerzo mucho hoy para poder ayudar a mi hermana en el futuro. Quiero poder apoyarla para que también pueda graduarse, si lo desea.

— Seguro que lo lograrás. ¿Es tan loca como tú?

— ¿Julieta? ¡Es peor! Piensas que yo estoy loca, pero eso es porque aún no la conoces.

— Que Dios me libre, entonces — dice, haciendo una mueca.

— ¿Y tú?

— Bueno, hoy somos Catarina y yo. Ella es más joven. Mis padres también son geniales, pero admito que no soy el mejor hijo del mundo.

— Clarissa y Leónidas Viturino, ¿cierto?

— Exacto. Cualquier día terminarás conociéndolos; de vez en cuando vienen a destruir la paz de esta casa.

— ¡Qué horror! Deja de ser tan amargado, Matteo. Vienen a ver al hijo, ya que tú no vas a ellos.

— Lo sé, pero lo entenderás cuando lleguen. Mi madre habla todo el tiempo, le gusta la música y me trata como a un bebé.

Eso me hace reír; ya puedo imaginar a la madre rodeándolo, hablándole de miles de preocupaciones y dejándolo irritado.

— Básicamente es la versión de tu hermana, pero mayor.

— ¡Eso! O mejor dicho, al revés — puntualiza Matteo. — Catarina es la versión de mi madre; son idénticas.

— ¡Dios mío! Seguro te vuelven loco con tanto entusiasmo.

— Me vuelven loco, sí.

— ¿Y tu papá?

— Es más callado, pero es un buen hombre; siempre pone a la familia primero.

— Me gustan — decido —. No parecen el tipo de ricos presumidos que se ven por ahí.

— No, ese papel lo tengo yo en la familia.

— Así es. Pomposo y arrogante — remato, y él entrecierra los ojos en mi dirección.

— Y modelo de calzoncillos en tus ratos libres.

Me cubro el rostro con las manos, lamentando el momento en que abrí la boca y dije esa

frase.

— ¿Nunca vas a olvidar eso?

— ¡Jamás! Hacía siglos que no tenía mi ego tan bien masajeado.

Matteo se recuesta en la silla y apoya los brazos detrás de la nuca, muy cómodo.

— Eso porque no sales de aquí.

— Puede ser cierto, pero aun así no creo que haya sido uno de los cumplidos más comunes.

— Porque no fue un cumplido, solo estaba explicando la confusión, nada más.

— Si insistes...

Percibo lo relajado que está ahora y, al mismo tiempo, lo mucho que eso hace que mi corazón se acelere, mi rostro se caliente y mi sonrisa se ensanche.

Es un juego muy peligroso, y no hay otra opción que salir herida de un involucramiento con él, así que decido que lo mejor es poner fin a la noche.

— Creo que me voy a acostar — digo, poniéndome de pie.

— ¿Ya te vas?

Parece sorprendido; creo que fui demasiado repentina.

— Es tarde, y me levanto muy temprano para preparar el café. Mi jefe es muy exigente y puntual — explico, haciendo una broma para mantener el ambiente ligero.

— Ni siquiera leíste.

— Pero la conversación valió como distracción.

— Ah, eso sí que valió.

— Buenas noches, Matteo.

— Buenas noches, Anabela.





Tuve una buena noche de sueño, como no ocurría desde hacía semanas. Por eso, terminé perdiendo la hora de levantarme, pero aun así me siento bien. ¿Cuál es el problema, al final? Catarina se encargará de las cosas, y si realmente necesita de mí, tendrá que esperar. El mundo seguirá girando.

Abro la ducha y analizo mi imagen en el espejo. Mi barba realmente está muy espesa, cubriendo gran parte de mi rostro. Tal vez debería hacer algo con ella pronto.

Me quito la ropa y entro en la ducha, dejando que el agua caliente relaje mi cuerpo. Reflexiono sobre ayer, sobre la conversación con Anabela y lo bueno que fue pasar la noche hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

Ella se ofreció para acompañarme en estas intentonas de hacer cosas nuevas. Creo que es una buena idea, excepto por el hecho de que probablemente terminaré besándola de nuevo. Trato de no dejar que el pensamiento vaya más allá, pero cuanto más lo evito, más fantaseo con ella y con hacerle el amor. Creo que echar un buen polvo debería estar en la cima de mi lista, uno bien hecho, como no tengo desde hace mucho tiempo.

Termino de ducharme y apago el agua. Me peino frente al espejo y tomo la toalla justo cuando la puerta se abre.

En shock, veo a Anabela entrar al baño tarareando una canción. Se queda helada al verme, sus ojos recorren mi cuerpo desnudo, luego se cubre el rostro y suelta un grito.

— ¡Ahhhh! ¡Estás desnudo!

Sigo inmóvil, tratando de entender si la materialicé aquí con la fuerza de mi pensamiento, si estoy soñando o qué diablos está pasando.

— ¡Matteo! — Abre una rendija entre los dedos, fija su mirada en mi pene, que ya

empieza a endurecerse, y grita de nuevo. — ¡Ay! ¡Cúbrete ya!

Su desesperación me hace reaccionar. Abro rápidamente la toalla y la coloco alrededor de mi cintura.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — pregunto, entre excitado e irritado.

Anabela se quita los audífonos blancos y grandes de los oídos.

— ¡Vine a recoger la ropa sucia! ¿Qué haces tú aquí?

— ¿En mi baño? ¡Ducharme!

— Pero ya es tarde, deberías estar en la oficina tomando tu café — dice, como si la culpa fuera mía.

— Me quedé dormido. ¿Y tú no deberías haber tocado antes de entrar?

— ¡Debería! Pero pensé que estabas abajo.

— ¿No escuchaste el agua de la ducha?

— ¡Estaba escuchando música! — dice, mostrándome los audífonos en su mano.

— Rompiendo una de las reglas. Así que la culpa es tuya.

— Para nada. No podemos escuchar música alta, pero no dice nada sobre usar audífonos.

— Sí, pero por culpa de ellos ahora has visto mi polla.

— ¡No digas eso! Dios mío, me voy de aquí y voy a fingir que esto nunca pasó. Vamos a olvidar lo que vi, ¿vale?

— Ah, yo no voy a conseguirlo tan fácil. Aún abriste los dedos para dar otra mirada — provoco, divirtiéndome al ver sus mejillas ponerse rojas. — ¡Creo que te gustó!

— ¡Matteo! Miré para ver si ya podía mirar.

— Qué excusa más mala.

— No lo es.

— Tardaste un montón en cubrirte la cara, Anabela.

— ¿Y ahora yo tengo la culpa? Me tomaste por sorpresa, empecé a apreciar la vista y después me cayó la ficha.

Ahora ya no puedo contener la risa.

— "Apreciar la vista", modelo de ropa interior... Esos cumplidos tuyos cada vez son mejores.

— ¿No sabes que no puedes andar desnudo por ahí? — pregunta, ignorando mi provocación. — Las vírgenes desprevenidas corren serios riesgos.

La palabra me golpea de lleno y creo que ahora estoy boquiabierto.

— ¿¿¿Virgen??? Ay, Dios mío. ¿Cómo es posible? — Apoyo las manos en el lavabo, bajando la cabeza.

Y yo aquí imaginándome dentro de esta chica...

— ¿Por qué estamos discutiendo mi virginidad? Me voy de aquí, y usted póngase algo de ropa.

— Estamos discutiendo porque pensaste que debías mencionarlo. ¿Ahora cómo se supone que voy a olvidarlo?

Por el rabillo del ojo, noto cuando pone las manos en la cintura.

— Olvidándolo, ¿me vas a decir que tienes algún fetiche con vírgenes?

Niego con la cabeza, sin entender cómo llegamos a este punto de la conversación.

— Nunca lo tuve, pero últimamente tengo algunos contigo.

— ¡Socorro! Pasaste de gruñón a pervertido demasiado rápido, y no sé cuál versión prefiero — dice, llevándose una mano al pecho.

— Claro que lo sabes. ¿Estás segura de que te vas?

Anabela dirige una última mirada a mi pecho, sus ojos siguen el camino que las gotas de agua trazan al deslizarse hacia la toalla, y dejo escapar un leve gemido.

— ¡Estoy segura! — grita.

— Anabela…

— ¡Buenos días, jefe!

Y se va.





Pasé gran parte del día en la oficina en otra videollamada con Catarina. Mi hermana cambiaba de posición cada diez minutos, incómoda con el peso de la barriga, y al final fui yo quien terminó sintiéndose mal al verla sufrir con dolores en tantas partes distintas. Parece que esta recta final es realmente la más difícil.

Cat me dijo que estaba distraído y llamó mi atención varias veces, diciendo que ya estaba preocupada por mi falta de interés, pero la verdad es que Anabela no salió de mi cabeza ni un minuto, y pensando en ella, terminé perdiéndome en mis pensamientos.

Cada vez que recuerdo su rostro sonrojado al verme desnudo en el baño, una sonrisa terca aparece en mi cara. No sabía si irse, si decir algo, si cerraba o cubría los ojos, si me observaba o fingía desinterés, y disfruté mucho esa provocación. Hace mucho tiempo que no coqueteaba con nadie, y pensé que había perdido el toque, pero por lo visto, esto es como andar en bicicleta: no se olvida.

La cuestión es que estos últimos momentos me han dado la vuelta por completo y, aunque trato de no profundizar en las fantasías, vuelven sin que me dé cuenta. Imagino cómo sería tocar su piel y explorar su cuerpo con mis manos, y ese pensamiento hace que mi polla despierte otra vez. ¡Joder! Esto está volviéndose muy difícil de soportar.

Bajo las escaleras hacia el sótano, donde construí mi gimnasio y mi ring de boxeo. Golpear algo siempre me ayuda a liberar tensión; espero que esta vez no sea diferente.

Abro la puerta de metal y la empujo con fuerza. Enciendo las luces del amplio salón y me quito los zapatos al pisar la alfombra de goma. Paso por el gimnasio, dejando mi ropa por el

camino. Mis pantalones cortos de boxeo y los guantes están cerca del ring, y me los pongo antes de saltar sobre las cuerdas hacia la plataforma elevada.

El saco de boxeo cuelga en el centro, ya que entreno solo. Respiro hondo antes de empezar la secuencia: separo las piernas, flexiono las rodillas y lanzo el primer golpe con el puño derecho. Vuelvo rápido a mi guardia, me muevo con pasos cortos y firmes, y luego lanzo el siguiente golpe. Mantengo la distancia de ataque, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, y doy otro derechazo. El saco se sacude, como debe ser.

Pero Anabela vuelve a aparecer en mi mente, quitándose el uniforme aburrido y revelando un cuerpo perfecto, con los pechos redondos que ya he observado tantas veces, la cintura delgada bajo mis manos y su sexo aún intacto, rozando mi polla, dura.

— Puta madre, Anabela…

Gotas de sudor comienzan a resbalar por mi pecho mientras sigo golpeando sin parar, controlando la fuerza para no tener que detenerme a recuperar el aliento. El secreto está en la concentración y en una base firme.

Desde donde estoy, veo cuando Anabela entra por la puerta, trayendo consigo una jarra con agua fría y un vaso. Pero esta vez no es fruto de mi imaginación desbordada; es muy real, o no estaría usando todavía ese uniforme horrible ni llevando el cabello tan recogido.

Anabela observa todo a su alrededor con curiosidad; parece que aún no había visto esta parte de la casa.

— Te traje agua — dice en voz alta, elevando su tono por encima del sonido de los golpes. Veo cuando deja la bandeja sobre la mesita en la esquina.

Doy un último golpe fuerte al saco de boxeo, que retrocede, y luego me giro para mirarla. Sus ojos están abiertos de par en par y sus labios, entreabiertos. Cuando me acerco, retrocede un paso. Su respiración es entrecortada. Me quito los guantes y oculto una sonrisa, consciente de que verme entrenar le ha causado un impacto.

— Normalmente es Helder quien trae el agua — digo, saltando por las cuerdas y

quedándome frente a ella.

— El señor Helder no se siente bien hoy. — Anabela fija la mirada en el suelo al hablar, tímida.

Por un momento, dejo de analizar cómo su pecho sube y baja y cómo sus ojos evitan los míos, para preocuparme por mi viejo mayordomo.

— ¿Qué tiene? — El hombre siempre ha tenido una salud de hierro, y me sorprende que esté indispuesto, a pesar de su edad.

Pero entonces Anabela levanta los ojos y se detienen en mi pecho. Con esa única y maldita mirada, hace que mi respiración, ya descompasada por el ejercicio, se vuelva aún más irregular. Y ahora, con su cuerpo tan cerca, me resulta imposible relajarme. Esta mujer me está haciendo perder todo el control que me llevó años construir.

— Tranquilo, ya me ocupé de él — responde, pareciendo recordar el tema de conversación.

Sin embargo, su mirada sigue recorriendo mi cuerpo, y cuando pasa la lengua por los labios en un gesto involuntario, siento que una erección está por venir.

— Por lo visto, te encargas de todo, ¿verdad? — Me acerco un paso más, y esta vez Anabela no se mueve. Mis pies se desplazan sin que lo planee, como si algo me atrajera hacia ella. — Dime, Anabela, ¿hay algo que no hagas maravillosamente bien?

Ella sonríe, y el brillo de sus ojos se intensifica. Anabela inclina un poco la cabeza y levanta el mentón.

— Tal vez las cosas que nunca he hecho... — provoca. Joder, está haciendo todo mucho más interesante con sus actitudes siempre tan impredecibles.

— Apostaría que también serías perfecta en eso, pero me encantaría probar esa teoría.

Anabela fija su mirada en el bulto bajo mis pantalones cortos de boxeo. La tela ajustada marca cada centímetro de mi deseo por ella.

— Creo que debería subir... — dice, pero no se mueve.

Si realmente quisiera alejarse, ya lo habría hecho. Entonces rodeo su cintura y la acerco a mí. Su pecho sube y baja mientras mis labios buscan los suyos, despacio, provocándola. Veo cómo su piel se eriza y siento su cuerpo temblar bajo mi toque.

Anabela cierra los ojos y extiende las manos sobre mi pecho sudado. Interpreto eso como una aceptación. Esta vez nuestro beso es urgente, desesperado. Su lengua caliente y suave se mueve al mismo ritmo que la mía, demostrando cuánto también ha reprimido este deseo.

Beso su mentón, su mejilla y su cuello, deteniéndome allí. El aroma que desprende es maravilloso, y puedo reconocer la misma fragancia que dejó en las páginas de mi libro. Desde ahora, me gusta ese perfume. Que se joda el libro; quizá hasta cambie mi aversión por él si me hace pensar en ella cada vez que lo abra.

Sujeto su nuca mientras saboreo su piel, y Anabela presiona su cuerpo contra mi erección. Si no supiera que sería su primera vez, me enterraría en ella aquí mismo, sobre esta plataforma.

Mi mano desciende hasta su rodilla —maldito vestido largo— y subo su ropa lentamente, sintiendo su piel erizada bajo mis dedos.

— Matteo...

El sonido de mi nombre escapando de su garganta solo me endurece aún más.

¡Dios santo! Cuánto deseo a esta mujer.

— Tengo que irme — dice, con la voz temblorosa. — Tenemos que parar.

— ¿No quieres? — pregunto entre caricias.

Vuelvo a besar su boca y la sostengo más cerca, temiendo que se aleje. Anabela corresponde al beso, pero poco a poco aparta su cuerpo, y siento que he perdido la batalla.

— Sí quiero — dice, interrumpiendo el beso —, pero los dos sabemos que no es una buena idea. — Anabela me aparta, alisa la falda del vestido y ajusta el moño de su cabello.

Todo en mí grita que le pida que se quede. Mi cuerpo ruega por continuar desde donde lo dejamos, pero ella tiene razón en detener esta locura. Es la razón la que mantiene mis manos

donde están mientras Anabela se aleja, mirándome a los ojos como si esperara una objeción que no llega.

Regreso al ring y me acerco al saco de boxeo, observándola cruzar la puerta. Escucho sus pasos subiendo las escaleras, luego miro mi erección bajo los shorts y lamento lo que no ocurrió.

— Mierda...

Lanzo un golpe fuerte, y el dolor me recuerda que olvidé volver a ponerme los guantes.



Anabela

La niebla de esta mañana está más densa de lo normal, transformando todo el paisaje exterior en una gran nube blanca. La temperatura también ha bajado, por lo que tuve que ponerme varias blusas y un abrigo largo sobre el uniforme.

Estoy preparando el café cuando el señor Helder entra en la cocina. Me doy la vuelta para mirarlo y noto que su rostro aún muestra signos del fuerte resfriado que lo golpeó ayer.

— ¿Qué hace aquí? Debería estar descansando.

— Me siento mejor hoy, señorita — insiste, terco, aunque su voz está ronca.

— Nada de eso. — Me acerco a él y toco su frente y mejillas con el dorso de la mano para comprobar su temperatura. — Tiene fiebre. Vuelva a su cuarto y tómese el día libre. Le llevaré su desayuno y un antipirético.

El señor Helder me mira por unos segundos, y sé lo que está pensando, pero es demasiado educado para decirlo en voz alta.

— Sé que no puedo darle un día libre, pero estoy segura de que Matteo haría lo mismo — digo, respondiendo a su objeción silenciosa.

Helder levanta las cejas y una sonrisa astuta aparece en sus labios. Solo entonces me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

— El presidente seguramente quiere que descanse — digo, intentando corregir el error de haberlo llamado por su nombre de pila, pero creo que ya es demasiado tarde para eso.

Helder asiente y apoya sus manos en mis hombros, con cariño.

— Hablando de Matteo — hace una pausa después de mencionar su nombre, dejándome claro que no pasó desapercibido —, lo está llamando en el despacho.

— ¿Ahora? — pregunto, extrañada por la petición. Todavía no hemos servido el desayuno, y no lo he visto desde ayer, en el ring.

— Sí, señorita.

Probablemente quiera hablar sobre lo que pasó ayer, y mi corazón se acelera con el recuerdo y la incertidumbre de lo que pueda venir.

Siento cómo mi rostro se calienta al recordar lo increíble que estaba, vistiendo solo esos pantalones cortos y los guantes, todo sudado…

Después del beso en el gimnasio, fingí un dolor de cabeza y dejé que Elis y Suzi se encargaran de los últimos preparativos para la cena. Necesitaba alejarme y pensar en lo que estoy haciendo con mi vida.

Tengo claro que él me desea, pero no soy tan ingenua como para creer que está enamorándose de mí. Matteo aún vive el duelo por la muerte de su esposa y, tal vez, nunca lo supere. No quiero competir con su memoria ni entregar mi corazón a alguien que ni siquiera ama su propia vida. Sé que corro el riesgo de salir herida si me involucro demasiado.

— Está bien, pero haga lo que le pedí, Helder, por favor.

Paso junto a él y avanzo por el pasillo oscuro, ya que aún no hemos abierto las cortinas de las ventanas. Llamo a la puerta y espero solo un segundo antes de que él me indique que

entre.

Matteo está sentado en su sillón, al otro lado del escritorio, vistiendo un abrigo grueso sobre el traje y guantes. Luce aún más elegante así.

— Buenos días, Anabela. — Su tono es cordial, lo que me hace relajarme de inmediato.

— Buenos días — respondo, acercándome al escritorio.

— Siéntate, por favor — me pide, señalando la silla vacía. — Hoy hace mucho frío, ¿no crees?

— Eh, sí. Tuve que ponerme varias blusas para mantenerme caliente.

— Imagino que no tienes mucha ropa de invierno, ¿verdad? En São Paulo no suele hacer tanto frío como aquí.

— Por ahora tengo lo suficiente, pero si es necesario compraré algunas cosas más.

Él asiente con la cabeza y un incómodo silencio se instala entre nosotros.

— No sé cómo hacer esto — dice. Al fruncir el ceño, esperando una explicación, continúa: — Esto de hablar de cosas triviales antes de ir al grano, así que seré directo. Te llamé porque he pensado mucho en lo que está pasando entre nosotros.

— No tiene que preocuparse por eso, sé cuál es mi lugar — respondo, prefiriendo decirlo yo misma antes de que él lo haga y me hiera con sus palabras.

— Lo sé, Anabela, y ese lugar que tienes aquí no tiene absolutamente nada que ver con lo que está pasando. — Ahora me mira a los ojos. — Dejando de lado el hecho de que seas mi empleada y yo tu jefe, la verdad es que no dejo de pensar en esto.

No sé qué decir. No creo poder formar una frase coherente ahora mismo, pero, por suerte, parece que él no espera que diga algo.

— El asunto es que no puedo ni quiero involucrarme románticamente, ¿entiendes? No confío en las personas, no me enamoro y no quiero cambiar eso. Necesito que lo entiendas y que no esperes una transformación, porque no quiero ser responsable de herir a nadie.

Parece que se tomó en serio la idea de la sinceridad y no sé si eso me gusta o no. Matteo

acerca su rostro, apoyando las manos sobre la mesa.

— Anabela, no quiero que pienses que estoy abusando de mi poder o que intento imponerte algo. Nunca haría eso. Pero cada vez me resulta más difícil resistirme, y sé que tú sientes lo mismo.

Desvío mis ojos de los suyos; no sé bien cómo reaccionar a esta conversación.

— ¿A dónde quieres llegar? — pregunto. — Este tipo de charla no es lo que normalmente pasa después de un beso...

Él abre los brazos, luciendo frustrado.

— Tal vez haya perdido la práctica — dice, pero lo hace con una sonrisa maravillosa en los labios, contradiciendo sus palabras.

— ¿Tienes que imponer reglas sobre todo? ¿Las cosas no pueden simplemente suceder?

Matteo mira sus manos sobre la mesa y mueve la cabeza de un lado a otro.

— No quiero que te lastimes, por eso preferí ser directo, aunque no sea lo más común en estos casos. Si tú quieres, obteniendo solo el beneficio del placer, yo también quiero. Nos llevamos bien, nuestras conversaciones son lo mejor de mi día, Anabela, y tu beso... Joder, no puedo dejar de pensar en eso. Solo necesitaba dejar claro hasta dónde llegaría, para que, si decides entrar en esto conmigo, sepas cuáles son mis límites y lo que significa.

Me levanto de la silla; esta conversación, cuanto menos extraña, no nos llevará a ningún lado. Necesito pensar con calma en lo que me está proponiendo.

— Lo siento, Matteo, pero no creo estar lista para hablar de esto o tomar una decisión al respecto.

Él asiente, aunque creo ver decepción en su rostro.

— Entonces sugiero que dejes de ser así de hermosa. No quiero despedir a alguien por ese motivo — responde Matteo, sonriendo.

— Gracias. Creo — digo, devolviéndole una sonrisa amable. — Yo... Necesito terminar el café; mi jefe es muy exigente. — Camino hacia la puerta.

— O puedes dejar que se muera de hambre y quedarte aquí conmigo — bromea, en tono sugerente.

— Jamás haría una crueldad como esa; me tomo mi trabajo muy en serio. — Abro la puerta despacio porque no quiero que Suzi y Elis me vean salir de aquí tan temprano. — Con permiso, señor.

— Hasta luego, Anabela.



Me tiro en el sofá-cama y llevo las manos al rostro, frustrada con la situación y conmigo misma. Tal vez parte de mí esté molesta por la propuesta, por escuchar claramente que eso es todo lo que tiene para ofrecerme, pero, por otro lado, ¿qué más podría esperar de un hombre que ha sufrido tanto?

Además, llevo poco tiempo aquí; no es como si estuviera perdidamente enamorada. Solo me siento muy atraída por él, curiosa por saber más, ansiosa por estar con él y temerosa de terminar involucrándome demasiado.

Tomo mi celular y marco el número de Julieta. Necesito hablar con alguien, y ella es mi mejor amiga en este mundo, la única con quien puedo desahogarme de verdad.

— ¿Qué onda, hermana? ¿Cómo va el trabajo? — pregunta, contestando casi de inmediato.

— Va bien, pero te llamé por otra cosa. ¿Puedes hablar?

— Claro, ¿qué pasa?

— ¿Mamá está cerca? No puede escuchar...

Escucho un gruñido al otro lado y luego el ruido de una puerta. No pasa mucho tiempo antes de que la voz de Julieta regrese.

— Listo, estoy sola ahora. ¿Qué pasó? ¿Ya saliste del trabajo?

— No, corrí al chalet para hablar contigo, pero tengo que volver para preparar la cena. Es que han pasado muchas cosas, no tienes ni idea.

— ¡Ay, Anabela! Me estás asustando. Suéltalo ya.

Me acuesto boca abajo y me preparo para soltarle todos los acontecimientos de los últimos días. La pobre no está preparada para el caos en el que se ha convertido mi vida.

— ¿Qué fue exactamente lo que te conté del señor Viturino?

— Que te equivocaste y pensaste que era un viejo, pero no lo era, y que es el diablo chupando mango.

— Sí, no mencioné que es más guapo que cualquier hombre que haya visto en mi vida, ¿verdad?

— ¿Qué? — Se ríe, medio atragantada. — No, no dijiste eso, ¡sinvergüenza!

— Pues lo es, hermoso. Alto, pelo negro, ojos azules, fuerte y tiene una mirada que me desarma por completo.

— ¡Anabela! Eso era lo más importante, ¡loca! Tenías que haberlo contado en cuanto lo viste.

— Pues sí, lo vi sin camisa la primera vez. Tuve un gran problema porque pensé que era el jardinero. Discutimos varias veces, peleamos, dije que me iba...

— Te juro que estoy tratando de seguirte. ¿Cómo no me contaste nada de esto?

— Es que él me pidió disculpas, decidí quedarme. Todo fue muy caótico; las cosas se atropellaron, y yo qué sé, pensé que no era para tanto, solo un hombre guapo y muy grosero.

— ¡Y ahora estás loquita por él! Pero oye, ¿y la esposa? Mira, sé que soy un poco impulsiva, pero eso no lo puedo apoyar, Anabela. El hombre está casado.

— Deja de decir tonterías. ¿Crees que me metería en semejante lío? Es viudo.

— ¡Ahhhh! ¿Y luego? ¿Pasó algo?

— Pues me besó...

— ¿¡QUÉ!? ¿Tu jefe guapo y sexy, rico y malhumorado te besó?

— Exactamente.

Escucho un ruido fuerte; creo que tiró algo del susto. Julieta maldice y otro golpe le sigue.

— ¿Y luego? ¡ÁNDALE! Sigue hablando. ¡Ayyyy!

— ¿Qué pasa?

— Se me cayó la olla en el dedito de tanto entusiasmo. Sigue. ¿Cómo fue? ¿Besa bien?

— Ay, es perfecto, Julieta. Su beso... No sé ni cómo describirlo.

— ¿Y qué te dijo después?

— Entonces, al día siguiente no dijo nada y me enojé porque esperaba que al menos se disculpara o algo así. Pero luego, al otro día, me dijo que no sabía qué decir, que se sentía atraído por mí y que no era su estilo coquetear con empleadas.

— ¿Y tú le crees?

— Sí, ni siquiera sabe los nombres de las empleadas de la casa, no hay ningún antecedente de algo parecido. Pero las cosas se complicaron más, porque pasamos una noche increíble, hablamos de libros y él fue tan maravilloso.

— ¿Y se volvieron a besar?

— ¡Calma! Estoy siguiendo el orden de los hechos. Después de eso, entré al baño para recoger la ropa sucia y él estaba saliendo de la ducha. ¡Desnudo!

— ¿¡QUÉ!? ¡MADRE MÍA, JESUCRISTO!

— Pues sí, me llevé el susto de mi vida.

— ¿Y cómo era?

— ¡Julieta!

La imbécil empieza a reírse del otro lado, divirtiéndose a mi costa.

— Bueno, ¿qué hiciste?

— Me cubrí la cara, claro.

— ¿Pero no echaste un vistazo?

— Bueno, era imposible no verlo… Salí corriendo, pero luego me lo encontré otra vez más tarde y terminamos besándonos otra vez. Él practica boxeo, estaba en el ring y vino hacia mí, todo sudado y sexy…

— Ay, Dios mío…

— ¡No pude resistirme! ¿Quién podría? ¡Solo una santa! Pero ahí viene la parte tensa, y por eso te llamé.

— ¿Qué pasó?

— Me pidió que habláramos esta mañana, dijo que se siente muy atraído, que quiere… ya sabes.

— ¿Quiere acostarse contigo?

— Sí, no usó exactamente esa palabra, pero es eso. Me dijo que es lo único que puede ofrecer, que siempre me va a respetar y tratar bien, que esta situación nunca sería un inconveniente en el trabajo, pero que no se va a involucrar emocionalmente, que no está abierto a relaciones.

— Bueno, ¿pero tú querías algo? ¿Tener una relación con él o algo así?

— No, pero no soy de las que tienen sexo casual, Ju. Ni siquiera sé cómo manejar algo así.

— ¿Y qué le dijiste?

— Que no podía responder a eso y me fui de ahí. Pero el problema es que quiero mucho estar con él, probar… No puedo dejar de pensar en eso. Trabajé todo el día con esa conversación dando vueltas en mi cabeza.

— ¡Y vas a morir virgen si sigues tan cerrada! Mira, las dos ya somos adultas. Yo tengo que quedarme aquí con papá y mamá, pero tú conseguiste un buen trabajo y además podrías perder tu virginidad con un hombre así. ¡Yo no perdería el tiempo!

— Todavía eres joven — respondo, poniendo los ojos en blanco. Julieta está obsesionada con perder la virginidad; lo entiendo, nos hemos convertido en las dos Gonzales virginales. Dios

me libre.

— Pero no quiero morir virgen. Si yo fuera tú, buscaría la forma de estar con el viudo guapo. No tienes que involucrarte tampoco, dejas que él te enseñe unas cuantas cosas, aprovechas ese cuerpazo que dices que tiene y luego, si ves que te estás acercando demasiado, te alejas y le dices que hasta aquí. Por lo menos matas la curiosidad.

— Pero trabajo aquí, soy su empleada.

— No te va a despedir por eso, a menos que sea un idiota.

— No, sé que no haría eso. ¿Crees que debería arriesgarme? Tengo miedo.

— ¿Miedo de qué? Yo creo que sí deberías. ¿Él sabe que eres virgen?

— Sabe…

— ¿Y le pareció un problema?

— No, no le importó.

— ¡Entonces perfecto! Atrévete y luego me cuentas todo. Déjame vivir la experiencia a través de cada detalle, Anabela.

— Ajá… No creo que me sienta cómoda contando todo, pero te prometo que te lo diré si pasa.

— Bueno, y el tamaño, si te dolió, si fue bueno, si llegaste al o…

— ¡Adiós, Julieta!

Termino la llamada riéndome de su desesperación. Mi hermana todavía se va a meter en muchos problemas por su ansiedad. Es mucho más joven que yo y todavía tiene muchas experiencias por vivir, pero ponerse tan ansiosa solo complica las cosas.

Yo lo sé, ¡mira quién lo dice! Pero en mi caso, ya estoy cerca de los treinta, ya es más que hora de experimentar el sexo y, ¿por qué no con Matteo? Un hombre hermoso y por quien me siento tan atraída.

Solo hay que proteger el corazón… y eso lo puedo hacer, seguro.


12



Me observo en el espejo del pequeño baño del chalé. No soy lo suficientemente atrevida como para ser directa, no voy a llegar y decirle que cambié de opinión, que ahora quiero que me muestre y me enseñe todo, mucho menos acostarme en su cama esperándolo.

Entonces, necesito encontrar otra forma de hacer que lo entienda, tal vez él pueda volver a sacar el tema y así facilitarme las cosas.

¿Pero cómo voy a seducir a ese hombre con este uniforme horroroso? ¿Usando tres suéteres encima, medias gruesas de lana y guantes? Así está difícil, pero el frío no da tregua.

Bueno, por poco práctico que sea, siempre puedo soltarme el cabello, creo que ya sería un avance. Me quito las horquillas que sujetan el moño rígido y veo cómo las ondas sedosas de mi cabello castaño caen sobre mis hombros.

También saco un brillo de mi neceser y lo aplico en los labios, dejándolos más bonitos. Con respecto al montón de ropa que llevo puesto, no hay mucho por hacer, así que tendré que ser suficiente.

En fin, Anabela, la mayor seductora que estas montañas hayan visto… ¡Ja!

Salgo del chalé y me apresuro hacia la casa, escapando del viento cortante. Ya casi es hora de la cena, así que entro en la cocina y empiezo a preparar las cosas.

Elis y Suzi me ayudan, cortando verduras y fileteando la carne. Yo me encargo del arroz, preparo unos frijoles con tocino y un poco de chorizo, y luego desmoldo el flan que hice para el postre.

— ¿Quieres que lleve yo la bandeja al Presidente? — ofrece Suzi.

— No, si puedes encargarte de los platos, yo misma le llevo la cena.

Si notan algo extraño en mi actitud, no lo demuestran. Estoy un poco nerviosa por este encuentro, pero decidida. No voy a echarme atrás.

Dios mío, voy a morir virgen si no hago algo al respecto.

Cuando golpeo la puerta y su voz responde desde dentro, siento mi corazón acelerarse en el pecho. Entro en el despacho y lo encuentro sentado en el escritorio, como de costumbre, igual que esta mañana, aunque ya se ha cambiado de ropa.

— Buenas noches — saludo, intentando sonar natural.

Él levanta el rostro, y noto cómo sus ojos recorren todo mi cuerpo.

— Te soltaste el cabello… — comenta, sorprendido.

— Eh, sí, lo solté.

Camino hasta llegar frente a él y coloco la bandeja sobre la mesa de madera. Sus ojos no se desvían hacia la comida, siguen fijos en mí.

— Y estás usando brillo de labios.

Maldita sea. Con la forma en que lo dice, me siento como una tonta.

— Bueno, yo…

— Estás aún más hermosa.

— Gracias.

Matteo fija su mirada en la comida de su plato y toma los cubiertos.

— Se ve delicioso.

— Espero que te guste — respondo. — Matteo…

— ¿Sí?

— ¿Puedo hablar contigo un momento? No quiero que dejes de comer, pero quería tocar un tema — digo, aprovechando para abordar algo que me preocupa y, claro, quedarme más tiempo cerca de él.

— Claro.

Lo observo mientras corta un trozo de carne y lo lleva a la boca, cerrando los ojos. Hace

que todo parezca tan apetitoso que podría ser fácilmente una chef de un restaurante de lujo con varias estrellas Michelin.

— Las chicas y yo hemos estado trabajando mucho, el pobre Helder ya no tiene la fuerza de antes. ¿Crees que sería posible contratar a más personal? — suelto todo de corrido para que no pueda negarse antes de escuchar la propuesta completa. — Sé que no te gusta que haya mucha gente en la propiedad y valoras tu privacidad, pero te aseguro que mantendré a todos fuera de tu camino, coordinaré los horarios para que no te molesten, y yo misma me encargaré de tu habitación.

Eso lo hace sonreír.

— Me encantaría que te encargaras de mi habitación, Anabela. Sobre todo de mi cama.

— ¿En serio? — También sonrío. — Ni me imagino por qué.

— ¿Exactamente para qué necesitas ayuda? — pregunta él, dejando de lado el coqueteo descarado.

— Sería bueno tener a alguien que se encargue de tu ropa, y de las cortinas, alfombras, manteles, esas cosas. Lavar y planchar.

— De acuerdo. ¿Qué más?

— Elis y Suzi me ayudan en la cocina, y como necesitamos preparar cuatro comidas al día, eso y lavar los platos nos quita mucho tiempo.

— ¿Quieres dejar de cocinar? — pregunta, pareciendo alarmado ante la posibilidad.

— No, quiero a alguien que ayude con la limpieza de la casa. Somos pocas para tanto trabajo. Me gustaría reabrir las habitaciones cerradas, limpiar esos cuartos y prepararlos para cuando venga tu familia, además de encargarnos del ring y del área de la piscina...

— Está bien. — Él asiente, y espero un minuto mientras sigue comiendo. — Tres empleados, dos mujeres y un hombre para ayudar con los trabajos más pesados. Es lo máximo con lo que puedo estar de acuerdo, Anabela. Y solo si prometes mantener a esas personas fuera de mi camino.

— ¿De verdad? — Me levanto, emocionada. — ¡No puedo creer que aceptaste!

— Yo tampoco, te lo aseguro. Debo estar completamente rendido por ti, porque no hay otra explicación para esto.

El comentario exasperado me hace sonreír, y rodeo la mesa hasta quedar a su lado. Matteo levanta sus ojos azules para mirarme, y me inclino para darle un beso rápido en la mejilla.

— Gracias.

— Ahora me vas a sobornar con besos... Soy patético, ¿no?

— No. Eres maravilloso.

— Pero no lo suficiente para tentarte.

— ¿Quién dijo eso? Solo tuve miedo, dudas por mi trabajo... — Y por mi corazón, pero esa parte no la digo en voz alta.

— ¿Crees que te despediría?

Ignoro la pregunta y lo miro con los ojos entrecerrados.

— Si acepto esa propuesta indecente... Esto quedaría entre nosotros y los demás empleados no se enterarían, ¿cierto?

— Por supuesto, imagina lo que dirían de mí si se enteraran. ¿Tú… lo estás considerando?

— Sé que dijiste que no te vas a involucrar, y estoy totalmente de acuerdo con eso, sin amor, pero...

— ¿Pero?

— ¿Serías amable? — pregunto, muriéndome de vergüenza.

— ¿Crees que sería brusco contigo en tu primera vez?

— A veces eres bastante brusco.

Él niega con la cabeza y sonríe.

— Sería amable y paciente en tu primera vez, Anabela. Y no sería solo sexo. Pasaríamos

tiempo juntos, nuestras conversaciones fluyen fácilmente, podríamos cenar juntos y dar esos paseos por la propiedad. Todo, menos...

— Amor.

— Eso. No es por ti, entiéndelo, si pudiera enamorarme, sin duda sería de alguien como tú, pero no tengo un corazón para darle a nadie, no existe.

— Está bien, no te estoy pidiendo que me des un órgano vital — bromeo, aliviando el ambiente e intentando ignorar su comentario triste.

— ¿Eso es un sí?

Le doy la espalda y camino hacia la puerta de la biblioteca, moviéndome de la forma más provocativa que tres suéteres y un vestido horroroso me permiten.

— Es un tal vez, pero si dejas la puerta del cuarto sin llave... puede que regrese cuando todos se vayan a dormir.

Después de esa decisión, las horas pasaron lentamente.

Cuando nos reunimos en la mesa de la cocina para cenar, estoy ansiosa, pero nadie más parece tener prisa. Timoteo repite la comida dos veces, mientras Elis y Suzi se entretienen con chismes sobre las personas que conocen en común.

Termino contando que el Presidente decidió contratar a más empleados, lo que hace que la conversación gire en torno a la noticia.

— Te dije que consigues lo que quieres con él, ¿no? Nunca había considerado siquiera contratar más gente — dice Elis, sorprendida.

— ¡No digas tonterías! Solo le expliqué claramente para qué necesitamos más personal.

— Helder ya lo ha hecho muchas veces, ¿verdad? — Suzi mira al viejo mayordomo. — ¿Y siempre decía qué?

— No — responde Helder, sonriendo. — Yo tampoco me esperaba esto.

— ¿Hasta tú, Helder?

— Vamos, señorita Gonzales, tienes que admitir que lograste convencer al Presidente de

hacer algo que se negaba desde hace años.

— ¡Qué bobos son todos! ¿Saben qué? Sí lo convencí, y si depende de mí, lo arrastro hasta el pueblo cualquier día de estos.

Eso hace que se rían, como si hubiera contado un chiste. Ninguno de ellos cree en mí. Después de eso, sin embargo, terminan la cena, y las chicas me ayudan a organizar todo antes de irse.

Corro al chalet para darme un baño y trato de prepararme lo mejor que puedo. No quiero pensar demasiado en mi decisión, para no echarme atrás ni desistir.

Elijo un conjunto de lencería presentable. No es nada demasiado sensual, pero al menos es nuevo, combina, y bueno, es negro. Creo que hasta es bonito. Me pongo un camisón encima, además de un abrigo.

Cerca de dos horas después de haber salido, regreso a la mansión. Todo está en silencio, y por la hora, deduzco que Helder ya debe haberse acostado. Moriría de vergüenza si me viera entrando o saliendo del cuarto del Presidente.

La puerta está entreabierta y la empujo con cuidado.

Matteo está de pie, en medio de la habitación, y su rostro se vuelve hacia mí al escucharme. Lo miro, decidida a ir más allá, y camino hasta quedar frente a él, que me observa inmóvil, con la camisa abierta y los brazos caídos a los costados.

Apoyo mis manos en sus hombros; estoy temblando, pero no retrocedo. Lentamente, bajo la camisa por sus brazos, desnudándolo ante mis ojos. También me quito el abrigo, dejándolo caer al suelo junto con su ropa. Suspiro al ver su torso musculoso, y Matteo analiza cada uno de mis movimientos. Mi mano recorre el camino desde sus hombros hasta el ombligo, queriendo bajar más, pero sin atreverme tanto.

Su mirada parece cargada de sorpresa, pero también de deseo. Cuando detengo mi mano sobre el borde de su pantalón, Matteo toca suavemente mi barbilla y me besa.

Esta vez no es tan gentil. Sus labios me toman con deseo, con urgencia. Abro la boca para

recibir su lengua, que ya me provoca, y levanto los brazos para rodear su cuello. Sus manos están en mi espalda y bajan lentamente hasta posarse sobre mi trasero, presionándome contra él, uniendo nuestros cuerpos de manera que siento su erección contra mi vientre. Un gemido se me escapa y él sonríe contra mis labios.

— ¿Te decidiste, entonces?

— Sí... — susurro, asintiendo.

El Presidente no necesita más incentivo. Me toma por la cintura, levantándome del suelo, y rodeo su cadera con mis piernas, ahora sintiendo cómo nuestros sexos se rozan con un delicioso roce causado por la ropa que aún nos separa.

Matteo camina conmigo hasta la cama y me recuesta, apoyando mi cabeza contra las almohadas, para luego acostarse sobre mí, manteniéndome atrapada bajo su cuerpo fuerte.

Sus besos se vuelven más desesperados, y una de sus manos encuentra la piel de mi pierna, expuesta por el camisón que llevo puesto. Su toque deja un rastro de calor, acariciándome, tomándome centímetro a centímetro.

— Matteo… Tú sabes que yo...

— Lo sé. — Apoya su frente contra la mía y respira profundamente. — Y debería ser un hombre decente y decirte que te vayas, que salgas de esta habitación, pero parece que soy un desgraciado, porque no puedo hacerlo. No cuando todo lo que quiero es enterrarme en ti.

— Yo quiero esto, solo necesito que tengas calma.

— Iré muy despacio, te lo prometo — dice, depositando un beso en mi barbilla. — ¿Estás segura? Quiero mucho que te quedes, pero sabes que no soy un hombre para ti, Anabela.

— Eso lo decido yo. ¿No lo hablamos ya?

— Sí. ¿Entiendes que no puedo ofrecerte nada más?

Asiento, mis manos tocan su rostro y lo acarician sobre su espesa barba.

— Solo te pido que tengas paciencia con una virgen — respondo, sonriendo.

Él también sonríe.

— Estamos casi en las mismas, hace tanto que no hago esto que estoy casi de vuelta al principio. Seré paciente, pero no prometo durar mucho esta primera vez. Estoy loco por ti. — Ahora besa mi hombro.

Matteo vuelve sus labios hacia los míos y sus manos levantan mi camisón, rozando mi piel y subiendo la tela hasta retirarla por mi cabeza. Siento un fuerte pulso entre mis piernas, y sus dedos tocan mis senos lentamente, sobre el sujetador.

Llevando las manos a mi espalda, desabrocha la prenda mientras sus ojos buscan los míos. Veo cómo Matteo lanza la lencería sobre la cama y luego baja su rostro hacia mi pecho, tomando uno de mis pezones en la boca.

La sensación en mi sexo crece, como algo que surge desde dentro y aumenta a cada instante, aunque él aún no me haya tocado ahí. Mi espalda se arquea y un gemido escapa de mis labios, mientras siento los suyos jugar con mi cuerpo. Dejo que mis manos exploren su cuerpo anguloso y fuerte, recorriendo sus hombros, brazos y espalda, palpando su pecho y su rostro.

Matteo vuelve a besarme, y sus dedos deslizan por mi cuerpo, encontrando el pulso en mi sexo, que clama por su toque. Es como una tormenta que me inunda por dentro hasta que desbordo, y aunque seamos incompatibles, en este momento encajamos a la perfección.

Su toque encuentra mi humedad, y desliza un dedo lentamente bajo mi ropa interior. Cuando me penetra, siento una ligera incomodidad, pero su pulgar rodea mi clítoris con movimientos lentos que me excitan y hacen que olvide cualquier temor.

— Eres tan deliciosa, mi Bella — susurra en mi oído.

— Matteo…

— Calma… te voy a dejar lista para mí.

Se aparta un poco y tardo en entender su intención. Lo veo posicionarse entre mis piernas, abriéndolas frente a él.

Mi rostro arde de vergüenza cuando él retira mi braga y me deja así, abierta y expuesta, pero el fuego en sus ojos me hace estar aún más húmeda. Matteo baja el rostro hacia mi sexo, sin

apartar la mirada de la mía, y veo cómo la punta de su lengua encuentra mi entrada mojada. Cierro los ojos.

Primero parece jugar conmigo, probándome mientras me retuerzo debajo de él, como si fuera su presa y no pudiera escapar de su juego. Me muerde, lame y reparte besos que apenas rozan mi piel, provocándome en una lenta tortura.

— Matteo… — suplico.

— ¿Qué quieres de mí, Anabela? — Su lengua arranca otro gemido de mis labios.

— Deja de jugar conmigo…

Él sonríe, y siento su risa reverberar por todo mi cuerpo. Entonces me chupa de golpe, haciendo que grite de placer.

Matteo parece ya no estar dispuesto a divertirse más. Me succiona con fuerza, y su boca me provoca sensaciones indescriptibles. Estoy empapada; nunca antes un hombre había estado en esta posición conmigo, pero aún así sé que está haciendo algo muy bien, porque conozco lo que es un orgasmo, ya he tenido algunos sola, y siento que el mío está cerca.

Continúa acariciándome con su lengua, sus labios y sus dientes, que muerden mi piel de vez en cuando. Agarro con fuerza su cabello, deleitándome. Mis caderas se mueven contra su rostro de forma involuntaria, y Matteo desliza un dedo dentro de mí otra vez, con movimientos de entrar y salir, en una danza erótica que me lleva más cerca del clímax.

— Estás lista, tan mojada…

Asiento con un gesto, intentando no pensar en lo que vendrá. Matteo abre la gaveta junto a la cama y saca un preservativo. Me sorprende ver que estaba preparado, pero no tengo tiempo de reflexionar sobre eso, porque lo observo maravillada mientras se quita el pantalón y el bóxer, y desliza el condón a lo largo de su polla. Tampoco logro admirarlo como debería, porque de inmediato se acomoda entre mis piernas otra vez, ahora rozando su cadera contra la mía. Siento el toque en mi entrada y apoyo mis manos en sus hombros con firmeza, preparándome para el dolor que vendrá.

Pero no llega.

Él besa mis labios otra vez, y siento que su sabor, su esencia, ya me resulta familiar. Matteo fuerza un poco la entrada en mí, despacio, y sus dedos me tocan con habilidad, excitándome y distrayéndome.

Lentamente se desliza más dentro de mí, con sus ojos fijos en los míos, atento a mis reacciones, mostrando cuidado.

— ¿Estás segura, Bella? Si sigo ahora, ya no habrá vuelta atrás.

Me derrito por completo cuando me llama así.

— ¿Puedes dejar de torturarme y entrar de una vez? — le pido, suplicante.

— Será peor… — responde. Fuerza un poco más, y siento un dolor agudo que me atraviesa.

Matteo se impulsa una vez más y me pierdo en las sensaciones. Mis uñas se clavan en su espalda, y mi boca se abre por la sorpresa.

— ¿Duele mucho?

Niego con la cabeza, porque sí dolió, ardió, pero la incomodidad ahora disminuye con cada instante. Él no se mueve, aguardando, esperando a que me acostumbre a tenerlo así, dentro de mí.

Matteo inclina la cabeza contra mi hombro y permanece inmóvil. Nos quedamos así por uno o dos minutos, y luego se alza, apoyándose en sus brazos, e inclina el rostro hacia mi cuerpo, besando mis senos lentamente. Cierro los ojos cuando su boca abarca uno de mis pezones, endurecido frente a él.

Matteo me besa y chupa despacio, provocándome, excitándome. Su boca me tienta, y una vez más estoy lista para continuar. Sus dedos tocan mi clítoris, incitándome, preparándome.

— Sigue — le pido.

— No quiero que sientas dolor; podemos esperar un poco más.

Toco su rostro con cariño y aparto un mechón de cabello que cae sobre sus ojos.

— Cuando me besas y me tocas así, no puedo pensar en el dolor.

Matteo parece convencido por mis palabras, porque sin dejar de tocarme ni besarme, vuelve a moverse. Al principio hay incomodidad, pero es mínima. Cuando miro sus ojos llenos de deseo, cuando observo su cuerpo bañado en sudor moviéndose sobre mí, la excitación regresa y el dolor queda olvidado.

Él no se mueve rápido, pero su ritmo suave es constante. Poco a poco el dolor da paso al placer, y sus besos esparcidos por mi cuello y mi boca se encargan de llevarme al punto en el que estaba antes.

El deseo se acumula dentro de mí, creciendo, y me toma por sorpresa cuando los temblores y espasmos sacuden mi cuerpo. Me entrego completamente a sus manos, y Matteo se impulsa dentro de mí tres veces más.

Mientras alcanzo la cima del mundo y caigo susurrando su nombre, Matteo hunde el rostro en mi cabello y se derrama dentro de mí. Aquí, en el calor de sus brazos, me doy cuenta de que jamás podría separar las cosas.

Sus ojos azules me miran por un momento demasiado largo, y aunque ninguno de los dos lo diga, sé que este sentimiento es compartido. Lo que vivimos aquí no puede ser cualquier cosa, menos pasajero.


13



No esperaba que las cosas pasaran así, pero ahora que la tuve, no pretendo terminar con esto tan pronto. Conozco bien mis limitaciones y sé hasta dónde puedo llegar, pero alejarme ahora, cuando acabo de tenerla, no es una opción.

Después de que terminamos, nos quedamos un tiempo en la cama, simplemente mirándonos, y sentí algo extraño, diferente, pero no quise pensar demasiado al respecto por miedo a arruinar el momento. La acompañé de regreso al chalet, ya que Anabela se negó a pasar la noche, por temor a que nos vieran.

Es la primera vez que la veo desde ayer, y cuando entra en la sala trayendo mi desayuno, busco sus ojos, preocupado. Las otras empleadas la siguen de cerca, y me acuerdo de la promesa que hice de aumentar el personal. Me hago una nota mental para hablar del tema con Catarina más tarde.

— Buenos días, Anabela — saludo, y ella levanta la cara para mirarme.

Sus ojos están abiertos de par en par y, con gusto, observo cómo sus mejillas se tiñen de rojo.

— Buenos días, señor Presidente.

Ah, claro. Tal vez estoy siendo demasiado informal.

— Buenos días, señoras — saludo, en un intento de mostrar normalidad, pero no consigo recordar los malditos nombres de las demás.

Anabela coloca la cafetera frente a mí, y las otras dos me sirven con pastel, pan y mantequilla, además de una mermelada roja, de fresa, creo.

— Buen provecho — dice una de las otras, y entonces las tres salen de la sala, una detrás

de otra.

Mierda. Necesito ser más discreto y evitar quedarme babeando por la ama de llaves delante de las demás. Sería más fácil si no fuera tan bonita o si no oliera tan bien.

Desayuno en silencio y, tan pronto como termino, me dirijo a la oficina. Me siento a la mesa y me coloco los auriculares, listo para la primera reunión con Catarina. La pantalla se abre y veo a mi hermana en la cama, con la computadora frente a ella.

— Buenos días, Matteo.

— ¿Te sientes bien?

— ¡No puedo hacer nada más! Alberto se fue a la empresa y se encargará de las cosas por allí hasta que pueda volver. El bebé debería nacer esta semana.

— Ya era hora, estás enorme.

— Siempre tan amable, hermano.

Ignoro el sarcasmo en su voz y vuelvo a hablar:

— ¿Y entonces, algo importante?

Ella niega con la cabeza.

— Ya me encargué de todo. Tuvimos que apartar a un rector que fue acusado de desviar dinero de la universidad, pero ya estamos analizando el caso. Te envié la información por correo.

— Sí, recibí todo y creo que actuaste bien al apartarlo durante la investigación. ¿Y Prover? ¿Hay algo que deba saber?

— Necesitamos hablar sobre nuestra editorial. El material escolar que se está entregando no ha gustado a los profesores. Creen que los cuadernillos son deficientes, sugirieron algunos cambios, y creo que sería interesante incluir nuevas unidades en las próximas impresiones.

— De acuerdo. Escoge a nuestros profesores más calificados para definir los temas dentro de cada asignatura, deja que hagan las sugerencias y luego pide que reimpriman el material necesario.

— Perfecto. — Desvía la mirada hacia una agenda que tiene a su lado y luego me mira de

nuevo. — Los resultados del examen de ingreso ya están disponibles en la página web.

— ¿En serio? ¿Viste si la señorita Gonzales consiguió las calificaciones que esperaba? — pregunto, cuidando no llamarla Anabela, no después de la metida de pata de esta mañana.

Catarina hace un gesto con la mano, descartando mi pregunta.

— Por supuesto que lo consiguió, ya sabía que lo lograría.

— Genial. ¿Crees que ya lo sabe?

— Imagino que no, acaba de salir y debe estar trabajando, ¿no?

— Sí, se lo diré yo mismo.

Catarina entrecierra los ojos y hago lo posible por no delatarme, pero tiene ojos de águila.

— Por lo visto, se han vuelto amigos después de los primeros incidentes.

— No diría que somos amigos, pero ya no estamos a punto de matarnos — respondo, desviando mi mirada de la suya.

— Algo es algo. Como obtuvo la nota, vamos a incluir su nombre en el programa de becas, todo dentro de las especificaciones.

— Perfecto. Por cierto, Anabela me pidió que fuera más flexible con respecto al número de empleados en la casa — comento, recordando. — Acepté contratar a tres personas más: dos mujeres, una para encargarse de la lavandería y otra para ayudar con las tareas domésticas, y un hombre para el trabajo más pesado. ¿Puedes organizar las entrevistas? Helder mismo hablará con los candidatos.

— ¿Lo sugirió Anabela? — pregunta, frunciendo el ceño.

— Sí, eso dije.

— ¿Y aceptaste?

— Catarina, vi que la necesidad era real. No pueden con todo solas, están sobrecargadas.

— ¡Por supuesto que lo están! ¡Es lo que llevo diciéndote cinco años, Matteo! Pero bueno, más vale tarde que nunca, ¿no? Me ocuparé de eso ahora mismo.

Cierro la llamada y me levanto de la silla, satisfecho por tener una razón para llamar a

Anabela aquí. Camino hacia la puerta, la abro y asomo la cabeza. Una de las empleadas, la señora rubia de ojos claros, pasa cerca y aprovecho la oportunidad.

— Señora...

— Elis, señor.

— Eso, Elis. ¿Puede pedirle a la señorita Gonzales que venga aquí, por favor?

— Claro, Presidente.

La mujer se va caminando apresuradamente. Niego con la cabeza al verla dirigirse a la cocina; por alguna razón, parece que esta pobre mujer siempre me tiene miedo, incluso cuando soy amable.

Regreso a mi escritorio y la espero. Anabela no tarda en aparecer. Entra en la oficina, cierra la puerta y camina hacia donde estoy.

— ¿Me llamó, Presidente?

Arqueo una ceja al escuchar el tratamiento formal.

— ¿Tiene intención de descartarme después de una noche de sexo casual?

Le da un ataque de tos, lo que me saca una risa.

— Matteo… — Intenta hablar, pero aún está un poco atragantada. — ¡No puede hablar así! Y tampoco llamarme Anabela delante de las demás…

— Estamos solos.

— Bueno, sí, pero… — Anabela suspira y se pasa la mano por el cabello largo. — No pretendo fingir que no pasó nada, solo no quise asumir que usted pensara lo mismo.

— ¿Entonces tenías miedo de que te descartara? Pensé que tenías una mejor opinión de mí. Incluso te sugerí que te quedaras conmigo esa noche.

Parece notar mi tono juguetón porque entrecierra los ojos y pone las manos en la cintura.

— ¿Te estás burlando de mí?

— No sé si todavía puedo bromear de esa manera, tal vez no fui muy claro.

— Sí, eres pésimo.

— ¿Te sientes bien?

Ella desvía la mirada y fija los ojos en sus propias manos.

— Estoy bien, pero creo que hablar de esto es más embarazoso que lo que hicimos ayer.

— Lo que hicimos no fue nada embarazoso, fue delicioso. Pero quiero saber si te hice daño o si estás... arrepentida.

Ella niega con la cabeza.

— Solo un poco avergonzada. No me lastimaste, estoy un poco adolorida, pero es normal, ¿cierto?

— Cierto. Aun así, me hubiera gustado que te quedaras. No me sentí bien viéndote ir después de tu primera vez; quería que pasaras la noche conmigo.

Anabela me mira ahora, con una ceja levantada y una sonrisa ladeada.

— ¿No fuiste tú quien pensó que era mejor poner ciertos límites? Creo que a veces te olvidas de ellos.

— Lo sé, pero no quería que te sintieras mal, sola.

— No me sentí mal, creo que dormir juntos es uno de esos límites que no deberíamos cruzar, es demasiado íntimo y creo que complicaría las cosas. ¿Está bien?

— Está bien, si insistes. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

— No lo sé, ¿por qué? —pregunta, aún mirándome con aire de burla.

Esta descarada...

— Pensé que podríamos cenar juntos, conversar un poco.

— ¿Conversar? —La pregunta sale con un tono irónico, pero no estoy bromeando.

— Sí —respondo. Tomo el catálogo de cursos de Vevet y lo pongo sobre la mesa—. Necesitamos definir el curso al que te vas a inscribir.

Sus ojos van del catálogo hacia mí y vuelven al catálogo.

— ¿El curso? Pero el examen...

— Los resultados salieron hoy. Aunque no lo necesitabas, quisiste demostrar que podías hacerlo y, felicidades, lo lograste.

— ¿Qué? ¿Ya salieron los resultados? ¡Dios mío! ¿Estás diciendo que pasé?

Anabela lleva las manos al pecho, sus ojos pierden el aire burlón y ahora brillan con entusiasmo.

— Sí, pensé que esa parte estaba clara.

— ¡No puedo creerlo! —Empieza a saltar frente a mí, toda emocionada y sonríe también —. ¡Voy a estudiar!

— Sí, lo harás, después de decidir qué curso.

— ¡Eso! Voy a elegir.

— Y vas a cenar conmigo esta noche.

— ¡Y voy a cenar contigo!

Ella repite todo lo que digo, sonriendo sin parar.

— Si quieres, puedes despedir a los demás, yo puedo hacer la cena esta noche —sugiero, pensando nuevamente en la lista.

— ¡Claro que no, Matteo! Sospecharían, además, Helder y los otros también tienen que comer —dice, como si hubiera sugerido una locura.

— ¿Entonces puedes hacerlo más temprano? Manda a todos a casa.

— ¿Tanta ansiedad por quedarte a solas conmigo?

— Tal vez...

Ella sacude la cabeza, probablemente dándose cuenta del idiota en el que me he convertido cerca de ella. No sé qué pienso que estoy haciendo, pero claramente todo está mal.

— Está bien. Voy a arreglar la cena y llevarme esto conmigo —dice, tomando el catálogo —. Hablamos más tarde.

— De acuerdo.

— ¿Y Helder?

— Duerme temprano, no va a notar nada. Además, podemos cenar ahí adelante, en la terraza.

— ¡Perfecto!

Ella me despide con la mano y una sonrisa y se va. Por un momento pienso en detenerla y robarle un beso, y entonces me doy cuenta de lo idiota que he sido al hablar tanto sobre no involucrarme. Todo para, dos días después, estar loco por esta chica.





Regreso a la cocina pisando las nubes. ¡Ni siquiera puedo creer que aprobé el examen de ingreso por mérito propio! Incluso podría pagar el curso con el salario que recibo ahora.

Pero saber que lo logré es lo que más me hace feliz. Me esforcé, estudié en mis horas libres, incluso trabajando mucho, y escribí la redacción. Tal vez no saqué una nota altísima, considerando el poco tiempo que tuve para estudiar, pero fue suficiente para entrar. Ahora solo me queda decidir qué carrera elegir.

Elis y Suzi están cuchicheando cuando entro, y me miran con una curiosidad descarada.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quería el Presidente, eh? Ustedes últimamente están muy amiguitos —sugiere Elis, mientras Suzi comienza a reír—. ¿Sabías que me preguntó mi nombre? Y encima aceptó contratar más personal. ¿Qué le hiciste a la fiera que merodeaba por esta casa, Anabela?

—Les encanta decir tonterías. Nos hemos hecho amigos, sí. Tal vez, si ustedes se

hubieran esforzado un poco, no habrían tenido que lidiar con un jefe tan malhumorado por tanto tiempo.

—Ajá, claro...

Les extiendo el folleto para que lo vean, con la esperanza de que esto disipe sus sospechas.

—Me llamó para decirme que aprobé el examen de ingreso. Ahora tengo que decidir qué carrera voy a estudiar.

—¿Qué? ¿¡Aprobaste!? —pregunta Suzi, y enseguida empieza a aplaudir, celebrando conmigo.

Yo también salto y bailo, feliz por haber conseguido esta victoria.

Elis grita de emoción y hasta golpea la tapa de la olla repetidamente, pero se detiene en seco cuando un Helder bastante alarmado aparece en la puerta.

—¿Qué es este escándalo? ¡El Presidente las va a echar a todas a la calle!

—¡Anabela aprobó el examen de ingreso!

—¡Ah! ¡Qué buena noticia, niña! ¡Felicitaciones!

—¡Gracias!

—¿Sabes lo que esto merece? —pregunta Elis, mirando de mí a Suzi—. ¡Una celebración! Deberíamos dejar la cena de hoy aquí e ir a cenar a la ciudad, tomar unas cervezas... ¿Qué opinan?

—¡Yo me apunto! Sin duda. ¿Quieres venir con nosotras, Helder?

—¿Yo? ¿Con este frío? No, gracias, pero diviértanse.

—Entonces, ¿qué dices, Anabela?

—Bueno... No puedo ir hoy. ¿Puede ser mañana?

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer hoy?

Dudo un poco, sin saber cómo responder sin delatarme.

—El Presidente me pidió que me quedara después del trabajo para hablar con él.

Necesitamos decidir el curso y hacer mi matrícula. Como la beca fue parte de los requisitos para mi contratación, necesito reunir algunos documentos.

—¿Después del trabajo?

—Claro —me interrumpe Helder—. ¿Querías que el Presidente te dejara resolver asuntos personales en horas de trabajo?

—Bueno, no. Pero es que...

—Creo que lo mejor sería preparar la cena más temprano. Así todos quedamos libres antes —sugiero, sin saber si el señor Helder me está ayudando a propósito o si realmente piensa así.

—¿Podemos? Preparar la cena antes, si está todo bien.

—Claro. Pero Elis —llama Suzi, con una expresión de tristeza evidente—, me animaste mucho con la idea de las cervezas. ¿Y si vamos sin Anabela?

—¿Y qué vamos a celebrar?

—¿La vida?

— Celebren que pronto tendremos más ayuda — sugiero.

— ¡Eso! Entonces terminemos todo y salgamos más temprano. ¿Está bien, señor Helder?

— Perfecto, niña. Aprovecharé para acostarme antes, todavía estoy recuperándome de esa gripe.

Con eso decidido, me siento más tranquila respecto a mi cena con Matteo. Al fin y al cabo, aunque nos descubran, tengo la excusa perfecta. Me ocupo de limpiar la sala de música, quitarle el polvo al pobre e intocado piano, y abro las ventanas para que entre un poco de aire fresco.

En un rincón hay un karaoke, y lo miro atónita, intentando imaginar quién podría cantar con ese aparato. Matteo no parece encajar con ese instrumento. También limpio el micrófono y el equipo, devolviendo todo a su lugar. Las alfombras ya han sido lavadas y las cortinas también, así que solo me queda preocuparme por el suelo.

Más tarde, pongo un pastel a hornear y preparo pan de queso. Después de servir la merienda al Presidente, comenzamos a preparar la cena.

Escucho algunas quejas de Elis y Suzi, quienes repiten varias veces que no debería hacer risotto de carne justo el día en que no estarán para cenar. Pobres… ni se imaginan que lo estoy haciendo precisamente por eso. Me parece un plato adecuado e intento no pensar en la palabra "romántico", porque no debería formar parte de mi vocabulario en lo que respecta a Matteo.

Cuando termino la cena, Helder insiste en preparar un plato para llevárselo a Timóteo, alegando que no tiene sentido que venga a cenar aquí si nadie más se quedará. Por algún motivo, tengo la sensación de que está intentando facilitarme las cosas, aunque no entiendo cómo sabría algo sobre Matteo y yo.

Después de dejar todo listo y de hacerle compañía mientras Helder prepara su plato, me dirijo al chalet, donde me doy un baño y me arreglo para la cena. Me pongo un vestido de lana fina, unas medias debajo y me cubro con un abrigo negro.

Me calzo unas botas sin tacón y llevo una boina sobre el cabello para abrigarme un poco. Con el catálogo de cursos en mano, regreso a la mansión y, al entrar, me encuentro con Matteo en la cocina, mirando dentro de una olla.

— Hola…

— Buenas noches, Bela — me saluda.

Ahora le ha dado por llamarme así, y no puedo simplemente pedirle que pare, alegando que provoca latidos inadecuados en mi corazón.

— ¿Qué estás haciendo?

— Mirando lo que preparaste. Tomé una botella de vino para nosotros.

— ¿Dónde está Helder? — pregunto, mirando alrededor.

— Trajo su plato y lo dejó en el fregadero. Luego dijo que se iba a dormir.

— Está bien — Abro las puertas del armario para sacar los platos —, entonces voy a preparar la mesa afuera.

— Ya la preparé. Solo trae la olla.

— ¿Vamos a llevar la olla? Se enfriará.

— Encendí la chimenea, solo déjala cerca de ella.

Hago lo que dice y tomo el risotto, mientras Matteo lleva la botella de vino y dos copas. Lo sigo y, cuando llegamos al deck, constato que realmente preparó todo. Alineó los platos y los cubiertos, y cubrió la mesa con un mantel blanco. La chimenea está encendida, al igual que las farolas.

Sirvo nuestros platos mientras él abre el vino y lo vierte en las copas. Luego coloco la olla cerca del fuego, como sugirió, y me siento.

— Estás preciosa con esa boina — comenta, bebiendo un poco de vino.

— Gracias, pero voy a empezar a pensar que lo dices solo para agradarme, ya que siempre dices que estoy preciosa cada vez que me ves.

Pero Matteo se encoge de hombros y acomoda la corbata sobre su impecable ropa.

— Porque siempre estás preciosa cuando te veo.

— ¿Incluso con mi horrible uniforme?

— Bueno, en esos casos tú, tu rostro y tu cuerpo siguen siendo hermosos. La ropa, eso sí, no tiene defensa.

— ¿Sabes que son uniformes y que tú eres el jefe aquí, verdad?

— Lo sé, pero ¿realmente crees que fui yo quien eligió esa atrocidad? Fue mi madre. Son los mismos uniformes que usan en su casa, pero allá incluso añaden un delantal blanco encima, como en los viejos tiempos.

— ¿En serio?

— Sí, pero estoy a punto de abolir esa cosa aquí, ya que estás mucho más bonita sin ella.

— Señor Presidente — lo llamo y veo cómo su sonrisa se ensancha —, ¿sabe que, para alguien que no quiere ni oír hablar de romance, es usted un hombre muy galante?

Él empieza a reír.

— No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, Anabela — admite, riendo. — Sabes que me casé joven, ¿verdad? Fue algo medio arreglado, así que no tuve que preparar nada, las cosas simplemente sucedieron. Después me encerré aquí, así que, incluso sobre relaciones casuales, no sé qué hacer.

— Definitivamente no deberías llamarme Bela, y sería mejor que dejaras de organizar cenas románticas.

— ¿En serio? Pero me gusta esto, estar contigo así. Además, para ser romántico tendría que encender velas.

Levanto una ceja y señalo alrededor con las manos.

— Tenemos una chimenea encendida, la luz de las estrellas y la luna sobre nosotros, un buen vino… — Sonrío al ver su expresión confundida. — Lo sé, a mí también me gusta estar así, pero no deberíamos disfrutarlo tanto.

— ¿Y qué hago entonces? ¿Solo sexo rudo y salvaje? Me parece una buena idea también — responde, con una mirada que me calienta por completo.

— ¡Matteo!

— ¿Qué? — Comienza a reír, y me quedo mirándolo, fascinada. ¿Cómo puede ser tan hermoso? ¿Cómo puede cargar el peso del mundo en sus hombros y aun así sonreír con tanta ligereza? Antes no sonreía así, pero parece haber reaprendido. — Entonces dejemos eso para después. ¿Pensaste en el curso?

Tomo un poco del risotto con la punta del tenedor y lo observo hacer lo mismo. Comemos en silencio por un momento, y doy un sorbo a mi vino antes de responder.

— Ya te conté sobre mis planes con los libros y los perfumes. No hay un curso específico para eso. Entonces pensé en administración, para gestionar mi negocio en el futuro, pero hay un problema.

— ¿Cuál?

— Odio las matemáticas.

— Eso sería un problema, sí.

— Entonces pensé en bibliotecología, que era el plan inicial, pero no quiero trabajar en una biblioteca, aunque no lo descarto del todo.

— Mira, si tu idea es trabajar con libros, generalmente recomendaría letras, periodismo, derecho o historia. Pero pensando en los perfumes, sería mejor estudiar química. Sin embargo, ninguno de esos encaja perfectamente con lo que buscas. Ya tienes tu idea de negocio, así que, aunque ames los libros y los perfumes, no creo que debas estudiar algo que esté directamente relacionado con esas pasiones.

— ¿Cómo así?

— Tu idea es única; no encontrarás una universidad que te enseñe a hacer exactamente eso. Yo recomendaría algo que te enseñe más sobre emprender. Como no te gustan los números, creo que deberías considerar marketing. Aprenderás a vender tu idea y tu producto, además de obtener el título que deseas.

— Marketing… — Analizo la sugerencia y, cuanto más pienso en ello, más me emociona. Tiene razón, podré aplicar los conocimientos en mi negocio futuro. — Es una excelente idea.

— Piénsalo bien, pero creo que es el mejor camino.

— Gracias, Matteo. Sabes mucho sobre esto, ni parece que nunca sales de aquí.

— Porque no siempre fue así — responde, todavía sonriendo. A veces pienso que he dicho una tontería o que me he entrometido demasiado, pero últimamente no parece importarle. — Hace unos años pasaba todo el día en la empresa. Llegaba a casa y me ponía a leer o estudiar más. Era bastante caótico, pero me gustaba.

Aunque está más relajado, no quiero entrar en ese tema porque no quiero que se entristezca y se cierre de nuevo, así que aprovecho para cambiar de tema.

— Hablando de libros, avancé un poco con Persuasión.

— ¿De verdad? ¿En qué parte estás?

— "Ya no puedo escuchar en silencio" — digo, comenzando a citar el fragmento de la carta que ya he memorizado. — "Debo hablar contigo por los medios que tengo ahora. Eres la esencia de mi alma. Soy mitad agonía, mitad esperanza…"

— No me digas que te aprendiste de memoria la carta del capitán, Bela.

Levanto una ceja ante el apodo, y él sacude la cabeza.

— Anabela, perdón. ¿Te la aprendiste? — pregunta, en un tono cargado de ironía.

— Solo el inicio, pero pienso aprendérmela toda porque estoy enamorada. ¡Sinceramente, qué hombre es ese!

Matteo toma otro sorbo de su vino y sacude la cabeza, fingiendo tristeza.

— Entonces eres de esas. Qué decepción…

— ¿De esas?

— Que se enamoran de personajes ficticios.

— Son menos problemáticos, Presidente. No dan dolores de cabeza, no están llenos de reglas y no me confunden.

— Touché. Me alegra que te esté gustando el libro — responde, esquivando mi indirecta. — Creo que lo releeré, y después podemos debatir el final y hablar sobre cómo tardan tanto en arreglar las cosas. Porque, ¿a poco no te molestó tanto malentendido y esa demora?

— Bueno, pudieron haberse arreglado más rápido, estoy de acuerdo. Pero entonces no habría historia.

— Cierto.

Seguimos en ese ambiente relajado hasta mucho más tarde, conversando y bebiendo, disfrutando de la compañía del otro mientras el cielo es testigo de este momento. Cuando me besa y toma mi mano para llevarme a casa, lo entiendo.

No podría haber cometido un error más grande al pensar que podía separar las cosas. La verdad es que soy como uno de esos libros, y después de que Matteo roció su perfume en mis páginas, nada de lo que haga podrá eliminar la fragancia que ya está impregnada en mi alma.





Tal vez estoy yendo más allá de lo que planeé, lo que puede ser reflejo de los años de soledad, pero algo me dice que es más que eso. Anabela es inteligente, perspicaz y hermosa, y no puedo evitar querer estar cerca de ella y pasar mi tiempo a su lado.

Por eso prefiero no pensar demasiado cuando la llamo a la mañana siguiente, con planes que definitivamente superan los límites que yo mismo impuse.

— ¿Me mandó llamar, Matteo? —pregunta, entrando en el despacho.

Está absolutamente hermosa con ese uniforme horrible. Es en estos momentos cuando un hombre sabe que está jodido: la mujer lleva ropa espantosa, el cabello recogido de una forma aún peor, y consigue estar más guapa cada vez que la veo.

— ¿Recuerdas la lista que hice?

— ¿Cómo podría olvidarla si hasta invadiste la cocina por culpa de ella? —pregunta, colocando ambas manos en la cintura.

— ¿Y recuerdas que sugeriste un picnic junto al lago en lugar de una pesca?

— Mmm, sí… Yo sugerí eso —responde, mirándome ahora con curiosidad.

— Decidí que será hoy. Estoy oficialmente de descanso y tú me acompañarás.

— ¿Yo? Pero tengo mucho trabajo que hacer.

— Y el jefe soy yo, así que también te estoy dando el día libre.

— Pero las otras van a hablar… —susurra.

— Pensaremos en alguna excusa.

— ¿Para un picnic? ¿Solo nosotros dos? No creo que encontremos algo que lo justifique.

— Entonces no digas que es un picnic. Yo las saco de la cocina, preparo la cesta y me voy. Tú simplemente desapareces sin dejar rastro.

— Bueno, eso tal vez funcione…

— Le diré a Helder que tuviste que salir. Él se encargará de todo.

— Está bien, entonces. Si estás seguro de esto.

— Encuéntrame en la puerta de tu cabaña en media hora.

Ella asiente, sonriendo, y se da vuelta, lista para salir.

— Y, Anabela…

— ¿Sí?

— ¿Qué exactamente no debería olvidar llevar?

— ¿La comida? —sugiere, riendo.

— Sí, ¿algo más?

— Lleva una manta para el suelo, un libro… ¿Vasos?

— De acuerdo.

Cuando nos encontramos frente a la cabaña, un poco más tarde, está perfecta. Cambió el uniforme espantoso por un vestido floreado de mangas largas y lleva un sombrero de paja sobre el cabello. Anabela siempre es hermosa, pero creo que nunca la había visto tan bonita como hoy.

— Estás…

— ¿Con cara de que voy a un picnic? ¿No crees? Hasta encontré un sombrero de esos que usan en las películas.

— Iba a decir maravillosa, pero definitivamente pareces alguien que va a un picnic.

— ¿Vamos caminando?

— Sí, no está lejos. Además, mi coche lleva mucho tiempo sin salir del garaje. Ni siquiera debe arrancar ya.

— Pensé que Timoteo lo usaba todos los días.

— Ah, él lo usa. Me refiero al otro coche.

Anabela asiente y me muestra una bolsa que lleva en las manos.

— ¿Qué es eso? —pregunto, tratando de mirar dentro, pero ella esquiva mi intento.

— También tomé algunas cositas.

La miro a los ojos castaños, que parecen sonreír con ella, y siento unas ganas enormes de ser diferente, al menos por un día.

— Quiero proponerte algo antes de irnos.

— ¿Otra propuesta indecente, Presidente?

— En realidad, lo contrario. Quería que al menos hoy fuéramos solo tú y yo, un hombre y una mujer, sin reglas ni límites.

— Mmm… Me parece peligroso.

— ¿Y por qué?

— Podrías gustarte mucho y no querer volver al estándar después.

— ¿Ah, de verdad? ¿Y tú no?

— No. Tú siempre me irritas, lo que hace imposible que caiga en tu encanto.

— Tú también me irritas mucho, si quieres saber. Pero, entonces, ¿qué dices? ¿Aceptas?

— Acepto. Pero solo por hoy, no te emociones.

Entonces tomo su mano entre la mía, entrelazando nuestros dedos, y me permito, por un día, tener la ilusión de que somos solo dos personas conociéndose, pasando una tarde juntos. Sin los títulos de jefe y empleada y, por supuesto, sin todo el peso que llevo sobre mí, sin culpa y sin pasado.

Anabela desvía la mirada hacia nuestras manos, pero no intenta soltarse. Ella aprieta mis dedos con los suyos y sonríe. Salimos caminando juntos, lado a lado, hacia el lago que está en el fondo de la propiedad. En realidad, no es más que un estanque, colocado estratégicamente para facilitar la pesca, pero hoy nos servirá como un bonito lago.

Llevo la cesta en una mano mientras con la otra sostengo la de ella. El sol está tenue y sopla un poco de viento, pero no hace frío ni está lloviendo, lo cual, en esta época del año, ya es

una victoria.

Cuando llegamos, primero saco la cesta y extraigo la manta, que Anabela se encarga de extender sobre el césped aún húmedo por el rocío, poniéndose de rodillas.

— Pásame las cosas que yo las acomodo — pide, extendiendo una mano.

También me siento en el suelo, del otro lado, y comienzo a sacar lo que traje. Unas rebanadas de queso, algunas uvas, pan de queso que ella misma hizo el día anterior, y unos trozos de un pastel que encontré sobre la mesa.

— Trajiste mucha comida.

— Agarré todo lo que vi a la mano, también traje un vino — digo, sacando la botella de la cesta —, y si no quieres beber, traje jugo de uva como alternativa.

— ¡Oh, genial! Yo también traje algo — responde, abriendo su bolso.

Anabela saca de allí una caja de chocolates con cereza y la pone sobre la manta.

— Los compré cuando fui al mercado, los estaba guardando para devorarlos cuando me llegara el periodo, pero creo que hoy es un buen día.

— ¿Qué más trajiste?

Ella saca un ejemplar de Persuasión de su bolso y lo agita en el aire, frente a mis ojos.

— Quizás pueda leer un poco mientras tú… ¿pesas?

— No traje la caña de pescar — respondo, riéndome de la idea.

— Pensé que ese era el plan.

— No, solo un picnic con mi chica, ya que hoy somos una pareja conociéndose.

— ¿Ah, esa es la historia? — pregunta, con los ojos brillando de diversión.

— Sí, nos conocimos por ahí…

— En la ciudad, fui a comprar chocolates — completa, mostrando la caja otra vez —, y tú trabajabas en la caja de la tienda.

— ¿Crees que tengo cara de vendedor de chocolates?

Ella se encoge de hombros.

— No sé cómo es la cara de un vendedor de chocolates.

— Vale, yo vendía chocolates y te encontré hermosa.

— Y me invitaste a salir.

— Un picnic. Fue una gran idea.

— ¿Verdad que sí? Me pareciste muy tierno.

— ¿Ya nos besamos? — pregunto, girándome un poco para mirarla.

Anabela acomoda el sombrero sobre su cabello y asiente, sonriendo. Aún no sé bien cómo definirlo, pero su sonrisa hace que algo dentro de mí se mueva, como si descolocara algo.

— Ya, me encantó tu beso y no veo la hora de volver a besarte.

— Y yo no dejo de pensar en cuando las cosas avancen y terminemos acostándonos por primera vez.

— Porque eres un apresurado —responde, negando con la cabeza.

— Porque eres hermosa, dulce, inteligente y sexy.

— Vaya, ¡soy increíble!

Sonrío al escuchar el tono de sorpresa en su voz.

— Lo eres.

Anabela toma un pan de queso y lo rellena con una rebanada del queso que traje.

— En otra vida, debiste haber sido una ratita —comento mientras la observo.

— Tonto… Es para ti —dice, entregándome el bocadillo.

— Ahora sí que me conquistaste por el estómago.

— Ah, eso lo tenía claro. Y no hablo de mí, la chica de la chocolatería, sino de mí, Anabela. Solo me mantuviste en el trabajo por la comida.

— Eso fue lo que te salvó, pero te estás saliendo del personaje.

— Cierto, olvida lo que dije.

Ella corta otro pan de queso y lo prepara para sí misma. Después de comer, Anabela se recuesta sobre la toalla, con el libro en las manos.

— ¿En qué página estás? —pregunto.

— Aún en la carta, no consigo avanzar.

— ¿Te cansaste de leerla?

— Al contrario. Es tan maravillosa que sigo leyéndola y releyéndola. Me ofrezco una vez más, con un corazón aún más tuyo…

— …que cuando casi lo rompiste, lo sé. Ese capitán sabía usar las palabras —coincido.

— ¡Ah! Te sabes la carta también y me estás tomando el pelo.

— No me sé la carta, Anabela. ¿Qué idea es esa? Solo algunos fragmentos que siempre citan por ahí.

— Claro… Pero escucha este pedazo y dime si no es lo más lindo del mundo: Nunca amé a otra persona. Puedo haber sido injusto, débil y rencoroso, pero nunca inconstante.

— Sí, dije que sabía usar las palabras. O mejor dicho, la autora sabía, porque fue ella quien la escribió.

— ¡Qué horror! Déjame imaginar que fue ese hombre guapo de la película.

— Está bien, si insistes —respondo, riéndome de su entusiasmo. —¿Y sobre el curso? ¿Ya te decidiste?

— Sí, voy a hacer lo que sugeriste y matricularme en marketing y publicidad.

— Entonces me encargaré del proceso.

Estoy satisfecho con su decisión; estoy seguro de que le irá bien en esa área.

— Gracias.

— No tienes que agradecer, es parte de tu contrato.

— ¡Ah! Otra vez nos salimos de los personajes. Olvidemos el tema.

— De acuerdo. Bueno, el cajero de la chocolatería está que se muere de ganas por besar a la chica que compró los chocolates.

— ¿De verdad? Entonces debería hacerlo.

Me recuesto a su lado, y Anabela se gira, quedando frente a frente conmigo. Levanta un

poco el rostro, y voy hacia ella, tomando su boca suave con la mía.

Anabela se acurruca en mis brazos y rodea mi cuello, acercándose aún más. Nuestros gestos reflejan la urgencia que sentimos. Sostengo su nuca con una mano y profundizo el beso, llevando mi lengua al encuentro de la suya. Ella pega su cuerpo al mío y sonríe contra mis labios después.

Sus manos bajan de mi cuello a mis hombros, provocándome con sus toques vacilantes. Por más cerca que estemos, no es suficiente. Estoy duro, excitado y ansioso por ocupar el mismo espacio que ella.

Sujeto su cintura delgada y la giro, colocándola sobre mis piernas. Su sombrero sale volando y aterriza cerca del lago. Quizás estoy siendo demasiado impulsivo, pero estoy desesperado por entrar en su estrecha cavidad otra vez. Acerco su rostro más al mío y dejo sus labios para distribuir besos por su nuca y cuello.

Estar dentro de ella es ahora una necesidad que crece a cada segundo. Colocando las piernas a cada lado de mi cuerpo, se acomoda sobre mí. Mi verga roza contra su sexo caliente cuando Anabela me cabalga. Ella gime al sentir la fricción, y ese sonido me hace apretar los dientes en un esfuerzo por no comportarme como un hombre de las cavernas y rasgarle la ropa para acelerar el proceso.

Joder, era virgen hasta hace dos días.

Aprovechando la posición, busco el borde del vestido y meto la mano por debajo, recorriendo el camino por sus gruesos muslos mientras vuelvo a besar su deliciosa boca. La toco sobre el tejido húmedo de sus bragas, y Anabela se mueve contra mi mano, volviéndome loco de deseo.

Sin poder contenerme más, aparto la prenda a un lado y toco su entrada mojada. Mis dedos se deslizan con facilidad. Ella me incita, retorciéndose sobre mí y poniéndome aún más duro, si es que eso es posible.

Anabela está completamente entregada. Inclina el cuello hacia atrás, y aprovecho para

besar e inhalar su aroma. El vestido tiene un lazo en la parte delantera, que deshago con destreza, liberando sus pechos frente a mí. Ella mira a los lados y se tensa por un momento.

— Nadie viene aquí, tranquila.

Sus ojos regresan a los míos, y me observa mientras sujeto sus pechos con ambas manos. Los admiro por un instante, acercando mi rostro lentamente.

Anabela agarra mi cabello y me guía más cerca, ansiosa, haciéndome sonreír. Beso el valle entre sus pechos y luego la piel blanca de su escote. Ella se mueve, pidiendo más. Aprieto ambos pezones entre mis dedos y luego muerdo uno de ellos. Con la punta de mi lengua la provoco, y después lo succiono con fuerza. Gime cuando suelto su pecho de mi boca y soplo suavemente.

Estoy conteniéndome, y merezco un premio por mantenerme en control tanto tiempo. La fricción de su cuerpo contra mis dedos y mi verga, todavía dentro de los pantalones, casi me enloquece.

— Anabela… Necesito entrar en ti. Ahora.

Sus ojos se abren un poco, y temo haberla asustado con la intensidad, pero sonríe.

— ¿Aquí? — pregunta, simplemente.

— Aquí mismo, así.

Abro la cremallera del pantalón y aparto la ropa interior, liberando mi verga. Ella la mira de una manera que casi me hace correrme al instante, lamiéndose los labios y analizándome.

— ¿Viste suficiente? — pregunto, provocando.

Sus ojos brillantes como miel líquida me miran, llenos de deseo, y no pone resistencia cuando aparto su braga a un lado y me deslizo dentro de su calor apretado.

— Joder… Mierda… Eres lo más rico de este mundo entero.

Su boca está entreabierta, formando un círculo perfecto, y espero un momento para que se acostumbre a mí.

— ¿Duele?

— No, esto… Es muy bueno.

— Entonces, muévete para mí.

Ella me mira, confundida.

— Ya estoy moviéndome.

Su inexperiencia me hace sonreír; es aún más deliciosa así, aprendiendo y ansiosa por hacerlo. Es inevitable que un sentimiento de posesión me invada.

— Así, Bela… — La sujeto por la cintura y la guío hacia arriba y abajo, y esta vez no se opone al apodo.

Anabela toma el ritmo rápidamente, pero sigo ayudando sus movimientos. Sus pechos suben y bajan al aire libre, la visión perturbando mi juicio.

Su cabello se suelta del moño y cae, deslizándose por sus hombros y pecho, tocando mi cuerpo. Parece una diosa, majestuosa, controlando nuestro ritmo y tomando su placer para sí misma.

No puedo dejar de pensar en cuántas cosas más quiero enseñarle, en las diversas formas y lugares donde quiero estar dentro de ella.

Siento que su orgasmo llega, fuerte y delicioso. Tiembla encima de mí, su carne se contrae y me aprieta, y no puedo evitar vaciarme dentro de ella.

Es la locura más deliciosa que he cometido.

Regresamos a casa poco después. Anabela parece pensativa, y me imagino que está nerviosa por lo que hicimos. No quiero sacar el tema, así que espero a que ella lo haga para tranquilizarla.

— Estás callada — comento cuando ya estamos cerca de la cabaña.

— No usamos preservativo.

— No había una farmacia cerca — bromeo, pero ella sigue seria. — Tranquila, ¿vale? Hay pastillas del día siguiente. Pediré a la farmacia que envíen una aquí. Prometo que no volverá a pasar, ¿está bien?

Ella asiente, ahora pareciendo más tranquila.

— No lo pensé en el momento.

— Yo debería haber llevado preservativos, haber supuesto que los necesitaría. ¿Me disculpas por eso?

— Está bien, solo no te olvides de pedir la pastilla.

Cuando nos acercamos a la cabaña, se despide de mí y entra. Termino el camino solo, parezco un idiota, sonriendo sin parar. Ni siquiera mi irresponsabilidad puede arruinar el momento.

Pero otra cosa sí lo logra.

Cuando entro en la casa, encuentro a Helder en la cocina, pareciendo preocupado.

— Qué bueno que volvió, Presidente. Tenemos una situación complicada que le espera.

— ¿Situación? ¿Qué pasó?

— Su madre llamó, parece algo bastante serio.

Voy al despacho apresuradamente, preocupado, y llamo rápidamente a mi madre. No tarda en contestar.

— Hijo, escucha… Tenemos un asunto delicado.

— ¿Qué pasa? Dilo de una vez, me estás poniendo nervioso.

— Necesito que vengas hasta aquí.

Por un momento, creo que entendí mal.

— ¿Qué? — pregunto. — No salgo de aquí, ya lo sabes. ¿Le pasó algo a papá? ¿Catarina y el bebé están bien?

— No, hijo, no tiene nada que ver con ellos. Es sobre Sofía.

— ¿Sofía? — Siento el impacto de escuchar su nombre después de tanto tiempo. — ¿Qué tengo yo que ver con ella?

— Matteo, el asunto es serio, ¿de acuerdo? Sé que no sales de casa, pero en este caso no tienes opción.

Me tomo un minuto para procesar lo que está diciendo. Por más que lo pienso, no tiene ningún sentido; no sé nada de Sofía desde hace años.

— ¿Cómo que no tengo opción? No voy a ningún lado por Sofía, mamá.

— Hijo, ella se está muriendo.

La información me sorprende, pero no siento absolutamente nada.

— ¿Muriéndose? Para mí, ella ya murió hace mucho tiempo.

— Lo sé, pero… no se trata de eso. Mira, no puedo explicarte por teléfono, solo necesito que sepas que, si no fuera extremadamente importante y algo imposible de resolver sin ti, no te lo pediría. Te espero en casa de sus padres, esta noche.

Mi madre cuelga sin decir nada más, y me quedo mirando el teléfono, aturdido. ¿Qué mierda pudo haber pasado para que me pidiera esto? ¿Sabiendo todo lo que sufrí por culpa de esa maldita mujer?

— Joder…

No puedo creer que vaya a hacer esto, especialmente por la mujer que me hizo olvidarme del mundo para encerrarme aquí. Salgo de la oficina y encuentro a Hélder esperándome afuera.

— ¿Va a ir, señor? — pregunta, nervioso.

— ¿Ella te dijo el motivo? Porque no me explicó nada claramente.

— No, solo dijo que tenía que ver con la bruja y que era algo muy serio — dice.

Hélder está inquieto y yo no siento casi nada. Es como si estuviera viendo cómo un día perfecto se convierte en un caos.

— Yo… ¿Crees que debería ir?

— La señora Viturino no pediría algo así si no fuera un caso de vida o muerte.

— Mierda. Llama a Timoteo, no voy a llevar nada porque planeo regresar hoy mismo.

— ¿Puede llamarme? Me preocupa.

— Yo también estoy preocupado, Hélder. ¿Qué demonios quiere esa vaca de mí?

— No lo sé, joven Matteo — dice, llamándome así por primera vez en años, como

cuando era niño.

Y así es como me siento, como un chiquillo que de repente ha sido arrancado de su refugio y arrojado a los lobos.

Menos de cinco minutos después, salgo de la propiedad. Han pasado cinco años sin ver lo que hay fuera de estos muros, sin ver a otras personas ni construcciones. Me asombra por un momento ver cómo la ciudad ha crecido y cambiado durante este tiempo, pero pronto estamos en la carretera.

Timoteo está serio y tenso. Con razón; trabajando para mí todo este tiempo, nunca tuvo que ser mi conductor de verdad. Paso todo el trayecto pensando, intentando entender qué podría ser tan grave, pero no logro llegar a ninguna conclusión.

Al llegar a São Paulo, le doy la dirección a Timoteo y me distraigo observando los edificios que han surgido, las empresas que ahora ostentan enormes galpones donde antes solo había campo. Todo es igual, pero también muy diferente.

El caos del tráfico me desconcierta, ahora que estoy acostumbrado a la calma de las montañas. Todo parece surrealista y, al mismo tiempo, nada logra distraerme lo suficiente.

Cuando entramos al barrio exclusivo donde viven mis exsuegros, me pongo más tenso, preocupado por lo que voy a encontrar. El coche de mis padres está estacionado frente a la casa, y Timoteo se detiene un poco más adelante.

Bajo del auto y respiro hondo varias veces, sin entender del todo cómo me siento al haber dejado mi fortaleza. Toco el interfono y la puerta se abre poco después. Una niña de ojos muy azules y cabello claro me mira desde abajo.

— Hola, señor — me saluda con una sonrisa.

Parpadeo, intentando entender si estoy en el lugar correcto, pero ella añade otra frase:

— ¿A quién viene a ver?

— Yo… Vine a hablar con Clarissa Viturino, dijo que me esperaría aquí.

— ¡Ah! ¿Es usted Matteo?

— Sí — respondo, algo desconcertado.

¿De dónde salió esta niña?

— Puede pasar — dice, haciéndose a un lado —, voy a avisar que llegó.

Entro en la sala y miro a mi alrededor, notando que la casa no ha cambiado mucho a lo largo de los años. Solo falta la foto de Sofía, que solía estar sobre el aparador. Ellos tampoco aceptaron bien lo que ella hizo, lo que me sorprende aún más de que esté aquí.

La niña regresa poco después, arrastrando a mi madre de la mano. Clarissa Viturino no es joven, pero parece haber envejecido diez años en los pocos meses que no nos vimos. Sus ojos están rojos y empieza a llorar en cuanto me ve.

—¿Mamá?

—¡Ah, Matteo! —Me abraza fuerte y llora sin parar, mientras intento entender qué maldito infierno estoy viviendo.

—¿Qué pasó?

La niña se acerca y tira de la falda de mi madre, preocupada.

—No llores, abuela.

Y mi mundo comienza a girar, todo se desenfoca. Siento que mis piernas casi ceden, pero me mantengo firme, con los brazos de mi madre aún rodeándome.

—¿Cómo me llamó?

—Tranquilízate. —Ella me suelta y se gira hacia la niña—. Maité, por favor, ve a jugar un rato. Necesito hablar con Matteo.

—Está bien.

La niña sale corriendo de la sala, y yo me dejo caer en el sofá antes de que termine desmayándome por el shock.

—Es una niña tan alegre, hijo. Ni parece haber tenido una vida tan difícil.

—¿Dónde está Sofía? —pregunto, ignorando esta absurda idea que intentan meterme en la cabeza.

¡Abuela! ¡Maldita sea!

—En una habitación, allá arriba —responde, meneando la cabeza—. Sé que no tienes motivos para creerle, Matteo. Yo también dudé al principio, pero ¿has mirado bien a la niña?

—Lo único que veo es una mentira. ¿Vas a decirme que no conoces a Sofía? ¿Que no sabes qué clase de aprovechada es? Está usando a esa niña para engañarlos. Puede ser hija de cualquiera.

El padre de Sofía, Osmar, quien en algún momento fue mi suegro, aparece en el pasillo y entra a la sala. Sus ojos también están hinchados, como los de mi madre, y por un momento creo que va a defender a su hija, pero el hombre asiente, dándome la razón.

—Sabemos que Sofía no es confiable, pero la edad de la niña, Matteo, toda la historia parece ser verdadera.

—Aun así, incluso si la edad coincide con cuando estaba casada conmigo...

—Ella estaba embarazada, ¿lo recuerdas? —dice, como si pudiera olvidarlo.

—Lo estaba, pero abortó. Ella misma lo dijo. Mató al bebé a sangre fría porque le pedí el divorcio.

—Sé lo que dijo Sofía y cuánto te dolió —mi madre habla, tomando mi mano con fuerza —, pero mintió. Hijo, esa niña fue abandonada todos estos años, vivió en orfanatos porque la madre no estaba en condiciones de cuidarla. Sofía solo la recuperó porque los padres la descubrieron y aceptaron recibir a ambas aquí, pero ella quiere hablar contigo.

La información llega como un puñetazo en el estómago.

—Esto tiene que ser una broma. ¿Me están diciendo que no abortó y que abandonó a la niña en un orfanato?

—Desgraciadamente.

Sin esperar más, salgo de la sala y subo las escaleras, listo para enfrentar a la mujer que un día llamé esposa. La última puerta del pasillo está abierta y la empujo, entrando en la habitación furioso.

Pero no encuentro a Sofía. La habitación es oscura y pequeña. Poco a poco, mis ojos se acostumbran y logro ver una cama en la esquina y, en el centro de ella, una figura esquelética.

Me acerco un poco más y observo a la mujer. Parece muerta. Una máscara cubre su boca y nariz, y la única señal de que sigue viva es la débil respiración que hace que su pecho suba y baje.

Miro alrededor, buscando a Sofía, pero no hay nadie más, solo esta figura fantasmal. Sin embargo, cuando la mujer abre los ojos y me mira, la confusión da paso al shock, recorriendo todo mi cuerpo.

El cabello rubio, que un día fue sedoso y lleno de vida, ahora está opaco, cortado de forma irregular a la altura de los ojos. El cuerpo que en algún momento fue la causa de tanta desgracia, ahora no es más que una carcasa, huesos y piel.

—Hola...

Ni siquiera su voz es la misma, parece el susurro de alguien que ya no tiene fuerzas. No puedo ni responder, ni decir algo. Solo sigo mirándola, sin encontrar la manera de salir del estado en el que estoy.

—Nunca pensé que te volvería a ver así.

—¿Qué...? ¿Qué tienes? —consigo preguntar al fin.

—Me estoy muriendo. SIDA y, ahora, tuberculosis.

La observo por un momento y constato que dice la verdad: no podría estar más cerca de la muerte a menos que estuviera en un ataúd.

— No abortaste — respondo, en tono acusatorio.

— Confieso que lo dije como un castigo hacia ti, por haber pedido el divorcio. Entonces escondí a la niña en un orfanato.

— Eso no tiene ningún sentido — respondo, negándome a creerlo. — Ella no es mía, apenas te tocaba en esa época.

— Yo sé que es tuya.

— No hay manera de saberlo.

Sofía sacude la cabeza.

— Apenas la conozco, la dejé para adopción, pero creo que nadie la quiso — dice, sus palabras carecen por completo de emoción. — Mis padres me echaron de casa, todas las personas que conocía me odiaban por lo que pasó y mi única salida fue empezar a prostituirme. No podía hacerlo teniendo a una niña conmigo.

Estoy lleno de rabia. Aunque esté cadavérica frente a mí, lo que quiero es gritarle y maldecirla, pero hago lo posible por mantener el poco control que me queda.

— Sabes perfectamente que si ella fuera mi hija, me habría hecho cargo de ella.

— Tú, mis padres, tus padres... — dice, simplemente. — No creía que ninguno de ustedes mereciera algo que viniera de mí. Pero ahora voy a morir y parece que todavía queda algo bueno en mí. Me dio lástima la niña. Les conté a mis padres sobre ella cuando pedí refugio y la traje aquí.

— ¿Algo bueno en ti? Tú destruiste mi familia, me engañaste, mentiste y abandonaste a tu hija en un orfanato. Seguro la usaste como moneda de cambio para tener una cama cómoda donde morir. Eres un monstruo, Sofía.

— Pero la niña no tiene la culpa — dice, sin negar nada de lo que afirmo.

— No es mi hija.

No puedo creer que lo sea porque sé, solo yo sé, lo que eso significaría para mí. Nunca me lo perdonaría.

— Tú decides, no puedo darte esa certeza si es lo que esperas. Pero una prueba de ADN resolvería esto fácilmente.

— Me voy. Ni siquiera debería haber salido de casa por tu culpa.

— Matteo... — Aún reúno valor para mirarla una última vez cuando me llama. — ¿Crees que puedes perdonarme? Para que pueda descansar en paz.

Una risa mórbida se me escapa ante su petición.

— ¿Paz? ¿Y quién dijo que deseo que tengas paz? Por mí, puedes pudrirte en el infierno.

Bajo las escaleras sin pensarlo dos veces y me encuentro con mi madre, que me espera en el último escalón.

— ¿Y bien?

— Ella no es mi hija, mamá. ¿No lo entiendes? No lo es.

Asiente, entendiendo todo lo que no digo, todo lo que no puedo decir.

— Está bien, pero igual te necesito — dice, simplemente. — Me voy a quedar con ella, Matteo, pero necesito tiempo. Catarina tendrá al bebé esta semana. Necesito unos quince días para organizar la casa para que Maité venga a vivir conmigo.

— ¿Qué? ¿Por qué harías eso? ¿Acaso Osmar no sacó a la niña del orfanato?

— Voy a hacerlo porque, si no es tu hija, sigue siendo tu sobrina. Y en cualquiera de los casos, ella es mi nieta.

Miguel. La verdad me golpea con fuerza. Desde cualquier perspectiva, la vida de esta niña está ligada a la nuestra.

— ¿Qué hago? — pregunto, desolado.

Paso las manos por mi cabello, intentando encontrar una alternativa.

— Llévatela contigo, solo por unos días. Hasta que podamos resolver las cosas aquí. La custodia provisional la tienen ellos, pero sé que no se opondrán. No les importa la niña en lo más mínimo.

— No puedes pedirme eso.

— Por favor, hijo. Por Miguel.

— Mierda...

— Y sé que no quieres, pero ¿puedes hacerte la prueba antes de irte? Podemos llamar al personal del laboratorio aquí, te sacan la sangre y después te vas.

Asiento a regañadientes. Aunque estoy seguro de que la niña no es mi hija, no puedo desentenderme de la situación así. No tengo otra opción más que aceptar.


15



Todavía no puedo creer que acepté esta absurda idea de traer a la niña conmigo, pero la verdad es que, en ese momento, habría hecho cualquier cosa que mi madre considerara correcta, ya que yo mismo no sabía cómo reaccionar o tomar una decisión. Todo lo que sé hacer ahora es seguir en modo automático, y siento que caigo cada vez más profundo en este abismo al que Sofía me arrastró.

La niña habló durante todo el camino, contó sobre el orfanato y el refugio anterior, también habló sobre sus amigas y las chicas que no la querían. Timoteo me lanzó una que otra mirada por el retrovisor, sin entender quién era la niña ni por qué razón venía conmigo a Campos do Jordán. Pero, obviamente, no voy a dar explicaciones; ni yo entiendo del todo lo que está pasando aquí.

Cuando estacionamos frente a la casa, abro la puerta del coche para que baje, y la niña salta afuera con la boca abierta, mirando todo a su alrededor.

—¡Qué frío! —se queja, frotándose los brazos delgados.

Luego toma su abrigo de lana rosa del asiento del auto y se lo pone. Supongo que eso es una de las cosas que se aprenden en esos refugios: a cuidarse uno mismo.

Saco su mochila del maletero y, cuando regreso hacia ella, la veo de puntillas, intentando espiar dentro de la casa.

Aunque me irrita haber sido lanzado en medio de este torbellino, la ventaja de traer a la niña a casa es, justamente, la ayuda que voy a recibir. Nunca he cuidado de un niño antes, y solo la idea de pasar tiempo con ella, llenándome de sus preguntas extrañas y recordándome todo lo que quiero olvidar, me vuelve loco. Al menos aquí sé que Maité estará segura, y yo puedo seguir

con mi rutina habitual, bien lejos de su radar.

Me detengo para abrir la puerta y, de repente, siento una manita agarrando la mía. El contacto me sorprende, y cuando miro hacia abajo, la veo acomodándose el cabello rubio con la otra mano, como si quisiera causar una buena impresión. No sé a quién.

—¡Guauuu! Tu casa parece una mansión —comenta, en cuanto cruzamos la puerta, observándolo todo a su alrededor—. Nunca estuve en una casa tan grande. Solo en el Hogar San José, pero eso es porque ahí viven muchas niñas. ¿Aquí vive mucha gente también?

Y, aunque me pese, me doy cuenta de que cada día que pasa, más personas invaden mi vida y mi casa. Simplemente no sé en qué momento perdí el control de las cosas.

—No, solo Helder y yo —respondo, sin dar más detalles.

Intento soltarme de la pequeña mano, pero la niña la aprieta con fuerza, obligándome a seguir así.

—¿Helder es tu hijo? —pregunta mientras avanzamos por el pasillo en dirección al comedor.

Su duda podría ser graciosa si no estuviera tan aturdido con toda esta mierda que está ocurriendo desde que Sofía decidió resurgir de las cenizas. Aún no he tenido tiempo de procesar todo lo que dijo ni de pensar en qué sentido tiene esta historia. Sobre todo porque la niña no dejó de hablar ni un solo minuto.

—Mi mayordomo —digo.

—¿Qué es un mayordomo?

¡Dios, dame paciencia! ¿Por qué justo yo, que no soy tranquilo ni he lidiado jamás con un niño, tengo que pasar por esta prueba?

—Mayordomo. Es quien administra la casa.

Mientras la niña repite la palabra en voz baja, mis ojos encuentran los de Anabela en la parte superior de la escalera. Lleva el cabello recogido otra vez, y la expresión en su rostro denota confusión. Con todo lo que ocurrió, terminé sin despedirme de ella, y ahora regreso a casa

con una niña a cuestas.

Sé bien que no le prometí nada y le dejé claro que no estaba listo para involucrarme románticamente con nadie, pero tampoco esperaba que esto pasara ni que me viera en una situación como esta, justo después de la tarde que pasamos juntos. De haberlo sabido, no la habría arrastrado a este desastre.

Anabela baja los escalones, pero se detiene en cuanto ve a la niña detrás de mí.

—¿Y quién es ella? —pregunta la niña, abriendo una sonrisa llena de dientes. Bueno, no tan llena, porque le falta uno de los de adelante.

Estudio las expresiones de Anabela, intentando entender lo que pasa por su cabeza, y noto que mira de mí a la niña varias veces, probablemente tratando de comprender qué está ocurriendo.

Como no respondo, decide hacerlo por sí misma.

— Me llamo Anabela, soy la ama de llaves de la casa. ¿Cuál es tu nombre? — pregunta, abriendo una sonrisa y fingiendo naturalidad.

— Maitê.

Anabela se acerca a ella y vuelve a actuar como siempre, toda amable y educada.

— ¡Qué nombre tan bonito tienes!

— Gracias, a mí también me gusta mucho el tuyo.

Anabela me mira por un segundo, pero no puedo hablar de esto ahora; no estoy en condiciones de explicar lo que ni yo mismo entiendo.

— Luego hablamos — digo, entregando a Maitê y sus cosas a ella, quien las recibe sin hacer más preguntas. — Ella se quedará contigo y con los demás. Pide a alguien que prepare una habitación, por favor, y explícaselo a Helder. Necesito subir y, tal vez, desaparecer.

Paso junto a ellas, subiendo las escaleras. Sé que ahora debo parecer un imbécil arrogante, pero estoy al borde de un colapso. Necesito una ducha y un par de tragos de whisky para detener estos pensamientos repetitivos que me están torturando.

Mientras subo los escalones lentamente, miro el techo alto, cuestionando a Dios sobre qué hice tan mal para merecer todo esto.

¿Mi vida no iba lo suficientemente mal ya? Si es que lo que hago puede considerarse vida, atrapado dentro de esta casa, solo, consumido por el pasado. Y entonces, justo cuando Anabela llegó y comencé a abrirme, lentamente, veo cómo todo se derrumba de nuevo. Es como si el mismo universo hubiera decidido que Matteo Viturino nació para joderse.

Recuerdo a Sofía una vez más, la mujer hermosa y enérgica con la que me casé algún día, y la comparo con la persona en la que se convirtió. Su piel reseca y los ojos hundidos, rodeados de ojeras, jamás se borrarán de mi mente.

En el pasado, ella me hundió en la amargura y el sufrimiento, cada vez más profundo, y todo lo que quería era desaparecer. Sofía me observaba desmoronarme poco a poco, y eso parecía fortalecerla. Cuando pedí el divorcio, no dudó en darme su último golpe, afirmando que había abortado al bebé, haciéndome cargar también con la culpa por esa muerte durante todos estos años. Una carga más sobre mis hombros.

Sofía es como un tornado, destruyendo todo lo que toca a su paso, cruel e incontrolable. Hizo lo mismo con la niña, su propia hija, al abandonarla en un maldito orfanato.

Golpeo la pared del pasillo con fuerza, y el dolor agudo alivia un poco la rabia en mi pecho. Pero ese alivio no dura más de cinco segundos antes de que la angustia vuelva con fuerza, desgarrando mi interior. Incluso sabiendo que Maitê no es mi hija, sigue siendo una Viturino, que pudo haber tenido todo: familia, cariño y la mejor educación. Pero tuvo que pasar cinco años sola, solo por el egoísmo de su madre.

Incluso ahora, en su lecho de muerte, Sofía usó a la niña para ganarse el apoyo de sus padres. Sigue usando y manipulando a las personas, como lo hacía antes. No creo en su arrepentimiento ni en ninguna palabra que salga de esa boca inmunda. Destruyó a mi familia una vez y sigue jodiendo todo a su paso.

Solo de pensar en esto, en todo, siento el estómago revuelto. Corro al baño, sintiendo el

líquido ácido subir por mi esófago. Abro la tapa del inodoro y vomito lo que queda de mi última comida.

Sofía dijo que quería hacer algo bueno por la niña antes de morir, y ya está hecho. Así que, que se muera de una vez. No me sorprendería que incluso desde otro plano espiritual pudiera atormentarme.





Cuando regreso a la mansión, después de cambiarme y ponerme nuevamente el uniforme, me encuentro con un verdadero caos en la cocina. Elis y Suzi hablan alto y están agitadas, mientras Helder toma una taza de café con un semblante de evidente tensión.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, imaginando que estén chismeando sobre Matteo y yo. Sabía que deberíamos haber sido más cuidadosos.

Elis se gira para mirarme y me toma del brazo, haciéndome acercar al trío.

—No vas a creer lo que ha pasado —dice, creando suspenso—. ¡El Presidente salió! Salió de verdad, en coche con Timoteo.

—¿Cómo que salió?

Estuvimos juntos hasta hace poco y él no mencionó nada al respecto, así que no logro encontrar una explicación lógica para lo que están diciendo.

—Exactamente lo que oíste. ¿Sabes de la fallecida señora Viturino? —pregunta Suzi, dirigiendo una mirada desconfiada hacia Helder—. Pues bien, ¡no está muerta!

—¿Qué?

El comentario me toma por sorpresa y solo los observo, sin entender bien de dónde ha sacado Suzi esa idea absurda.

—Es en serio. Escuché al Presidente hablar con Helder que iba a ver a la señora Clarissa, a petición de ella. ¡Y la llamó vaca, ¿puedes creerlo?!

—¿Helder? —lo miro sintiendo que el pánico se apodera de mí.

¿Cómo que todavía tiene esposa?

El mayordomo suspira, resignado.

—No entienden nada y siguen hablando. No es exactamente así. Primero, dedujeron por su cuenta que ese demonio había muerto. El señor Presidente está divorciado —dice, mirándome fijamente—. Ya escucharon sobre la infidelidad; cuando él lo descubrió, se separó, por eso hablan como si estuviera muerta, pero es en sentido figurado.

Dios mío…

Me siento en una de las sillas y dejo que mi cuerpo se hunda, sintiendo el peso de la revelación.

—¿Y nunca sale de esta casa, pero fue corriendo cuando ella llamó? —cuestiono, sin poder evitar el tono acusatorio.

—No fue así. Quien llamó fue la señora Clarissa y dijo que era un asunto serio —responde meneando la cabeza, visiblemente preocupado—. Espero que todo esté bien, y Anabela, estoy seguro de que él te explicará todo cuando regrese.

Helder abandona la cocina y yo me quedo aquí, reflexionando sobre el impacto de estos descubrimientos. No está casado, y eso me alivia, pero aun así mintió sobre algo que no debería y se fue sin siquiera despedirse.

Y sí, Matteo no me debe explicaciones, y por eso no le voy a reclamar nada, pero aun así duele y me deja decepcionada.

Él regresa el mismo día, pero ya son las once de la noche. Helder ya está dormido, y Suzi

y Elis se han ido a sus casas. Yo seguí esperando, quería encontrarme con él, mirarlo a los ojos y tal vez, medir lo que significa esta relación entre nosotros, si tiene algún peso real.

Pero no. Matteo volvió con una niña pequeña y simplemente me la entregó antes de desaparecer en su habitación sin darme una sola explicación sobre la niña.

Camino con Maitê a mi lado hasta una de las habitaciones de huéspedes. La niña observa todo por el camino, haciendo uno que otro comentario sobre el piso y las cortinas bonitas.

La pequeña rubia y habladora tiene los mismos ojos que Matteo, y como él fue a ver a la exesposa y volvió con ella, solo puedo imaginar que es su hija. No hay otra explicación.

Respiro hondo, intentando contener mi enojo para que ella no lo note. Matteo no me prometió nada, y no tenía por qué contarme sobre su pasado, no era asunto mío. Pero además de mentir sobre la muerte de la esposa, ¿esconder una hija? Esto me parece demasiado.

Además, Matteo no sale de esta casa, pero en cuanto esa bruja lo llama, corre hacia ella. Probablemente todavía ama mucho a esa mujer para actuar de esta manera, y yo soy solo un parche en una herida abierta.

Abro la puerta de la habitación para que Maitê pueda mirar. La niña observa los muebles desde afuera, luego me mira.

—¿Voy a dormir aquí sola? —pregunta.

—Eso creo —respondo, ya que no recibí ninguna instrucción.

Maitê entra en el amplio cuarto y se dirige hacia la cama, luego se sienta sobre el colchón de resortes.

—Es muy bonito —dice, pero noto que está conteniendo las lágrimas.

Me acerco a ella y me siento a su lado en la cama. Maitê baja la cabeza y seca las comisuras de sus ojos con los dedos, con mucha delicadeza. Mi corazón se encoge.

— ¿Estás bien? — Tal vez extrañe a su madre.

— Es que no me gusta dormir sola — confiesa, apretando sus ojitos azules.

Las lágrimas corren por su rostro, dejándole los ojos rojos. Levanto su barbilla con las

manos, seco su cara y aparto su cabello dorado hacia atrás de sus hombros.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo?

Ella asiente con decisión.

— Todo queda oscuro. En el hogar, Doña Cleonice siempre dejaba una luz encendida en el pasillo.

¿Hogar? ¿Qué hogar? Eso no tiene ningún sentido.

— ¿Dónde vivías, Maitê?

— En el hogar San José. Y había muchas niñas que dormían en el mismo cuarto que yo — responde.

Así que Matteo la recogió de un refugio para niños. Tal vez no sea su hija, como pensé al principio. Matteo puede ser frío a veces, pero estoy segura de que no dejaría que su propia hija creciera sin una familia.

— Quizás pueda resolver eso, ¿vale? Pensaré en algo.

Ella rodea mi cintura con un abrazo apretado, y el llanto da paso a una sonrisa.

— ¡Gracias!

— Todo bien. No necesitas agradecer — respondo, dándole unas palmaditas en su cabecita rubia.

Maitê presiona su pancita cuando su estómago ruge. Pobrecita, debe de estar hambrienta.

— ¿Tienes hambre, Maitê?

— Sí — contesta, con una sonrisa tímida.

— Entonces vamos a la cocina. Prepararé algo para que comas. — Extiendo mi mano hacia ella, y Maitê toma la suya antes de saltar de la cama al suelo.

En la cocina, caliento la cena para la niña, que me espera sentada a la mesa. Es bastante habladora; quiere saber cuánto tiempo llevo trabajando aquí, cuántos años tengo y hasta quiénes son mis hermanos. Matteo no aparece más, ni siquiera para ver si resolví lo de la pequeña.

El señor Helder entra en la cocina unos veinte minutos después, cuando la niña ya ha

terminado su plato. Lleva una bata y pantuflas, pero probablemente el parloteo de la niña lo despertó. Helder parece tan sorprendido como yo al ver a Maitê.

— ¿Y quién es esta princesita? — pregunta, mirándola directamente aunque la cuestión va dirigida a mí.

— Esta es Maitê — respondo.

Helder me mira por un segundo, como si intentara encontrar la respuesta en mi cara, pero me limito a encogerme de hombros para que ella no lo note.

— Qué linda, Maitê. ¿Viniste con el Presidente?

— ¿El Presidente? — Ella pone una cara divertida. — No, no me gusta la política — dice, arrancándonos risas a Helder y a mí.

— ¡Qué lista eres! Un encanto. Pero me refería al Presidente Viturino, Matteo.

— Ah, sí, el señor. ¿Qué es él de la abuela?

Helder parece pensarlo un momento y vuelve a mirarme, pero sé tanto como él. O sea, nada.

— ¿Quién es tu abuela?

— Tengo dos. Son muy buenas, pero no me acuerdo de sus nombres ahora — explica, como si fuera lo más normal del mundo.

— ¿No te acuerdas de los nombres?

— Es que las conocí ayer. Una me sacó del hogar y la otra me mandó a esta mansión.

Por su estatura, debe de tener unos cinco años, tal vez seis. Pero creo que el hecho de haber crecido entre otras niñas la hizo tan lista. No recuerdo saber lo que era la política a esa edad, aunque tal vez no comprenda su dimensión. Conocer la palabra ya es más de lo que sabía la mayoría.

— ¿Y tu mamá? ¿Cómo está? — Parece que Helder está igual que yo, pero al menos tiene el valor de hacer las preguntas correctas.

— Creo que se volvió abono.

Helder se atraganta con saliva y tose tanto que llego a preocuparme. Sirvo un vaso de agua para el hombre, cuyo rostro está rojo por la crisis.

— ¿Está bien, señor? — pregunta Maitê.

— Sí, claro. Perdóname. Es que no esperaba esa respuesta. ¿Dijiste que se volvió abono?

La niña parece pensativa ahora.

— Sí, no tengo mamá. Murió cuando yo era bebé. Eso me dijo la directora del hogar. Y cuando alguien muere, se vuelve abono.

Maitê parece cansada del tema porque enseguida se vuelve hacia mí.

— ¿Puedo tomar agua también?

— Claro, querida.

Tomo un vaso del armario, lo lleno de agua y se lo doy en sus manitas. Helder se rasca la cabeza, preocupado, intentando reunir las piezas de este rompecabezas, igual que yo.

— El Presidente no debe haber comido nada, señorita González. ¿Puede preparar un plato y llevárselo?

— Está bien — respondo, contrariada.

En este momento no tengo muchas ganas de hablar con Matteo.

— De acuerdo. Me iré a descansar, entonces. ¿Maitê ya está instalada?

— Sí, ya preparé su cuarto — respondo.

— Pero no quiero dormir allí sola. Dijiste… — Me mira preocupada.

— No te dejaré dormir sola, ¿de acuerdo? Puede irse, señor Helder, yo me encargo de ella.

Helder se despide de nosotras y se dirige a su habitación. Maitê me dice que ya se ha bañado hoy, así que, después de llevarla al cuarto de huéspedes, le pongo el pijama que encuentro en su mochila gastada y la llevo a cepillarse los dientes.

— ¿Puedes hacerme una trenza en el cabello? — pregunta mientras se sienta en la cama.

— Claro que sí. Gírate. — Apago la luz principal y enciendo la lámpara de noche cerca

de la cama.

Empiezo a trenzar sus mechones rubios y suaves, pensando en todo lo que esta niña debe haber pasado hasta llegar aquí.

— Tú tienes mamá y papá, ¿verdad? Dijiste que tienes una hermana.

— Sí, los tengo.

— Yo quería salir del hogar para tener una familia también, pero creo que nadie me quiere — dice Maitê con la barbilla en alto, hablando de forma directa, como si eso no la molestara.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque la abuela me prometió que viviría en su casa, pero ahora me mandó aquí con ese señor que no le gusta hablar. Y solo estuvo conmigo un día; creo que ya se cansó de mí…

Mi corazón se encoge al oír su conclusión. A veces las personas no entienden cuánto puede comprender y sufrir un niño con sus propias deducciones.

Termino su trenza, la ato en la punta y acaricio su cabeza antes de levantarme para acomodarla en la cama. Maitê mete las piernas bajo las sábanas, y yo la cubro hasta el cuello.

— Todo se resolverá, y si tu abuela dijo eso, cumplirá su palabra. Y sobre el señor que no le gusta hablar, al principio tampoco hablaba conmigo.

— ¿Y qué hiciste? — pregunta.

— Insistí un poco, y ahora somos amigos. ¿Quieres que apague la lámpara?

Niega con la cabeza y toma mi mano antes de que me aleje de la cama.

— Te esperaré despierta, ¿vale?

— Vale. Iré a buscar mi pijama y a cepillarme los dientes, pero vuelvo enseguida.

Vuelvo a la cocina y preparo el plato para Matteo, como pidió el señor Helder.

Nuestro último encuentro fue maravilloso, y el Presidente parecía realmente más relajado y feliz, comportándose como el vendedor de chocolates que se enamoró de la chica. Hicimos el amor sobre la hierba húmeda, y nunca en mi vida me había sentido tan deseada. Parecía posible

que algo surgiera, aunque él dejó claro que no. Ese momento me llenó de esperanzas.

Pero ahora todo es diferente, o igual que antes de besarnos. Él sigue siendo el mismo de siempre, escondido en su cuarto o en la biblioteca, huyendo de las personas y los problemas, cargando el peso del mundo sobre los hombros sin abrirse con nadie.

Subo las escaleras con la bandeja en las manos y toco la puerta de su cuarto, pero no me pide que entre, como suele hacer. En su lugar, escucho sus pasos desde dentro, y entonces abre una pequeña rendija, lo justo para verme.

— Te traje la cena.

— Anabela, no quiero comer, me siento fatal. No es un buen momento. — Su voz es lenta y entrecortada, y me doy cuenta de que está borracho.

— Podemos hablar, parece que bebiste demasiado. ¿Necesitas ayuda? — le ofrezco, aunque estoy molesta con él.

— No — su tono ahora es autoritario, diferente del modo en que me trató en los últimos días —, dije que quiero estar solo.

Sus palabras me hieren. No es que no me haya tratado así al principio, pero ahora, después de todo lo que pasó, no se siente correcto.

— Está bien, entonces. ¿Te importa si me quedo aquí en la casa hoy, con Maitê? No quiere estar sola.

— No me importa. — Matteo cierra la puerta de golpe, y respiro hondo para contener las ganas de gritarle y decirle unas cuantas verdades.

Bajo nuevamente con la bandeja, guardo el plato en la nevera y luego voy a mi cabaña a buscar un pijama, mi cepillo de dientes y el libro, por si no consigo dormir.

La noche está fría, como siempre, pero creo que ya me estoy acostumbrando a las bajas temperaturas de la montaña. Regreso a la casa principal minutos después, apago las luces y cierro con llave la puerta trasera.

En la habitación de invitados, encuentro a Maitê sentada en la cama, esperando, tal como

había dicho.

— Qué bueno que volviste, pensé que no lo harías — dice, aliviada al verme.

— Pero te dije que iba a volver.

Me quito los zapatos y me cambio en el baño, luego me cepillo los dientes y deshago el moño.

Mañana es el día en que llegarán los nuevos empleados y, con nuestra nueva huésped, creo que será un día largo y agotador.

Me acuesto con ella en la cama, y Maitê se acerca a mí, arropándose con las mantas. En menos de cinco minutos su respiración se vuelve más lenta y pesada, y se queda dormida. A pesar de que ya es madrugada, simplemente no puedo dormir. Además, extraño mi sofá cama.

Me quedo pensando en Matteo allá arriba, sumido en sus amarguras y secretos. Quisiera hacer algo, pero Matteo nunca me cuenta todo, solo me muestra lo que quiere, y las últimas revelaciones no hacen más que confirmarlo.

Tomo el ejemplar de Persuasión de la cómoda y lo abro donde dejé el marcador. Y ahí está otra vez la carta del Capitán Wentworth, la declaración de amor más hermosa que he leído en toda mi vida.

"…Soy mitad agonía, mitad esperanza…"

Yo también, capitán, yo también.


16



Dejo a Maitê durmiendo cuando salgo del cuarto; aún no son ni las seis de la mañana.

Elis y Suzi todavía no han llegado, pero comienzo a preparar el café. El señor Helder, por otro lado, ya está de pie, esperando a los nuevos empleados que llegarán en cualquier momento. Lo sé porque escucho sus pasos en la habitación de al lado. Pienso en Matteo allá arriba, solo. Por lo que vi anoche, seguramente aún debe estar en la cama.

— Buenos días, señorita Gonzales — el señor Helder me trae de vuelta a la realidad.

— Buenos días, ¿durmió bien?

— No mucho. Estuve preocupado por el joven Matteo. ¿Comió algo?

Niego con la cabeza.

— Si sigue así, tendré que avisar a sus padres. No puede quedarse sin alimentarse — Helder sirve café negro en una taza para él.

— ¿Sus padres? ¿Cómo son? — pregunto.

El señor Helder sonríe, con nostalgia, y noto que siente mucho cariño por la pareja Viturino.

— Son maravillosos, señorita, personas muy buenas. El señor Leônidas es un genio, un matemático y empresario respetado en todo el país. Es más reservado, como el Presidente. La señora Clarissa, en cambio, es muy alegre y juguetona. Cat se parece mucho a su madre, al igual que Miguel también se parecía. — Helder sopla su café antes de tomar el primer sorbo.

— ¿Eran muy cercanos? ¿Matteo y Miguel?

— Oh, sí, por supuesto. Pasaban todo el tiempo juntos. También eran muy parecidos físicamente. Mejores amigos, diría yo — responde, y percibo el tono de tristeza en su voz.

Helder lleva muchos años con la familia, seguramente sintió mucho la muerte del joven. Pongo la leche a hervir y empiezo a cortar rodajas de melón sobre la tabla en la encimera.

— Debe haber sido muy difícil para él, ¿verdad? Yo tengo una hermana, Julieta, y somos como uña y carne. No me imagino la vida sin ella.

— Sí — asiente. — Fue y sigue siendo muy difícil. El Presidente se desmorona en los aniversarios de la muerte de Miguel. No solo perdió a su hermano, sino que quedó muy decepcionado. El joven Matteo nunca volvió a ser el mismo... Hace poco llegué a creer que estaba mejor, pero ahora ha pasado esto.

El timbre suena, y el señor Helder termina su café de un trago.

— Deben ser ellos. Hablaré con los tres sobre las reglas de la casa, el salario y otros detalles antes de presentárselos a usted.

— Está bien.

Helder ajusta su traje y camina hacia la puerta, pero se detiene antes de salir de la cocina.

— ¿Y la niña? ¿Cómo está? — pregunta, recordando a nuestra pequeña huésped.

— Está bien, durmiendo como un ángel — digo, recordándola.

— ¿Pasó usted la noche con ella?

— Sí. No quería quedarse sola — explico.

— Fue muy amable de su parte. Todos en esta casa tenemos mucho que agradecerle, señorita, está haciendo mucho más de lo que le corresponde.

— No es nada, solo fue un acuerdo entre nosotras. Yo también fui niña y sé lo incómodo que es estar sola en un lugar nuevo.

Asiente con la cabeza.

— Aun así — insiste.

Helder me deja sola con mis pensamientos y va a recibir a los nuevos integrantes de nuestro equipo. Mientras tanto, adelanto lo más que puedo el desayuno y pongo un pastel en el horno para hornear.

Veinte minutos después, el señor Helder nos llama para conocerlos, incluyendo a Timoteo. Los tres están de pie en la sala de visitas, formando una fila.

— Buenos días a todos — saludo, y me responden al unísono.

— Esta es la señorita Gonzales, ama de llaves de la casa — dice Helder, señalándome. — Elis y Suzi están a cargo de la limpieza, y Timoteo es nuestro chofer.

Asentimos para saludarlos, y Helder vuelve a hablar.

— Esta es la señorita Helena — presenta Helder a la mujer de la izquierda. Tiene una mirada intensa, el cabello rubio perfectamente recogido en un moño apretado, y noto también una gran cicatriz en el rostro, probablemente resultado de un corte.

— Mucho gusto, señorita Gonzales, Elis, Suzi y Timoteo — dice ella en un tono moderado.

Con certeza, Matteo aprobaría su discreción.

— La señorita Mariana, que trabajaba en un restaurante en la ciudad. Ella puede ayudarle en la cocina si lo necesita, señorita Gonzales. — Helder señala a la mujer morena y alta que está en el centro.

— Mucho gusto en conocerlos a todos. Estoy muy emocionada por comenzar.

— Y, por último, pero no menos importante, el señor Pedro, que se encargará de los servicios generales y del mantenimiento de la casa — concluye Helder, presentando al hombre alto y negro. No puedo calcular cuántos años tiene, pero su cabello gris me sugiere unos cuarenta y cinco, aunque parece más joven.

— Mucho gusto — dice él, algo tímido.

El señor Helder me lanza una mirada antes de dar un paso hacia atrás; esta es su señal para que tome el mando.

— El gusto es nuestro por tenerlos aquí. Como pueden ver, esta es una casa grande y necesitamos ayuda para mantener todo en orden. Aunque yo soy la ama de llaves, hago un poco de todo y soy responsable de las comidas, así como el señor Helder se encarga de las necesidades

personales del Presidente.

— ¿Y dónde está él? — pregunta Mariana, interrumpiéndome. — El Presidente.

— El Presidente es un hombre reservado, por eso nos encargó que habláramos con ustedes. No le gusta que lo molesten; creo que Helder ya les habrá mencionado esto — explico.

— Sí, claro — asiente ella, conforme.

— Perfecto. Poco a poco nos iremos conociendo mejor y estoy segura de que nos llevaremos muy bien. Pronto entenderán cómo funciona la casa. Bueno, empecemos de una vez. Timoteo, por favor, acompaña al señor Pedro, enséñale la casa y muéstrale dónde están las herramientas y los equipos de jardinería.

— Sí, no se preocupe.

Timoteo y Pedro caminan lentamente hacia la puerta, ya inmersos en una conversación animada.

— Helena y Mariana, pueden ir con Elis y Suzi. — Me giro para hablar con las dos, que están observando todo detrás de mí. — Muéstrenles todo, excepto la biblioteca y la habitación del Presidente, por supuesto. Yo terminaré el desayuno y lo serviré arriba hoy, porque él no se siente bien.

— Está bien, Anabela — responde Suzi, dispuesta.

— Después de eso, ustedes cuatro pueden limpiar el área de la piscina. Creo que el Presidente no la usará hoy, así que aprovecharemos. Me gustaría enseñarles personalmente el trabajo, pero tengo que ocuparme de nuestra huésped — les explico.

— ¿Qué huésped? — pregunta Elis, curiosa.

Como si esas palabras la hubieran invocado, Maitê aparece parada al pie de la escalera, con su trenza toda deshecha y rascándose los ojos, todavía vestida con el pijama y descalza.

— Esa huésped de ahí — digo, señalándola.





¿Pero qué carajo de dolor de cabeza es este que parece más golpes sacudiendo mi cerebro? ¿O quizá sean golpes de verdad?

Golpes en la puerta.

Abro los ojos y me doy cuenta de que dormí encima de las colchas, con la misma ropa con la que llegué. Mi cuello parece atorado en un tortícolis, y simplemente no puedo girarlo.

— ¿Qué pasa? — pregunto desde donde estoy.

— Soy yo, Anabela. — Escucho su voz dulce al otro lado de la puerta.

Pienso en pedirle que se vaya, pero no quiero preocuparlos aún más. Si sigo aquí encerrado, Hélder llamará a mis padres, como hizo la primera vez que me hundí así, y lo último que quiero ahora es a toda la familia reunida aquí. Además, realmente necesito comer algo.

— Puedes entrar.

Anabela abre la puerta despacio y entra con la bandeja. El olor del pan casero me alcanza antes que ella, y mi estómago vuelve a revolverse.

— ¿Dormiste? — pregunta, dejando la bandeja al pie de la cama.

— Sí. Terminé durmiendo con zapatos y todo.

No puedo mirarla por culpa del cuello, pero puedo imaginar que está molesta con mi actitud. No la culpo, yo también estaría cabreado en su lugar.

— ¿Quieres ayuda con algo?

— Puedo hacer las cosas solo, Anabela. No estoy tan mal — respondo con un tono más brusco de lo que pretendía.

— Está bien. Que aproveche. — Escucho los pasos de Anabela alejándose y se asegura

de cerrar la puerta con fuerza.

De acuerdo, merezco eso. Más aún porque debe pensar que no quise ni mirarla a la cara.

Primero, me esfuerzo por beber el café, porque necesito energía. Después de eso, la cosa se vuelve mucho más fácil e incluso me como un panecillo y las rodajas de melón que Anabela trajo.

Poco a poco, masajeando mi cuello con la palma de la mano abierta, consigo que vuelva a su lugar y me dirijo al baño, donde tomo una ducha larga y un analgésico para el dolor de cabeza. Me acuerdo de la niña en el piso de abajo y siento una punzada de ansiedad, que rápidamente se transforma en un temblor incómodo. No puedo siquiera imaginar la posibilidad de que sea mi hija, pero de todas formas me siento en deuda con ella, y por eso, solo pensar en la niña me hace sentir peor.

Salgo del cuarto y voy al despacho, planeando ocupar mi mente y esperar a que pase el tiempo. Mientras cruzo el pasillo, veo a Anabela por la ventana, caminando afuera. Sé que he sido un idiota con ella y que necesito disculparme, pero no puedo fingir que estoy bien cuando en realidad siento que estoy al borde de un colapso. Solo espero que ella no sufra por eso; el enfado lo puedo soportar, pero no quiero imaginar que la herí con la distancia que impuse.

De repente, Maitê aparece y corre detrás de Anabela, saltando de un lado a otro. Las dos balancean sus manos entrelazadas mientras regresan a la casa.

Abandono mi puesto junto a la ventana y casi choco con una mujer en mi camino. Nunca la había visto antes, pero considerando su uniforme, debe ser una de las nuevas empleadas.

— Buenos días — dice ella con un tono extraño, mirándome de arriba abajo.

¡Mierda! Dije que no quería ver a nadie paseando por mi casa. Anabela me prometió que se encargaría de eso.

— Buenos días.

Paso junto a ella y sigo hacia mi despacho. No puedo culpar a Anabela, ya que está cuidando de la niña por mí. Ni siquiera quiero imaginar qué haría sin ella aquí.

Voy a hablar con Hélder sobre esto para establecer límites. ¿Es que estoy pidiendo algo tan difícil? Solo quiero que se mantengan fuera de mi camino.

Me siento en la butaca, pero mi cabeza sigue latiendo al ritmo de los pasos apresurados que suben o bajan las escaleras.

¿Por qué demonios esa mujer está golpeando el suelo con tanta fuerza?

Abro la puerta para exigir silencio y me encuentro cara a cara con la niña, que sostiene una flor roja extendida hacia mí.

— Te la traje — dice con una sonrisa exagerada.

Miro al final del pasillo buscando a Anabela, pero la niña está sola.

Tomo la flor, esperando que con eso se vaya, pero en lugar de dar media vuelta, simplemente pasa entre mis piernas y entra en mi despacho, como si la hubiera invitado.

— ¿Qué haces aquí? — pregunta.

— Trabajo.

La niña corre hasta mi escritorio, levanta una pierna y apoya los brazos en la silla para sentarse.

— Entiendo.

— Tienes que salir, no me gustan los niños — digo, quizá así me deje en paz.

— ¿Y qué te gusta? — pregunta Maitê, ignorando mi comentario malicioso.

— No sé, niña.

La niña golpea sus manitas sobre las rodillas y me mira como si estuviera molesta.

— Me llamo Maitê, no me gusta que me llames niña.

¡Esto sí que es el colmo! Ahora estoy siendo reprendido por una niña de cinco años.

— Está bien, Maitê. ¿Ya puedes irte ahora?

— Me gustan las gallinas — continúa ella, sin más.

Por un momento intento entender a qué se refiere exactamente, pero es una tarea difícil.

— ¿Gallinas? — Santo Dios, los niños son realmente muy extraños.

— Sí. En el hogar había un montón de ellas, pero mi favorita era Fifi. — Hace una pausa y la expresión en su rostro cambia. — Pero un día Fifi desapareció, y me puse muy triste.

Pobre Fifi, ya me imagino el final de la historia.

— ¿Sabes qué le pasó? — pregunto, aunque no sé por qué me interesa esto.

— No.

Me acerco a ella y apoyo mi cuerpo en la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho.

— ¿Qué comiste al día siguiente?

Ella hace una mueca y luego sonríe, moviendo la cabeza.

— No me acuerdo, ya fue hace mucho.

— Apuesto que fue gallina en salsa, o tal vez pollo frito…

Aun así, Maitê parece no entender lo que estoy diciendo y suspiro, renunciando a la maldad. La niña no tiene la culpa de haber convertido mi vida en un caos.

— Deberías tener gallinas aquí, o tal vez un perrito.

— ¿Entonces me trajiste la flor para pedir gallinas? — pregunto.

— No. Te la traje para que sonrías un poco, ¿no te lo dije?

— No lo dijiste — corrijo.

Los dos oímos a Anabela al mismo tiempo y miramos hacia la puerta, antes de que aparezca en el despacho. Ella lleva la mano al pecho, aliviada, y entra para recoger a la niña en brazos.

— Gracias a Dios te encontré. ¿No te dije que me esperaras en la sala de televisión? — le pregunta.

— Lo siento. — Maitê pone cara de arrepentida. — Vine a hablar con el señor.

— Está bien, vamos a ver los dibujos animados ahora. — Anabela se da la vuelta con Maitê en brazos, sin dirigirme ni una sola palabra.

No me gusta que me trate así, con indiferencia. Necesito explicarme y resolver esta situación.

— Anabela, quiero hablar contigo después — digo, intentando llamar su atención.

— Estoy muy ocupada hoy, Presidente. Tal vez mañana… — Ella sale al pasillo, ignorándome.

— Tiene que ser hoy, Anabela.

— ¡Te dije que no! — responde en voz alta, ya casi alcanzando la escalera.

Maitê me saluda desde los brazos de Anabela, y las veo desaparecer escaleras abajo.

Mierda…

Hélder es quien me trae el almuerzo más tarde. Entra al despacho como una sombra, silencioso, y deja la bandeja sobre la mesa. Mi mayordomo ya está a punto de salir cuando lo llamo de nuevo. Sé que se preocupa por mí, pero no quiere ser inoportuno al preguntar.

— Siéntate un momento, por favor. Quiero contarte lo que pasó — le digo.

Hélder se sienta en la silla frente a mí y se inclina un poco, escuchando con atención.

— Sofia está realmente enferma, al borde de la muerte — cuento. — Ni siquiera parece la misma persona.

— Tal vez sea un castigo — responde Hélder, haciendo la señal de la cruz.

No sé si ese sea el caso, pero definitivamente no tuvo la vida feliz que seguramente planeaba.

— Sofia mintió sobre ese bebé, Hélder. Hace cinco años me dijo que lo había abortado, pero todo era mentira. Dejó a la niña en el orfanato, engañó a todos, incluso a su propia familia, y se fue a vivir haciendo programas.

— ¡Dios mío! Entonces la niña…

— Maitê es mi sobrina. No creo que sea mi hija porque Sofia y yo ya no teníamos una relación real, y ellos ya me estaban traicionando.

— ¡Qué mujer tan vil! — Hélder cierra los puños, compartiendo mi indignación.

— Aun así, por pedido de mi madre, hice una prueba de ADN. El resultado saldrá hoy o mañana, así que eso es todo. Estoy esperando para confirmar.

Hélder se alisa el cabello blanco y asiente en señal de acuerdo antes de levantarse.

— Espero que todo salga bien, Presidente. Sabe que puede contar conmigo en cualquier circunstancia.

— Lo sé, sí. Gracias por eso y perdón por preocuparte. Estaba aterrado con todo esto.

— No hay problema. Para lo que necesite, estoy abajo.

Hélder me deja solo otra vez, y consigo almorzar un poco. Anabela preparó pasta con salmón y brócoli hoy, y el plato está divino, a pesar de mi falta de apetito.

Más tarde, Catarina me llama por videollamada. Ella muestra su barriga del otro lado, que, según dice, está baja, señal de que el bebé ya está encajándose.

— ¿La estás viendo? — pregunta, girándose de un lado a otro.

— Creo que sí.

Mi hermana se sienta otra vez y ajusta la pantalla del portátil.

— Entonces, ¿cómo te sientes? — pregunta, intentando sondearme.

— Mal, por supuesto. ¿Ya sabes todo lo que pasó?

— Mamá me lo contó — dice. — ¿Cómo fue volver a ver a Sofia?

— No sé, no sentí nada más que desprecio. Ni siquiera parece la misma persona, Cat. Es como si ya estuviera muerta.

— ¡Qué horror! — Catarina y Sofia nunca se llevaron bien, pero mi hermana es incapaz de desear algo así a alguien. Es demasiado buena para eso. — ¿Y Maitê? ¿Qué te pareció?

— Es muy habladora y entrometida.

Cat estalla en una carcajada contagiosa y termino riendo también. Sé que no es lo que debería decir de una niña, pero estoy siendo sincero: la niña es bastante inoportuna.

— ¡Ay, Matteo, me haces reír tanto! Los niños son así, hermano, tendrás que acostumbrarte.

— Por favor, mantén a tu hijo lejos de mi despacho. Hoy vino aquí a pedirme unas

gallinas, ¿lo puedes creer?

Cat vuelve a reírse y se agarra la barriga mientras sus risas resuenan del computador al despacho.

— Ni siquiera puedo imaginarme una conversación así entre ustedes.

— Pues ahí lo tienes.

— Estoy loca por conocer a mi sobrina.

Ese comentario, por más cierto que sea, me hace sentir extraño. Creo que Cat lo nota porque continúa:

— En realidad, te llamé porque ya salió el resultado de la prueba.

— ¡Puta madre, Catarina! ¿Y me lo dices recién ahora?

Todo mi cuerpo empieza a temblar de inmediato. No sé si estoy listo para saber la verdad, aunque creía estar seguro sobre la niña.

— ¿Quieres que te envíe el sobre? — pregunta, mostrándolo frente a la cámara.

— Ábrelo ya, Catarina, por el amor de Dios.

Catarina no necesita más incentivo. Rasga el sobre y desenrolla la hoja. Me acerco a la pantalla, impaciente.

— ¿Y entonces?

Cat se lleva la mano al corazón y sonríe. Sé lo que eso significa, porque no sonreiría si Maitê fuera hija de la infidelidad de Sofia y Miguel.

— ¡Es tu hija, Matteo! ¡Maitê es realmente tu hija! ¡Mira esto! — Coloca el papel frente a la cámara, aunque no puedo ver nada. — ¡Felicidades!

Mientras Cat salta frente a la cámara con el papel en la mano y es regañada por un Alberto muy preocupado, mi mundo empieza a girar sin parar.

¡Soy su padre, carajo!

Recuerdo cuando Sofia me contó sobre el embarazo y me arrodillé para besar su barriga, sintiéndome el hombre más feliz del mundo. Recuerdo el momento en que me dijo que había

abortado y la tristeza infinita que desgarró mi pecho. También me acuerdo de la sonrisa de la niña hoy, sentada en mi sillón, y de cuando me agarró la mano ayer, cuando llegamos.

Mis ojos encuentran la flor marchita sobre mi mesa, y siento ganas de llorar. No puedo creer que tuve una hija y que ella pasó cinco años sola así, sin familia, y sin que yo supiera siquiera que existía.

— ¡Matteo! — La voz de Cat me trae de vuelta. Ella mueve las manos frente a la cámara. — ¿Estás bien? Te pusiste pálido.

— Cat… — Escondo mi rostro entre las manos y siento las lágrimas brotar de mis ojos.

— Ay, hermano, ¡cómo quisiera abrazarte ahora mismo! No llores…

— Pasó cinco años en un orfanato, abandonada. Eso es terrible. Soy terrible, Cat, no sé ser padre, ni siquiera me cuido a mí mismo…

— Tranquilo, Matteo. Sé que harás lo correcto y, poco a poco, te adaptarás. Todo saldrá bien. No pienses en el tiempo perdido, sino en el presente, que está aquí, frente a ti ahora mismo.

Respiro hondo, intentando recomponerme, porque no puedo hacer que ella se ponga nerviosa también. Pero la verdad es que no pienso en ningún futuro. Solo puedo aferrarme al pasado, a todo el dolor y sufrimiento que ser mi hija le causó a esta niña.

— Está bien, Cat, necesito colgar ahora.

— Cuídate, ¿vale? Y cuida de ella. Mamá debería aparecer por ahí pronto, ya sabes...

Cierro mi portátil y me recuesto en el sillón, mientras las preguntas invaden mi mente.

¿Cómo voy a cuidar de una niña? Yo, que vivo encerrado en esta casa.

¿Cómo le voy a decir la verdad? La niña me va a odiar cuando sepa que la dejé vivir como una huérfana y, por más irritante que sea, no quiero que me odie.

Ahora mismo solo quisiera desaparecer, huir de esta dura realidad en la que las personas malas destruyen vidas por puro placer y los niños inocentes pagan el precio por nuestros pecados.

Quisiera poder reescribir su pasado.

Maitê.

Mi hija, que no merecía haber pasado por nada de esto.


17



Anabela

UN POCO ANTES…

Después de pasar un rato con Maitê viendo dibujos animados y distrayéndola tanto como puedo, decido llevarla a darse un baño, ya que la muñequita se ensució con tierra afuera, cuando decidió que sería la ayudante de Pedro. Aún es bastante temprano, pero con el frío que hace por aquí, no es buena idea dejar el baño para la noche.

Lleno la bañera del cuarto de huéspedes; mejor sumergirla y frotarla bien para que quede bien limpia. También tengo que resolver el tema de la hora de dormir, ya que no puedo quedarme en la casa todos los días.

— En el hogar, me bañaba con mis amigas, una ducha al lado de la otra, ¿sabes?

— Lo sé. ¿Alguna vez te has bañado en una bañera como esta?

— No, allí no había. Solo la tina donde la monjita hacía pão de queijo...

Eso me hace sonreír.

— No está bien lavar esos piecitos sucios y después hacer pão de queijo en la misma tina.

Ella se ríe, divirtiéndose con la idea.

— Sería pão de chulé.

Le quito la camiseta colorida que lleva puesta y el pantalón de chándal. Maitê se quita los zapatos y luego le suelto el cabello.

— Puedes entrar.

La tomo de la mano para apoyarla, y Maitê entra en la bañera, hundiendo completamente

las piernas.

— ¿Cuántos añitos tienes, por cierto? — pregunto mientras empiezo a enjabonarla.

— Cinco, pero soy pequeña para mi edad. La monjita dice que es porque corro mucho y gasto todo lo que como con mi alergia.

— ¿Qué alergia?

— Esa cosa que hace que corramos y juguemos...

— ¡Ah, sí! Energía.

— ¡Esa! — Ella asiente con entusiasmo.

— ¿Y quién es la monjita?

— Es una de las que no es monjona, como la directora.

— Entiendo — respondo. Pero no tengo claro si las monjitas y las monjonas se diferencian por la altura o por alguna cuestión jerárquica. Mejor dejarlo así.

Paso la esponja por su espalda, luego por los hombros, froto sus piernas y brazos, y cuando ya está llena de espuma, pongo un poco de champú en mis manos y empiezo a frotar su cuero cabelludo.

— Este champú huele rico, ¿verdad, Anabela? Voy a oler igual que tú.

— Sí, lo creo, olerás igual de bien.

Ella asiente, moviendo la cabeza de arriba abajo y salpicándome la cara con agua.

Se suponía que solo sería un baño, parte de mi trabajo que ahora incluye cuidarla, pero cuando se sumerge en el agua para enjuagarse el jabón y vuelve a emerger, noto una pequeña marca en forma de media luna en su hombro. Es idéntica a la marca que Matteo tiene en el mismo lugar.

El descubrimiento me deja en shock; no hay forma de que esta niña no sea hija de él, teniendo incluso la misma marca de nacimiento.

Me quedo un poco más callada después de eso, y Maitê parece notarlo, porque también reduce su parloteo. Cuando terminamos y le pongo ropa calentita, la llevo de vuelta a la sala de

televisión y le pido a Elis que la cuide mientras hablo con Matteo. No quería hacerlo, planeaba evitarlo y darle una lección por la forma en que me ha tratado, pero con esto no puedo ignorar más la conversación.

Sin embargo, me encuentro con Helder en el camino; creo que fue a llevarle el almuerzo tardío a Matteo, y decido exponerle el problema, angustiada, esperando que quizás él tenga una solución.

— Helder… Ven acá. — Lo arrastro hacia la sala de música.

El hombre me mira con curiosidad, esperando.

— ¿Sabes quién es la niña? ¿Maitê?

— Bueno, no sé exactamente, pero tengo algunas sospechas, claro.

Lo miro, desconfiada.

— ¿Matteo no te ha dicho nada?

— Solo tiene sospechas también, nada muy claro…

Asiento, entendiendo la situación.

— Mira, no puedes preguntarme cómo sé esto, porque me muero de vergüenza. Pero bañé a Maitê… y tiene una marca de nacimiento en el hombro, en forma de media luna...

Helder abre los ojos, mirándome con asombro. Creo haber oído un ruido en la puerta, así que asomo la cabeza para mirar al pasillo, pero estamos solos.

— ¡El chico Matteo tiene una así, en el hombro izquierdo!

— Exactamente — respondo, volviéndome hacia él. — ¿Crees que debería contarle?

— Claro que sí, es importante.

Helder no me pregunta cómo sé de la marca de Matteo, pero creo que ya sospechaba algo entre nosotros desde hace un tiempo, así que esto solo fue una confirmación.

Golpeo la puerta del despacho, y él me dice que entre. Lo encuentro frente al plato vacío; al menos esta vez almorzó...

— Necesito hablar contigo.

— Pensé que habías dicho que no querías, Anabela — responde de mal humor.

— ¿Vas a culparme por esto? Tú me mentiste.

Matteo niega con la cabeza.

— No quiero hablar de eso ahora, estoy preocupado por algunas cosas. ¿Puede ser después...?

— No, no puede. Creo que tienes sospechas sobre Maitê, si es tu hija o no — suelto de una vez.

Él levanta los ojos de la mesa y me mira, sorprendido.

— ¿Quién te dijo eso?

— Nadie, pero para empezar, ella tiene tus ojos, y tú saliste de aquí —lo que nunca haces — y volviste con la niña. Era bastante obvio que se trataba de algo así.

— No es lo que piensas, es mucho más complicado que eso.

— Lo sé. Sé que tu exesposa te engañó —digo, recordando lo que escuché antes—. Probablemente no estás seguro por eso.

Él me mira en silencio, sin intenciones de dar explicaciones ni de expresar lo que siente.

— Ella es tu hija, Matteo. Estoy segura.

Ahora él ríe, una risa amarga y sin humor.

— ¿Y por qué estarías tan segura, Anabela? ¿Crees que porque nos acostamos algunas veces me conoces tanto como para deducir eso?

Abro la boca para responder, impactada por su grosería, pero él me interrumpe.

— Estás equivocada. No sabes ni una tercera parte de lo que me ha pasado y, definitivamente, no puedes afirmar que esa niña es mi hija, porque no lo es.

— Pero...

— ¿Puedes dejarme solo? Si vas a seguir diciendo esas tonterías, prefiero no hablar contigo ahora. Yo no tengo ninguna hija.

¡Qué idiota! Salgo del despacho pisando fuerte y no insisto en el tema, porque no estoy

obligada a humillarme por los asuntos de él. Que lo descubra solo, ¡imbécil!

Después de eso, consigo evitar que mis pensamientos se desvíen hacia él por un rato. Me esfuerzo en concentrarme solo en la cena que tengo que preparar, en la enorme casa que debo coordinar y en los empleados que acaban de llegar.

Como se pusieron a organizar el gimnasio, siguiendo la idea de limpiar habitaciones que nunca logramos, decido mudarme temporalmente a la cocina.

Elis y Suzi parecen disfrutar mi nueva disposición, ya que, como forma de pasar el tiempo, no paro de cocinar, especialmente desde que Maitê llegó. Miro a la niña y me hierve la sangre al pensar que él ni siquiera me dejó explicarle; ¿cómo puede ignorar a su hija así?

La mesa está llena de pastelitos, panes y tartas recién salidos del horno, enfriándose. Todas las teteras de la casa están llenas de chocolate caliente, e incluso de chocolate frío, pero las vuelvo a calentar una y otra vez.

Helder entra en la cocina y mira la mesa, asustado. Sus ojos se detienen, alarmados, en una de las pilas de panes azucarados, que amenaza con caer.

— Anabela, necesito hablar contigo un momento.

Lo miro a través de una nube de harina que flota a mi alrededor.

— Puede hablar, señor Helder.

— El Presidente sigue en el despacho, y creo que necesita hablar con usted.

Mi corazón se acelera, pero me niego a intentar otra conversación con él. Ya dije todo lo que tenía que decir, y fui completamente ignorada. No quiero hablar con Matteo.

— Dígale que estoy ocupada, cocinando. No puedo salir ahora.

— No, señorita, él no pidió hablar con nadie. Soy yo quien está preocupado. Sé que está molesta, pero él... creo que sus sospechas se confirmaron, y está destrozado.

— ¿Mis sospechas...? ¿Maitê?

— Sí. Escuché una botella rompiéndose. Quise entrar, pero creo que solo usted puede lograr algún avance con él.

Irritada, comienzo a golpear la masa de la tarta que estoy preparando.

¿Ahora está enojado porque la niña sí es su hija?

Helder parece aún más asustado por la forma en que estoy manejando la masa, además de ver la cocina desbordada de comida.

— Anabela, él no está bien... El Presidente no tenía ni idea sobre la niña.

— Traté de hablar con él, pero me echó de allí con toda su grosería. ¡Un bruto total!

— Pero es que... No quería, ¿no entiendes? Ahora se siente culpable al saberlo, porque la niña estuvo allí todo este tiempo.

Su explicación hace que mi corazón se ablande un poco. No había pensado en ese lado, pero tiene todo el sentido que Matteo se sienta culpable, aunque no lo supiera.

Decido intentar hablar con él y golpeo la puerta del despacho, esperando su respuesta para que me diga que pase, pero no llega, así que entro de todos modos.

No hay ninguna luz encendida, el ordenador está apagado y ni siquiera prendió la chimenea. Mis ojos se ajustan a la oscuridad y avanzo por la habitación, buscándolo.

Rodeo la estantería y lo encuentro sentado en el suelo, apoyado en el sofá. Matteo tiene la camisa desabotonada y una botella de whisky casi vacía en las manos. Otra botella está rota en un rincón, cerca de la pared, y es fácil deducir el resto. Su cabello despeinado cae un poco sobre sus ojos, y aun en este estado, sigue siendo el hombre más guapo que he visto.

Él no levanta la mirada hacia mí y, sin decir nada, me siento a su lado en el suelo y toco su mano con cuidado.

— Matteo... No has salido de aquí, y Helder escuchó algunos ruidos. ¿Qué pasó?

— Yo... no sé cómo manejar esto, Anabela —dice, moviendo la cabeza. Noto su rostro húmedo y me sorprende entender que estaba llorando.— Sofia dijo que yo era el padre de esa niña, pero no le creí. Solo que ahora...

— ¿Qué?

Él no me mira, su mirada está perdida. Esta vez no hay grosería en su tono de voz, solo

un hombre, sufriendo profundamente.

— Salieron los resultados del examen. ¿Qué clase de padre deja a su hija en un orfanato durante cinco años?

Su voz está quebrada y, aunque no lo diga directamente, lo entiendo. Matteo no rechazó la idea de ser padre por enojo o desprecio, sino porque se siente culpable. Por eso no aceptó cuando intenté hablar con él, no quería considerar la posibilidad de que realmente fuera el padre, porque eso implicaba haber desconocido a su hija todo este tiempo.

— No la abandonaste en un orfanato, Matteo. Yo lo sé...

— ¿Cómo lo sabes?

— No harías algo así, no eres esa clase de persona.

El sonido desgarrador de su llanto incontrolable me alcanza, y lo observo desolada mientras baja la cabeza entre las piernas, consumido por una tristeza que parece devorarlo desde dentro. Nunca lo había visto llorar; es aún más impactante que cuando lo vi sonreír por primera vez, pero infinitamente más doloroso.

Sin pensar en nada más y olvidando cualquier límite que debería existir entre nosotros, acerco su cuerpo hacia mí y lo hago recostarse, apoyando su cabeza sobre mis piernas. Acaricio su cabello mientras él libera el llanto de dolor que emana de su alma rota.

Su respiración entrecortada, los sollozos que hacen temblar su cuerpo entre mis brazos, todo deja en evidencia la magnitud del dolor que está sintiendo. Permanecemos así un buen rato; yo lo consuelo en silencio mientras mis ojos también se llenan de lágrimas, pero hago un esfuerzo por mantenerme fuerte y darle el apoyo que necesita.

No puedo decir que entiendo exactamente lo que siente ahora; yo misma no soy madre. Pero puedo imaginar lo terrible que debe ser saber que un hijo tuyo pasó por todo lo que Maitê tuvo que enfrentar. No por elección, sino porque le quitaron la oportunidad de darle una vida digna.

Poco a poco su llanto se calma, y Matteo se tranquiliza lo suficiente como para girarse.

Sus ojos azules, como una represa desbordada, se fijan directamente en mí.

— ¿Quieres contarme cómo pasó todo esto? —le pregunto, aún acariciando su cabello y tocando su rostro con ternura.

Matteo me mira por un momento antes de finalmente empezar a liberar todo lo que lo atormenta. Su mirada vuelve a perderse, pero en algún lugar dentro de él, las palabras lo encuentran.

— Nuestras familias tenían negocios en común y les gustaba la idea de que nos casáramos. Yo la encontraba hermosa, y ella parecía interesada en mí.

— Entonces se casaron... —concluyo.

— Nos casamos. Yo estaba loco por ella, pero Sofia era rara, obsesionada con su apariencia, le encantaban los juegos de seducción, y yo sabía cuánto le gustaba llamar la atención, incluso de otros hombres. Al principio, eso no me molestaba; pensaba que solo era por su ego.

— ¿No eran felices?

— Ella me evitaba muchas veces, pero en otras me abrazaba y parecía importarle. Yo trabajaba mucho, ella se quedaba en casa, sola, y yo no tenía ni idea.

— Ay, Matteo...

— Ella quedó embarazada. Estábamos en una mala etapa, nuestro matrimonio iba en picada, pero parecía feliz con la noticia, y yo también lo estuve. Pensé que podía cambiarlo todo.

Ahora parece perdido en los recuerdos, devoro sus palabras, y al escucharlo todo, entiendo mucho más sobre el hombre que conocí aquí.

— Un día volví temprano a casa, quise darle una sorpresa, pero al entrar la escuché hablando por teléfono. Sofia hablaba con un hombre, decía que no se iba a divorciar, aunque el bebé no fuera mío.

— ¡No lo puedo creer!

Él no muestra ninguna reacción ante mi interrupción, simplemente sigue narrándolo todo,

como si sacarlo fuera lo más necesario ahora.

— Salí de casa destrozado, me sentía traicionado, decepcionado, furioso. No le dije nada ese día, ni esa semana; quería descubrir quién era el hombre con el que me estaba engañando.

— ¿Y qué pasó después? —Contengo la respiración, esperando su respuesta.

— Subí las escaleras un día y fui al cuarto a hablar con ella, pero los encontré en la cama. Fue lo más doloroso de mi vida; la traición fue como una puñalada directa al pecho. Esa escena me destruyó de muchas maneras irreversibles.

— Lo siento mucho... ¿Lo conocías?

Él solo asiente con la cabeza, pero no dice quién era. No haría ninguna diferencia porque no lo conocería, así que no insisto en saberlo.

— Después de eso pedí el divorcio y exigí que se fuera de la casa. Le dije que cuando naciera el niño, si era mío, yo me haría cargo. Pero las cosas con Sofia nunca eran fáciles.

— ¿Qué hizo ella?

— Sus padres no la querían en casa, estaban furiosos con ella y con lo que consideraban una mancha en la reputación de su familia tradicional. Apareció unos días después y me dijo que había abortado. Yo estaba destrozado. Entre esos dos eventos ocurrió algo aún peor, y ya solo era un rastro del hombre que fui un día.

— ¿Ella dijo eso? ¿Que había abortado?

— Y estaba riéndose. Dijo que como yo había insistido en divorciarme, no merecía tener un hijo. Sentí asco y le dije que no quería volver a ver su cara nunca más.

— ¿Y no se vieron? ¿Hasta ahora?

Él niega con la cabeza.

— El resto te lo puedes imaginar, me encerré aquí, el divorcio salió y Sofía desapareció del mundo. Pasaron años sin saber nada de ella.

— ¿La viste ayer?

— Sí. Dijo que tuvo a la niña y la entregó en un hogar de niños, aun sabiendo que yo la

habría asumido si fuera mía, aun sabiendo que mis padres la habrían cuidado, o incluso los suyos. Quería castigarnos por haberla sacado de nuestras vidas.

— Pero castigó a Maitê, pobre niña…

— Sofía está muriendo —cuenta, y eso me sorprende—, creo que eso la hizo sentir algún remordimiento por la niña y decidió decir la verdad. Mi madre me llamó llorando, pidiéndome que fuera, y cuando llegué, me tiraron esta bomba encima. Yo estaba tan seguro de que no era mi hija…

— Si ni siquiera sabías de su existencia, ¿cómo puedes ser culpable, Matteo?

— Eso no importa. El punto es que ella es mi hija y fue abandonada en un hogar, tirada de un lado a otro como si fuera una indigente, mientras yo estaba aquí, viviendo como un cobarde todo este tiempo, en el lujo, mientras ella no tenía nada. ¿Lo entiendes? Mientras Maitê pasaba hambre, yo comía lo mejor. Mientras ella dormía en esos lugares horribles, yo descansaba en mi cama grande y cómoda. Dejé que pasara por todo eso sola.

Entiendo todo lo que está diciendo, pero no sé cómo hacerle entender que no tenía otra opción. ¿Qué podría haber hecho diferente si ni siquiera sabía de ella?

— Matteo… Sé que nada de lo que diga te va a consolar ahora, y que nunca olvidarás estos años que perdiste. Pero si hay algún culpable aquí, es Sofía. Tú eres tan víctima como Maitê; te privaron de ella tanto como ella fue privada de tener una familia. — Él no está de acuerdo, pero tampoco lo niega; sigue mirándome y escuchando. — Estoy segura de que esa hermosa niña preferiría tener un padre que la ame a partir de ahora, que no haber tenido nunca uno. No es tu culpa, Matteo. No podías saber que estaba viva.

Él sonríe tristemente.

— Y, aun así, tú estabas segura. ¿Cómo?

Toco su rostro con delicadeza y bajo la mano hacia la parte de su pecho que la camisa no cubre. Con la punta del dedo, rodeo la pequeña cicatriz en su hombro izquierdo.

— Porque, a pesar de todas tus advertencias, creo que me aferré a cada pedacito de ti.

Recuerdo cada parte tuya en la que posé mis ojos. Porque todo lo que hago es pensar en ti y en los momentos que tuvimos juntos.

— ¿Incluso estando enojada conmigo? ¿Incluso después de que fui un imbécil?

— Incluso así. Me dejaste creer que Sofía había muerto, y entendí las cosas de la peor manera posible. Le di un baño y me di cuenta de que Maitê tiene la misma marca de nacimiento que tú, en el mismo lugar.

Él no dice nada sobre eso, creo que todavía está asimilando la nueva información. Después de un tiempo, vuelve a hablar.

— Solo no quería hablar de esto. Aún hay cosas que no puedo contarte. Me siento avergonzado y, al final, ya no sabía cómo decirlo. Perdóname por haber sido un imbécil.

Y entonces nos quedamos aquí, sentados en el suelo, hablando sobre el pasado, el presente y el futuro, sobre Matteo, Maitê y lo que pueden ser a partir de ahora.

Las cargas que el destino nos impone a veces son demasiado pesadas para que un alma frágil las soporte, pero cuando tenemos con quién compartirlas, se reducen de tal manera que se vuelven sostenibles.


18



Anabela y yo seguimos sentados en el suelo, apoyados contra el sofá, hablando sobre nuestras vidas. La llovizna fina que empezó a caer afuera se intensificó rápidamente, y ahora observamos la lluvia a través de las ventanas de vidrio de la oficina. Anabela sostiene mi mano entre las suyas y acaricia mi brazo con movimientos circulares. Su simple toque hace que me sienta mucho más liviano. Después de haberle contado la verdad, es como si me hubiera liberado de una carga inmensa.

Las luces están apagadas, ni siquiera la chimenea está encendida, y las nubes grises afuera hacen que la oficina se vea más oscura. Podría estar derrumbándome aquí y ahora, pero todo lo que siento en este momento es consuelo y un deseo arrollador de besar a Anabela. Al parecer, ella tiene ese poder sobre mí; es como una flor que creció en medio del desierto, trayendo vida y esperanza donde no había nada.

Toco su rostro con suavidad y la acerco más. Mi nariz roza su piel, y respiro su delicioso aroma. Es como una heroína que vino a salvarme de mí mismo.

Cuando finalmente nuestros labios se encuentran, un trueno retumba en el cielo, justo en el momento en que escuchamos golpes constantes en la puerta.

Anabela se aparta inmediatamente, en silencio, y se pone de pie.

—Espera aquí un minuto —digo, pensando que sería mejor que no nos vieran así, a solas y, sobre todo, en la oscuridad.

Abro la puerta de la oficina, y la expresión preocupada en el rostro de Helder me pone en alerta. A estas alturas ya debería haber aprendido que, no importa cuán mala sea una situación, siempre puede empeorar.

—Señor, tenemos un problema —dice. Sus manos tiemblan un poco, y sus ojos parecen aterrorizados.

Anabela aparece a mi lado y apoya su mano en mi hombro. Probablemente no le importa que nos vean juntos.

—¿Qué ocurrió? —pregunta ella, porque yo ya estoy imaginando el peor escenario posible.

—La niña Maitê… No la encontramos por ningún lado —responde, desviando la mirada de la mía.

Siento como si mi corazón dejara de latir por unos segundos y necesito apoyarme en el marco de la puerta porque mis piernas fallan. Esto tiene que ser un malentendido.

—¿Qué? —pregunta Anabela. —La dejé con Elis. —Pasa junto a mí, saliendo de la oficina hacia el pasillo.

—Sí, señorita, pero algo pasó. Ya hemos buscado por toda la casa y no está aquí.

No, esto no tiene sentido. Es una niña, tiene que estar aquí en algún lugar. Quizás está escondiéndose…

Camino rápidamente por el pasillo, Anabela me sigue de cerca junto con Helder. Cuando llegamos al vestíbulo de la casa, encontramos al resto del personal reunido. Dos de ellos ni siquiera los había conocido antes, una mujer rubia y un hombre alto.

—¿Buscaron en el sótano? —pregunto de inmediato, sin tiempo para formalidades. —¿En el gimnasio? ¿En la piscina? ¡Dios santo, la piscina!

Una imagen perturbadora cruza por mi mente, y sé que no sobreviviré a otra tragedia.

—No está en la piscina, presidente, fue lo primero que revisamos —explica Helder, intentando calmarme.

—¿Entonces dónde? ¿Dónde está? —Mi corazón late acelerado en el pecho mientras las palabras simplemente salen de mi boca. —¡No puedo creer esto!

Acabo de descubrir que soy su padre. No he hecho más que ignorar a la niña todo este

tiempo. ¿Cómo voy a lidiar con el hecho de perder a mi hija justo ahora que la he encontrado?

—Elis, ¿dónde la viste por última vez? —pregunta Anabela.

La mujer señala hacia la sala de televisión, y noto que sus manos están temblando.

—Estaba viendo un dibujo animado. Fui a la cocina a buscar un vaso de agua y, cuando volví, ya no estaba allí. —Entonces empieza a llorar. —Lo siento mucho, fueron solo unos minutos.

Pienso en gritar, en culparlos a todos por su desaparición, pero yo mismo soy el mayor culpable por haber dejado a Maitê sola una vez más. Además, no tenemos tiempo que perder. Ya anocheció, y cada minuto cuenta.

—Buscaré en los chalés. Timoteo, revisa el ático, y ustedes vuelvan a buscar por toda la casa —digo antes de salir corriendo por la puerta principal.

La lluvia incesante me empapa en cuestión de segundos mientras corro sobre el pasto mojado, descendiendo hacia la primera cabaña. Es difícil ver cualquier cosa desde aquí arriba con este clima, y la desesperación empieza a apoderarse de mí.

—¡Maitê! —grito, escuchando mi propia voz resonar entre las montañas.

¡Dios, protege a mi niña!





¿Cómo pudo pasar esto? Justo aquí, delante de nuestras narices. Elis está inconsolable, y Suzi intenta calmarla mientras los demás buscan por la casa.

—Tranquila, Elis, aparecerá —dice Suzi con voz suave.

—Me van a despedir —solloza—, el señor Presidente no me va a perdonar.

—No te van a despedir. Seguro está jugando en algún lado, los niños hacen eso todo el tiempo.

Elis sacude la cabeza, y su gesto me hace pensar que sabe más de lo que está diciendo. Es cierto que Maitê estaba bajo su cuidado, pero esta culpa exagerada oculta algo más.

—Elis, ¿qué pasó? —pregunto, acercándome a ella—. Tienes que contarlo todo, cualquier detalle que consideres importante. Podría estar en peligro ahora mismo…

Ella respira hondo, cierra los ojos, y sus manos tiemblan tanto que temo que se desmaye.

—Perdóname, Anabela. Nunca imaginé que algo así pudiera pasar.

—¿Qué ocurrió?

—Fui a buscar agua a la cocina, pero llegó Mariana y empezó a contarme sobre una conversación que escuchó entre tú y el señor Helder en la sala de música. Lo siento mucho.

—¿Qué conversación? ¿Por qué estaba espiando? —pregunto. ¡Pero qué descarada esa Mariana! Apenas llegó y ya anda haciendo chismes.

—Dijo que los escuchó hablar sobre que el Presidente es el padre de la niña. Y quizás Maitê escuchó también, no lo sé… Porque cuando volví, ella ya no estaba.

—¡Mierda, Elis! Entonces no está en la casa.

—No sé si lo escuchó, es solo una hipótesis…

Sin prestarle atención, salgo por la puerta trasera.

—Cuando Matteo regrese, cuéntale lo que pasó.

Corro fuera de la casa. La lluvia cae a cántaros sin tregua, y el frío cortante hace que la piel me duela. Llevo puesto el vestido del uniforme y un suéter de lana que no es ni de lejos suficiente para el frío que hace aquí fuera. Pienso en Maitê e intento recordar la ropa que le puse. Era cálida para la casa, pero aquí afuera no lleva suficiente abrigo.

Bajo en dirección al lago donde hicimos el picnic, abrazando mi propio cuerpo,

intentando protegerme del viento helado.

—¡Maitê! —la llamo.

Ya es de noche y está oscuro, lo que hace que caminar sea mucho más difícil y lento. Después de un buen rato caminando sin rumbo, ya no sé dónde estoy ni cómo regresar. No veo las luces de la casa y creo que podría estar perdida.

La lluvia empieza a perder fuerza, pero todavía hace mucho frío, y mi cuerpo no para de temblar bajo la ropa empapada, en espasmos incontrolables.

Camino despacio hasta el tronco de un árbol y decido recuperar el aliento para intentar encontrar el camino de regreso. Ahora que la lluvia se ha detenido, puedo escuchar los sonidos de los animales que viven en el bosque, y eso me da algo de miedo. Corro un poco en la dirección contraria, buscando alguna señal de la casa. Maldición, al menos debí haber traído mi celular.

Solo me doy cuenta de que caí en un agujero cuando un dolor punzante golpea mi pie, pero no puedo ver si estoy herida. Tal vez Matteo ya encontró a Maitê y ahora están buscándome. Calculando que todavía había algo de luz solar cuando salí y ahora la noche está completamente oscura, creo que llevo más de una hora caminando. Si sigo el camino contrario, probablemente volveré a ver las luces en algún momento.

Soplo mis manos, intentando calentarlas, y me impulso para salir del agujero. Me doy cuenta de que mi mente está creando figuras y escuchando sonidos que no existen. A unos diez metros de donde estoy, veo una sombra tendida junto a una roca grande. Contengo la respiración al darme cuenta de que se trata de un animal durmiendo.

Miro fijamente la figura por un momento y oigo gemidos bajitos. Entrecierro los ojos, intentando ver mejor, y mi corazón late con fuerza en el pecho. ¡Es Maitê! Estoy segura de que es ella.

—¡Maitê! —Corro hacia el otro lado, rezando para que esto no sea solo un delirio de mi mente cansada, o estaré yendo directo hacia algún animal. Pero cuando me acerco, estoy segura.

Maitê está tendida en el suelo, temblando. Su cara está completamente cubierta de barro, y su ropa tan empapada como la mía. Toco su rostro pálido y siento su piel, que está helada.

—¡Maitê, despierta! —Sostengo su cuerpo delgado y la acerco a mí, la abrazo con fuerza, intentando calentarla, pero su cabeza cae hacia un lado.

Está desmayada, y por desgracia no tengo suficiente calor para transmitirle.

—Todo estará bien, tu papá ya viene.

Reúno fuerzas para llamarlo. Su nombre sale con dificultad de mi boca, como si el grito se atascara en mi garganta.

—¡Matteo! —grito, tan alto como puedo.

—Tranquila, cariño, necesitamos subir. Necesitas un médico, pero pronto estaremos en casa, tomando chocolate caliente y acostadas en una cama bien calentita.

Me pongo de pie con esfuerzo y cargo a Maitê sobre mis hombros. Sin embargo, ahora parece el doble de pesada, y mis piernas, entumecidas por el frío, no me responden. Intento concentrarme en caminar, un paso a la vez, porque es necesario. Subo lentamente, sintiendo el dolor punzante en mi pie y rogando con todas mis fuerzas para que nos encuentren pronto.



Matteo

Los chalés están vacíos, no hay rastro de ella en ninguno. Bajo hasta la entrada de la propiedad y reviso también la garita, pero no hay señales de que Maitê haya pasado por aquí.

Subo de nuevo a la casa. Tal vez Helder y Anabela la hayan encontrado en algún rincón,

jugando. Los niños hacen esas cosas. Pienso en ir hasta el estanque, pero espero que no sea necesario; ni siquiera quiero imaginar que haya ido hasta allí.

Sin embargo, cuando paso por la puerta trasera, Elis, Helder y la otra, cuyo nombre siempre olvido, están reunidos cerca de la mesa, de una forma bastante sospechosa, como si estuvieran planeando algo.

—¿Qué pasó? ¿La encontraron? —pregunto, sin rodeos.

Elis respira hondo; esa mujer siempre me ha tenido miedo y creo que nunca hemos intercambiado más que algunas palabras, pero ahora es diferente. Está roja y aprieta una mano contra la otra, pareciendo desesperada.

—No la encontramos, pero necesito decirle algo, Presidente —dice, como si fuera lo más difícil que hubiera hecho en su vida.

Mierda. Sabía que algo estaba mal en esta historia, lo estaba presintiendo.

—Entonces dilo ya, ve al grano —respondo.

Ella asiente, con más determinación.

—Cuando fui a la cocina por un vaso de agua para la niña, Mariana me encontró y dijo que escuchó una conversación entre el señor Helder y la señorita Anabela.

—¿Qué? ¿Quién es esa Mariana?

—Mariana es una de las nuevas empleadas, señor —interviene Helder, y por su cara roja, parece que también se siente avergonzado.

—Lo siento mucho, señor, terminé escuchándola... —dice, mirando al suelo.

—No. Quieres decir que terminaste participando en el chisme, ¿no? —pregunto, furioso, aunque no entiendo qué tiene que ver esto con la desaparición de Maitê. —Sabía que fue un error traer más gente a esta casa.

—Lo siento, pero Mariana dijo que la niña es su hija, Presidente, y creo que pudo haber oído eso. Cuando regresé, ya no estaba.

—¿Qué? —Cierro los puños, y la mujer se encoge, como si fuera a hacerle algo. —¡Se

pasaron de la raya esta vez! Ella merecía saberlo por mí, no de esta manera. Ahora está allá afuera, en algún lugar, bajo esta lluvia.

Helder mira al suelo, sabe que también cometió un error.

—Lo siento, Presidente. Anabela vino a preguntarme sobre hablar o no con usted al respecto, y creo que fue esa conversación lo que Mariana escuchó.

—Helder, hablamos después. Saldré a buscarla, y cuando regrese, arreglaré todo esto. Y usted —señalo a Elis—, reflexione sobre lo que ocurrió y rece a Dios para que mi hija esté a salvo.

—Pedro y la señorita Helena están buscando a la niña —dice Helder. —Timoteo fue con ellos.

—¿Y dónde está Anabela? Desde que regresé no la he visto.

—También salió a buscarla, pero fue sola.

Sacudo la cabeza, desesperado, la situación empeora a cada momento.

—Llame a un médico de inmediato, no pueden estar bien después de tanto tiempo afuera.

Agarro una capa de lluvia, un abrigo y una linterna antes de salir. Ya perdí a mi hija una vez y no puedo perderla otra vez, no ahora.

Caminando hacia el estanque, termino encontrando a los demás en el camino. La lluvia sigue cayendo mientras buscamos, cada vez más adentro del bosque y lejos de la casa.

Timoteo, Pedro, Helena y yo llevamos más de dos horas buscando a Maitê y a Anabela en los alrededores. El frío se intensifica con el paso del tiempo y la sensación de impotencia me está volviendo loco.

—¡Maitê! —vuelvo a llamar. —¡Anabela!

Pedro va al frente ahora y salta sobre un arroyo que atraviesa el bosque.

—¿Oyeron eso? —pregunta él, atento.

—No. ¿Qué fue?

Nos quedamos quietos y en silencio, y entonces la escucho a lo lejos. Es la voz de

Anabela, llamándome.

—¡Anabela! —grito de nuevo, ahora más fuerte.

Ella vuelve a llamarme, respondiendo.

Corro hacia su voz, a nuestra derecha, y los demás me siguen de cerca.

—¡Anabela!

—¡Matteo! —Su voz se oye cada vez más fuerte, sigue gritando, guiándome el camino.

—¡Allí! —Timoteo señala en su dirección y entonces la veo, no solo a Anabela, sino también a Maitê, en su espalda.

Corro hacia ellas, sintiendo la adrenalina recorriendo mis venas. Anabela está pálida y camina con dificultad. Debe estar congelándose aquí con ese maldito vestido.

Ella me entrega el cuerpo helado de mi hija tan pronto como estoy lo suficientemente cerca, y noto que está inconsciente. Mi corazón se desacelera y me cuesta más respirar. Encontrar a la niña así, sin su habitual parloteo y esa alegría irritante, me desmorona. Soy un completo fracaso como padre, apenas me convertí en uno y ya logré arruinarlo todo.

—Está... muy fría —dice Anabela con dificultad.

Timoteo cubre los hombros de Anabela con su propio abrigo, y ella se encoje dentro de él, temblando de frío. Toco el rostro de Maitê y la envuelvo en mis brazos, cubriéndola también con el abrigo que traje.

—¿Estás bien? —le pregunto, viendo lo mucho que está temblando; sus labios están morados.

—Sí, solo tengo mucho frío.

—Ustedes, cuídenla y llévenla a casa —digo, mirando al trío que observa todo en silencio —. Voy a correr con Maitê.

—Estamos justo detrás de usted, Presidente. —Timoteo envuelve los hombros de Anabela en un abrazo. Me siento destrozado por no poder dividirme y consolarla también, pero Maitê está inconsciente y me necesita ahora.

Anabela asiente, animándome, y entonces empiezo a correr de vuelta como si mi vida dependiera de ello, porque, en cierto modo, depende; si algo le pasa a esta niña, no me quedará nada.

Estoy cansado de perder, de arrepentirme siempre demasiado tarde, de ser arrastrado a un destino cruel que me quita todo lo bueno.

—Resiste, Maitê, sé fuerte, y te prometo llenar toda esa casa de gallinas o lo que más quieras.

No sé en qué momento empiezo a llorar, pero no permito que eso reduzca mi ritmo. Los músculos de mis piernas empiezan a doler, pero no me detengo. Podrían explotar y aun así seguiría corriendo.

Después de un tiempo, no sé exactamente cuánto, veo las luces de la casa. Enfoco mi vista en ellas y corro más rápido hacia allí.

Estamos casi en casa. Lo lograremos.

Cuando llegamos, el médico ya está esperándonos. Helder lo llamó, como instruí. El Dr. Hugo actúa rápido. Coloco a la pequeña sobre la cama en la habitación que ha estado ocupando, y él verifica su temperatura: tiene hipotermia grave, con una temperatura corporal inferior a los treinta y dos grados.

Después de un rato y tras un examen minucioso del médico, Elis, ahora más tranquila después de lo que pasó, toma la iniciativa. Le quita la ropa mojada a Maitê y la abraza, como indicó el médico, ya que mi temperatura también está baja. Siempre estaré agradecido por eso. Su preocupación por Maitê y la manera en que está manejando los cuidados necesarios logran calmar mi enojo, sobre todo porque ella solo escuchó la conversación; la responsable del chisme fue la otra.

La otra empleada, Suzi, trae mantas e incluso un secador de cabello, y poco a poco el color y el calor de Maitê comienzan a regresar. Podría quedarme observándola así para siempre, mientras sus mejillas vuelven a teñirse de rosa y su boca pierde el tono morado aterrador.

Anabela llega un poco después, con Timoteo, Helena y Pedro. Yo ya no podía esperar. No me importa lo que puedan pensar de nosotros, simplemente la atraigo hacia mí y la envuelvo en un abrazo. Su pequeño cuerpo frío tiembla bajo mis brazos, y nuestros corazones parecen latir al mismo ritmo. Quiero besar sus labios y decirle cuánto me preocupé por ella también, pero me contengo.

Elis le lleva té a Anabela, y Suzi llena la bañera con agua caliente. Después de eso, la acompañan a darse un baño.

Helder acompaña al médico al piso inferior para pagarle por sus servicios. Ahora que todos han dejado la habitación y la pesadilla ha terminado, pienso por un momento en lo que podría haber pasado si Anabela no la hubiera encontrado. Nosotros estábamos buscando en otra dirección, y ella ya estaba inconsciente, por lo que no habría podido escucharnos. Si no fuera por Anabela, mi hija estaría muerta.

Ella entra un poco después y cierra la puerta detrás de sí. Lleva ropa limpia y abrigada. Trae dos tazas de chocolate caliente en las manos y me entrega una. Después, se recuesta en la cama, junto a Maitê.

—Te lo dije, ¿no? —dice, acariciando los cabellos rubios de ella. —Te dije que pronto estaríamos aquí, acostadas en una cama calentita, bebiendo chocolate caliente.

—¿Por qué no despierta? —pregunto, todavía nervioso con esta situación.

—Creo que es normal, su cuerpo gastó mucha energía intentando mantener el equilibrio de la temperatura, y ahora está cansada.

Apoyo mis antebrazos sobre las rodillas y mis ojos se encuentran con los de Anabela por unos segundos. Ni siquiera sé cómo agradecerle por todo lo que hace y es.

Pero tengo que intentarlo.

—Gracias por cuidarla —digo. —Si no fuera por ti...

—No tienes que agradecerme, solo tuve suerte.

—Tienes mucho más que eso, tienes amor y bondad. Me sorprende que alguien como tú

quiera a alguien como yo —concluyo, meneando la cabeza mientras reflexiono sobre ello.

Ella arquea las cejas, mientras esconde parte del rostro detrás de la taza de chocolate caliente.

—¿Quién dijo que me gustas?

Empiezo a sonreír, y Anabela hace lo mismo. Después de un día como este, me siento muy afortunado de estar donde estoy y de tener una nueva oportunidad.


19



Sigo observándola, analizo su rostro buscando señales de que realmente esté bien, pero de repente algo me llama la atención.

—¿Qué pasó con tu pie?

Anabela parece confundida y luego mira hacia abajo, pero yo ya me estoy levantando para ver mejor.

—Eh… no lo sé. Me caí en un hoyo y creo que lo torcí. Sentí dolor, pero en cuanto vi a Maitê me olvidé de eso.

—Creo que te lo fracturaste. —Observo la hinchazón y lo morado que está; no tiene buena pinta. —Voy a pedirle al médico que te revise también.

—No hace falta, Matteo. Estoy segura de que no es nada, y él ya debe haberse ido.

—Deja de ser terca —respondo, abriendo la puerta del cuarto.

Por suerte, Helder y el médico todavía están conversando, así que los interrumpo para que él suba conmigo y examine el pie de Anabela.

Se acerca a la cama y primero observa el hematoma con la mirada; luego toma el pie de Anabela y veo cómo se retuerce con una mueca de dolor.

—No, no está fracturado —concluye, pero niega con la cabeza—. Aun así, es un esguince bastante feo. No podrás apoyar el pie en el suelo por unos días; lo ideal sería mantenerlo elevado hasta que baje la hinchazón.

Anabela ahora lo mira como si al pobre hombre le hubieran salido cuernos.

—No puedo estar con las piernas en alto, doctor —responde—. Yo me encargo de esta casa enorme, ¿quién hará mi trabajo?

El médico me mira, esperando mi respuesta.

—Eso lo decido yo, Anabela. Tú trabajas para mí, y ahora estás de descanso. Te quedas con el pie en alto. Gracias, doctor.

—De nada. Dejaré una receta de analgésicos para el dolor —finaliza, saliendo del cuarto.

Anabela me mira, molesta, pero no insiste. Observo a las dos, acostadas en la cama, y de repente tengo una idea. Ya es jueves; el sábado todos tendrían el día libre, así que puedo adelantarlo y encargarme personalmente de todo. Así estaremos más cómodos y también tendré tiempo para hablar con Maitê sin ojos curiosos alrededor.

—Quédate aquí con ella. Voy a resolver unas cosas.

Bajo las escaleras y llamo a Helder a la oficina, después de despedir al médico. No tarda en llegar, y su semblante todavía parece preocupado.

—¿Me llamó, Presidente?

—Helder, necesito tiempo —digo, yendo directo al grano.

—No entiendo, señor...

Me recuesto en el sillón y cruzo las manos bajo el mentón, pensando en lo que estoy a punto de hacer.

—Necesito tiempo y espacio para arreglar las cosas con Maitê, explicarle nuestra situación y… acercarme a ella.

—Entiendo.

—Quiero hacerlo lejos de las miradas curiosas, y como mañana ya es viernes, pensé en darles el día libre a todos un día antes —digo, explicando mi plan—. No sé si los demás visitarán a sus familias o se quedarán en la propiedad; eso lo dejo a criterio de cada uno. Solo prefiero que no vengan a esta casa hasta el lunes.

—Pero señor, ¿y la comida? —pregunta, sorprendido—. El médico dijo que la señorita Gonzales no podrá caminar por el momento, pero tal vez alguna de las demás pueda quedarse y...

—¡Dios me libre! —exclamo, recordando el horror que era cuando ellas cocinaban. —Yo

mismo cocinaré, Helder, y si es necesario, puedo pedir algo de la ciudad.

—Entonces, ¿le doy el día libre a todos? ¿Elis, Suzi, Timóteo? ¿Y los nuevos empleados?

—Sí. Elis, Suzi, Timóteo, ese otro que empezó hace poco…

—Pedro.

—Eso, Pedro. Y también Helena.

—¿Y qué hay de la señorita Mariana? —pregunta, consciente de que su situación es distinta a la de los demás.

—Ella puede tomarse un descanso eterno —respondo sin dudar—. Echa a esa mujer hoy mismo; que se vaya a su casa o al infierno, como prefiera. No quiero volver a ver la cara de esa bocazas.

Él asiente, encogiéndose un poco ante mi tono irritado.

— Sí, señor. ¿Y en cuanto a la señorita Anabela? ¿Quiere que Timoteo la lleve a casa de sus padres?

— No. Anabela se queda aquí, conmigo. Voy a cuidar de las dos.

Helder intenta controlarse, pero no se le escapa la sonrisa que trata de esconder. Este viejo…

— Iré a visitar a mi hermana —dice, sorprendiéndome.

— ¿Qué hermana? —Frunzo el ceño; Helder rara vez sale de casa en sus días libres.

— La que vive en la ciudad, ya sabe, jugamos cartas de vez en cuando.

Y yo, creyendo que simplemente desaparecía sin rumbo a veces.

— Pensé que tu hermana había fallecido.

Pero Helder niega con la cabeza.

— Una falleció, pero Helda sigue viva.

— ¿Tu hermana se llama Helda? ¿Y tú Helder? —pregunto, notando lo parecidos que son los nombres.

Él se ríe ahora, disfrutando de mi sorpresa.

— Mamá no era muy creativa; la que murió se llamaba Heldina.

— Qué cosa…

— ¿Está bien entonces si paso el fin de semana con ella?

— Claro. Puedes volver también el lunes.

Cuando salimos de la oficina, paso por la cocina y aprovecho para revisar la despensa. Estamos bien abastecidos; Anabela se encargó de las compras, y no voy a necesitar nada para el fin de semana.

Observo a los empleados salir de la casa, incluido Helder, que lleva una mochila con sus cosas. Se reúnen en la entrada, esperando a que Timoteo los lleve a la ciudad. Ni siquiera las dos que comparten el chalet decidieron quedarse, teniendo la opción de tres días libres.

Me siento menos tenso cuando el coche sale de la entrada de la casa. Estos días solos serán buenos para que pueda ordenar mi cabeza y resolver mi vida con Maitê.

Subo las escaleras y giro por el pasillo hacia el cuarto de huéspedes. Ahora que Maitê se quedará, necesito amueblar un cuarto para ella. Quizás la idea que sugirió Anabela, de reabrir el ala cerrada de la casa, sea buena. Podría trasladar los cuartos de huéspedes allí y preparar una suite para Maitê más cerca de la mía.

Cuando llego junto a la puerta, escucho las voces de las dos conversando. Me alivia saber que Maitê despertó, pero el alivio dura poco porque su voz, llorosa y sentida, me congela. Me detengo afuera, escuchando la conversación.

— No llores, cariño. ¿Por qué saliste a la lluvia así?

— Yo no quería volver aquí, pero ahora tú me trajiste —dice entre sollozos.

— ¿Por qué no querías quedarte aquí? —pregunta Anabela, con voz suave mientras habla con la pequeña.

— Yo escuché a esa señora hablar. Ella dijo que Matteo es mi papá y que no me quiso. ¿No me quiere porque soy fea? ¿O porque hablo mucho?

La pregunta inocente me hace sentir como si me abrieran un agujero en el pecho. Cuánto

dolor pasó sola, Dios...

— Yo podría portarme bien.

Mierda, si no hubiera despedido a esa tal Mariana, a esta hora estaría preso por asesinato.

— No digas tonterías, amor. Claro que tu papá te quiere —responde Anabela, y por su voz quebrada sé que también está al borde de llorar.

— No, no me quiere —insiste Maitê—. Mi mamá tampoco me quiso. Matteo piensa que no me callo, pero yo podría quedarme quieta. Si mi papá me quisiera, no diría ni una palabra.

Es horrible escuchar la desesperación en la voz de la pequeña, darme cuenta de que haría cualquier cosa por el amor de un monstruo como yo. Me cubro la cara con las manos y seco las lágrimas que insisten en caer.

Intento recomponerme y, después de unos instantes, creo que lo consigo. Entro al cuarto y observo a las dos acostadas, una al lado de la otra. Anabela acaricia el cabello claro de Maitê, cuidándola de la misma forma en que me cuidó a mí antes.

— Ya despertaste, Maitê… —comento, como si no hubiera escuchado su conversación.

Ella solo se aferra a Anabela por la ropa y hunde el rostro en su vestido, evitándome.

— ¿Será que puedo sentarme cerca de ti? Quisiera hablar contigo.

Mis habilidades para hablar con niños son impresionantes; es como si estuviera hablando con Helder. Pero, por suerte, ella asiente con la cabeza, aunque no me mire. Me siento a su lado, y Anabela hace ademán de levantarse.

— Creo que será mejor que los deje solos…

— ¿Vas a salir saltando como el Saci? —pregunto en tono juguetón y señalo su pie—. Quédate ahí quieta.

Hace una mueca, pero vuelve a acomodarse entre las almohadas.

— Maitê, siento mucho que hayas escuchado las cosas malvadas que esa mujer dijo. Fue muy feo lo que hizo. —Ella permanece en silencio. —Quiero hablar contigo sobre lo que descubriste.

Los ojitos finalmente se giran hacia mí.

— ¿Que tú eres mi papá?

— Sí, que yo soy tu papá.

Los pensamientos de culpa regresan a mi mente, pero hago todo lo posible por seguir el consejo de Anabela y centrarme en el futuro, en todo lo que aún podemos vivir de aquí en adelante.

— Yo tampoco lo sabía —confieso—. Tu abuela sospechaba que eras mi hija y por eso hicimos ese análisis de sangre, ¿recuerdas? Antes de venir aquí.

Ella asiente con la cabeza.

— Pero no te dije nada antes porque quería estar seguro.

— Mi abuela Clarissa es muy lista, ¿verdad?

Eso me hace sonreír y simplemente asiento. En apenas dos días, mi madre y Maitê se han convertido en abuela y nieta. Tal vez no sea tan difícil para nosotros dos.

— ¿Y cuándo descubriste que yo era tu niña?

Sonrío de nuevo. Su niña...

— El resultado llegó ayer, pero Anabela también vio que tenemos la misma marquita — le explico, bajando un poco la camisa para mostrarle mi hombro.

— ¡Es verdad! ¡Son iguales! ¡Qué bonito! —exclama, emocionada.

Ya no parece triste, y creo que entendió que no quise abandonarla, que por más terrible que sea, no fue intencional.

— Mi... hija —pruebo la nueva palabra en mi boca—, si yo hubiera sabido de ti, nada de esto habría pasado. ¿Puedes perdonarme por haber estado tan sola? ¿Por no haber tenido una familia hasta ahora?

— Yo no estuve sola —responde Maitê, negando con la cabeza—. Tenía muchas amiguitas en el hogar y a las monjitas y a las monjonas.

Mis ojos recorren su rostro y pienso en cómo una niña tan joven puede ser tan fuerte.

Maitê fue abandonada, no tuvo a nadie que la amara y aun así no mira su pasado con tristeza.

— Pero... si tú eres mi papá, ¿quién es mi mamá? —pregunta, obligándome a pensar en Sofía y en todo lo que hizo. — Ella no me quiso, ¿verdad?

Observo sus ojos brillantes, tan inocentes y puros. No puedo destruir la inocencia que aún tiene, no con esto. Algún día, Maitê tendrá la edad suficiente para entender lo que pasó. Hoy no.

— Ella murió, querida —digo, anticipando lo inevitable.

Llego a pensar que es una información demasiado dura, pero Maitê simplemente asiente con la cabeza, comprendiéndolo.

— Pobrecita... — Se acerca un poco a mí, y veo cómo Anabela disimula una sonrisa. — ¿Ahora voy a vivir aquí, entonces?

— Sí, mi niña —respondo, usando el término que ella usó antes—. Vas a vivir conmigo, nos cuidaremos mutuamente, nos divertiremos juntos. Te prepararé una habitación...

— ¿Y me dejarás tener una gallina?

Santo Dios... Lo prometí, ¿no? Que si se despertaba, tendría todas las gallinas que quisiera. No soy de los que rompen promesas, aunque ella no lo haya escuchado.

— Puedo aceptar lo de la gallina, pero tendrás que cuidarla tú —digo, poniendo a prueba cuánto lo quiere.

— ¡Yo la cuido! ¡Mucho, muchísimo! Le haré una casita y le daré mucha comida.

— Y mantenla lejos de Anabela, sobre todo si hay papas cerca. O terminará como Fifi.

Anabela ahora se está riendo, sin poder contenerse.

— ¡Malo! Yo nunca haría eso —responde, mirándome divertida.

— ¿Y qué haces todas las semanas? Pollo empanizado, gallina al mole, pollo al horno con papas...

— Es diferente. Esos vienen del mercado, no son mascotas.

— Claro... Mantente alerta, Maitê.

La pequeña niega con un gesto.

— Ella no va a agarrar a mi gallina, solo tienes que darle una también.

— ¿Ves? Solucionado —Anabela coincide.

— Por supuesto —murmuro, aún divertido.

— Matteo, ¿puedes llamar a una de las chicas para que me ayude a bajar? Necesito acostarme, estoy muy cansada. Les pido que te ayuden con Maitê —dice, y su rostro realmente muestra su agotamiento.

— ¿Qué chicas?

Me hago el desentendido; no sabe que estamos solos.

— ¡Ya te dije sus nombres! No los memorizas porque te la pasas haciendo bromas, no puede ser.

— Ya los memoricé, Anabela. Hoy las llamé a todas por su nombre cuando le pedí a Helder que les diera el día libre a todos.

— ¿Qué? —No sé si está más sorprendida por el día libre o por el hecho de que memoricé los nombres.

— Sí, tú, Maitê y yo. Solo estaremos los tres en la propiedad hasta el lunes.

— Pero... ¿incluso Helder? —Mira a su alrededor, como si el viejo mayordomo fuera a aparecer de repente.

— Helder fue a ver a Heldinha o algo así... Su hermana.

— Era Heldina, pero murió —corrige Anabela—. Helda es la que vive en Campos do Jordão.

— Sí, la que juega a las cartas —digo, recordando lo que él mencionó.

Anabela mueve la cabeza de lado a lado.

— Te doy un pase porque al menos lo estás intentando. ¿Entonces yo también estoy de descanso?

— Claro. Pero tu descanso será con el pie en alto, siendo bien cuidada por mí y disfrutando de la maravillosa compañía de Maitê. Dime qué necesitas del chalet que voy a

buscarlo, las voy a instalar a las dos y prepararé la cena.

— ¿Tú? ¿Tú vas a preparar la cena? —pregunta, sonriendo y pareciendo no creerlo.

— ¿Crees que solo sé hacer waffles? Yo sé cocinar muy bien.

— Mmm… si tú lo dices. Pero, ¿dónde vamos a dormir?

— No me gusta dormir sola —dice Maitê, cruzando los brazos.

— ¿Qué tal si las dos duermen en mi cama? Yo puedo dormir aquí.

— ¿Para qué eso? Maitê y yo dormimos aquí antes, ya lo hicimos y tú puedes seguir en tu cama cómoda.

— Pero la mía es más grande y más suave, ustedes están recuperándose. Necesitan lo mejor.

Con eso decidido, dejo a las dos charlando y me dirijo a mi habitación. La ropa de cama está limpia, porque la cambiaron hoy. Tomo varias mantas del armario, con la intención de mantener a Maitê lo más abrigada posible, y también enciendo el calentador.

Organizo las muchas almohadas sobre la cama king size y dejo todo lo más cómodo posible. Regresando al cuarto, primero levanto a Maitê en brazos, quien se ríe y se emociona con el “transporte”. La coloco acostada en el centro de la cama y vuelvo para buscar a Anabela.

Ella ya está de pie cuando entro, apoyando solo uno de sus pies en el suelo y probablemente planeando cómo llegar hasta la habitación. Sin aviso, la levanto en brazos y suelta un pequeño grito de susto.

— ¡Matteo!

— Hoy eres mi paciente.

— ¿Y crees que los doctores cargan a sus pacientes así? —pregunta, sujetándose de mi cuello.

— Ellos tienen camillas, yo no tengo. Necesito usar lo que está a mi disposición.

— ¿En serio? —pregunta, sonriendo.

— Sí, y voy a necesitar abrazarte bien fuerte, pero es solo por precaución para que no te

caigas —digo, acercando su cuerpo más al mío, en un abrazo que no planeé. — Perdóname. Sé que ya lo dije, pero perdóname por las mentiras y omisiones, y gracias por todo lo que estás haciendo por mí y ahora por Maitê. Tú eres…

— ¿Qué? —pregunta, acariciando mi rostro con su mano delicada.

— Eres como un pegamento.

Anabela hace una mueca graciosa, y me doy cuenta de que no me expresé bien. No hay manera de que eso suene bonito, así que solo me encojo de hombros.

— Pegaste mis pedacitos, los fragmentos, y los uniste, uno a uno. Todavía soy un hombre jodido, pero estoy de pie y entero.

— Matteo…

Me inclino un poco y beso sus labios rápidamente.

— ¿No vienen? —El grito de Maitê me hace apurarme, y corro hacia la habitación con Anabela en brazos.

Entro al cuarto, y Maitê comienza a reír al vernos así.

— Él te cargó como a una niña también, somos dos niñitas…

— ¿Ves? —pregunta Anabela, mientras la coloco acostada al lado de Maitê—. Tu papá es muy fuerte y cree que no puedo caminar.

— Pero no puedes, te lastimaste el pie cargándome, ahora tienes que quedarte quietecita para mejorar.

La respuesta de la pequeña me hace sonreír.

— ¿Ves, Anabela? Maitê sabe de lo que habla, entiende mejor que tú. Ahora quédense las dos aquí viendo alguna película —digo, caminando hacia el panel que oculta la televisión. Pulso el botón, y la protección de madera baja, revelando la pantalla grande. — ¿Qué quieren ver?

Cuando no responden, me giro para mirarlas y me encuentro con ambas boquiabiertas, mirando la pared.

— ¿Qué pasó? ¿No sabían que había una televisión ahí?

— ¡Nunca en mi vida había visto una televisión que saliera de la pared!

— Yo tampoco —coincide Anabela—, eres una caja de sorpresas.

Sonriendo por sus expresiones, le entrego el control remoto a Anabela y dejo la habitación. Bajo las escaleras al primer piso y camino hacia la cocina.

Miro la despensa y el refrigerador, tratando de encontrar ingredientes para preparar algo, aunque no tengo muy claro qué. Ya está haciéndose tarde, así que pienso en algo rápido y me decido por una pasta.

Pongo agua a hervir y saco del refrigerador queso, jamón, tocino y salsa. Pico todo en trozos muy pequeños y llevo la pasta a cocinar en el agua. En otra sartén, frío el tocino y luego añado la salsa de tomate, el queso y el jamón también, revolviendo hasta que la mozzarella se derrita. Lo sazono con sal, ajo y cebolla.

Escurro el agua de la pasta cuando está lista y echo la salsa encima, mezclando bien. Por último, abro una caja de crema de leche y la añado a la mezcla. El aroma está bueno, y espero que el sabor no decepcione tampoco.

Como sé que será difícil para Anabela bajar, sirvo la cena en un plato para ella y otro para Maitê, tomo una bandeja y los coloco encima. También saco dos latas de refresco del refrigerador, probablemente si Anabela las compró es porque le gustan.

Cuando llego al cuarto, ellas están acurrucadas en la cama, riéndose de alguna película. Anabela me ve entrar y se incorpora, estirando el cuello para curiosear qué preparé. Maitê, por otro lado, es más descarada; la pequeña se lame los labios y celebra, debe estar muerta de hambre.

Coloco la bandeja en medio de las dos, y cada una toma su plato. Abro las latas de refresco y bajo para prepararme mi propio plato.

Cuando regreso junto a ellas, ya han comido gran parte de la cena. Me siento en el suelo, frente a la cama, y como mientras me entretengo con la película.

— Esta pasta está deliciosa —elogia Anabela—, creo que podrías cocinar a partir de

ahora.

— ¿Quieres perder tu trabajo? —pregunto, en tono de broma.

— ¿Y solo para eso sirvo en esta casa? ¡Yo hago tantas cosas!

— Pero tú sabes hacer galletitas y chocolate caliente —dice Maitê, mirando a Anabela de reojo.

— Tu papá sabe hacer waffles, ¿lo sabías? Casi no comemos eso aquí en Brasil, apuesto a que también hace panqueques dulces.

— ¿En seriooo?

Ambas me miran, esperando mi respuesta.

— Claro que sí, voy a hacerlos para ustedes en el desayuno.

Me levanto y recojo sus platos, listo para bajarlos y lavarlos. Pero antes, decido buscar las cosas de Anabela en el chalet.

— ¿Qué quieres que lleve de tu casa?

— Mi cepillo de dientes ya está aquí, lo traje para dormir con Maitê. Solo trae mi celular, creo que quedó en la mesa de la cocina, aquí mismo.

— ¿Quieres que traiga tu libro? Vas a estar descansando un rato.

— Ya lo terminé, pero podrías traer otro para mí de la biblioteca.

— De acuerdo, lo escogeré yo entonces.

— ¡Yo también quiero uno! —Maitê levanta la mano, emocionada.

— ¿Sabes leer?

— No, pero Anabela me lee.

— Ooo, tu papá nos puede leer a las dos —sugiere, mirándome con desafío.

No me parece una mala idea.


20



— *¡Entonces prepárate para morir! ¡Camina por la tabla!*

Fui hasta el final de la tabla. Tiburones circulaban, y también pirañas…

Maitê se lleva las manos a la cabeza, preocupada, pero Anabela, muy lista, decide interrumpir la narrativa, modificando un poco la frase que viene después.

— Las pirañas son peces de agua dulce. ¿Qué hacían en el mar, Presidente?

— Tienes razón —admito, ocultando una sonrisa y siguiendo con la lectura—. Las pirañas aparecieron más tarde. Bien. Entonces…

Maitê se estira para ver las ilustraciones de la página.

— ¡Las pirañas se lo van a comer! —dice, agitando sus manitas.

— ¡Ah, no! —Anabela se tapa la cara, entrando en el juego—. ¿Y ahora?

— … Yo estaba al borde de la tabla, enfrentándome a una muerte segura, cuando una escalera de cuerda golpeó mi hombro y una voz grave y retumbante gritó: — ¡Rápido! ¡Sube por la escalera de cuerda!

Maitê celebra saltando sobre el colchón; Anabela y yo reímos de su entusiasmo. Nunca en mi vida le había leído a una niña, y no tenía idea de lo divertido que podía ser.

— Apuesto a que es el estegosaurio inventor —dice, decidida.

Sus ojos brillan de emoción.

— Tal vez sea el estegosaurio inventor, pero solo lo sabrás mañana —digo, cerrando el libro.

Maitê se deja caer de rodillas sobre la cama, haciendo cara de llanto; la pequeña tramposa

podría ser actriz con tanto drama.

— ¡Ay, no! Son como mil horas hasta que papá vuelva con la dichosa leche. ¡No me gusta esperar!

— Pero esperar es lo que hace que la experiencia sea más divertida —dice Anabela—. Además, ya es hora de dormir, señorita.

— Está bien, está bien —Maitê muestra su sonrisa desdentada con una mueca forzada—. ¿Tengo que cepillarme los dientes?

— ¿Esos cuatro que tienes ahí? —pregunto, señalando su sonrisa sin dientes.

— No tengo solo cuatro. Tengo uno… dos… tres…

Me levanto del sillón donde estaba sentado, dejo el libro sobre la cama y extiendo mi mano para que la tome.

— Vamos, te ayudaré con eso.

— Sé cepillarme sola —dice, pero igual toma mi mano.

— Porque eres muy lista.

Veo por encima del hombro a Anabela sonriendo de oreja a oreja. Contrario a lo que pensé, que tener una hija ahora crearía distancia entre nosotros, parece disfrutar verme así, tan baboso por Maitê. Todo esto y lo que ha pasado entre nosotros solo nos ha acercado más.

— Afortunadamente, la leche —lee Anabela en voz alta, sosteniendo y hojeando el libro —. ¿Por qué será que elegiste este?

— Me lo dio Catarina. Lo compró en la última feria del libro en São Paulo, junto con una centena de libros —respondo en voz alta mientras pongo la pasta de dientes de fresa en el cepillo de Maitê. Es otra de las ideas de Anabela, que se encargó de incluir algunas cosas para la pequeña en las compras de la casa—. Nunca quise leerlo, porque no es mucho mi estilo, pero estaba buscando algo que le pudiera gustar a Maitê.

— Y acertaste de lleno. A mí Neil Gaiman siempre me parece maravilloso, pero aquí veo solo a un padre que escribió una historia para entretener a sus hijos.

Maitê está de pie sobre un banquito improvisado, comenzando a cepillarse los dientes mientras mueve la cabeza de un lado a otro al ritmo del cepillado.

— ¿Con “maravilloso” te refieres a qué, exactamente? —pregunto, acercándome de nuevo a la puerta.

Ella está acostada boca abajo sobre la cama; su cabello largo y ondulado cae sobre sus hombros, y me mira con sus bonitos ojos. Anabela sí que es maravillosa.

— Brillante, perturbador… —responde, sin darse cuenta de cómo la estoy mirando con deseo.

— Claro. —Sonrío al escuchar la explicación—. Entonces, ¿eres del equipo que le tiene miedo a Coraline, con los botones negros en lugar de ojos? —pregunto, cubriéndome los ojos para enfatizar—. ¿Has leído las teorías que existen sobre eso?

— ¡De ninguna manera! Ni siquiera hablo de eso, si quieres saber. —Anabela sacude la cabeza, como si solo el recuerdo le provocara escalofríos—. Por otro lado, tenemos Stardust, El Misterio de la Estrella. Mi favorito.

— ¡Listo! —grita Maitê, llamando mi atención, y luego sonríe otra vez, queriendo que revise si de verdad están limpios.

Miro sus dientecitos y compruebo que están blancos como perlas; después la bajo del banco y la dejo en el suelo.

— Perfecto, entonces es hora de dormir.

Maitê corre al cuarto, se acuesta de nuevo al lado de Anabela, y yo cubro sus piernas con la manta pesada.

— Creo que nunca leí ese libro —respondo, retomando el tema con Anabela—. El nombre no me suena familiar.

— ¿En serio? La historia es preciosa y encantadora. Yo veía la película cuando era adolescente y quise leer el libro. Si quieres, podemos verla mañana.

Como si estuviera en posición de negarle algo, sobre todo cuando me mira con ese brillo

en los ojos.

— Está bien, entonces.

Hago ademán de alejarme, pero Maitê agarra mi mano y la miro, curioso.

— Podrías acostarte aquí un ratito… —dice, haciendo un puchero para dramatizar.

No es como si no quisiera, así que me acuesto a su lado, quedando entre Anabela y yo. Maitê se apresura a subir la manta para cubrirme también y aprieta mi mano con la suya.

Todavía no me ha llamado papá, aunque hayamos hablado de eso, pero creo que es solo un detalle; las cosas entre nosotros van bien.

— ¿Y de qué trata la película? —pregunto. Anabela se voltea de lado en la cama, quedando frente a mí.

— Ah, mejor dejar claro que no es una película muy adulta; tiene brujas, fantasmas…

— Está bien, Bela —respondo, usando el apodo que ahora parece aceptar mejor—. Sé que soy un poco anticuado, pero puedo manejar dos horas de fantasía.

Ella sonríe, satisfecha.

— Entonces, está decidido. Y queremos palomitas y brigadeiro para acompañar.

— ¿“Queremos”? ¿Esto es una conspiración, acaso?

Maitê asiente, haciendo una mueca malévola y graciosa.

— Muy bien. Ustedes son dos y yo soy UN pobre diablo.

— ¡Pobrecito! —dice Anabela, divirtiéndose a mi costa.

— Tendremos palomitas y brigadeiro, ya que insisten.

— ¡Siiii! —Maitê levanta los brazos, emocionada.

— Buenas noches entonces, Maitê —digo—. Hora de dormir.

Por primera vez tengo ganas de besar sus mejillas regordetas, pero sé que es pronto para eso. Es ella quien debe marcar el ritmo de nuestra cercanía, y yo solo sigo sus órdenes.

— Buenas noches, pero quédate aquí hasta que me duerma, ¿eh?

— Por supuesto. Buenas noches, señorita Gonzales, aproveche para dormir hasta las diez.

— Buenas noches, Presidente —bromea ella—. No puedo esperar a que llegue.

— Buenas noches, Presidente —imita Maitê, divirtiéndose.

Cierro los ojos entonces, solo por un momento, para animar a Maitê a hacer lo mismo, pero termino reflexionando un poco sobre lo bien que me siento teniéndola aquí, conmigo.

No sabía que esta niña podría conquistarme tan rápido, y no creo estar preparado para ser el padre que necesita, pero Maitê merece este amor, y lo va a tener. Quiero hacer lo que dijo Anabela, sembrar nuestro futuro, ya que los años pasados nos fueron robados. Y, por un instante, me doy cuenta de que todo será mucho mejor si Anabela también está conmigo. No sé cómo, pero poco a poco se infiltró en mi corazón.

Antes no quería vivir. No había motivos, pero ahora necesito sanar, aunque el proceso sea largo, necesito ser fuerte. A pesar de todas las tragedias y todo el sufrimiento, todavía hay una oportunidad. Maitê es la esperanza, es la luz al final del túnel, y estoy caminando hacia ella. Y Anabela fortalece mis pasos.



Terminé quedándome dormido con las dos, algo que no había previsto y que no estaba en los planes, pero ninguna de ellas mencionó nada a la mañana siguiente, cuando bajé a preparar el desayuno.

Cometí la tontería de afirmar que haría los panqueques. Sucede que, al contrario de lo que dije, nunca los he hecho y no tengo ni idea de cómo prepararlos. Además, los panqueques a los que estamos acostumbrados en Brasil suelen ser salados y rellenos, no es exactamente lo que Maitê está esperando. Por suerte, existe internet, así que ahora estoy mirando la receta de panqueques dulces en el celular mientras busco los ingredientes en la despensa.

1 taza de harina de trigo

1 taza de leche

2 cucharadas de mantequilla derretida

2 cucharadas de azúcar refinado

1 cucharada de polvo de hornear

1 huevo

1 cucharadita de sal

Primero reúno todos los ingredientes sobre la encimera y luego empiezo a organizarme según las instrucciones de preparación.

No me lleva mucho tiempo preparar el desayuno y, al final, creo que no me salió nada mal. Aprovecho todo lo que tengo a mano: el jarabe de chocolate, que es para helados pero servirá, y la miel en botella. En mi opinión, todo es demasiado dulce, pero mis dos golosas seguramente lo adorarán.

Subo con la bandeja e intento pensar en cómo mantener a Anabela en la cama por hoy. Sé que debe estar desesperada por salir del cuarto, pero su pie aún no está lo suficientemente bien como para andar corriendo por ahí.

Cuando entro en la habitación, las dos están acostadas, una frente a la otra, conversando. Anabela me pide ayuda para levantarse e ir al baño, la dejo dentro pero espero afuera para ayudarla a regresar a la cama.

No tarda mucho, y poco después ambas están cubiertas de jarabe y miel, disfrutando de los panqueques.

— ¡Bien que dijiste que sabías hacerlos, están increíbles! ¿Sabías que nunca había comido panqueques dulces? — elogia Anabela.

Si nunca los había probado, ni cuenta se daría si no estuvieran tan buenos.

— ¡Yo tampoco los había comido, te quedaron buenísimos! — Maitê coincide, con toda la boca llena de chocolate.

Pruebo un pedazo, y la verdad es que están buenos, pero no creo que pueda comer uno entero. Ellas, en cambio, se comen dos cada una. Maitê toma un vaso lleno de leche tibia y Anabela una taza de café.

Cuando terminan, me doy cuenta de que Maitê también ha perdido la paciencia de estar en la cama.

— ¿Qué quieren hacer?

Es unánime, ambas quieren salir de la cama. Entonces, encuentro un punto intermedio: decidimos ver una película en la sala, lo que permitirá que Anabela mantenga la pierna en alto y se quede cómoda, sin abandonar del todo el reposo.

Anabela sigue protestando cuando la tomo en brazos; sus mejillas se ponen rojas de vergüenza, pero termina aceptándolo. Maitê, por otro lado, baja saltando a mi lado y riéndose de la escena, que para ella parece cómica.

Voy con las dos a la sala de televisión y acomodo a Anabela en el sofá. Enciendo la chimenea mientras Maitê observa todo con fascinación.

— Esto nos va a mantener calientitas, ¿verdad?

— Exactamente, princesa. Nunca más vas a pasar frío — digo, sintiendo un escalofrío al recordar el estado en que estaba cuando la encontré con Anabela aquella noche.

— Siéntate aquí conmigo, Maitê — Anabela la llama, dando golpecitos en el sofá a su lado.

— Quédense aquí entonces — digo, entregándole el control remoto de la televisión a Anabela. — Voy a preparar el encargo que me hicieron, y vuelvo enseguida.

Estoy resultando ser un gran cocinero, aunque no tanto como Anabela — ya empiezo a extrañar la comida que ella prepara —, pero al menos me las apaño bastante bien.

Esta vez busco cómo hacer brigadeiro de cuchara y me sorprendo al ver que, en realidad, es bastante fácil. Las palomitas no tienen ningún misterio; meto el paquete en el microondas y dejo que él haga todo el trabajo por mí.

Cuando todo está listo, vierto el contenido de la olla en un bol grande y agarro tres cucharas. Después, uso un recipiente alto para colocar las palomitas y lo completo con tres latas de refresco que saco de la nevera. No es muy de mi estilo, pero hoy puedo hacer una excepción, y, considerando la hora, esto terminará siendo nuestro almuerzo.

La película está bastante bien, aunque es demasiado fantástica y llena de criaturas sobrenaturales; el argumento es interesante y la historia, bonita e intrigante. Claro que, aun así, hago algunos chistes innecesarios solo para fingir que soy demasiado adulto para esto.

Sin embargo, cuando termina, Maitê parece decidida a demostrar que puedo ser aún más niño que eso. Le está encantando nuestra programación, pero ya decretó que la próxima película de nuestro cine tiene que ser una animación.

Se pone de pie frente a mí, con los ojos llenos de expectativa.

— ¿Podemos ver Pollitos en Fuga? — pregunta, emocionada.

Empiezo a reírme, sin poder controlarlo. Es surrealista la obsesión que parece tener esta niña con las gallinas, nunca vi nada igual. Me río tanto que termino llorando, porque cada día queda más claro que pronto mi mansión se convertirá en un gallinero.

Mientras me río de sus comentarios, me doy cuenta de lo inusual que era algo así antes de que llegara Anabela. Maitê vino después, como la pieza que faltaba para darle sentido a mi vida otra vez.

— ¿Gallinas otra vez? — pregunto, todavía sonriendo. — Eres todo un personaje.

— Es súper divertida — Maitê estira la mano hacia el cubo y llena la boca con palomitas. — ¡Tienes que verla! — dice con la boca llena.

Es tan adorable que no creo que sea el mejor momento para enseñarle que debe terminar de comer antes de hablar.

— Por mí, está bien. Ustedes dos deciden.

Hoy me siento tan ligero que es como si fuera un nuevo Matteo. Uno que no usa traje

todo el día, ni se esconde del mundo en la biblioteca. Un Matteo más relajado, más divertido, que ve películas infantiles, cuenta historias y cocina para pasar el rato.

Me doy cuenta de cuánto me gusta esta nueva versión de mí. Tal vez sea pronto para decir que estoy libre del pasado, pero me gusta permitirme vivir estas nuevas experiencias y seguir adelante.

Maitê vuelve a sentarse cuando ponemos la animación que escogió, pero esta vez del otro lado, recostando la cabeza en el regazo de Anabela, quien juega con los mechones dorados de su cabello. Se queda dormida enseguida.

Sin pensarlo mucho, tomo la mano de Anabela con cariño, y ella responde al gesto apoyando la cabeza en mi hombro. Sin previo aviso, el pensamiento de que parecemos una familia cruza por mi mente, aunque sé que no era lo que planeaba cuando comencé a involucrarme con Anabela. El plan era que fuera algo casual, solo sexo, y luego ella volvería a ser la ama de llaves, a cumplir con sus deberes y vivir en su cabaña, mientras yo volvía a ser el hombre amargado y solitario que siempre fui.

Quizá ya no pueda separar las cosas, y quién sabe si puedan ser diferentes y podamos estar bien. No estoy seguro de que no retroceda en mis actitudes ni en esa depresión que me consumía antes, pero no veo nada que pueda quitarme la felicidad que estoy sintiendo ahora.

— ¿En qué estás pensando? — pregunta Anabela. — Pareces estar en otro lugar.

— Estoy pensando en el futuro — admito.

— ¿Con Maitê?

— Eso. También — respondo, sin revelar demasiado.

No quiero decirle lo que estoy pensando ahora, cómo me siento; no quiero darle esperanzas de que esto pueda ser permanente, cuando aún no estoy completamente curado y no quiero arruinar un momento bueno como este.

— He pensado mucho en la universidad.

— No tienes que preocuparte. Te irá bien — digo. — Eres muy inteligente y decidida.

Ella me mira, parece buscar sinceridad en lo que digo. Y la encuentra.

— Gracias.

Maitê mueve la cabeza sobre su regazo, como si quisiera despertar, y me levanto de inmediato.

— Llevaré a Maitê a su cuarto.

La pequeña mueve la cabeza otra vez y abre sus ojos azules, aún soñolientos.

— No quiero estar sola.

La tomo en brazos y subo con ella por las escaleras.

— Nunca más estarás sola, hija.

Cuando llego al cuarto, coloco a Maitê en la cama y le subo las cobijas hasta el cuello. Ella se gira de lado, acomodándose mejor, y parpadea.

Acaricio su cabello suave y me giro para salir del cuarto.

— Buenas noches, papá — dice.

Su voz me alcanza, y siento una mezcla de emociones. Es la primera vez que me llama así directamente, aunque ya había entendido que soy su padre.

Algo dentro de mí cambia en ese instante, se calienta, y me siento aliviado al darme cuenta de que este amor, el que siento por Maitê y el que ella siente por mí, no hace más que crecer cada día, y es el tipo de sentimiento que jamás podrá ser arrebatado. Lo que siento por Anabela también podría ser así, si me arriesgo…

— Buenas noches, hija mía.

Entorno la puerta y espero un momento afuera. Solo bajo las escaleras cuando estoy seguro de que se ha dormido y no despertará con miedo.

Encuentro a Anabela aún sentada en la sala, pero ha quitado la película de la gallina y está buscando algo diferente.

Me siento a su lado y me recuesto en el sofá. Ella desvía la mirada hacia mí y parece notar lo reflexivo que estoy.

— ¿Qué pasa?

— Me llamó papá — le cuento, sin rodeos.

— ¡Ahhh! ¡Esa niña es un amor, Matteo! — celebra. — Me alegra ver cuánto te has abierto a ella y lo feliz que está de haberte encontrado.

Asiento, concordando. Noto que el fuego en la chimenea necesita ser reavivado; las relaciones también son así: si ambas partes hacen el esfuerzo para mantener viva la llama, puede arder para siempre. Puede ser así entre nosotros.

— Estuve pensando un poco en todo antes, ¿sabes? Las cosas han cambiado mucho desde que llegaste aquí.

— ¿Yo? — Parece sorprendida.

— Sí, empezó contigo — digo, sin poder contener las palabras. Estoy sintiendo tanto que no puedo ignorarlo. — Primero me desafiaste, eso me sacó de un estado de apatía.

— Lo sé. — Sonríe. — Es el poder de una bota sucia lanzada a la cabeza de alguien.

— Seguro que fue una conmoción cerebral, porque después de eso ya no fui la misma persona — respondo, sonriendo al recordarlo.

— ¿Crees que hice alguna diferencia en tu vida?

— ¿Alguna? Cambiaste todo, Bela. Me provocabas, me desafiabas y lograste hacerme reír, algo que parecía haber olvidado cómo se sentía. Y ni siquiera he mencionado el sexo.

Anabela parece incómoda ahora.

— Mejor dejemos esa parte de lado.

— Me divertí tanto contigo ese día en el lago, algo que no hacía desde hacía años. Fue perfecto.

— Lo fue — coincide.

Tomo su mano entre la mía; me siento nervioso, como si le estuviera proponiendo matrimonio.

— Pero luego volví, y pasó todo. Lo de Sofia, lo de Maitê… Retrocedí y me encerré otra

vez.

— Sí, me alejaste. — Anabela parece recordar eso con cierta frustración.

— Necesito decirte tres cosas.

— ¿Qué cosas? — pregunta; sus ojos se encuentran con los míos.

— Me gustas. Aún no sé medir lo que este sentimiento significa ni cuán fuerte es, pero me gustas mucho — admito. — Me volví loco de preocupación por ti allá fuera, bajo la lluvia, igual que me preocupé por Maitê.

Escudriño sus ojos ámbar como el whisky, y siento ganas de sumergirme en ellos para descubrir qué ven cuando me miran. Pero no tengo que esforzarme mucho, porque ella dice, sin reservas…

— Yo también siento lo mismo por ti.

— Quiero intentarlo, si tú quieres. Por ahora, solo entre nosotros dos. No sé… He pensado mucho en esto y no quiero decirte algo y luego actuar de forma diferente — digo, admitiendo mis miedos.

— ¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que quieres intentar algo que no sea tan casual? — pregunta, intentando simplificar lo que yo estoy complicando.

— Anabela… No sé qué ves cuando me miras, pero soy un hombre más roto de lo que te imaginas. Tengo problemas serios de confianza y una especie de trauma; cargo con arrepentimientos.

— Yo veo a un hombre increíble, que ha sufrido mucho, que se ha decepcionado mucho, pero que está levantándose de nuevo.

— Eso es exactamente lo que soy. Pero tú, aunque te haya contado algunas cosas, no conoces la magnitud de todo lo que pasó ni cuán profundo está arraigado en mí. Lo que quiero decir es que quiero intentarlo, quiero que sepas que eres importante para mí, que no es algo solo físico. Pero también quiero y necesito que sepas que aún no entiendo cuán curado estoy de esta herida.

— ¿Tiene que ver… con la muerte de tu hermano? Me enteré de que eran muy unidos — pregunta, sin querer entrometerse demasiado.

Tal vez lo imagine, tal vez le hayan contado lo que pasó, pero aun así, no lo dice.

— Sí, tiene que ver con eso. Miguel era una de las personas que más amaba en el mundo, y llevo mucha culpa por su muerte sobre los hombros.

— Matteo… — pronuncia mi nombre con cariño. — ¿Nunca pensaste en abrirte con alguien? Tal vez podrías hacerlo con un profesional, pero creo que lo que hace que esa culpa te consuma es el hecho de guardarlo todo aquí dentro — dice, colocando la mano sobre mi pecho.

— No lo pensé, pero tampoco pensaba en muchas cosas mientras vivía aquí, encerrado.

— Deberías pensarlo ahora, entonces. ¿Qué opinas?

— Prometo considerar la posibilidad — respondo. — ¿Entendiste lo que dije?

— Creo que sí. Dijiste que te gusto, que quieres intentar involucrarte, pero que no quieres prometerme nada porque tienes miedo de que algo pase y vuelvas a cerrarte.

— Exacto. Pero sé que estoy pidiendo mucho, pidiendo que arriesgues tu corazón en una incertidumbre.

— Pero también viviré una duda eterna si no arriesgo.

— Podemos ser más cautelosos, si prefieres.

— ¿Cautelosos? Creo que ya hemos cruzado todos los límites de lo casual, Matteo. No hemos sido nada cautelosos.

— ¿Y eso está bien para ti?

— Quiero intentarlo — dice, apretando mis dedos entrelazados con los suyos.

— Yo también.


21



Anabela

Finalmente llegó el lunes y, por más que estuviera encantada con mi tiempo a solas con Matteo y Maitê, sobre todo después de nuestra última conversación, no veía la hora de salir de la cama y volver al trabajo.

— Mira, creo que ya puedo caminar y hacer algunas cosas. Cojeando un poco, tal vez… — completo al sentir una punzada de dolor.

— Al menos por hoy, tú y Maitê deberían quedarse aquí arriba, tranquilas — replica Matteo.

— ¿Pero no dijiste que tu amigo llega hoy? Necesito preparar un cuarto y revisar la despensa.

— No tienes que hacer eso. — Niega con la cabeza. — ¿No fue por eso que me pediste contratar más empleados? Pediré que una de ellas venga a verte y así tú puedes darle instrucciones.

— ¡Matteo! Ellas no pueden encontrarme en tu cama. ¿Te volviste loco?

— ¿Por qué no? Diré que las instalé a las dos aquí porque es más cómodo y que yo dormí en el cuarto de huéspedes.

— Pero… sigue siendo demasiado íntimo.

— Nosotros somos íntimos — responde, encogiéndose de hombros.

No sé qué hacer con él actuando de esta manera y diciendo estas cosas. Desde que supe su historia y hablamos más abiertamente, comencé a ver a Matteo desde otra perspectiva.

No es alguien que busque relaciones casuales ni que no quiera comprometerse. Es un

hombre roto, que aún intenta superar las heridas y los sufrimientos del pasado. Pero cada día que pasamos juntos, cada comentario afectuoso suyo y sus gestos cariñosos, más veo cuánto ha evolucionado, cómo se ha ido liberando lentamente de sus cargas y se ha vuelto más ligero. Y con eso, siento que mi corazón se llena de esperanza.

Fue cuando tomó a Maitê de mis brazos y corrió con ella hacia la casa que vi en sus ojos cuánto le preocupaba también yo, dividido. Fue entonces cuando supe que lo que tenemos no es algo superficial de ninguna manera, y fue en el calor de su abrazo, cuando regresé, que lo entendí. Ya no puedo evitar involucrarme, no cuando ya estoy completamente enamorada. Sus palabras de ayer, confesándolo, fueron justo la certeza que necesitaba para arriesgarme aún más.

Matteo hace lo que dice y sale del cuarto. Respiro profundamente, sintiendo el aroma de su perfume. Mis manos acarician el suave edredón, y me doy cuenta de lo cómoda que me siento aquí, en su cama.

— Belita… — Maitê me llama, sorprendiéndome con su nuevo apodo. — ¿Crees que puedo tomar un poco de chocolate caliente?

— Hum… ¿Será que no te dará dolor de barriga? Ya tomaste hoy.

Ella niega con la cabeza.

— Pero lo quiero con pedacitos de nube.

— ¿Pedacitos de nube, eh?

Ella asiente y se recuesta sobre mí. No pasa mucho tiempo antes de que Helena aparezca en la puerta. Sus ojos nos encuentran abrazadas en medio de la cama, y sonríe. No hay juicio en su mirada.

— ¿Cómo están las señoritas? — pregunta, sonriendo.

— Estoy bien, mi pie ya ha deshinchado bastante y el moretón también está mejorando. Creo que mañana ya podré volver a la acción, aunque con menos esfuerzo.

— No te preocupes por nada, pondremos todo en orden. ¿Y la pequeña?

— Yo estoy bien, pero estaré mejor si puedo tomar una tacita de chocolate caliente —

dice Maitê, haciendo su drama.

— Si la señorita Anabela dice que sí…

— Claro que sí, Helena. Es muy buena, pero no traigas mucho porque Maitê tiene que cenar después.

— Está bien. El Presidente pidió que viniera a ver qué quieres que hagamos hoy…

— Bueno, un amigo suyo viene de visita, llega hoy pero se quedará unos días. Necesito que preparen un cuarto para él.

— Entendido.

— Si pueden organizarse, sigan por el pasillo de aquí; está el ala que está cerrada. Quiero reabrirla porque allí hay más cuartos, pero necesitan limpieza, deben estar llenos de telarañas, y la ropa de cama también necesita ser lavada. Es mejor empezar hoy porque, según lo que Matteo dijo, su familia también llegará pronto: sus padres, su hermana con el cuñado y el bebé, en unos días.

— Vale, voy a hablar con Elis y Suzi.

— Eso. Si es necesario, llama a Pedro para ayudar. Y, por último, pide a Elis que revise la despensa y la nevera y haga una lista de compras. No hace falta que vayan al mercado, ellos entregan aquí.

— Está bien.

— ¡Ah! ¿Sabes cocinar? — pregunto, recordando lo más importante.

— Sí, sé, me defiendo bastante bien.

— Genial. Entonces intenta encargarte de la cena y no dejes que Elis sazone nada, por favor.

— Está bien — se ríe —, me encargaré de todo y te avisaré de cualquier cosa. Y en seguida traigo tu chocolate, Maitê.

Asiento, observando a Helena salir de la habitación. Es gracioso cuánto me siento inútil solo dando órdenes y coordinando cosas, lo cual es tonto, porque en teoría es lo que debería

hacer en este cargo.



Matteo

Mientras observo la puesta de sol desde la terraza, veo un coche deportivo subiendo la colina. No necesito mucho más para saber que es Greg; siempre le ha encantado presumir los autos de la empresa de su familia, llamativos y ostentosos, y cuando está en Brasil, no resiste la idea de proclamar la riqueza de los MacKintosh.

Bajo hacia la puerta principal y lo espero, impaciente.

Pronto, Greg y otro tipo, que se parece mucho a él, bajan del coche y caminan hacia mí. Expansivo como siempre, mi amigo más antiguo me envuelve en un abrazo fuerte al instante.

— ¡Viturino, joder! Estás aún más feo de lo que recordaba.

— ¡Y tú pareces una muñeca, MacKintosh!

Él se ríe fuerte y señala al pelirrojo que está a su lado.

— Mi hermano, Yan. ¿Te acuerdas de él?

— Creo que lo vi en la graduación — respondo, analizando el rostro del otro. Me parece familiar.

Yan me saluda con un apretón de manos, pero parece más serio que su hermano, lo cual está bien, porque no soportaría a dos como Greg.

— Espero que no sea un problema haber traído a Yan conmigo. No avisé, pero en esta casa abandonada debe haber espacio para uno más.

Greg eleva la mirada hacia la casa y parece analizar los alrededores.

— No es un problema — respondo y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que realmente no lo es. No me molesta tener a otra persona alojándose aquí. — Y, al contrario de lo que piensas, mi casa está bastante habitable.

Él parece considerar lo que digo, porque asiente mientras pasa una mano por su cabello pelirrojo.

— Si tú lo dices... — Greg esboza una sonrisa de lado y mira a su hermano. — Yan y yo te trajimos una sorpresa, cariño — dice, haciendo suspenso.

— Espero que no sea un anillo de compromiso.

— No, es whisky, y del de verdad, nada de esa agua sucia que te gusta beber.

— Entonces tu visita al menos valió para algo.

Greg corre hacia el coche, de donde saca el equipaje del maletero, y luego regresa con una bolsa de papel también.

— Vamos a entrar — los invito, adelantándome —. Seguramente querrán darse una ducha, pero podemos beber después.

Después de pedirle a Helena que lleve a los hermanos a los cuartos, que ya habían sido arreglados por la mañana, espero que se unan a mí en la oficina.

Helder entra por la puerta trayendo los vasos que pedí, y le pido que avise a Anabela y Maitê que estoy con Greg y que luego subiré a pasar un rato con ellas.

Yan aparece antes que su hermano, vistiendo jeans, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero marrón por encima, combinada con botas. Lo noto porque ambos son bastante diferentes en cuanto a estilo: mientras Greg prefiere ropa más formal, ya sea en Escocia o aquí en Brasil, Yan parece tener un estilo más rústico.

— Greg ya viene — dice al entrar en la habitación.

— Siéntate. ¿Qué tal un puro? — le pregunto, sacando la caja del cajón.

— ¿Todavía fumas eso? Mi hermano decía que en la universidad ustedes fumaban. ¿No

es algo anticuado? — pregunta, sonriendo de manera burlona.

— ¿Alguna vez lo has probado con whisky? No hay nada mejor, pero no se debe inhalar — explico, usando la lámina de cedro de la caja para encender uno.

Yan se ríe otra vez y sacude la cabeza.

— Lo sé, ¿quieres enseñarle a un escocés a fumar, Viturino?

— Por lo que sé, tu especialidad es el whisky.

Greg entra por la puerta en ese momento y sonríe al ver el puro encendido.

— Ah, los viejos tiempos.

— ¿Te tardaste todo este tiempo para intentar arreglar esa cara de espanto? — lo provoco.

— Tenía que ponerme guapísimo, ¿no crees? Hace siglos que no veo a mi amigo desgraciado.

— No sirvió de mucho, lo siento.

Me lanza una mirada fulminante y toma una silla para sentarse junto a su hermano. Les ofrezco la caja de puros, y cada uno toma uno, encargándose de encenderlos por su cuenta.

Greg coloca la botella de whisky sobre la mesa, y el nombre de la etiqueta llama mi atención.

— ¿MacKintosh? ¿Tu familia está produciendo?

— Yan está más involucrado con la destilería — cuenta, pareciendo orgulloso de su hermano menor. — Estamos empezando a avanzar, pero parece prometedor. Y la bebida, te garantizo que nunca has probado algo igual.

— Probaré tu palabra ahora mismo.

Greg abre la botella y llena nuestros vasos rápidamente.

— Entonces, ¿decidiste encargarte del negocio familiar en Escocia? Hacía tiempo que no venías por aquí.

— En realidad voy y vengo; las cosas están algo complicadas.

— ¿Cómo es eso? Pensé que heredaron todo cuando murió tu padre.

— Heredamos un montón de deudas; nuestras finanzas no van bien — dice Yan, bebiendo el whisky de un solo trago.

Dirijo la mirada a Greg, pero él no lo niega.

— Sí, pero si consigo vender la empresa aquí en Brasil, puedo liquidar las deudas que tenemos en Escocia. Y si vendo la propiedad y los negocios allá, puedo vivir tranquilamente en Brasil.

Sirvo otra ronda de whisky para Yan mientras asimilo la información.

— ¿Y por qué no lo has hecho todavía?

Greg exhala el humo, como si lo estuviera considerando.

— Todavía no soy realmente el dueño aquí. Mi abuelo no me ha transferido todo formalmente — dice, simplemente —, y Yan prefiere quedarse en Escocia. Le gusta esa vida en el campo.

— Aquí en Brasil también hay campo de sobra.

— Es más que eso. Está el tema de la cultura, nuestras raíces, la familia…

Asiento, entendiendo el dilema.

— Aunque Greg también ama esto de aquí, la empresa — explica Yan.

Es cierto que la red de concesionarias que heredará de su abuelo siempre ha sido una de sus pasiones; por eso su obsesión por los autos deportivos. Por otro lado, sé cuánto valora las tierras de las Highlands, el lugar donde vivieron sus antepasados. Vender aquello sería como renunciar a la cultura de su familia.

— ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo mientras yo no estaba? — pregunta Greg al ver que no tengo ningún consejo sabio que ofrecer.

La pregunta me arranca una risa. ¿Por dónde empezar?

— Apareció Sofía.

Greg se atraganta con la bebida y abre los ojos como platos.

— ¿Esa perra vino aquí?

— No exactamente, pero apareció con una niña diciendo que era mi hija.

— ¡Joder! Como si fueras a creerle después de todo lo que hizo ese demonio.

Tomo un trago del whisky, que desciende quemando por mi garganta. No quiero admitirlo tan rápido, pero es realmente muy bueno.

— No le creí cuando lo dijo, pero mi madre me convenció de hacer una prueba de ADN. Al menos así aclararía todo.

— ¿Y qué pasó?

— Resultó que realmente es mi hija. Está acostada en un cuarto arriba y le encantará conocerte.

Greg me mira confundido. El otro, Yan, parece no entender nada de esta conversación. Él no sabe sobre Sofía.

— Explícate mejor, Viturino. Parece que me estoy perdiendo de algo — exige Greg, frunciendo el ceño.

— Sofía se está muriendo. Está enferma, por eso me buscó.

— Joder… Y dicen que hierba mala nunca muere.

Ignoro el comentario sarcástico porque, a pesar de todo, me siento mejor no pisoteando a alguien que está a punto de caer.

— Hice la prueba y traje a Maitê a casa. Mi vida se puso patas arriba, pero las cosas se están acomodando. Nos estamos acercando.

— ¿Ella ocultó a la niña todos estos años?

— ¿Ocultarla? La abandonó en un orfanato — cuento —, y solo me habló de ella porque está al borde de la muerte y, creo, se sintió culpable.

— ¡La puta madre, Viturino! No puedo creer que esa desgraciada hiciera eso. Cualquiera en tu familia se habría quedado con la niña.

— Ella lo sabía. Lo hizo por pura maldad. Mintió diciendo que había abortado, ¿te

acuerdas?

— ¿Y cómo te llevas con ella? Con la niña, digo.

— Cuando vino conmigo, yo aún no lo sabía. No quería aceptar que era mía. Estaba seguro de que era… de él.

— Mierda…

Greg niega con la cabeza. Él es el único, además de mi familia y Helder, que sabe sobre Sofía y Miguel.

— ¿Van a seguir con sus secretitos? No entiendo ni la mitad de lo que están diciendo — se queja Yan, ajeno al tema.

— Solo presta atención, idiota — le dice Greg, desviando la mirada hacia su hermano. — Sofía era la mujer de Matteo, pero era una perra y le puso los cuernos.

— Eres un amigo encantador… — comento, bebiendo un poco más.

— Solo estoy resumiendo.

— Creo que ya entendí. Apareció con la hija y tú pensaste que era del amante — completa Yan.

— Algo así. Cuando llegamos aquí, pedí que Anabela cuidara de ella hasta resolver el asunto, pero cuando salió el resultado me sentí fatal. Piensen en todo lo que la pobre niña pasó durante todos estos años.

— Qué mierda, tío. ¿Y quién es Anabela? — pregunta Greg, notando la nueva información.

— La ama de llaves — respondo, pero ahora la palabra suena mal —. Señorita González, en realidad.

— ¿Una ama de llaves que es señorita? Pensé que todas eran viejas — dice, riendo.

— No — Yo también me río del comentario. — También pensé lo mismo, pero esta no lo es.

— Sí, Viturino, parece que tu vida anda bastante agitada para alguien que no sale de esta

casa. Pensé que iba a llegar aquí y encontrarte con ese mal humor de siempre, la casa cubierta de polvo y telarañas, pero parece que la víbora resurgió para atormentarte, trayendo a tu hija a cuestas, y terminó revolucionando todo por aquí.

— Eso, y la tal ama de llaves joven… — suelta Yan, demostrando ser más perspicaz que su hermano.

— Me imagino que debe ser muy guapa… — el otro no tarda en seguirle el juego.

— Déjate de tonterías, Greg. La chica está aquí para trabajar — digo, y yo mismo puedo notar los celos en mi voz.

Mierda.



Anabela

— ¿Está rico?

Maitê bebe un sorbo del chocolate caliente que Helena trajo.

Estamos viendo Hotel Transilvania y, aunque sea una película para niños, yo también estoy disfrutando de la animación.

— Riquísimo, deberías hacerlo tooodos los días.

— Claro, golosa.

Le hago cosquillas en su barriguita y Maitê se ríe a carcajadas, aunque consigue mantener la taza en las manos.

— ¿Ya terminaron? — Elis entra en la habitación, sonriendo de oreja a oreja. Creo que

está feliz porque Matteo no la haya rechazado.

— Ya casi, Elisinha — dice Maitê, con su manía de usar diminutivos.

Elis revuelve el cabello de la pequeña y se queda al lado de la cama, esperando.

— ¿Cómo está el pie, Anabela?

— Mucho mejor, creo que Maitê y yo vamos a bañarnos y bajar a cenar. ¡Ya no aguanto estar en esta cama!

— Ay, me pareció adorable que el Presidente les cediera la cama a ustedes dos y durmiera en el cuarto de invitados. Está tan cambiado, ¿no crees?

— Pero papá durmió con nosotras — suelta Maitê, y abro los ojos como platos al ser descubierta.

Elis aprieta los labios en una fina línea, conteniendo la risa, y siento cómo me arde la cara de vergüenza.

— Maitê estaba con nosotras — digo, ya que es lo único que se me ocurre pensar.

— No seas tonta — responde ella. Elis se acerca a la cama y baja la voz a un susurro. — Todos estamos apoyándolos.

— Ay, Elis… Yo pensé que nadie sabía nada — Cojo la almohada y escondo el rostro en ella.

Escucho su risa.

— Saber, no sabemos, pero se nota en los detalles. La gota que colmó el vaso fue cuando despidió a todos para cuidar de ti.

Destapo mi rostro.

— ¡Oye! Él cuidó de Maitê, le hizo la cena, le dio un baño. Yo solo… solo estaba aquí.

— Pero también te cargó en brazos — vuelve a delatarme la pequeña bocazas.

— ¡Maitê!

Elis estalla en una carcajada y Maitê me mira sin entender qué hizo mal.

— Elis, ¡por el amor de Dios! No puedes contarle esto a nadie, no estamos… Bueno, no

sé qué estamos haciendo y sé que no debería, pero él…

— Es guapísimo, lo sé. Estamos apoyándote para que valga la pena.

— Ay, ya sé que no soy tan bonita ni estudiada, pero yo…

Elis niega con la cabeza y me interrumpe con una risa divertida.

— No tú, ¡él! Esperamos que él te merezca. Tú eres preciosa, amable, educada y tienes un corazón enorme. No sé qué tienes en la cabeza, pero te apoyo.

— ¿De verdad?

— Él… — Mira a Maitê, pero la pequeña ya volvió a concentrarse en la película. — El Presidente es gruñón, quejoso y obsesivo. Pero ¿sabes qué? Ya empiezo a notar un cambio. Está mucho mejor desde que llegaste.

— ¿De verdad crees eso?

— ¡Ah! ¿No sabes que ahora se aprendió nuestros nombres? Llevo más de dos años trabajando aquí y recién ahora sabe quién soy.

Eso me hace reír, es típico de él y, claro, ya lo sabía.

— No sé qué hacer, no quería involucrarme ni ilusionarme, pero él no me deja opción. Es tan lindo, Elis…

— Pobrecita. O te golpeaste la cabeza o ya caíste; estás enamorada, porque lindo no es.

Después de eso las horas se arrastran. El amigo de Matteo llega y me informan que trajo a su hermano. Por suerte, Elis y las demás ya terminaron de limpiar las habitaciones.

Maitê y yo pasamos una tarde perezosa en la cama, recibiendo mimos, y aprovecho para leer un poco del libro que Matteo me trajo la otra noche.

Maitê se inclina para mirar por encima de mi hombro.

— ¿Qué libro es ese?

— Tu papá me lo prestó, se llama Cumbres Borrascosas.

— ¿Es una linda historia de amor? — pregunta, entusiasmada.

— Es más una historia de odio — respondo, mirando la portada con el ceño fruncido.

— ¿Por qué?

— Eh… Es difícil de explicar. Si pudiera ponerle un perfume a este libro… Creo que olería como esas flores que ponen en los cementerios. Qué miedo…

Matteo aparece en la puerta en ese instante, y Maitê se gira para mirar a su padre.

— Belinha me dijo que usted le prestó ese libro.

— Sí, es una novela romántica.

— Ella dijo que es de odio — completa, meneando la cabeza.

— ¿En serio? ¿No te está gustando, Anabela? — pregunta él, ahora riéndose.

— ¿Y a quién le gusta? Ese Heathcliff es el mismo diablo en la Tierra y esa Catherine… ¡Loca! Esa mujer tiene unas actitudes que no entiendo. ¿No había Dios en esa época?

— Sabes que es una ficción, ¿verdad? — Se está riendo de mi indignación.

— La autora también necesitaba a Dios — concluyo, en tono de broma.

— Solución mágica.

Entorno los ojos hacia él, que trata mi comentario con indiferencia.

— ¿De verdad te gusta ese libro?

— No sé. Lo leí en una época en la que estaba amargado, supongo que me identifiqué.

— Es probable. ¿No tienes un romance bonito y ligero para leer? Puede ser de época, me gusta, solo que no me gustó esa pareja tóxica.

Matteo piensa por un instante.

— Hay uno de una autora nacional que creo que te gustará; la historia se parece a la nuestra.

— ¿A la nuestra, sí? — Mi corazón se salta un latido. ¿Está diciendo que tenemos una historia de amor?

— El Ogro y la Loca, o La Loca y el Bárbaro... Algo así.

— ¿Y en qué se parece esa historia a la nuestra?

— Bueno, la protagonista empieza a trabajar como institutriz en la mansión de un

marqués. Si no recuerdo mal, ella también le lanza cosas... Tiene mucha semejanza.

— ¿Y los dos se involucran? — pregunto, emocionándome.

— Claro. Si no, no sería un romance.

— Vale, quiero ese entonces.

— Lo traeré. ¿Te avisaron que llegó Greg? — pregunta, cambiando repentinamente de tema. — Trajo a Yan, su hermano.

— Sí, me dijeron que ya habían preparado las habitaciones. ¿Necesitas algo?

— No, todo está bien. ¿Cómo te sientes?

Muevo el pie un poco y me doy cuenta de que ya casi no me duele.

— Bien, creo que estoy lista para volver a la acción.

— Qué bueno, tal vez podrías bajar a cenar con nosotros. Maitê también, por supuesto.

Pienso por un momento. No me parece lo más sensato, considerando que los otros empleados lo verán. Pero no puedo negarme, no después de que me dijo que quiere intentarlo; él está esforzándose.

— Vale, está bien. Una cena puede ser una buena idea.


22



Maitê sostiene mi mano mientras bajamos lentamente los escalones de la escalera. Parece una muñequita con el vestido azul amplio de mangas largas y las medias blancas que Helena y Timóteo trajeron de la ciudad. Estuvo admirándose en el espejo mientras yo cepillaba su cabello rubio.

Entre las pocas ropas que Matteo trajo del chalet, encontré un cárdigan negro que venía en mi maleta, pero que pertenece a Julieta. Me lo puse sobre una blusa azul oscura y combiné con unos jeans; lavé mi cabello y lo sequé con el secador. No estoy usando nada demasiado extravagante para una cena con los amigos de Matteo, pero estoy mucho mejor que antes.

Él nos ve llegar y se levanta de inmediato, viniendo hacia nosotras. Por encima de su hombro, alcanzo a ver a los dos hombres sentados en la mesa.

— Ya iba a buscarte. ¿Por qué no me esperaste? — pregunta con un tono de reproche, inspeccionando mi pie dentro de las zapatillas.

— No vas a estar cargándome por ahí con la casa llena, Matteo — susurro. — Además, Maitê me ayudó a bajar, ¿no es cierto? — pregunto en voz baja, girándome hacia ella.

Matteo desvía sus ojos de los míos para mirar a Maitê, quien pone las manos en la cintura, mostrando su ropa nueva.

— Pareces una princesa — dice, esbozando una sonrisa.

— Gracias, papi. — El tono de Maitê es completamente dulce; está encantada con su padre. Puedo ver cómo el brillo en sus ojos azules se intensifica al pronunciar esa última palabra.

— Vengan, chicas, quiero que conozcan a mis amigos.

Matteo coloca su mano en mi espalda para darme apoyo, y Maitê sigue sosteniendo mi

otra mano con firmeza.

Cuando nos acercamos a la mesa, los dos hombres se ponen de pie. Aunque no supiera que son hermanos, lo tendría claro por los rasgos angulosos de sus rostros y la similitud entre ellos, además del tono rojizo de sus cabellos.

El primero extiende la mano para saludarme, con una sonrisa amable.

— Mucho gusto, mi nombre es Greg Mackintosh.

— Anabela, el gusto es mío — respondo, aceptando el saludo.

El otro es un poco más serio, pero también me ofrece un firme apretón de manos.

— Yan Mackintosh — se presenta.

A pesar de que son muy parecidos, queda claro desde el primer instante que Yan es más reservado que su hermano.

— Y tú debes de ser Maitê. — Greg toma su mano con gentileza y deposita un beso en sus pequeños dedos. Maitê asiente, tratando de contener una sonrisa. — Estoy muy feliz de conocerte. Tu padre y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

— Sí, soy yo, señor. Me encanta su cabello — elogia, visiblemente fascinada con el escocés.

— Y a mí me encanta el tuyo — responde él en tono conspirador.

Me doy cuenta de que han dejado el asiento junto a la cabecera vacío, y Matteo me conduce hasta allí. Maitê se sienta a mi lado.

Elis, Suzi y Helena entran por la puerta trayendo la cena a la mesa y, de repente, me siento avergonzada de estar aquí siendo servida cuando debería estar al otro lado, haciendo mi trabajo. Sin embargo, parecen felices de verme, y eso me tranquiliza un poco. Elis me dirige una sonrisa cómplice, y todas parecen contener una celebración. También me siento contenta de ser lo suficientemente importante como para que Matteo me presente a los pocos amigos que tiene.

— Buen provecho. — Suzi coloca la última fuente en la mesa. Parece que Helena preparó una pasta al horno, y el aroma es maravilloso.

— Gracias, Suzi — digo.

— Gracias, Suzi. Agradece también a Elis y a Helena, por favor — añade Matteo.

Suzi se queda paralizada y es mi turno de contener la risa. No esperaba eso. Matteo ha mejorado visiblemente, y creo que gran parte de este progreso se debe a Maitê.

— ¿Podemos? — pregunta Greg, señalando la comida frente a nosotros.

— Como siempre, muerto de hambre — comenta Matteo, y lo miro asustada, pero me doy cuenta de que ambos están sonriendo.

Es hasta gracioso ver al Presidente testarudo jugando con alguien. No es que no lo haga conmigo, pero nunca lo había visto comportarse así con otras personas. Parece una buena amistad.

Tomo el plato de Maitê y empiezo a servir un poco de la pasta, porque ya noté sus ojitos curiosos observando todo. Y hambrientos.

— Entonces, Anabela, ¿Matteo comentó que eres la ama de llaves? — dice, aunque al final suena más como una pregunta casual.

— Así es — confirmo.

La situación es algo incómoda porque estoy fuera de mi lugar como empleada, pero no parece preguntar con mala intención, solo tiene curiosidad.

— ¿Y ahora estás ayudando a Viturino a cuidar de Maitê?

— Sí. — Intercambio una mirada rápida con Matteo, y la serenidad en sus ojos me hace relajarme.

Greg me mira y luego mira a su amigo, entrecerrando un poco sus ojos claros.

— ¿De dónde eres?

— Por Dios, Greg. Voy a pedirle que llene un formulario completo, ¡chismoso! — dice Matteo, aunque no parece realmente molesto. Creo que siempre se tratan así.

— Soy de São Paulo, mi familia vive allá.

— ¿Y el novio? — pregunta, y Matteo sufre un ataque de tos, creo que se atragantó con

un trozo de carne.

Sospechaba que ya estaban al tanto de mi relación con el Presidente, pero parece que no. Greg debe estar sospechando y está provocando a su amigo para confirmarlo.

— Ah... No tengo — respondo mientras coloco el plato frente a Maitê.

— Qué inoportuno eres, Greg — reclama Yan, pero tiene una sonrisa en la esquina de los labios.

— Típico de él. — Matteo toma un sorbo de vino y niega con la cabeza.

— Fue solo una pregunta inocente, Anabela, sin segundas intenciones.

— Está bien. — Le dedico una sonrisa amistosa.

Matteo se recuesta cómodamente en la silla mientras mira a su amigo.

— Claro que fue inocente. A menos que tu intención sea enfrentarte conmigo abajo, en el ring. Recuerda cómo pega mi puño derecho, ¿no, Mackintosh?

Aunque es solo una broma entre ellos, me encanta ver a Matteo celoso, o casi celoso. Es tonto, pero me hace darme cuenta de que le importo. Greg, sin embargo, celebra. Creo que ese era su objetivo desde el principio.

— Ay, no, Viturino, esta vez no seré tu saco de boxeo. Cada vez que vengo, intentas convencerme de que recibir golpes es un pasatiempo. Esa tarea se la dejo a mi hermano, así tendrás un oponente a tu altura.

Matteo dirige su mirada hacia Yan, creo que analizándolo como oponente, pero antes de que responda a la provocación de su amigo, Helder irrumpe en el comedor con un celular en la mano y una sonrisa enorme en el rostro.

— Perdón por la interrupción, pero la señora Viturino está en la línea. Dice que trató de llamarlo, Presidente, pero no logró comunicarse — explica, ofreciendo el teléfono.

Matteo palpa los bolsillos antes de volverse hacia Helder.

— Creo que dejé mi celular en el despacho. — Toma el otro aparato de las ágiles manos de Helder.

Los cuatro esperamos mientras Matteo decide si levantarse o no de la mesa, pero parece preferir quedarse donde está. Lleva el teléfono al oído antes de hablar.

— Hola, mamá… Sí, dejé mi celular en el despacho…

La expresión en su rostro se transforma en una sonrisa, y me mira por un segundo, compartiendo ese momento conmigo.

— Qué buena noticia. ¿El bebé y ella están bien? — Hace una pausa, y me concentro, tratando de entender si Catarina ya dio a luz. — Sí, ahora eres abuela por segunda vez, Maitê tiene un primito.

Maitê abre la boca, sorprendida, y lleva una mano al pecho. Su reacción me conmueve; después de todo, tener una familia es todo lo que siempre quiso. Y ahora ha ganado un padre, abuelos, tíos y un primo, todo al mismo tiempo.

— ¿Un primito? — pregunta emocionada. — ¿Es un bebé, Belinha?

— Sí, Maitê, hijo de tu tía Cat.

Maitê apoya su cabeza en mi brazo, sonriendo.

— ¡Creo que voy a desmayarme de felicidad! Nunca he tenido un bebé cerca.

Matteo también sonríe, está radiante. Es como si, con cada experiencia feliz, se liberara de una mala, acercándose cada vez más a esa puerta que lo mantuvo atrapado en el pasado durante tantos años.

— … Sí, sé que tiene que conocer al abuelo, a Cat, a Alberto y al bebé. ¿Para Navidad? Entiendo… Es cierto, pedí que abrieran el ala cerrada de la casa, pero… ¿Una fiesta? Creo que no hace falta tanto… — Matteo intenta esquivar la propuesta, pero creo que su madre es más astuta. — Claro que quiero darle a Maitê su primera Navidad en familia…

Ahora la pequeña suelta un gritito y empieza a bailar en la silla. Creo que su entusiasmo termina de convencerlo.

— Está bien, mamá, puede ser, sí…

Helder observa, admirado, y su mano descansa sobre mi hombro, como si quisiera

asegurarse de que yo también esté escuchando lo que Matteo dice. Quién sabe cuánto tiempo hace que esta casa no ve una celebración navideña, y, si depende de mí, será perfecta.

Matteo se despide de su madre y termina la llamada, pero todos lo miramos sorprendidos. Nadie aquí puede creer que Matteo acaba de aceptar hacer una fiesta.

— Es el bebé. Nació — explica, como si nuestra sorpresa se debiera a eso.

— ¿Vas a hacer una fiesta de Navidad, Viturino? ¿Eso fue lo que escuché? — pregunta Greg, por todos nosotros.

— Es solo una reunión familiar, Greg, nada del otro mundo. Y si sigues fastidiándome con esto, no te invito.

— Igual vendría, no me perdería por nada la oportunidad de ver al ave fénix renacer de las cenizas.

Matteo sacude la cabeza, fingiendo una impaciencia que claramente no siente.

— Ah, cállate.

— Mira lo que dijo papá, es feo. — Maitê tira de mi cárdigan, señalando a su padre.

— Lo siento, hija.

— Tienes que disculparte conmigo, Viturino — dice Greg, llevándose un bocado de pasta a la boca.

— Ni lo sueñes.

Una reunión familiar con mucha comida, música, regalos y luces. No puedo esperar para empezar a organizar todo, aunque quizás no participe como invitada.



Los días que siguieron fueron simplemente perfectos. Maitê y yo fuimos a la ciudad a comprar ropa y otras cosas para transformar el cuarto de huéspedes en su cuarto.

Timóteo nos acompañó, y compramos juguetes, colchas de personajes, una televisión

nueva, alfombras, cortinas rosas y un conejo de peluche más grande que ella. Después de que todo quedó listo, la princesa ya no quiso salir de ahí. Ahora solo pide compañía hasta quedarse dormida, pero ya acepta estar en su cama, acompañada por el enorme conejo.

Sin embargo, cuando decidí volver a mi cabaña, el que complicó las cosas fue el Presidente.

— ¿Por qué quieres volver allá? Todos vendrán, pero...

— ¿Todos quiénes? — pregunto, solo para que él escuche su propia respuesta.

— Mis padres, Cat, Alberto y el bebé. Y Greg y Yan se irán, pero volverán para la celebración de Navidad.

— Entonces, con respecto a las visitas, no te preocupes. Ya había dado instrucciones a las chicas para reabrir el ala de al lado, así que las habitaciones están listas para recibir más huéspedes.

— ¡Eres perfecta! — Él toma mi rostro y me da un beso rápido en los labios.

— Hablando de perfección, sería ideal si el señor Presidente entrena sus manos para que se mantengan lejos de mí mientras estén las visitas.

— Ah, mierda... No había pensado en eso.

— Parece decepcionado — digo en broma, satisfecha al darme cuenta de que no soy la única que quiere estar cerca de él.

— Y lo estoy. No se irán antes de Navidad. Estoy seguro, sobre todo por Maitê. Aprovecharán la oportunidad de reunir a la familia. Mi madre, que ahora tiene dos nietos, está en las nubes.

— Eso es verdad.

— Pero puedo escaparme al chalé. ¿Quién sabe?

— Es arriesgado, con tanta gente en la casa.

Pero Matteo no parece dispuesto a perder todo ese tiempo.

— Vale el riesgo, ¿qué problema habría si se enteran?

— No puedes estar hablando en serio...

— Pero lo estoy.

Su respuesta hace que sienta un nudo en el estómago. Estamos avanzando, pero no sé exactamente qué somos o en qué nos vamos a convertir.

— Entonces me voy al chalé hoy, antes de que llegue tu familia, y tú... bueno, sé discreto.

— De acuerdo.

Después de eso, volví a mi chalé, pero Matteo se escapaba de la mansión una que otra noche para dormir conmigo en el sofá cama. Muchas mañanas despertábamos juntos, y él regresaba corriendo antes de que Maitê se levantara.

Greg y Yan realmente se fueron, prometiendo volver para Navidad, y terminé emocionándome con la decoración de la casa. Más entusiasmado que yo, solo el señor Helder, quien incluso se ofreció para ser Papá Noel, lo que me pareció una idea excelente.

Finalmente llegó el día en que los padres de Matteo, Catarina y su familia iban a llegar.

Maitê está ansiosa por conocerlos, y por eso estoy dividiéndome entre ella y las tareas. Las galletas ya están en el horno, horneándose para el café de la tarde; las habitaciones están limpias y listas para alojar a todos; Maitê ya se bañó y me aseguré de que esté más linda que nunca para conocer a la familia. Ahora, con los minutos que me quedan, necesito estar presentable también.

Me pongo una chaqueta de mezclilla sobre el uniforme y unos botines negros que, aunque tienen muchos años, aún parecen nuevos. Me hago un maquillaje básico: base, polvo, rubor, rímel y un labial nude. Mientras me cepillo el cabello, escucho el primer coche estacionarse.

Tomo mis aretes sobre la cómoda y me los pongo mientras salgo del chalé. Catarina está abrazando a Matteo mientras Helder saluda a Alberto. El pequeño Otávio, al parecer, está en el

porta bebé.

— Estás preciosa, Cat — la elogia Matteo.

Ella dirige una mirada desconfiada hacia su hermano.

— ¡Cuánta amabilidad! Gracias.

Me acerco a ellos lentamente y veo una cabecita curiosa asomarse por la puerta de la casa para luego esconderse otra vez.

— ¡Anabela! ¡Qué bueno verte aquí! — Cat me envuelve en un abrazo apretado.

— También es un gusto verte, y Matteo tiene razón, estás realmente preciosa.

Ella me mira, luego a Matteo, y sonríe, desconfiada. Una vez más, estoy llamando al jefe por su nombre. Soy un desastre para mantener la discreción.

Saludo a Alberto después, y mientras Cat y Matteo conversan sobre el viaje, me dirijo hacia la puerta. Maitê está parada allí, escondida y con las mejillas rojas.

— ¿Vamos a conocer al primito? — Le extiendo la mano.

— ¿Y si no le gusto?

Me resulta graciosa su preocupación por el juicio del bebé, pero tal vez, a su edad, aún no entiende que su razonamiento es distinto al nuestro.

— Estoy segura de que le encantarás.

Maitê sostiene mi mano y salimos juntas afuera. Catarina interrumpe la conversación con Matteo y se acerca despacio; tiene los ojos llorosos, y noto que está intentando no llorar. No creo que sean las hormonas del posparto, porque yo también me siento así.

— Hola, Maitê.

— Hola… — Ella arrastra los pies en el suelo y mira hacia abajo, avergonzada por la atención.

— Soy Cat, tu tía. ¿Puedo darte un abrazo?

Maitê asiente y abre los bracitos. Las dos se abrazan, y veo a Cat contener el llanto para no asustar a la niña, pero discretamente se seca una lágrima con el dedo en la esquina del ojo.

— Vamos a ser grandes amigas.

— ¿Tú eres la mamá del primito? — pregunta, poniéndose de puntillas para ver al bebé que está envuelto en las mantas.

— Eso es. Ven, te lo muestro bien, y cuando estemos dentro, podrás cargarlo un ratito.

Matteo hace espacio para Maitê y, mientras ella se estira, él se agacha para quedar a su altura.

— Es muy bonito, ¿verdad?

— Sí, papi, es muy lindo.

Cat se lleva una mano al pecho, emocionada, y yo tengo que tragar el nudo que se forma en mi garganta.

El segundo coche dobla en el camino de tierra y se detiene junto a nosotros. Una pareja mayor baja del vehículo, y supongo que son Clarissa y Leônidas Viturino. Es el chófer quien les abre la puerta.

Clarissa es más baja que su marido y extremadamente elegante; su cabello está perfectamente rizado, y se sube el chal sobre los hombros mientras Matteo la envuelve en un abrazo cariñoso. Luego abraza a su padre, un hombre con un traje impecable, perfectamente alineado, pero cuando pone las manos sobre los hombros de Matteo y sonríe, parece muy amable. No consigo oír lo que dice, pero parece algo bueno.

Matteo llama a Maitê, que corre hacia él. Ella abraza a su abuela, emocionada por volver a verla, y después Matteo la presenta a su abuelo.

Los dejo solos y voy a la cocina para asegurarme de que todo esté listo para el café. Las chicas están terminando de poner la mesa, y mis galletas, que gracias a Helena no se quemaron, están llenando la casa con un aroma delicioso.

Aprovecho el momento para preparar también un poco de chocolate caliente, porque sé que a Maitê y a Catarina les encantará.

Cuando regreso al comedor, las mujeres, incluida Maitê, ya están sentadas en la mesa

sirviéndose. Clarissa tiene a Maitê en el regazo, y Catarina, que está a su lado, está amamantando, completamente encantada. Matteo está conversando con su padre y Alberto, de pie cerca de la ventana, tomando una taza de café, pero el señor Viturino está masticando una de mis galletas.

— Preparé chocolate caliente — digo, dejando la jarra en la mesa.

— ¡Ah, Anabela, tú no existes! — Catarina rápidamente llena su vaso. — Es la ama de llaves, mamá, de la que te hablé. La responsable de todo esto.

Clarissa se levanta un momento, dejando a Maitê de pie junto a Cat.

— Es un placer conocerte, Anabela. Tengo tanto que decirte… Solo “gracias” no es suficiente. — Me abraza con fuerza, y en ese momento me doy cuenta de que nuestra discreción es una tontería; la verdad es que todos saben lo que está pasando.

— No hay nada que agradecer, es mi trabajo — digo, algo incómoda.

Me inclino para ver mejor al bebé, que Catarina acaba de colocar de vuelta en el portabebé y está dormido, ignorando todo el bullicio.

— No es solo tu trabajo, Anabela, sé sincera. ¿Tú y Matteo? — Catarina se atreve a preguntar, y mi cara arde de vergüenza.

— Deja en paz a la chica, Catarina — la reprende Clarissa.

— ¡Solo quiero saber! De hecho, ya lo sé, pero quiero escucharlo de ella o de él.

Maitê levanta la mano para hablar. ¡Dios Santo!

— ¡Yo también lo sé! — grita.

— ¡Tú no sabes nada, Maitê! — respondo. ¡Señor, controla la lengua de esta niña!

Clarissa y Catarina empiezan a reír; estoy completamente acorralada. Miro por encima del hombro hacia Matteo, pero él sigue entretenido en la conversación con su padre y Alberto.

— Está bien. Sí, está pasando algo.

— ¡Lo sabía! — Cat celebra haciendo un bailecito gracioso.

— Pero no sé qué es; no lo entiendo — confieso.

Noto que ambas se miran preocupadas, y Clarissa me pide que me siente en la silla vacía junto a ella, pero antes de que pueda acercarme, escucho un grito al final del pasillo, seguido de algo que cae.

— ¿Qué es eso? ¿Quién gritó? — Catarina se pone de pie de un salto y se aleja, cargando al bebé para protegerlo de lo que sea que haya ocurrido.

Clarissa toma a Maitê de la mano e hace lo mismo, pero yo me acerco a la puerta, siguiendo a Matteo.

Es el señor Helder quien gritó, reconozco su voz.

—¡Helder! —grita Matteo al verlo tirado en el suelo, sobre un aparador de madera que se ha hecho pedazos bajo su cuerpo.

Helder señala hacia el otro lado de la sala, y Matteo se gira para mirar. Sus ojos se quedan paralizados con lo que ven, y su rostro se pone pálido, como si hubiera visto un fantasma.

El señor Leônidas camina hasta donde está Matteo, y su reacción es exactamente la misma: lleva la mano al pecho.

—¿Qué está pasando? —pregunta Cat desde donde está.

Me giro para entender lo que están viendo y noto a un hombre. De pie, con una mochila en la espalda y los ojos muy abiertos, está la copia casi perfecta de Matteo.

Tal vez sea, de verdad, un fantasma.


23



Parpadeo para asegurarme de que lo que estoy viendo es real, pero él sigue ahí, de pie, parado frente a nosotros. Si esto fuera una alucinación, lo vería solo, vestido con su habitual traje gris grafito y con esa audacia brillando en sus ojos. Pero no, está más delgado que antes, con la barba sin afeitar y ropa demasiado casual. Mi padre entra en la sala poco después y se detiene a mi lado, tan impactado como yo, y entonces, Miguel sonríe.

—Hola, papá.

Miro a un lado y lo veo cubrirse la boca con las manos, tratando de contener el llanto, pero yo todavía no consigo decidir si lo que estamos viendo está realmente pasando o si no es más que un sueño. ¿Cómo podría estar aquí? Mi hermano murió en ese maldito accidente.

—¿Miguel? —pregunta mi padre, apoyándose en mi hombro.

—Soy yo, papá.

Anabela está de pie junto a la puerta, y Cat aparece justo detrás de ella, espiando por encima de su hombro. Cuando lo ve, grita y amaga con correr de vuelta, pero se queda donde está.

—¿Cómo puedes estar aquí? —Cierro mis manos en puños, reuniendo toda mi valentía para hablar con el fantasma que me atormenta día y noche—. ¿Volviste de la muerte? Esto es una locura…

—No morí —responde simplemente, y me mira con el mentón en alto.

Mi madre pasa junto a Catarina y corre hacia donde está él, lanzándose a sus brazos, envuelta en un llanto desgarrador.

—Mi niño, mi Miguel, mi amor…

—¡Te extrañé tanto, mamá!

Él la abraza de vuelta, y el sonido de sus sollozos se escucha en toda la casa. Él también parece emocionado. Quiero protestar, pero no puedo, porque todo está pasando demasiado rápido y es como si estuviera en el ojo de un huracán, siendo arrastrado hacia adentro.

Miguel murió hace cinco años. No hay manera de que realmente esté aquí, de pie frente a mí. Observo su imagen, y no hay dudas: por más aterrador que sea, mi hermano realmente volvió de la muerte. Siento alivio al darme cuenta de eso, pero después, la confusión y el choque me dominan, me paralizan.

Debería ser capaz de decir algo, exigir una explicación, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta, y de repente me falta el aire. ¿Qué pudo haber pasado? ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Mi madre toma su rostro entre sus manos y lo besa varias veces, agradeciendo al cielo por el milagro. Catarina le entrega al bebé a Alberto y también se acerca lentamente, con cautela, pero Miguel la jala para un abrazo y la levanta del suelo, como siempre hacía. Entonces, ella se desmorona, llorando ruidosamente.

—¿Eres tú de verdad? —pregunta con la voz quebrada—. ¡Cómo te extrañé!

Miguel acaricia el cabello castaño de Cat, y sus ojos se encuentran con los míos otra vez.

—¿Qué pasó? Huiste después de lo que ocurrió, y supimos del accidente —digo, mientras los recuerdos vuelven con fuerza.

—Matteo, después… —mi padre interrumpe, también avanzando para abrazar a mi hermano.

Quiero alegrarme por su regreso. ¡Joder! Sufrí durante cinco años, sintiéndome culpable por su muerte. Pero esto no tiene ningún sentido, y no puedo evitar hacer preguntas.

—Papá, vi los restos del avión en el mar. Participamos en las búsquedas, hicimos un funeral, velamos un ataúd vacío y estuvimos de luto por mucho tiempo. Nosotros… Yo cargué con la culpa de su muerte durante todos estos años. Tenemos derecho a saber dónde ha estado.

Veo a Maitê acercándose por el pasillo con mirada curiosa, pero entonces Anabela la toma de la mano y la lleva de vuelta a la cocina. Agradezco por eso; no quiero que mi hija lo vea y haga preguntas, no cuando ni nosotros tenemos las respuestas.

—Tiene razón, Leônidas —mi madre coincide. Ella mira a Miguel y toma su mano entre las suyas—. ¿Dónde has estado, hijo? ¿Qué te hicieron?

Miguel mira a nuestra madre, y noto la culpa en su rostro, en su expresión angustiada. Niega con la cabeza, y la verdad comienza a volverse más clara.

—Tienen todo el derecho de estar enojados conmigo por no haber dado noticias durante todo este tiempo…

—¿Me estás diciendo que sabías que nosotros creíamos que estabas muerto y nos dejaste sin noticias a propósito? —pregunto, con la rabia amenazando con romper mi aparente calma.

Feliz. Eso es lo que debería sentir con su regreso, a pesar de todo lo que hizo en el pasado, pero al empezar a entender que nos dejó pensar lo peor intencionalmente durante cinco años…

—Me sentí avergonzado por lo que hice y pensé que lo mejor era desaparecer de sus vidas. No podía seguir cerca de ustedes después de haber…

—¿Estás diciendo que elegiste causarle todo este sufrimiento a tu familia? ¿Hiciste eso? ¿Nos hiciste creer que habías muerto? —Las palabras salen de mi boca como gritos incontrolables. Tengo ganas de cruzar la distancia que nos separa y golpearle la cara, pero, con la misma intensidad, siento un fuerte deseo de abrazar a mi hermano una vez más.

—Lo siento mucho. —Mantiene los ojos fijos en sus propios pies, pero incluso frente a su confesión, mi madre y Cat siguen ahí, sosteniendo sus manos.

—Mamá se enfermó por lo que hiciste, ¡nuestro padre dejó de trabajar! Y yo…

—¡Matteo… basta ya! —suplica Cat entre sollozos.

—¡No, Catarina! Él me traicionó y después destruyó mi vida, me dejó aquí, ahogándome en la culpa mientras se reía a nuestras espaldas. —Miguel me mira, sus ojos azules están

enrojecidos por las lágrimas, pero no dice nada—. ¿Cómo pudiste ser tan egoísta?

No le doy tiempo para responder y ni siquiera creo que podría escuchar cualquier explicación que intente darme; nada justificaría lo que hizo. Camino por el pasillo y entro en la biblioteca porque necesito quedarme solo y tratar de asimilar todo esto.

Cierro la puerta con llave y camino hasta la mesa. Lanzo la lámpara al suelo, que se hace añicos en mil pedazos, destrozada, tal como me siento ahora. Pateo la mesa, que apenas se mueve unos centímetros, y arrojo todo lo que encuentro frente a mí contra la pared.

Necesito desahogarme, descargar la rabia que estoy sintiendo en algo. Veo el ejemplar de La Ilíada que está sobre el sillón y que guardé todo este tiempo porque era el libro favorito del desgraciado. Mientras arranco una por una sus páginas amarillentas, pienso en todo el dolor que Miguel nos causó: en la traición, en las mentiras, en el accidente que probablemente fue una farsa para huir de las consecuencias de lo que había hecho. Pienso en Maitê, que fue dejada en un refugio todos estos años, y en todas las veces que lloré y bebí, sintiéndome culpable por su muerte, una muerte que nunca ocurrió.

Caigo sentado en el sillón y solo entonces logro llorar, después de descargar toda la rabia que oprime mi pecho, impidiéndome respirar bien. Finalmente estaba logrando liberarme del pasado; con Maitê y Anabela había esperanza para mí. Pero ahora todo es oscuridad otra vez, y me veo hundiéndome en un pozo cuyo fondo no alcanzo a ver.



Anabela

Llevé a Maitê fuera de la casa porque Matteo no está en su sano juicio, claramente, y Maitê no necesita ver a su padre en ese estado.

Sabía que algo no estaba bien en el momento en que lo vi, de pie, mientras Matteo parecía haber visto un fantasma. Pero cuando entendí quién era, todo se volvió aún más confuso. Miguel está vivo y, por alguna razón que no entiendo del todo, Matteo no supo cómo reaccionar a eso.

—¿Qué pasó, Belinha? —pregunta Maitê mientras intenta mirar hacia atrás.

—Tu papá está teniendo una conversación importante de adultos —le digo, sin entrar en detalles.

—¿El señor Helder está bien?

Helder. Con todo este lío ni siquiera he podido hablar con él, pero recuerdo haberlo visto levantarse del suelo. El pobre hombre debió haberse caído del susto, y no es para menos, no todos los días aparece un muerto con una mochila en la puerta de casa.

—Sí, querida, no te preocupes.

Maitê corre hacia la cerca y sube por las tablas mientras yo me acerco despacio. Verlos juntos estos días, Matteo y Maitê, fue hermoso, tal vez lo más lindo que he presenciado en mi vida. Y el regreso de Miguel es un milagro de Dios para esta familia que ya ha sufrido tanto. Sé que cuando todo se explique y Matteo tenga su tiempo, finalmente su felicidad estará completa.

El señor Leônidas cruza la puerta trasera y camina en dirección opuesta a la nuestra. Helder viene detrás de él, pero no lo sigue. En lugar de eso, viene hacia donde estoy, observando a Maitê jugar.

—Hola, Helder, ¿está bien?

Asiente, pero luego sacude la cabeza.

—Me asusté.

—¿Quién no se asustaría? Hasta hace poco ese muchacho estaba muerto por varios años y luego aparece así…

Helder se rasca la cabeza y suelta un suspiro preocupado.

—Creo que las cosas van a ponerse difíciles otra vez.

—Solo están en shock, pero lo que ocurrió es un milagro. Cuando pase la sorpresa inicial, tendrán mucho que celebrar.

—Sin duda su regreso es algo bueno, pero no creo que sea un milagro.

Miro más de cerca a Helder. Sus finos cabellos blancos se mueven con el viento, y las arrugas en su frente me dicen que está realmente preocupado. No lo cuestiono; espero un poco hasta que explique lo que quiere decir con eso.

—Por lo que entendí, Miguel quiso mantenerse lejos todo este tiempo, hizo que creyeran que estaba muerto, y por eso el Presidente y el señor Viturino están tan nerviosos.

Con todo este lío, ni siquiera había pensado en eso. Por eso Matteo parecía tan molesto, porque independientemente de las razones, Miguel no los contactó en ningún momento.

—¿Por qué haría algo así? —pregunto, con la cabeza a mil, imaginando miles de explicaciones improbables—. ¿Podría haber sido víctima de un secuestro? ¿O tal vez estuvo en coma...? Un accidente aéreo puede causar algo así.

—Eso solo él podrá responder, pero no es lo que parece. Admitió que los dejó creer que estaba muerto.

Maitê salta por el césped, jugando, sin imaginar el caos que está ocurriendo dentro.

—¿Puede quedarse con Maitê un minuto? Voy a intentar hablar con Matteo.

—Está en la biblioteca, señorita, pero le sugiero que le dé algo de tiempo. El Presidente está confundido y muy molesto.

Helder tiene razón, y por más que quiera ayudar, Matteo necesita espacio ahora, así que acepto. No sé si es seguro regresar a la casa con Maitê, pero necesito llevarla adentro porque la temperatura ya empieza a bajar en la sierra. Tal vez podamos quedarnos en el cuarto por ahora, hasta que todo vuelva a la normalidad.

Entramos en la casa otra vez y, cuando pasamos por la sala, la señora Clarissa, Cat y

Miguel están de pie. Él se acerca a nosotras, con las manos juntas, y cuando está cerca de Maitê, se agacha para quedar a su altura.

—Hola, Maitê. Soy Miguel. —Su voz es firme. Todo en él recuerda al hermano mayor, pero aun así son muy diferentes.

—Te pareces a papá —dice ella, mirándolo con curiosidad.

—Es porque soy el hermano de tu papá.

—¿Qué eres mío, entonces?

—Soy tu tío —responde, esbozando una triste sonrisa.

Miguel se pone de pie y me mira por un segundo. Extiende su mano para saludarme y yo acepto, pero ninguno de los dos dice nada.

—Voy a llevar a Maitê a darse un baño. Con permiso…

Subimos las escaleras hacia el cuarto, y mientras lo hacemos, repaso en mi mente lo que Helder dijo sobre que Miguel los dejó creer en su muerte. ¿Qué significa eso? ¿Por qué Miguel haría algo así?

El único pensamiento que me viene es que le hicieron algo muy malo. Tal vez Matteo y Miguel pelearon por algún motivo, ya que Matteo siente tanta culpa, pero aun así no me parece razón suficiente para una actitud tan drástica como esa. Nada parece justificar dejar a sus padres sufriendo el duelo de perder a un hijo.

No quiero juzgar ni ponerme del lado de Matteo sin entender lo que pasó, pero es difícil cuando pienso en todo lo que él sufrió, cuando imagino a la pobre Catarina llorando por su hermano y a los Viturino haciendo un funeral, mientras el muchacho estaba escondido en algún rincón por ahí.





La única cosa que quizás sea capaz de aplacar la rabia que estoy sintiendo ahora es el boxeo. Quizás sea una alternativa más racional golpear el saco de boxeo en lugar de usar la cara de Miguel como blanco.

Subiendo al tatami, me quito la ropa y busco los shorts que dejé en el mismo lugar el otro día. Me los pongo rápidamente, tomo los guantes, veo las cuerdas y siento el suelo bajo mis pies descalzos, pero mi mente solo puede pensar en toda esta mierda y en la cara de mi hermano, apareciendo así, sin siquiera un aviso previo.

El primer golpe lo lanzo al saco con tanta fuerza que siento cómo me arden los nudillos, incluso con la protección sobre ellos. ¡Desgraciado! No puedo evitar los pensamientos, sigo golpeando sin parar, en un intento inútil de no visualizar las escenas que atormentan mi cabeza, pero es imposible.

No puedo escapar de los recuerdos del pasado. Me acuerdo de lo humillado y traicionado que me sentí al descubrir lo de Miguel y Sofía, y cómo eso, esa doble traición, me destruyó. Recuerdo las cosas que le dije antes de que se fuera de viaje y cómo Sofía salió de casa, de haber deseado incluso que mi hermano nunca volviera, y de cuando lo dieron por muerto, con la caída del bimotor, y de la culpa que acabó con lo poco de hombre que ellos habían dejado de mí. Quise tanto retroceder, retirar las palabras de odio que le dije a Miguel, quise haber actuado de otra manera, cualquier cosa para que no se hubiera ido.

Pero, incluso entre tantas hipótesis y pensamientos, nunca imaginé que él estaba vivo y escondido todos estos años. Esta historia, esta puta mentira, es lo que me pone furioso. Que nos haya dejado aquí, de luto, mientras hacía Dios sabe qué. ¿Qué clase de hombre deja que su madre crea algo así solo para huir de las consecuencias de sus actos?

Un golpe de derecha y el saco se mueve de adelante hacia atrás. Siento cómo el dolor se extiende desde los dedos hasta toda la mano.

Escucho el chirrido de la puerta y deduzco que es Anabela, viniendo a insistir para que coma algo, aunque Helder ya haya hecho lo mismo más temprano. Ellos no entienden que lo único que necesito es aislarme un poco y tratar de poner mis ideas en orden.

Pero cuando me doy la vuelta para decirle que no tengo hambre, es el rostro de Miguel el que me mira desde el otro lado de las cuerdas. Se acerca un poco y no parece inclinado a irse.

— Tenemos que hablar —dice, como si tuviera razón y yo estuviera huyendo de él.

El comentario me hace sonreír, pero no es una sonrisa de buen humor, es de incredulidad.

— ¿Ahora quieres hablar? Llegas tarde unos cinco años.

Miguel pasa por las cuerdas, invadiendo mi espacio. Tiene las manos en los bolsillos y noto que hay cierta cautela en su mirada ante mi reacción, pero no se aleja. Es como un maldito fantasma de esas películas de terror, que una vez que decide atormentar un lugar, nunca se va. En este caso, el lugar soy yo.

Se recuesta del otro lado, manteniendo cierta distancia, pero no la suficiente. Todo lo que quiero es que se largue y me deje en paz.

— ¿Me odias, no? —pregunta, como si eso explicara todo lo que siento.

Pero no hay una palabra que pueda nombrar lo que siento por él. Una parte de mí siempre amará al hermano que creció conmigo, que me seguía a todas partes y tenía una sonrisa fácil, y es por eso que hoy lo odio tanto, porque, por más que me apuñaló por la espalda, su muerte me devastó.

— ¿Qué puta pregunta es esa? ¿No es obvio?

— Entonces, ¿te alegraste con mi muerte?

No puedo creer que me esté arrastrando a esta conversación en contra de mi voluntad, ni que tenga la audacia de hacerme esa pregunta.

— Yo morí con tu muerte, Miguel. —Mi respuesta me hace sonreír otra vez mientras

sacudo la cabeza.— Pero tú no.

Él pone las manos detrás de la espalda y luego me mira, pensativo, como si buscara las palabras correctas.

— Volví porque extraño a mi familia, quiero recuperar el amor y la confianza de ustedes, Mat.

— Olvídate de eso, al menos conmigo. Todos estos años que nos dejaste aquí, pensando lo peor, solo prueban que no eras digno de confianza antes, cuando te acostabas con mi esposa, y que aún no lo eres.

Aunque parece haberse preparado para esta conversación, Miguel cierra los ojos y los aprieta al escuchar la acusación, pero asiente.

— Sé que lo que hice no tiene perdón, pero era un idiota y Sofía...

— No quiero escuchar tus justificaciones, Miguel, porque nada de lo que digas va a borrar lo que hiciste. ¿Te drogó? ¿Te acostaste con la mujer de tu hermano en contra de tu voluntad? ¿Te obligaron a hacerlo?

— No... —No puede dar una mejor respuesta, porque no existe excusa para lo que hizo. — Conocí a Maitê.

Este desgraciado...

Sin poder controlar la rabia, avanzo hacia él, lo agarro por la camisa y lo empujo contra el tatami. Miguel no ofrece resistencia.

— ¡No te acerques a ella! Te lo advierto, Miguel, si insistes en eso, ¡yo mismo te mando de regreso al lugar de donde viniste!

Él extiende las manos contra mi pecho, intentando apartarme, pero no fuerza ni responde a mi ira.

— Mamá me contó todo, Matteo, sobre Sofía y sobre el ADN.

Estoy haciendo un esfuerzo enorme para no golpearle la cara. Este maldito nos dejó, nos mintió y ahora resucitó de entre los muertos. Se supone que debería sentirme bien por eso, pero

no puedo, no cuando todos los fantasmas de mi pasado parecen haber encontrado el camino hacia mí.

— Yo soy el padre de ella.

— Y yo soy el tío —dice tranquilamente.— Soy tu hermano, Matteo. Sé que lo hice todo mal, sé que te hice sufrir y me arrepiento de eso. No pretendo quitarte a tu hija, solo volví porque quiero tu perdón y el de nuestra familia.

— Eres un desgraciado y no tienes alma. Solo no te echo ahora por respeto a nuestros padres. —Todavía sujetando su camisa, lo obligo a ponerse de pie. Miguel retrocede, caminando de espaldas hasta quedar apoyado otra vez en las cuerdas.— Pero puedo sacarte de mi ring y marcar algunos límites. No quiero hablar contigo, así que vete ahora.

— Tendrás que resolver tus asuntos conmigo, Matteo, tarde o temprano.

Prefiero no responder, así que espero a que cruce las cuerdas hacia el otro lado y salga del gimnasio. Solo cuando escucho el sonido de la puerta cerrándose, logro volver a respirar con un poco de normalidad.


24



Anabela deja la bandeja con mi desayuno sobre la cómoda en la esquina de mi habitación. Hoy está aún más hermosa, con su cabello castaño ondulado cayendo en cascada y recogido en lo alto de la cabeza. Lleva un vestido corto con flores, aprovechando la temperatura agradable de esta mañana. El simple hecho de haber subido con la comida hasta aquí me demuestra que me conoce lo suficiente como para saber que no me uniré a mi familia para fingir que todo está bien.

Aún no he encontrado el valor necesario para contarle todo y, considerando que Miguel ahora está aquí y vivo, eso se vuelve más inminente con cada momento. Pero Anabela siempre me mira de una manera tan... buena, que me siento avergonzado al admitir la vergüenza de mi pasado.

— Buenos días, Matteo. ¿Cómo estás?

Me encojo de hombros, porque no sé cómo responder esa pregunta. Estoy aquí, y por ahora eso basta. Mis ojos no se apartan de ella. Anabela es como un bálsamo sobre una herida dolorosa, y por un momento logro centrar mis pensamientos solo en ella y en lo maravillosa que es.

Está tensa, lo cual era de esperarse considerando todo lo que pasó en las últimas veinticuatro horas. También está curiosa, pero no estoy listo para aclarar sus dudas.

— Greg está abajo y quiere hablar contigo —dice, tanteándome.

Sacudo la cabeza.

— Dile que se vaya, no quiero hablar con nadie.

Anabela une las manos frente a su cuerpo y ensaya varias veces para hablar. Noto que

está dudando y sé que estoy siendo difícil, pero en este momento no puedo ser el hombre que he sido en los últimos días. Es como si el regreso de Miguel me hubiera arrastrado de vuelta al pasado, y empiezo a darme cuenta de que un futuro feliz para mí tal vez ya no sea posible. No más.

— Tus padres están preocupados por ti —dice en voz baja.

Paso los dedos por mi cabello y dejo mi portátil a un lado para hablar con ella. Me estoy alejando de todo otra vez, de todos, incluso contra mi voluntad. Pero mientras Miguel esté aquí, mi vida no puede volver a ser lo que era.

— Diles que se vayan, todos ellos. Si mis padres y Catarina se van, él también lo hará…

— Matteo, sé que estás molesto, entiendo que tu hermano los dejó creyendo que estaba muerto y sé que fue un acto egoísta. Estoy de acuerdo contigo y entiendo cómo te sientes, pero, de una forma u otra, él está vivo. Y ustedes dos eran muy cercanos, por lo que sé, ¿no? Les gustaban las mismas cosas y se querían, ¿no?

— Oh, claro que nos gustaban las mismas cosas —respondo con cinismo. Ella no sabe lo que pasó, lo que hizo Miguel, pero Anabela no podría estar más cerca de la verdad con sus suposiciones—, pero eso ya no importa. Solo quiero que se vaya, dile a todos que se vayan.

— No puedo hacer eso. —Sacude la cabeza, como si fuera una idea absurda.— ¿Quieres que yo, la ama de llaves, eche a tu familia de la casa?

— No eres solo la ama de llaves.

— Pero tampoco soy algo que pueda describirse en una sola palabra.

En eso no puedo discutir. Nuestra relación es indefinida y realmente no quiero causar un conflicto entre Anabela y mis padres, justo ahora que se conocieron.

— Entonces pídele a Helder. Alguien tiene que ayudarme —insisto.

Anabela se acerca a donde estoy, quedándose al lado de la cama. Es casi como si fuera un gesto involuntario, sin pensar, pero levanta los dedos y los pasa lentamente entre mi cabello.

— ¿Quieres contarme lo que realmente pasó? ¿Por qué estás actuando así, con tanta

rabia? —pregunta, con su voz dulce de siempre, instándome a abrirme.

Pero niego con la cabeza. Por más que quiera que Anabela esté en mi vida y sea parte de ella, no quiero compartir mi doloroso pasado, no más de lo que ya lo hice. Quiero dividir el pasado y el futuro en dos partes que no se crucen de ninguna manera.

— Lo siento, pero no quiero.

Anabela aprieta los labios, pero no insiste. Solo retira la mano.

— Maitê te extrañó. Está preguntando por ti.

Odio estar haciendo que mi hija pase por esto otra vez, pero no puedo ignorar lo que está pasando y seguir adelante. No puedo salir de este agujero solo, y no sé si estoy dispuesto a aceptar ayuda.

— Dile que no me siento bien, pero que pronto las cosas se arreglarán… Y dile que la amo.

Anabela asiente, pero la expresión en su rostro me dice que está dolida conmigo, porque, obviamente, la estoy colocando al otro lado de la línea invisible que dibujé entre nosotros, marcando mis límites.

— ¿Y qué hago con Greg? Dijo que no se irá sin hablar contigo.

— Entonces que suba —decido al final—. Yo mismo lo echaré.

Anabela asiente y se da vuelta para salir del cuarto. Su vestido floreado gira con el movimiento, llamando mi atención otra vez.

— ¿Dónde está ese uniforme horrible de siempre? —pregunto, tratando de sonar más ligero.

Ella se detiene y se vuelve hacia mí, alisando el vestido, como si encontrara extraña la pregunta repentina.

— Estaban todos sucios, sé que no debería, pero…

— ¿No deberías? Sabes que puedes usar lo que quieras, más aún si eso me libra de tener que verte con esa cosa horrible. Eres hermosa, pero lo eres aún más sin esa cosa.

Ella sonríe de forma triste y agradece el cumplido. Anabela es la luz en medio del caos, y si no fuera por ella, y ahora por Maitê, no estaría soportando tanto; ya habría sucumbido.

— Quisiera poder volver a aquellos días. Solo tú, Maitê y yo.

— Yo también quisiera. —Anabela cierra la puerta, dejándome solo otra vez.

Pero no por mucho tiempo, ya que Greg llega unos minutos después. Entra en el cuarto y cierra la puerta detrás de sí. Está vestido con ropa de gimnasio, lo que me dice que vino corriendo tan pronto como supo de todo este lío.

— Vine en cuanto me llamó tu madre, Viturino. —Arrastra una silla para sentarse al lado de la cama—. ¿Qué mierda pasó aquí?

— Te agradezco que te preocupes, pero no quería que vinieras. No quiero hablar con nadie.

Greg ignora lo que digo, sacudiendo la cabeza, dejando claro que no me libraré de él.

— No lo creí hasta que lo vi con mis propios ojos. No sé si esto, que resurgiera así, fue valentía o cobardía, pero desde el principio fue una locura.

— Es un egoísta, un desgraciado y un traidor. Pensándolo bien, ahora entiendo por qué se involucraron, Sofía y Miguel son más parecidos de lo que pensaba.

Greg asiente y cruza los brazos sobre el pecho, mirándome con desconfianza.

— ¿Y cómo estás con toda esta mierda? Porque, joder, Viturino, no puedo ni ponerme en tu lugar.

— ¿Cómo podría estar? Siento como si Miguel me hubiera traicionado otra vez. Quiero romperle la cara al mismo tiempo que…

— Al mismo tiempo… —repite, esperando que termine.

— Nada.

Greg no se da por vencido.

— Soy tu amigo, tío. Si dices que quieres perdonar a ese imbécil, intentaré entenderlo. Y si dices que quieres matarlo, te ayudo a esconder el cuerpo.

— No quiero hablar de eso, Greg.

— Lo extrañas, es normal, tío. Son hermanos, se parecen en algunas cosas.

— No me parezco a él —corrijo, porque no voy a dejar que nadie me compare con ese sinvergüenza.

— Claro que no. Pero eran muy cercanos. Todo ese lío pasó y después de eso tuviste que lidiar con el duelo. Solo que ahora está aquí, y está vivo. —Hace una pausa, como si esperara que diga algo—. No puedo ni imaginar lo que pasaste, pero también tengo un hermano al que amo y no puedo imaginar mi vida sin él.

El maldito escocés entiende más de lo que estoy dispuesto a admitir.

— Es raro. Después de todo lo que me hizo, siento tanta rabia, pero al mismo tiempo me siento aliviado de que esté aquí. Quiero matar a Miguel y, aun así… —No puedo terminar la frase, pero creo que Greg también entiende lo que quedó implícito—. ¿Viste a mis padres? ¿Están con él?

— Tu madre y Cat están, pero a tu padre no lo vi.

Greg pone su mano sobre mi brazo.

— No dejes que esto destruya tu felicidad, Matteo. No dejes que esto te arrastre de vuelta al agujero donde estuviste los últimos cinco años. Algunos hombres como yo estamos malditos y nuestra única opción es conformarnos con lo que se puede, pero no es tu caso. Enfócate en las cosas buenas: en tu hija, tu familia, tus empresas y en esa mujer tan hermosa que logró enamorarse de ti cuando ni tú mismo te querías.

Se refiere a Anabela, claro, y no estoy en condiciones de negarlo. Pero algo en su discurso también llama mi atención.

— ¿Maldito? ¿Aún crees en esa tontería? Ya te dije que son supersticiones ridículas.

— Sabes que no lo son —dice, sacudiendo la cabeza—. Mis abuelos, mis padres, son la prueba de ello. Prefiero no arriesgarme, mejor muchas chicas que enamorarme y morir infeliz.

— Esto es ridículo —respondo. Greg tiene esa creencia, basada en una historia medio

folclórica de su familia, que dice que los Mackintosh no pueden amar o alguna mierda así, pura locura.

— No viene al caso ahora, pero sobre tu hermano… No sé qué significa este regreso, no entiendo lo que Miguel quiere, tampoco confío en él, pero quiero que sepas que estoy contigo, que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

— Gracias, Mackintosh. Sé que tengo tu apoyo. Gracias por venir y por insistir en quedarte, eres un buen amigo.

Bajo con Greg para acompañarlo hasta la puerta y, aunque mi deseo sea encerrarme en el cuarto y solo salir cuando ya no quede nadie aquí, la conversación con Greg sigue martillando en mi cabeza.

Esta es mi casa y esta es mi vida. Tengo una hija que me necesita y no tengo ningún motivo para esconderme. Greg se despide de mí con un gesto de cabeza y luego se marcha, dejando una estela de polvo detrás de su coche.

Cuando vuelvo a entrar en la casa, escucho voces que vienen del comedor, por lo que sigo por el pasillo. Dejar de esconderme no es lo mismo que dejar de evitarlos, pero al pasar por la sala de música los veo y mis pies se quedan clavados en el suelo.

Anabela está sentada al piano, iluminada por un rayo de luz que entra en la sala a través de las cortinas, y mi hermano está sentado junto a ella.

Miguel la mira directamente a los ojos y escucho sus siguientes palabras:

— Claro que no, pero ¿sabes el poder que tiene una mujer hermosa y astuta sobre la mente de un hombre deslumbrado?

Siento un fuerte pinchazo en el lugar donde debería estar mi corazón. Durante todos estos años creí que ya no lo tenía, hasta ahora, cuando me doy cuenta de que siempre estuvo ahí, solo que estaba demasiado destrozado para sentir algo. Pero Anabela hizo que volviera a latir y, en este momento, arde de la peor manera en el centro de mi pecho, consumido por los celos.



Anabela

La melodía suave de la música suena cada vez más fuerte a medida que me acerco a la sala de música. Estaba quitando el polvo de los muebles en el vestíbulo de la casa cuando la escuché por primera vez, y la curiosidad me llevó a seguir el sonido por el pasillo hasta quedar parada frente a la puerta.

Miguel está tocando, y lo hace con maestría. Sus anchos hombros suben y bajan al compás de las teclas mientras el ritmo se intensifica.

Retrocedo un paso, intentando no hacer ruido, pero el suelo cruje y Miguel deja de tocar, se gira y me ve. Percibo una ligera expresión de decepción en su rostro, o tal vez solo sea imaginación mía.

—Hola —saluda, amable.

—Hola. Siento mucho haberte interrumpido. Escuché la música y sentí curiosidad. Nunca había visto a nadie tocar aquí.

Él hace un gesto despreocupado con la mano y sonríe.

—No pasa nada, solo estaba matando la nostalgia de este piano.

Miguel se gira de nuevo hacia el instrumento, pero continúa hablando conmigo.

—Mi hermano compró este piano para mí porque le gustaba verme tocar. —Desliza los dedos suavemente sobre las teclas, con un gesto nostálgico, y termino entrando en la sala, acercándome un poco más. —Pensé que, quizá, si tocaba, él recordaría los buenos momentos que pasamos juntos. —Miguel me mira otra vez. —Fueron muchos. Más buenos momentos que

malos, eso te lo aseguro.

—Por desgracia, los momentos malos marcan más que los buenos, ¿no? —pregunto, aunque no entiendo muy bien a qué se refiere.

—Sí. Tienes razón.

Quizá Miguel pueda contarme qué pasó entre ellos para que finalmente entienda todo y así pueda ayudar a Matteo a superarlo.

—Miguel, sé que quizá te parezca raro que pregunte esto, soy solo la ama de llaves, pero…

—Anabela, sé que no eres solo la ama de llaves, Catarina me contó. Pregunta lo que quieras. —Sonríe amablemente y veo sinceridad en su mirada. Miguel se aparta un poco para que pueda sentarme.

Miro a los lados y decido aceptar la invitación implícita. Después de todo, él tiene las respuestas que busco.

—¿Qué pasó entre ustedes? —pregunto, sentándome a su lado. —¿Por qué desapareciste todo este tiempo?

Miguel respira hondo antes de empezar. Ni siquiera puedo creer que por fin voy a escuchar la historia completa.

—Matteo estaba casado…

—Lo sé. Sofia, la madre de Maitê.

—¿Sabías que ella lo engañó?

Asiento y hago una mueca involuntaria. No puedo imaginar que una mujer pudiera traicionar a un hombre como Matteo.

—Sofia era hermosa, pero astuta, manipuladora… Los dos no se llevaban bien, y ella hacía parecer que Matteo la abandonaba y que eso la hacía sentirse sola.

—Él no es así —lo defiendo.

A pesar de todo, lo tuve conmigo durante varios días y, poco a poco, pude vislumbrar al

hombre que fue alguna vez, antes de ella. Estoy convencida de que Matteo es el mejor, y quizá esto sea solo mi corazón necio hablando más fuerte.

—Claro que no, pero ¿sabes el poder que tiene una mujer bonita y taimada sobre la mente de un hombre deslumbrado?

No entiendo adónde quiere llegar, pero antes de que tenga oportunidad de averiguarlo, escucho pasos rápidos dentro de la sala. Ambos nos giramos para ver quién es, y todo sucede tan rápido que no alcanzo a seguirlo bien.

Matteo parece otra persona, sus ojos son como dos cuchillas afiladas, y la expresión cercana a la locura me dice que está fuera de sí. Me toma del brazo, obligándome a levantarme, y luego me aparta de Miguel. Odio la forma brusca en que lo hace.

Agarra a Miguel por la camisa y de un puñetazo lo tira al suelo. Matteo patea el banco junto al piano, mandándolo lejos también.

—¡Matteo! —grito, asustada.

Clarissa y Catarina deben haber escuchado el ruido, porque llegan rápidamente. Mi rostro arde de vergüenza por la escena que no tiene ningún sentido.

—¡Anabela es mía! —dice en voz alta, señalando con el dedo, amenazando claramente a su hermano. —¡Aléjate de ella, Miguel!

—¡Paren con esto! —exige Clarissa, colocándose entre los dos—. ¡Basta de desgracias en esta familia!

—Todo es tuyo, ¿no, Matteo? —Miguel se levanta lentamente, con una mano sobre la nariz, que está sangrando. Coloca el banco en su lugar, como si analizara cada movimiento—. ¿Y yo soy el egoísta?

Creo que esa frase solo enfurece más a Matteo, porque avanza nuevamente contra su hermano, pero Clarissa se interpone, manteniendo las manos apoyadas en el pecho de su hijo mayor, intentando evitar que se acerque al otro.

—¡Leónidas! —llama a su esposo—. ¡Helder!

Catarina toma mi mano, consolándome, y solo entonces me doy cuenta de que estoy llorando.

—¡Lo compartí todo contigo, Miguel! ¡Tú lo eras todo para mí, hijo de puta! —dice Matteo, y creo que ni se da cuenta de que está insultando a su propia madre.

El señor Viturino pasa junto a mí y a Catarina, con Helder siguiéndolo de cerca.

Miguel parece avergonzado y no responde al insulto de su hermano.

—Lo sé, Matteo, fui un idiota, ¿está bien?

—¡Vete al infierno!

—Chico Matteo… —interviene Helder, con tono suplicante.

Leónidas toma el lugar de su esposa y empuja a Matteo hacia atrás.

—Tienes que calmarte —dice, con voz firme.

—Cometí un error —insiste Miguel, tratando de disculparse.

Las piezas comienzan a encajar en mi mente. ¿Por qué se disculparía tanto? Solo estábamos hablando.

—Siempre cometiste errores en tu vida, y yo siempre estuve ahí para cubrirte, hasta que también me jodiste a mí.

—¡Matteo! —Leónidas alza la voz, su rostro cada vez más rojo.

—¿Ahora entienden por qué no podía volver? —dice Miguel, al borde de las lágrimas—. Sé que él nunca me va a perdonar, ¿y quién lo haría? Era mejor quedarme muerto, eso era lo mejor.

—¡Basta! —grita Leónidas, volviéndose hacia Miguel—. No habrías tenido que regresar si nunca te hubieras ido. ¿Fingir tu propia muerte? ¿Crees que la vida es una película? Un Viturino asume sus errores y lidia con las consecuencias. Eso fue lo que les enseñé a los tres. —Se gira hacia Matteo nuevamente—. Y tú… Sal de ese maldito cascarón, cuida de tu hija, sigue con tu vida. Hagan lo que quieran, no tienen que ser amigos, después de lo que pasó ya no tengo esperanzas de eso, pero soy padre de los dos, y eso nunca va a cambiar. Tu madre está sufriendo,

Catarina también, y ustedes dos solo piensan en su propio dolor.

Ahora lo entiendo. Nadie tiene que decirme nada más. No después de las palabras que Miguel me dijo al principio. Todo finalmente tiene sentido y estoy asqueada.

Por eso dijo que ella era manipuladora. Estaba justificándose antes de contar lo que le hizo a su hermano. Por eso fingió estar muerto, porque no quería enfrentar el hecho de que lo habían descubierto.

—Me voy —dice Miguel, con orgullo. Da la vuelta alrededor del piano, pero Catarina se interpone en su camino.

—Quisiste volver, así que ahora te quedas aquí. ¿Quieres matar a nuestra madre? Sé sensato por una vez en la vida.

Miguel aparta la mirada de Catarina y me observa por dos segundos, tiempo suficiente para que Matteo piense que lo hace con segundas intenciones.

—Puta madre…

—¡Matteo! —Leónidas lo reprende otra vez.

—Lo siento, papá, pero esto es demasiado para mí. —Se acerca hasta donde estoy, toma mi mano con firmeza y luego me lleva fuera de la sala.

Repaso todo lo que escuché mientras lo sigo por el pasillo. Mi visión se nubla con las lágrimas acumuladas en mis ojos, pero seguimos caminando.

Empiezo a comprender que me he metido en algo mucho más grande. Matteo no me ama, no está listo porque le destrozaron el corazón hace mucho tiempo, y quizá no haya forma de repararlo.

Pero yo definitivamente lo amo, y estoy destrozada por entender finalmente el dolor al que fue expuesto. Una traición como esa no solo trae vergüenza y decepción, deja cicatrices mucho más profundas.


25



Anabela se suelta de mi mano tan pronto como entramos en su habitación, en el chalet. Parece alterada, porque ahora sabe todo, ya que nuestra discusión dejó las cosas muy claras. Al menos no tendré que explicarle nada.

Ver a los dos así, tan cerca, me llenó de una furia incontrolable, y escuchar sus palabras fue el detonante de mi ira. Mis padres siempre dijeron que Miguel heredó su carácter fuerte de mí, y él simplemente no sabe dejar pasar las cosas, aunque esté completamente equivocado. Aun así, hoy se esforzó por no responder. Yo quería que lo hiciera, al menos así habría podido descargar toda la rabia que todavía siento.

—Anabela, voy a preguntarte solo una vez y no quiero escuchar mentiras. ¿Qué estaban haciendo ustedes dos ahí solos?

Ella pone las manos en la cintura y parece sentirse ofendida con la pregunta, pero en este momento no me importa; de cualquier manera, necesito saber la verdad.

Anabela niega con la cabeza y su mirada es una mezcla de enojo y lástima, una combinación que detesto.

—Matteo, no soy Sofía —dice, marcando cada palabra.

—No dije que lo fueras, responde lo que te pregunté.

Se ríe con cinismo. Odio eso. Si no quiere parecerse a ella, no debería actuar como ella y hacerme revivir el pasado.

—Escuché la música y fui hasta allá. Empezamos a hablar, y quise preguntarle qué pasó entre ustedes. Me senté a escuchar su versión. Solo fue eso.

—¿Querías escuchar su versión?

Camino sin rumbo por la habitación. Mis emociones están a flor de piel, y la inseguridad me empuja hacia atrás otra vez. Siento todo como antes. Los celos son una fuerza peligrosa, y me están dominando. Es desesperante imaginar que ella pudiera hacer algo así.

—Quería escuchar tu historia, pero nunca quisiste contármela.

Me doy vuelta para quedar frente a ella. Anabela está nerviosa, y cómo no estaría. Todo esto, toda esta mierda saliendo a la luz, es demasiado para cualquiera.

—¿Y él te dijo lo que hizo? ¿Te dijo que se folló a mi esposa? —Anabela comienza a llorar otra vez y cubre su rostro con las manos—. Eso es lo que querías saber, ¿no? ¿Estás satisfecha ahora?

—No sabía que era eso. Pensé que estabas enojado por otra cosa —dice entre sollozos—. Jamás habría imaginado algo así.

Recuerdo las palabras de él.

"¿Sabes el poder que tiene una mujer hermosa y astuta sobre la mente de un hombre deslumbrado?"

—Estaba tirándote los trastos —concluyo, aunque ella lo niegue.

—¡Tú todavía debes quererla, porque después de tanto tiempo no puedes superarlo! Claro que no estaba haciendo eso y, aunque lo hiciera, deberías saber que yo no lo haría.

—No tiene que ver con quererla, tiene que ver con él. Miguel es el problema —explico lo que para mí es obvio—. Ella era mi esposa, ¿pero él? ¡Él es mi hermano, joder!

Anabela sigue negando con la cabeza, como si todo lo que digo fuera mentira. No puedo creer que esto esté pasando.

—Por eso no quería involucrarme, porque no estoy listo —admito.

—¡Porque no confías en las personas! —me responde, todavía llorando.

Mierda.

—Eso. Si quieres saber la verdad, no confío en nadie —admito—. Es mejor terminar con esto antes de que te hagas más daño. No mereces estar en medio de este caos, y yo no tengo la

cabeza para una relación. Estoy jodido, ¿no lo ves?

—Matteo, te juro que no fue nada de eso.

—¿Sabes qué es lo peor? Sé que estás diciendo la verdad, pero eso, las palabras de él hacia ti, van a seguir carcomiéndome, y siempre voy a esperar lo peor de todos.

Escucho sus sollozos. Tal vez estoy siendo demasiado cruel, pero dar falsas esperanzas es aún peor. En el fondo, siempre supe que las cosas terminarían así; por eso le advertí que no debíamos involucrar sentimientos.

—Vas a seguir trabajando aquí, Anabela. Te dije que esto nunca interferiría en tu empleo, pero lo que pasó entre nosotros fue un error.

Sus ojos llenos de lágrimas brillan como miel líquida y me miran con una tristeza profunda. Me duele saber que estoy causando eso, pero es por autopreservación. No puedo amar: no puedo pasar por esto otra vez, no lo soportaría.

—¿¿Un error??

—Me precipité y pido disculpas por eso.

Anabela asiente, pero cuando se aleja de mí, tambalea hacia atrás, como si fuera a caer. Por suerte, logra apoyarse en la cómoda a tiempo, y me acerco instintivamente.

—¿Te sientes bien? —pregunto.

—Claro que no, idiota. —Hace un gesto con la mano para que me aleje—. No es nada. —Anabela se recompone, se arregla el cabello y se seca el rostro húmedo. Ahora apenas puedo mirarla—. Voy a bajar entonces. Ni siquiera he empezado el almuerzo.

—Que se joda el almuerzo, que coman en la ciudad. Tómate el día libre.

—Sí, señor Presidente —dice en un tono respetuoso, pero sé perfectamente lo que significa.

Su respuesta significa que está enterrando de inmediato lo que vivimos juntos. Significa que la lastimé, aunque no fuera mi intención.

Anabela abre la puerta para que salga, y lo hago. Sé que hice lo correcto, pero el camino

correcto no siempre es el más fácil. Ella merece a alguien mucho mejor que yo, un hombre que pueda entregarse por completo, que no tenga miedo de amar, alguien que confíe en ella y pueda ser ligero, que no cargue el peso del mundo sobre sus hombros.

Tan solo pensar en eso, en Anabela con otro hombre, hace que me duela el corazón, pero ya me he acostumbrado al dolor. Convivo con él desde hace mucho tiempo, y prefiero mi dolor al de ella.





Sigo hacia la casa, aunque no sea lo que realmente quiero. Me seco las lágrimas en un intento de que no noten cómo me siento, pero sé que probablemente mis ojos ya están hinchados y me delatan. Lo único que quiero es esconderme en el chalet y llorar todo el día, pero no puedo darme ese lujo, consciente de que notarían mi ausencia y vendrían a buscarme.

Antes de entrar, sin embargo, me encuentro con el señor Hélder. Parece perdido en sus pensamientos, pero nota mi presencia cuando me acerco.

—¿Todo bien, niña? —pregunta, levantando el rostro que antes miraba al suelo.

—En lo que cabe. —Fuerzo una sonrisa para no preocuparlo.

No funciona, porque no me la devuelve y sacude la cabeza.

—Sé que no debe ser fácil lidiar con su desconfianza, sin motivo. Fue muy duro para él cuando descubrió lo de los dos, Matteo y el chico Miguel eran muy cercanos.

Ahí está algo que no me entra en la cabeza. Tengo a Julieta, y jamás la traicionaría de esa

manera, y estoy absolutamente seguro de que ella tampoco lo haría conmigo.

—Todo el mundo dice eso, pero, si realmente eran tan amigos, Miguel no habría hecho lo que hizo —digo, revelando lo que pienso.

Hélder se encoge de hombros.

—Nadie sabe lo que pasó por su cabeza, pero probablemente se enamoró y no pudo resistirse, no cuando ella lo tentaba a cada momento.

—¿Usted trabajaba con ellos? Sé que está con la familia desde que eran niños, pero me refiero a Matteo y Sofía.

—Me mudé con el Presidente cuando se casaron, yo cuidaba de la casa que tenían en la ciudad. Él trabajaba todo el día y ella se quedaba en casa, pero no éramos cercanos.

—¿Desconfió, Hélder? —pregunto, intrigada por cómo sucedieron las cosas.

—No de Miguel, nunca imaginé que caería en las artimañas de ella. Pero Sofía no era tan discreta, parecía provocarlo siempre, aunque intentaba justificarlo, pensaba que no se daba cuenta de lo que hacía. Nunca pensé que realmente estuvieran involucrados.

—Esta historia es surrealista…

—Y eso los destruyó a todos. Matteo no puede perdonar ni olvidar, y con razón.

Me acerco un poco más, la curiosidad superando la rabia que siento hacia Matteo en este momento.

—¿Qué hizo él cuando lo descubrió?

Hélder guarda silencio por un momento, y llego a pensar que no me va a responder, pero vuelve a hablar después de un rato.

—Los dos tuvieron una pelea terrible. Miguel salió de la casa trastornado y juró que se iría del país, que se alejaría de todos ellos. Pero entonces ocurrió el accidente aéreo.

—Que él inventó…

—Sí, probablemente pagó a alguien para estrellar aquel avión en el mar y que nunca encontraran su cuerpo. Creo que fue demasiado para él, la culpa.

—Me lo imagino, pero mentir así a la familia…

—Tampoco fue una buena opción, claro. Lo mejor habría sido que ninguno de ellos conociera a Sofía.

Asiento, pero luego reconsidero.

—Al menos ella nos dio a Maité.

—Que también sufrió mucho por culpa de su madre. Esa mujer parece un mal augurio, llegó y destruyó todo a su paso.

—¿Cree que Matteo estará bien algún día? —Hago la pregunta que no deja de darme vueltas en la cabeza. Quiero creer que logrará superar todo esto, pero cada día me doy cuenta de lo arraigado que está en él.

Hélder parece reflexionar un momento sobre eso.

—Pensé que ustedes dos se entenderían —dice finalmente—. Vi cuánto hiciste diferencia en su vida, pero Miguel reapareció y todo se vino abajo. Ya no sé si el amor es suficiente frente a algo así.

Asiento, comprendiéndolo. Tiene toda la razón: Matteo necesita ayuda, aunque no parezca considerar la idea de rendirse a la terapia.

Dejo a Hélder con sus pensamientos y entro a la cocina. Elis y Helena están sentadas a la mesa, una escogiendo frijoles mientras la otra corta algunos pimientos.

—Hola —me saluda Elis al verme entrar. Me miran con lástima, lo que me hace entender que ya saben sobre la pelea de esta mañana—. ¿Todo bien?

—Lo estará. Vine a avisar que no voy a preparar el almuerzo hoy. El Presidente dijo que estaba bien y realmente no me siento con fuerzas para hacerlo.

—No te preocupes, ve a descansar. Yo me encargo de la comida —se ofrece Helena.

—¿Estás segura? Él dijo que no había problema…

—No hay problema, puedes ir tranquila, y si necesitas algo, mándame un mensaje.

Asiento con la cabeza y salgo por la puerta trasera de la cocina. Hélder ya no está a la

vista, pero la señora Clarissa sí, y me llama a gritos. Definitivamente, este no es un buen momento, pero no puedo simplemente ignorarla. Pobre, ella no tiene la culpa de nada.

Me aseguro de que mi rostro no esté húmedo antes de girarme para mirarla, pero una vez más siento que todo a mi alrededor está girando. Definitivamente, no me siento bien.

—¿Cómo estás? —pregunta, sujetando mis brazos con preocupación.

—Estoy bien —miento, aunque ambas sabemos que no estoy siendo sincera—. Fue un malentendido, lo juro.

—Lo sé, querida —responde, tomando mis manos entre las suyas—. Matteo tiene un trauma, y eso no tiene nada que ver contigo. —Suspira, pensativa—. Ninguno de nosotros está en su sano juicio después de todo lo que ha pasado, esa es la verdad. Hace dos días mi hijo estaba muerto, y ahora está aquí. Siento que estoy en un sueño, y tengo miedo de despertar. —Clarissa sonríe, y sus ojos brillan al hablar del regreso de Miguel—. Pero ver a Matteo así me destroza. Leônidas también está muy afectado, y no sé qué hacer.

Entiendo lo que quiere decir. Está dividida entre los dos, y como madre, esta debe ser una situación muy difícil.

—No creo que Matteo odie a su hermano tanto como para preferir que no hubiera vuelto, si te soy sincera —digo, dando mi opinión—. Creo que sufrió mucho con su ausencia y con el pasado, y ahora está enojado porque Miguel mintió.

—Mat amaba mucho a su hermano. ¿Y sabes qué es lo peor? Miguel también lo adoraba. No sé cómo pudo pasar algo así. Me gustaría decir que la culpa fue de Sofía, pero no puedo eximir a Miguel de lo que hizo.

—Solo no cargues tú también con este peso —le digo, reflexionando sobre lo que cuenta —. Deja que el destino decida el rumbo de las cosas.

Clarissa asiente y parece meditar sobre mis palabras, pero Maitê sale corriendo de la cocina y se coloca entre nosotras, abrazando mis piernas.

—¿Dónde estabas? Desapareciste. —La pequeña hace una mueca, como si estuviera muy

molesta.

—Lo siento, princesa, estaba resolviendo algunos problemas.

—¿Jugamos? —pregunta, animada, ignorando los problemas de los que hablaba.

Lo único que desearía ahora es poder volver a ser niña. Mirando a Maitê, me doy cuenta de cuánto las cosas que hieren a los adultos no afectan a los niños. Viven en un mundo solo suyo.

—Quiero que te quedes con tu abuela hoy, y si necesitas algo, pídeselo a Elis, Suzi o Helena, ¿de acuerdo? Necesito descansar un poco.

Maitê no parece estar de acuerdo, pero asiente con la cabeza, y la envuelvo en un abrazo fuerte. Hemos pasado las últimas semanas juntas, y la cuidé como si fuera mi hija. Me he encariñado tanto con Maitê que sé que estar lejos de ella va a doler. Solo de pensarlo, siento un nudo formarse en mi garganta.

—Pórtate bien, ¿vale?

—Sí. —Se pone de puntillas para besarme la mejilla.

Las dejo con la sensación de que estoy abandonando una vida entera. Me enamoré de Matteo y tuve la esperanza de que podría salvarlo, pero la verdad es que el proceso de curación es individual y depende únicamente de él. Tiene motivos más que válidos para sentirse impotente y desconfiado, y necesita ayuda. El amor nos hace querer ser mejores, pero no cura solo las heridas del alma.

Matteo sigue atrapado en el pasado, en el matrimonio tormentoso, la traición, la muerte y las mentiras de su hermano. Lo que siente por mí no fue suficiente para cerrar esa puerta.

Bajo al chalet y comienzo a guardar mis cosas en la maleta. No he dicho nada a nadie, pero no puedo seguir trabajando aquí después de todo. No podría mirarlo sin poder tocar su piel después de haber probado sus besos. No podría fingir que nunca pasó, porque nuestros momentos fueron muy reales para mí.

Es hora de volver a casa. Estar cerca de mis padres y de Julieta me ayudará a olvidar lo que viví aquí. El dinero hará falta, claro, pero puedo encontrar otro trabajo y seguir estudiando.

Mi vida seguirá sin Matteo.

El día transcurre lentamente, y quedarme aquí sola, sin una ocupación, solo empeora las cosas. Me paso el tiempo reviviendo mi rabia y repasando las palabras de Matteo en mi cabeza. Sus cambios de humor me destrozan.

No quise arriesgarme a pedirle un aventón a Timóteo, porque seguramente se lo contaría todo a Matteo. Por eso, espero hasta que todas las luces de la casa estén apagadas, y solo entonces salgo del chalet.

Llevo una mochila en la espalda y una maleta en la mano. Siento mucho irme así, sin despedirme de nadie, pero no quiero darle a Matteo la oportunidad de cambiar de opinión solo para repetir todo el proceso otra vez. Él fue sincero desde el principio: dijo que era inestable y dejó muy claros sus objetivos. El error fue mío al creer que podía involucrarme sexualmente sin enamorarme de él.

Miro por última vez la casa que aprendí a amar y que, con mucho trabajo y cariño, se transformó en un hogar. Pienso en Elis, Suzi y el señor Hélder, mimándome a cambio de una botella de chocolate caliente. Me recibieron bien desde el primer día, y sé que los voy a extrañar.

Pienso en Maitê durmiendo en su pequeño cuarto. Va a sufrir cuando sepa que me fui. Sé que puede sentirse abandonada otra vez, y quisiera poder evitarlo, pero, lamentablemente, no hay otra opción. No soy su madre, aunque por un momento me haya permitido esa ilusión.

No puedo quedarme aquí, a disposición del señor Presidente, buscando migajas de su amor, esperando ansiosa los días buenos. Y, al final, pienso en él, despierto, sentado en el rincón de la habitación oscura, bebiendo su whisky y, como siempre, perdido en el pasado.

Mientras me alejo de la casa, bajando por el camino principal, recuerdo nuestro primer beso en la biblioteca y cuando lo encontré desnudo en el baño. Recuerdo nuestra primera vez y ese día en el ring de la academia. Mis ojos se llenan de lágrimas, y vuelvo a llorar. Nunca debí aceptar este trabajo; desearía nunca haber conocido a Matteo.

Mis botas resbalan un poco sobre las piedras del camino empinado, y necesito detenerme

algunas veces para descansar. Cuando llego a la carretera principal, siento mis piernas temblando por la caminata, y los nudillos de mis dedos están adoloridos por el peso de la maleta. Pero esta es una carretera transitada, ya que da acceso a varios chalets y posadas en la sierra, lo que me hace sentir más segura.

Un coche viene despacio, dirigiéndose hacia la ciudad. Dos mujeres muy bien vestidas me saludan, y me imagino que van a dar un paseo por la ciudad, a pesar de que ya es bastante tarde.

—¿Está todo bien? —pregunta la mujer que está conduciendo.

—Sí, gracias. —Me acerco a la ventana—. ¿Podrían darme un aventón hasta la ciudad?

—Claro. Súbete, veo que esa maleta está pesada —dice, desbloqueando las puertas.

—¡Muchas gracias de verdad!

Me siento en el asiento trasero y vuelvo a cerrar la puerta. Respiro hondo, tratando de mantener la calma. Sé que debo irme, pero la culpa me duele como un dolor físico. Todo mi cuerpo duele.

Saco el celular del bolsillo de mi abrigo y le envío un mensaje a Julieta, avisándole que voy camino a casa y que me gustaría que me esperara despierta.

Las mujeres me dejan en una parada de taxis, y agradezco su generosidad. Un señor bajito y muy amable acepta llevarme hasta São Paulo, a pesar de la hora. Su amabilidad compensa el precio absurdo del viaje, pero no me quejo. Dormir en algún hotel aquí en el centro también me costaría, y mañana igual necesitaría el taxi.

Además, no puedo esperar más para estar en casa y desahogarme con mi hermana.

Me pongo los auriculares para distraerme durante el trayecto, pero aun así mis pensamientos vuelven a Matteo.

Pasan de las tres de la mañana cuando el taxi se detiene frente a mi casa. La luz del cuarto de Julieta está encendida, y un minuto después abre el portón y viene a ayudarme con las maletas. Me abraza con fuerza, y todo el dolor regresa. Julieta ya sabe que algo pasó, y su abrazo

significa que tendré su apoyo, sea cual sea el problema.

—¡Qué ganas de verte! —dice, frotándome la espalda—. ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, conteniendo el llanto. Creo que todavía no puedo hablar de todo lo que pasó.

—Está bien, vamos adentro.

Pago la carrera del taxista antes de seguir a mi hermana hacia adentro. Solo cuando estamos en el cuarto que solíamos compartir, me permito llorar.


26



No puedo decir que tuve una noche reparadora de sueño, no después de todo lo que pasó, primero con Miguel y luego con Anabela. Cometí una gran estupidez al involucrarme, porque ahora no dejo de pensar en ella y también porque sé que la herí al no estar listo. Yo debería haber sabido que lo que pasó entre Miguel, Sofía y yo en el pasado era irreversible, y no haber intentado encontrar una salida a algo que nunca me va a dejar.

Sin embargo, Maitê está aquí, ella también es para siempre, y voy a dedicar el resto de mis días a, al menos, ser un buen padre para ella. Mi hija no tiene culpa de mis errores, y mucho menos de los errores de su madre, quien ni siquiera llegó a tener de verdad.

Por eso, aunque no tenía ganas, acepté ir con ella al lago para un picnic. La actividad y el lugar me recuerdan al día en que estuve aquí con Anabela, antes de que se instalara el caos y antes de que Maitê llegara. Son recuerdos que ahora son tristes, porque sé que no se van a repetir, pero aun así, es mejor estar aquí, invadido por las memorias de Anabela, que estar en la casa, teniendo que lidiar con Miguel y con las miradas acusadoras o lastimeras de todos a mi alrededor.

—Papito —Maitê me llama, y eso me arranca una sonrisa, a pesar de todo—, este lugar está muy padre, deberíamos haber invitado a Belinha.

Belinha. Maitê también se encariñó demasiado con Anabela, pero, a diferencia de mí, ellas todavía pueden ser cercanas.

—Puedes invitar a Bela para que venga otro día, solo ustedes dos, va a ser divertido.

Pero Maitê no parece compartir la misma opinión.

—Tienen que venir los tres, me gusta cuando estamos así.

Sí, a mí también me gusta.

—¿Y qué tal si te sientas aquí conmigo ahora? —le digo, señalando la manta sobre el césped—. Vamos a comer este pastel que el papá trajo.

Maitê viene dando saltitos hasta donde estoy y se sienta. Su vestidito amplio se acomoda a su alrededor. Su cabello claro está recogido en una coleta alta y sus ojos claros me miran con expectativa.

—¿También hay chocolate caliente?

—No, pero hay refresco —le respondo.

No tendría el descaro de pedirle chocolate o cualquier otra cosa a Anabela después de todo lo que le dije ayer, por respeto, pero principalmente porque no me siento listo para enfrentarla. Sé que si la tengo a pocos metros de mí, no voy a resistirme, y acabaré empeorando nuestra situación. Va a ser muy difícil mantenerme lejos de ella después de tantos días buenos, después de sentir su calor durmiendo conmigo, de sus besos deliciosos por la mañana y de su melena esparcida sobre la almohada.

Va a ser muy difícil renunciar a ella, pero no hay otra alternativa que no sea causar aún más sufrimiento a alguien que solo me hizo bien, así que mejor que sea así.

—Está bien, me gusta este refrecante.

Maitê acepta la botellita que le ofrezco, coloca el popote adentro y da un largo trago. Chasquea la lengua, y su boquita queda morada, resultado del colorante de uva en la bebida.

—Papi, las otras niñas, cuando ganan un papá, ¿también reciben una mamá, verdad?

Por Dios… El peor momento para este tipo de conversación.

—Eh, algunas veces sí. Pero las familias están formadas de muchas maneras, hija. Una niña puede tener un papá y una mamá, pero también puede tener dos mamás, dos papás, o solo uno de los dos. Algunas no tienen ninguno y son criadas por sus abuelos.

—Yo soy de las que tiene solo uno, ¿verdad?

—Eso, tienes a tu papá, pero también tienes abuelos y tías. También está Hélder, que te

quiere mucho.

—Y Belinha...

—Sí, y Anabela, que te adora.

—Ella parece una mamá, ¿no crees?

Mierda…

—Sí, creo que parece.

—Sí, y ustedes parecen novios…

En ese momento, con esa frase, me doy cuenta de que no solo jodí mi vida y la de Anabela, sino que también compliqué las cosas para Maitê. La expuse a nuestra relación, en lugar de mantener su cabecita alejada de las cosas que aún no estaban definidas.

— Eso es un poco complicado, hija. Creo que tu papá no está listo para tener una novia, ¿sabes? Quiero dedicarme a ser tu papá ahora, recuperar el tiempo que perdimos.

— Pero los papás pueden ser papás y novios. — Sus ojitos perspicaces me analizan, y yo suspiro.

Quisiera poder explicarle, pero si ni yo mismo consigo entenderme, ¿cómo voy a hacer que una niña de cinco años lo entienda?

— Lo sé, pero conmigo es diferente, hija.

— Pero yo amo a Anabela…

— También lo sé, y ella también te ama.

— Y ella te ama, ¿tú no la amas a ella?

El comentario tiene el mismo efecto que un golpe en el estómago. Debería ser una respuesta simple, sin sentimientos. ¿No fue eso lo que ofrecí? Pero, lamentablemente, las cosas no se dieron de esa manera.

— ¿Por qué crees que ella me ama?

Maitê se encoge de hombros, como si no supiera responder a eso, pero parece pensativa.

— Belinha me dijo que, cuando amamos a alguien, queremos verlo feliz y ella hace todo

para que estemos felices, entonces ella ama a papá y también me ama a mí.

A pesar de las palabras simplonas de una niña, Maitê me remueve de una forma que ni se imagina. Cuando alguien ama, quiere ver feliz al otro. Tal vez, de una forma muy retorcida, eso fue exactamente lo que hice. Me alejé de ella para que no sufriera con mis cambios de humor y con mis ataques causados por situaciones del pasado, sobre las cuales ella no tiene la menor culpa.

Lo hice intentando protegerla porque no quiero que se entristezca, porque quiero que sea feliz, como se lo merece. Porque la amo.

No respondo a la pregunta de Maitê porque estoy demasiado impactado por mi propia revelación. Pensé tanto en Anabela y en evitar que se involucrara profundamente, que no me di cuenta de cuánto yo mismo ya me había entregado. La amo, y por eso duele tanto, por eso me sentí tan amenazado por la cercanía de Miguel, y por eso me siento destrozado después de terminar algo que apenas comenzaba.

Cuando volvemos a casa ya casi es la hora del almuerzo, y mi hija se despide de mí para ir a buscar a Anabela. Quiero saber si está bien, si puede lidiar con esto mejor que yo, si realmente me ama… Pero no puedo, no cuando fui yo mismo quien causó todo esto.

Me cambio de ropa, preparándome para trabajar un poco, pero la puerta de mi habitación se abre de repente y Maitê entra corriendo. Su rostro está todo rojo y llora con tanto sentimiento que mi corazón se encoge.

Ella corre hacia mis brazos buscando consuelo, y yo acaricio su cabello, apoyando su cabeza en mi pecho.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué lloras así? ¿Te lastimaste?

Maitê me mira con sus ojos azules, ahora enrojecidos, y niega con la cabeza.

— Ella se fue, papá. ¡No encontré a Anabela en ningún lado!

Helena aparece en la puerta, en el pasillo, llama a Maitê y se disculpa.

— Perdón, señor Presidente, ella se me escapó y entró de repente.

— No hay problema. — Me levanto con Maitê en brazos, aún tratando de entender lo que está pasando. — ¿Qué pasó? ¿Dónde está Anabela?

Helena parece incómoda al darme las noticias, pero aun así lo hace.

— No lo sabemos, señor. Timoteo y Pedro la están buscando.

— ¿No apareció hoy? ¿No vino a preparar el desayuno?

No tiene mucho sentido, Anabela siempre está de pie mucho antes que nosotros.

— No.

— ¿Fueron al chalet? Tal vez no se sienta bien… — sugiero, pensando en las palabras duras que le dije anoche.

Helena mira sus propios pies, como si evitara contar toda la verdad, pero Maitê no se contiene.

— ¡Su ropa no está ahí, papá! Se fue de verdad y se llevó todo. — Maitê vuelve a llorar, enterrando su rostro húmedo en mi traje. — ¿Por qué nos dejó?

No, esto parece una pesadilla sin fin. No puede haberse ido.

Todo lo que le dije fue solo para protegerla, para evitarle un sufrimiento aún mayor del que ya le causé. No pudimos cumplir con nuestro acuerdo como debía ser y nos involucramos demasiado. Yo no puedo darle lo que ella quiere y merece tener. Llegué a pensar que podría lograrlo, pero los últimos acontecimientos me demostraron lo contrario. Ahora entiendo que me alejé porque ella merece más que un hombre roto. Merece alguien que pueda entregarse por completo.

— No hizo eso —digo, intentando convencerme a mí mismo.

Quizás la subestimé, creyendo que estaría de acuerdo con mis decisiones, pero estamos hablando de Anabela, y ella nunca sigue las reglas al pie de la letra.

Mi ama de llaves trajo extraños a mi casa, me lanzó una bota en la cabeza, puso perfume en mis libros y hasta me hizo sentir algo de nuevo, cuando todo lo que quería y pedía era silencio y soledad. Anabela hace lo que quiere y lo que cree que es correcto, y por eso estoy loco por ella.

— Helena, quédate con Maitê. Saldré con Timoteo a buscarla.

Maitê asiente repetidamente, aprobando la idea.

— Tráela de vuelta, papá. — Su voz está llena de esperanza, y no quiero decepcionarla.

— Haré lo posible.

Mi pecho se aprieta y mis sentimientos se confunden, me sofocan. El miedo me paraliza y trata de convencerme de que rendirme es el mejor camino y también el más fácil, pero la rabia me mantiene firme, porque es muy injusto que ella simplemente se vaya sin siquiera darme una explicación, justo ahora que el mundo se está desmoronando sobre mi cabeza.

Encuentro a Timoteo sentado en uno de los escalones de la escalera, conversando con Pedro, y carraspeo para llamar su atención. Nunca lo había visto así, tan distraído.

— Buenos días, Presidente. — Ambos se ponen de pie de un salto, como si yo fuera a hacer un escándalo por una simple charla.

Todos ellos me ven como un troglodita, eso está claro.

— Buenos días. ¿Dónde están todos?

— Sus padres están pescando, señor, y la señora Catarina, el señor Alberto y el señor Miguel se fueron a la ciudad.

Pesca y paseos por la ciudad. ¡Las vacaciones de la familia Viturino no podrían ser más felices!

— Y yo aquí, siendo un prisionero en mi propia casa…

Timoteo y Pedro no dicen nada, por supuesto, aunque saben perfectamente de qué estoy hablando. Por más que haya intentado evitarlo, las conversaciones suceden, y mis empleados saben todo lo que pasa aquí. Sería ingenuo de mi parte creer que no.

— Timoteo, quiero que me lleves a la casa de Anabela, por favor — digo, mientras me acerco al coche estacionado a pocos metros de nosotros.

— Sí, señor.

Ambos subimos al coche y partimos inmediatamente hacia São Paulo. Necesito traer de

vuelta a Anabela, disculparme por todo lo que pasó y ofrecerle mi amistad. Tragaré las acusaciones que inundan mi boca y me humillaré, si es necesario. Tengo que lograr que entienda mis motivos y mis miedos, y debo hacerlo con serenidad.

No quiero pensar en la posibilidad de no tener a Anabela recorriendo los pasillos de la casa y dejando su perfume por donde pasa, no quiero dejar de ver sus ojos cada día ni admirar su sonrisa, aunque sea de lejos. Esa mujer gobierna mi casa y dirige mi vida ahora, y, aunque no sea como yo quería, espero que eso no cambie.

Ya pasa del mediodía cuando llegamos a São Paulo. No puedo evitar mirarme en el retrovisor, aunque sé que no necesito estar presentable, no para ella, quien se acercó a mí cuando no era más que una bestia enjaulada en aquella enorme casa.

Llamo al portón de la pequeña residencia donde Timoteo dijo que vive con su familia. El sol del mediodía calienta mis hombros bajo el saco, y constato una vez más que prefiero el frío de las montañas.

Escucho pasos viniendo del interior y me alejo. El pequeño portón se abre y una chica bonita me recibe con una expresión de tedio en el rostro. Imagino que es Julieta, la hermana de Anabela, y parece que ya no le agrado.

— Buenas tardes. Me llamo Matteo, ¿está Anabela?

La chica me mira de pies a cabeza y frunce ligeramente los ojos; definitivamente, me odia.

— No está. Lo siento. — Me ofrece una sonrisa forzada.

Mierda, es obvio que está mintiendo y ni siquiera se esfuerza por disimularlo.

— ¿Te llamas Julieta, verdad? ¿Eres su hermana?

— Sí.

— Julieta, necesito hablar con Anabela.

— Creo que ya habló suficiente, señor Presidente.

El sarcasmo es evidente, pero vine preparado para tragarme mi orgullo, y eso haré.

— Por favor, quiero disculparme. — Su actitud cambia un poco, y por eso insisto. — Estoy preocupado, se fue en medio de la noche y no sé qué hacer.

Julieta mira hacia atrás y luego sale de la casa, cerrando el portón tras de sí.

— Mi hermana está aquí, pero no quiere verte.

— ¿Por qué?

Ella revuelve los ojos, impaciente.

— No puedo creer que realmente estés preguntando eso. — La chica entonces empieza a enumerar los motivos con los dedos. — No querías una relación, luego dijiste que sí querías, ahora estás celoso de tu hermano, que hasta hace tres días estaba muerto, y ahora decidiste que ya no quieres estar con ella, pero estás aquí frente a mí porque no quieres perder a tu ama de llaves.

— Yo… Bueno, dicho así, suena realmente horrible.

Julieta levanta las cejas, como diciendo que ya sabía que tenía razón. Por lo visto, la menor es aún más testaruda que la hermana.

— La necesito —confieso, intentando no sonar tan desesperado.

— ¿Porque la amas o para que lave tu ropa?

— ¿Cómo dices? Ni siquiera me conoces, no soy así —respondo, empezando a irritarme —. Hay muchas cosas que no sabes, no es como si la hubiera herido a propósito.

— Pero sé que mi hermana estuvo a tu lado a pesar de todo, y tú no sabes lo que quieres —dice con certeza, apuntando con su dedo a mi pecho.

Joder, lo que más me cabrea es saber que esta chica tiene razón. ¿Cuántos años tiene? ¿Unos veintidós, tal vez? Y parece mucho más madura que yo.

— Por favor, váyase, señor Viturino, no quiero ser grosera, pero necesito que respete su decisión.

Julieta vuelve a entrar y cierra el portón en mi cara. Si Anabela está decidida y no quiere ni hablar conmigo, no hay nada más que hacer. Vine hasta aquí, incluso en medio del desastre en

el que se ha convertido mi vida, y ni siquiera quiso escucharme. Así que, que se haga su voluntad.

Timoteo mira fijamente la calle, con la vista perdida hacia adelante. Ya me conoce lo suficiente como para saber que estoy furioso.

— Vine aquí para hablar con ella y así es como me reciben... — cierro la puerta del coche de un portazo. — ¡Sabía que esto iba a terminar así! Sabía que no iba a ser capaz de separar lo personal de lo profesional. — Hablo alto y gesticulo, pero el silencio me hace sentir aún más ridículo. — ¡Joder! ¿Qué hice para merecer todo esto?

Timoteo me mira por el retrovisor; creo que está tratando de averiguar si espero una respuesta.

— Cuando pasa algo bueno, otras diez cosas malas vienen detrás.

Bajo la cabeza y me presiono entre las cejas con los dedos durante unos segundos, intentando controlar mis impulsos.

— Timoteo, ¿puedes decir algo?

Él se encoge de hombros y ajusta su corbata. Creo que es la primera vez que le pido una opinión sobre algo.

— Si el problema es la casa, señor, puede contratar a otra ama de llaves.

Otra ama de llaves...

No quiero otra ama de llaves.

— Creo que la casa no es el problema, Timoteo — admito, después de todo, el problema siempre soy yo. — Quiero que sea ella.

— Entonces, en ese caso, usted también mezcló las cosas.

¡Qué descarado! Prefiero no responder a eso, ya que no puedo enfadarme por una opinión que yo mismo pedí. En lugar de eso, guardo silencio y reflexiono sobre todo lo que ha pasado en los últimos días.

En otras circunstancias, me encerraría en la biblioteca y me bebería toda mi reserva de

licores, pero necesito recomponerme por Maité, algo que no sucederá mientras Miguel siga paseándose por mi casa como si fuera el dueño. Esto tiene que acabar.

A partir de hoy, seremos solo Maité y yo. Le pese a quien le pese.





Estuve intentando escuchar la conversación entre Julieta y Matteo, pero no conseguí nada. No imaginé que él vendría, y aunque su actitud remueve algo en mi corazón, no cambia mi decisión. No soy un juguete que él decide dónde dejar y cuándo quiere jugar, soy una persona y tengo sentimientos.

Julieta empuja la puerta y se apoya en ella con los brazos cruzados y los labios apretados en una fina línea. Conozco bien esa carita y ya sé que él logró ablandar su corazón.

— ¿Qué pasó? — pregunto. Estoy lavando los platos del desayuno porque necesito desesperadamente ocuparme. — ¿Qué dijo?

— Dijo que te necesita. — Julieta inclina la cabeza y cierra los ojos, siempre tan expresiva. — ¡Ay! ¡Es tan guapo, Bela!

— ¿Necesitarme cómo?

— Bueno, no lo dijo. Solo mencionó que no quiso herirte a propósito...

— No dijo que quiere estar conmigo, solo viene detrás de la ama de llaves.

Por más lindo que sea el hecho de que haya venido hasta aquí, me resisto. Matteo puede ser el sueño perfecto de cualquier mujer cuando baja la guardia, pero no puedo vivir al acecho

esperando esos momentos. No puedo estar disponible para él.

— Ha pasado por muchas cosas en estos días… — lo defiende ella.

— Julieta, fue él quien me dejó. Después de su ataque de celos por su hermano, yo debería haber terminado todo, pero como siempre, él decide las cosas como le da la gana. — Empiezo a frotar el fondo de una olla con la esponja de acero, concentrando toda mi rabia en ella. — ¡No puedo seguir así! No quiero enamorarme de alguien que vive en el pasado, no quiero ser utilizada para superar una traición...

— Anabela, vas a hacer un agujero en esa olla.

— Ayer estabas insultándolo todo el tiempo — digo, ignorando el comentario —, y ahora ahí estás defendiéndolo...

— ¡Claro que no! Solo estoy diciendo lo que él dijo, pero allá afuera no le di oportunidad, puse mi cara de mala y lo mandé a volar. Incluso fui grosera, aunque debo admitir que fue muy lindo verlo todo perdido por ti.

— Perdido… La perdida aquí soy yo.

— Hiciste bien en no salir, no habrías podido resistir. ¿Un hombre como ese, con cara de perrito suplicante? Imposible.

Ella sacude la cabeza, y su cabello negro se balancea de un lado a otro.

— Pero bueno, al menos fuiste firme, no lo dejaste entrar.

— Sí, pero no estoy enamorada. Estoy segura de que si lo viera, cedería.

— Anda, ¿crees que soy tan tonta?

No responde, pero de repente siento algo caliente mojando mi ropa interior, lo que explica el estrés y las ganas de llorar a cada minuto. ¡Genial! ¡No podía ser en un momento mejor!

Dejo la olla en el fregadero y me lavo las manos.

— ¿Me puedes dar una toalla sanitaria, por favor? Y no le digas a mamá que él vino aquí, porque se pondrá toda curiosa queriendo saber qué pasó, y no quiero que nuestros padres sepan

que tuve un enredo con mi jefe, por favor.

Mi hermana asiente y corre a la habitación mientras yo voy al baño. En medio de todo este lío, hasta olvidé mi menstruación y, pensándolo bien, llevaba algunos días de retraso. Julieta golpea la puerta y me entrega el paquete.

— Puedes preparar la manta, la pastilla para los cólicos y el brigadeiro — pido, porque si en circunstancias normales estos días ya son complicados, después de una ruptura serán aún peores.

— Y un romance — completa ella desde afuera.

— ¡No! Ni loca voy a leer un romance.

Mi vida volverá a la normalidad ahora, a como era antes de conocer a Matteo y Maité. Mi historia de amor terminó antes siquiera de comenzar.


27



Maité se prepara mientras yo hago la cuenta. Con ese traje de baño de lunares y el gorro de goma, se ve aún más graciosa. Actúa como si fuera una nadadora profesional, haciendo gestos y poses, con los ojos cubiertos por las gafas de natación.

— ¡Uno, dos, tres, ya!

Ella salta a la piscina, cayendo en mi regazo y salpicando agua por todas partes. Ya hemos hecho esto unas cincuenta veces, pero nunca se cansa.

Ha pasado una semana desde que Anabela y mi familia se fueron. Después de volver de São Paulo, tuve una conversación difícil con mi padre. Él entendió mis razones y se encargó de que todos salieran de mi casa. Aunque extrañaron a Miguel, igual que yo lo extraño, saben que no puedo simplemente olvidar lo que hizo.

Anabela hace mucha falta, pero Maité y yo hemos tenido buenos días. Construí un gallinero para ella, nos acercamos más, y mi hija me ha hecho feliz. A veces llego a pensar que eso es suficiente.

Pero luego llegan las noches y, con ellas, los pensamientos que siempre terminan desviándose hacia Anabela y hacia el vacío que dejó en mi pecho. Termino bebiendo mucho más de lo que debería y me despierto con dolor de cabeza. Pero en cuanto Maité aparece, Hélder me trae analgésicos y un café bien cargado, y me concentro en el trabajo y en mi hija, hasta que llega otro atardecer. La verdad es que, si me mantengo ocupado, logro no pensar en ella a cada segundo.

— ¡Salté muy alto esta vez, papá! — dice Maité, devolviéndome al presente.

— Saltaste altísimo, fue increíble.

Helena pasa por la puerta, trayendo el jugo de sandía que Maité había pedido.

— ¡Qué rico, Helenita! — La pequeña frota sus manitas, emocionada.

— ¿Cómo se dice? — Es casi gracioso: yo, que ni siquiera sabía los nombres de los empleados, ahora enseñando a mi hija a tratarlos como se debe.

— ¡Muchas gracias, Helenita!

— De nada, mi linda.

Los tres volteamos al escuchar los tacones golpeando contra el suelo mojado. Mi hermana sonríe al encontrarnos en un momento tan relajado como este. Lamentablemente, estoy tan acostumbrado a las malas noticias que mi corazón se aprieta en cuanto la veo llegar.

— ¡Tía! — Maité abre los brazos, emocionada.

— ¡Hola, princesa! ¿Estás nadando? ¡Qué maravilla!

— Sí, papá me trajo.

Catarina sabe que no me gusta recibir visitas sin previo aviso, así que ni siquiera intento ocultar mi preocupación.

— ¿Qué pasó?

Ella se encoge de hombros y arrastra una tumbona para sentarse.

— Nada, solo quería ver a mi sobrina y hablar con mi hermano.

— ¿No has tenido ya suficientes conversaciones con tu otro hermano?

Sacude la cabeza, incrédula, y entrecierra los ojos para mirarme fijo.

— Matteo...

Saco a Maité de la piscina, y ella golpea el suelo con el pie, contrariada.

— Vuelvo enseguida, solo tienes que sentarte allí en la mesa y beber tu jugo. ¿Puedes quedarte con ella, Helena?

La chica asiente, y Maité hace lo que le pido, aunque no le guste salir del agua. Catarina le da un beso en la mejilla al mismo tiempo que Helena le cubre los hombros con un albornoz caliente.

Tomo la toalla de la mesa y me la enrollo al cuerpo mientras me alejo. Catarina me sigue de cerca, y el sonido de los tacones de sus botas resuena por toda la zona de la piscina.

— Ustedes tienen que resolver esto, Matteo — dice, y no hace falta ser un genio para saber que se refiere a Miguel.

— Si viniste por eso, perdiste tu tiempo.

Catarina me agarra del brazo y me obliga a mirarla.

— Nuestro hermano volvió, Matteo, ¡despierta! Pasaste cinco años sufriendo por su muerte y ahora ni siquiera quieres escucharlo.

— Es precisamente por eso que quiero mantenerme lejos de él y de cualquier persona que insista con ese tema. — Tal vez así quede más claro.

Ella sacude la cabeza de nuevo, como si yo fuera un caso perdido.

— Lo sé, ¿vale? Sé que Miguel te hirió mucho, yo también me sentí destrozada por lo que hizo. Pero cuando él... murió, todos sufrimos mucho. Ya han pasado cinco años. Tú no amas a Sofía, ni siquiera sé si la amabas realmente, pero sé que tú y Miguel se querían. Y ahora está de vuelta. Sería bueno que le dieras una oportunidad a ustedes dos...

— Fingió estar muerto, Cat. ¿Cómo puedes aceptar eso tan fácil?

— No lo acepto. Miguel hizo cosas inexplicables, pero está vivo. No sé por qué hizo lo que hizo, pero sé que se arrepiente, y creo que ustedes dos necesitan ayuda profesional.

— ¿Terapia? ¡Lo que me faltaba...!

Entro a la casa, dejando a Cat atrás. Subo las escaleras hacia mi habitación, y cuando estoy a punto de llegar al pasillo, escucho sus botas sobre los escalones, siguiéndome.

¡Mierda! ¡No deja de fastidiar!

— ¿Hablaste con Anabela?

— No. Ella no quiere hablar conmigo — respondo en voz alta.

Catarina comienza a correr por el pasillo y me alcanza antes de que cierre la puerta desde dentro. Hace fuerza conmigo y la empuja de golpe, entrando.

— Deberías insistir — dice, con los ojos brillando.

— No.

— ¿Por qué?

— ¡Porque no, Catarina! ¡No es asunto tuyo!

Ella apoya las manos en la cintura y me mira, irritada.

— No puedo creer que vayas a perder a esa mujer. Es increíble, le gustas, le encanta tu hija, es preciosa, amable, ¡y hace chocolate caliente!

No puedo evitar reírme.

¡Maldita sea! Eso hace que Cat piense que estoy de acuerdo con la conversación.

— Deberías asumir esa relación de una vez. Sé bien que estás bebiendo otra vez, y sé que es por ella.

— Y tú y Hélder — grito, para que sepa que estoy al tanto de que anda pasándole información. ¿De qué otra forma sabría que estoy bebiendo? — deberían dejar de ser tan metiches.

— Sabes que Anabela y Miguel no tienen nada que ver. Lo que pasó con Sofía fue horrible, pero no es como si esa fuera la personalidad de tu hermano, intentar robarte a las mujeres con las que te involucras. Y aunque lo fuera, ella no tendría la culpa.

— Lo sé, ¿vale? Sé que ella no hizo nada y que me volví loco. Pero esto es complicado, Catarina, yo solo... — Catarina da un paso más cerca, escuchando atentamente — la estoy protegiendo. — Desvío la mirada y tomo la camiseta que dejé sobre la cama para ponérmela. — Anabela es todo lo que dijiste y mucho más. Se merece a alguien mejor que yo, alguien completo, que no viva atrapado en los problemas del pasado, que no desconfíe hasta de su propia sombra y que no la culpe por cosas que no tienen nada que ver con ella.

— Estás enamorado — dice ella, con una sonrisa boba. — ¡Es tan tierno!

— ¡Dios mío! ¡Déjame en paz y ve a cuidar a tu hijo!

Catarina comienza a reír, pero esta vez no me sigue. Creo que está pensando en su

próxima estrategia para fastidiarme, porque ahora que sabe la verdad, no va a dejar este tema de lado.





La sensación es como si me hubieran abierto un agujero en el estómago, creo que nunca he sentido tanta hambre en mi vida. Salto de la cama y voy a la cocina a revolver los armarios.

El dolor en el estómago se transforma en náuseas, y siento que voy a desmayarme si no como algo pronto, pero lo único que encuentro son cacahuates tostados.

— ¿Qué estás haciendo, Bela? — Mi padre me está mirando con los ojos abiertos de par en par porque saqué la mayoría de los alimentos del armario y ahora están esparcidos por el suelo.

Su cabello gris está despeinado, e intenta arreglar el desastre con las manos.

— Comer, me estoy muriendo de hambre, papá, y aquí no hay nada — me quejo.

— Voy a la panadería, cariño — dice con calma —, puedo traerte lo que quieras.

Asiento mientras toma su billetera de la mesa.

— No sé si puedo esperar — confieso con sinceridad.

Él se ríe, como si estuviera bromeando, y sé que parece una exageración, pero mi estómago está rugiendo y duele.

— Tu madre está en la cama, pero la traeré abajo cuando vuelva y pueden comer juntas, ¿te parece? Ella quiere pastel, ¿y tú?

— Está bien. Quiero pan con jamón y queso, aunque, en realidad, lo que me apetecería

sería carne, pero el pan servirá. — Me siento en una de las sillas y apoyo la cabeza en mis manos temblorosas. ¿Qué me está pasando?

— De acuerdo, ya vuelvo.

Durante los quince minutos que mi padre tarda en ir y regresar de la panadería, no puedo pensar en otra cosa. No sé qué pudo haber pasado, ya que cené a la hora habitual y hasta comí tarta de limón antes de dormir, pero las imágenes de las delicias que podría estar comiendo ahora no dejan de pasar por mi mente, y empiezo a imaginar que un pan no será suficiente.

Cuando mi padre llega y deja las bolsas sobre la mesa, preparo dos panes y los devoro en cuestión de minutos, sintiendo cómo mis fuerzas regresan casi de inmediato. Él trae a mamá para que se siente conmigo, pero cuando llega, yo ya estoy terminando el segundo pan.

— Querida, ¿quieres un pedazo de pastel? — pregunta, ofreciéndome.

Miro sobre la mesa y veo la cobertura de chocolate sobre el pastel de zanahoria. No debería, pero no puedo resistirme y corto la mitad de una rebanada.

— No sé qué pasó hoy, pero desperté con un hambre surrealista.

— ¿Hoy? — Mamá ríe. — Desde que volviste, estás comiendo más que tu padre, Julieta y yo juntos. Por suerte, tu pago nos dejó tranquilos, porque si hubiera sido antes, ¿cómo habríamos mantenido este estómago sin fondo tuyo?

— ¡Mamá! No estoy comiendo tanto así — le respondo, divertida por su comentario.

Pero Julieta entra en la cocina en ese momento, sumándose a la conversación.

— ¡Oh, sí que estás comiendo! Compré una caja de chocolates y hoy fui a buscar uno. ¿Adivina qué, mamá?

— ¿Anabela se los comió todos?

— ¿Cómo lo adivinaste?

Y las dos se echan a reír. Después de mi abundante desayuno, preparo la mesa para mi padre y mi hermana, que aún no han comido, y ayudo a mamá a volver a su silla de ruedas.

La acompaño por el pasillo hacia el cuarto de mis padres, pero me detengo en seco al

sentir que mi desayuno se revuelve en mi estómago. Siento la acidez subiendo rápido por el esófago y dejo a mamá en el pasillo mientras me tapo la boca y corro al baño.

Después de vomitarlo todo, constato lo obvio: un virus me ha atrapado con fuerza. Solo Dios sabe cuántos años llevaba sin enfermarme, pero esta vez parece grave. Regreso para terminar de llevar a mamá, pero parece que ella misma volvió a la habitación y pidió ayuda, porque ya la encuentro acostada.

— ¿Estás bien, querida? Julieta me ayudó a acostarme.

— Mejor no me acerco mucho, mamá, creo que me agarró un virus.

Ella me mira de forma extraña, pero no dice nada más. Entonces regreso a mi cuarto, planeando acostarme, pero eso solo parece empeorar las cosas.

Julieta entra en mi habitación un poco después y me observa por unos segundos.

— ¿Qué tienes?

— No sé, me siento fatal — respondo sin abrir los ojos.

— ¿Qué sientes?

— Náuseas, vómitos... Debe ser un virus.

Julieta se sienta de golpe en la cama y se recoge un mechón de su cabello negro detrás de la oreja.

— Y también tienes un hambre ridícula.

— Esto no tiene nada que ver con el virus y no deberías estar tan cerca, vas a contagiarte...

— ¿Y si estás embarazada?

— No digas tonterías, Julieta, me vino la regla, ¿recuerdas?

Aun así, siento mi corazón latir fuerte en el pecho; el recuerdo de aquella vez junto al lago y la promesa de una pastilla que nunca llegó vuelve con fuerza a mi mente. Abro los ojos, un poco nerviosa, y Julieta parece interpretar eso como una alarma.

— ¿Pero existe la posibilidad?

— No, la semana pasada... — empiezo a decir, aferrándome a la idea de la menstruación.

— Ya sabes a qué me refiero — insiste —, ¿alguna vez lo hiciste sin protección?

Me cubro el rostro con la manta. Santo Dios, ahora me siento fatal, creo que voy a vomitar de nuevo.

— Tal vez pudo haber pasado, pero no ahora — digo finalmente, al borde del llanto.

— En ese caso, tienes que hacerte una prueba. — Julieta se levanta de inmediato; el movimiento de la cama hace que descubra el rostro, y la veo recogiendo su cabello en una coleta. — Iré a la farmacia a comprarte una.

— Ju, para con eso. — Nego con la cabeza. Si no hago la prueba, no voy a descubrir nada, y seguiré pensando que es un virus.

— También traeré algo para las náuseas, tranquila.

Con ese añadido dejo de contradecir a mi hermana, porque necesito sentirme mejor, y un remedio para el estómago no me caería nada mal ahora.

— Vuelvo enseguida. — Julieta sale del cuarto, dejándome sola.

Empiezo a pensar en la posibilidad, y cuanto más pienso, más empiezan a aparecer evidencias, lo cual es claramente psicológico; siempre que nos aferramos a una idea, las confirmaciones surgen como por arte de magia en nuestra mente. Aun así, no puedo evitar recordar el día en que Matteo me sacó del aula de música, los mareos que sentí, y las náuseas, claro.

El hambre no tiene absolutamente nada que ver, por supuesto. Tomo mi celular del lado de la cama y busco información al respecto. Maldita sea... Algunas mujeres aseguran que, al estar embarazadas, comenzaron a comer como una capibara rabiosa, igual que yo.

¿Cómo puede estar pasándome esto? Una sola vez sin preservativo y ahora Matteo y yo ya no tenemos nada, no es que antes fuera fácil, pero esto hace que todo sea aún más complicado. No, no voy a tener un hijo, no es posible que de una sola vez haya quedado embarazada.

Mi hermana regresa media hora después. Primero saca de la bolsa un blister con algunas pastillas pequeñas y me da una.

— Ponla debajo de la lengua. — Hago lo que pide. — Esto es para las náuseas.

Julieta se sienta a los pies de mi cama y saca de la bolsa una cajita con la prueba de embarazo. Me siento demasiado mal como para seguir negando la posibilidad, así que dejo que lea las instrucciones mientras yo me quedo en silencio.

— Tienes que orinar en este vasito y luego colocamos este palito dentro. Una línea significa que no estás embarazada; dos líneas significan que voy a ser tía.

— Julieta, no voy a salir de esta cama ahora — digo —, y no bromees con eso de ser tía.

— Sí que vas a levantarte. Vamos, yo te ayudo… — Se pone de pie y me extiende la mano. — ¿Ya fuiste al baño hoy?

Niego con la cabeza.

— Me levanté y fui directamente a buscar comida.

— Genial, el primer pipí es más fiable, dijo el farmacéutico.

Sigue con la mano extendida y creo que, si no lo hago, no me dejará en paz, así que cedo.

— ¿Después de esto me dejas tranquila? ¡En serio!

— Claro, si da negativo, me olvido del tema.

Siguiendo sus instrucciones, entro al baño y cierro la puerta. Orino en el vasito, aunque mi puntería no es la mejor, y luego coloco el palito dentro. Lo dejo sobre el lavabo, me lavo las manos y vuelvo a la cama.

— ¿No quieres ver?

— Julieta, no puedo estar embarazada. Ya me vino la regla, lo sabes. — Me acuesto de nuevo. — Pero estoy enferma y no quiero seguir hablando de esto.

— Sabes que eso no significa…

— Lo sé, pero ni quiero pensar en la posibilidad. ¿Qué haría si estuviera esperando un hijo suyo? No, no puedo ser la mujer más desafortunada del mundo: perder la virginidad y

quedar embarazada del mismo hombre en tan poco tiempo.

Julieta guarda silencio por unos minutos y, por un momento, creo que desistió de molestarme con esta idea loca. Pero, de repente, mi hermana grita y vuelve corriendo al cuarto, saltando, con el maldito palito en la mano.

Mi corazón vuelve a latir acelerado.

No.

No puede ser.

— ¡Dos rayitas! ¡Dos! — Me entrega la prueba.

Está nerviosa, pero aun así parece eufórica, como si fuera algo bueno.

— ¿Pero cómo? Esto no tiene sentido. — Miro las dos rayitas frente a mí e intento parpadear para ver bien, pero siguen ahí.

— ¡Voy a ser tía! ¡Voy a ser tía! — Julieta sigue saltando como una loca.

Embarazada.

Mi mente es bombardeada por pensamientos mientras escucho la voz de Julieta al fondo. No estoy lista para ser madre, ahora sin trabajo, sin estudios. ¿Cómo voy a cuidar de un bebé?

— Ju… ¿Qué voy a hacer?

Ella toma mis manos y sonríe, emocionada. Creo que no está pensando con claridad.

— Todo va a estar bien. ¡Va a ser perfecto, yo estoy contigo!

Pero si ese sangrado no era la menstruación, entonces las cosas no están del todo bien.

— Necesito ir al hospital, sangré durante dos días y si no era menstruación, algo está muy mal.

La expresión en el rostro de Julieta cambia, parece que no había pensado en eso.

— Tienes razón. Voy contigo, pero cálmate. He oído que algunas mujeres tienen falsos avisos de menstruación, incluso estando embarazadas.

Sí, pero ese "aviso" no dura dos días completos.

Las dos salimos de casa llenas de incertidumbre, y el miedo me hace sentirme aún peor.

No digo nada a mis padres porque no quiero preocuparlos. Prefiero hablar del bebé cuando sepa qué voy a hacer y pueda dar una explicación más coherente de todo.

No quería ser madre ahora, pero me destrozaría saber que lo fui, aunque solo por unos días, y que lo perdí. No estaba en mis planes, pero cuando pienso en Matteo y en todo lo que ha pasado, en cómo el falso aborto de Sofía lo destruyó, me siento aún peor con esa posibilidad, aunque no sea mi culpa.

Doy gracias a Dios por tener a Julieta sosteniendo mi mano ahora, porque sé que, aunque Matteo y yo no estemos juntos, ella nunca me va a abandonar.


28



Julieta y yo fuimos primero a urgencias, donde insistieron en confirmar el embarazo con una prueba de laboratorio. Mi hermana me guió todo el tiempo, ya que mi mente no lograba concentrarse en la información que me daban, preocupada solo por las repercusiones y por lo que vendría después.

Esas horas fueron crueles, y las pasé en piloto automático, haciendo lo necesario a pesar de las náuseas, el miedo, las incertidumbres y la responsabilidad que cayó sobre mí sin previo aviso.

El médico me examinó y explicó que el sangrado era relativamente común en el primer trimestre de embarazo. Por eso, muchas mujeres lo confunden con la menstruación, como fue mi caso. Sin embargo, tampoco descartó la posibilidad de que hubiera sido un aborto, ya que las pruebas aún podían detectar HCG en sangre y orina.

El Dr. Gusmão nos llevó a una sala contigua a su oficina y me pidió que me cambiara en el baño. Me puse una bata medio abierta y volví a la sala, donde ambos me esperaban. Él me ayudó a subir a la camilla mientras mi corazón latía tan rápido que podía escuchar los estruendos. De cualquier manera, el resultado del ultrasonido cambiaría mi vida para siempre.

Julieta tomó mi mano, y el médico extendió un gel frío e incoloro sobre mi vientre. Cuando apoyó el transductor justo debajo de mi ombligo, apareció una imagen borrosa y confusa en la pantalla. Segundos después, el sonido acelerado de los latidos de un pequeño corazón llenó la sala. Solo entonces la idea se hizo real, y me permití vivir ese momento único. Julieta y yo empezamos a llorar y sonreír al mismo tiempo, mientras ella me decía que todo iba a estar bien.

El Dr. Gusmão dijo que no debía preocuparme, pero advirtió que el sangrado podría

haber sido causado por estrés o esfuerzo físico. En cualquier caso, fue solo un susto.

Ahora estamos en casa, en nuestra habitación, y Julieta no para de hablar de nombres y ropita para el bebé. Mis preocupaciones son mucho mayores que esas; estoy pensando en cómo dar la noticia a Matteo y a mis padres.

— ¿Escuchaste lo que te dije? — Ella está escribiendo algo en un cuaderno, creo que son nombres, y ni siquiera sabemos aún el sexo del bebé, ya que obviamente acabamos de enterarnos de su existencia.

— Perdóname.

Cierra el cuaderno y salta de su cama a la mía, sacudiendo el colchón de resortes.

— ¿En qué estás pensando?

Son tantas cosas que no sé por dónde empezar.

— No sé cómo decírselo a Matteo. No quiero que se sienta presionado a quedarse conmigo o algo así — digo.

— No veo por qué te preocupas tanto. Él se va a poner muy feliz, estoy segura de eso. Dijiste que es un buen padre para Maité.

— Lo es, ahora se adoran.

— Y ustedes dos también se adoran — dice, dejando la frase en el aire.

— No es lo que quiero, Ju. No quiero a un hombre que esté conmigo solo por un embarazo. Quiero contárselo y darle la oportunidad de estar presente, pero no quiero imponer una relación ni nada parecido.

— Y no deberías querer eso. Pero a él le gustas, fue a buscarte.

— Para que volviera al trabajo. No me mandó ni un mensaje después de aquello, tampoco llamó.

— Vale, entonces no pensemos en ustedes dos como pareja. Pero él, como padre, no va a ser un problema si se lleva tan bien con Maité.

Me acuerdo de la primera vez que la vi, el día que Matteo la llevó a casa. Al principio, no

sabía qué hacer. Como debió de pasar en todas sus relaciones después de Sofía, tuvo miedo de involucrarse demasiado. Pero luego, cuando Maité se perdió en el bosque, algo cambió, y se rindió a los encantos de la niña. Espero que, después del regreso de Miguel, Matteo no se haya aislado de nuevo y la haya dejado de lado. Ya me siento lo suficientemente mal por haberla dejado sin despedirme, pero quiero pensar que están juntos y que ella no está sufriendo mucho por mi ausencia.

— Tranquila, todo va a salir bien — insiste Julieta. — Podemos ir allá a principios de la próxima semana, después de Navidad, y entonces se lo cuentas en persona. — Sonríe, tranquilizándome.

— De acuerdo, pero hasta que eso pase, no quiero que nadie más, aparte de nosotras dos, sepa del bebé.

— Está bien. Les cuentas a papá y a mamá cuando te sientas lista — acepta ella.

Esto va a ser difícil, pero sé que con Matteo será peor, porque nada con él es fácil. Aun así, sé que es lo correcto. No espero nada de él, pero le voy a dar la oportunidad de formar parte de la vida de este niño si es lo que quiere.

Estaría mintiendo si dijera que no me gustaría que las cosas entre nosotros hubieran tomado otro camino, que estuviéramos juntos y, bueno, que eso hubiera pasado antes de tener un hijo. También sería mentira si dijera que no lloro todas las noches en la almohada, extrañándolo a él y a Maité, pero las cosas son como son y necesito adaptarme y trabajar con lo que puedo tener.



Matteo

La casa está completamente decorada para Navidad, con luces, guirnaldas, calcetines colgados en las chimeneas y un árbol enorme en el medio de la sala, tal y como lo había planeado Anabela. Pero, al contrario de lo que imaginé, solo estaremos Maité y yo. Helder y Helena también se quedarán a cenar con nosotros, pero los demás decidieron celebrar con sus familias.

Esto ya es mucho más de lo que he tenido en los últimos años, pero aún no logro inventar una excusa creíble que explique la ausencia de mis padres a la pequeña.

Estamos en la sala, y desde el sofá donde estoy sentado, observo a Maité correr alrededor del árbol de Navidad cantando Jingle Bells. Helena y Helder están poniendo la mesa, preparando los detalles finales para la cena.

— ¡Papi! — Maité se detiene donde está. Lleva un vestido rojo acampanado y un lazo enorme en la cabeza, que no sé de dónde salió. — ¿Anabela no vendrá para Navidad?

Sigue preguntando por Anabela todos los días, incluso después de dos semanas. Yo también pienso en ella todas las noches.

— No vendrá, cariño, lo siento.

— ¿Por qué no la invitaste? — pregunta, acercándose.

— Quiere pasar la Navidad con su papá y su mamá — respondo, simplificando todo.

— Es que la extraño mucho — se queja, mirando sus zapatillas.

— Yo también la extraño — admito.

Helena se acerca y se agacha un poco, poniéndose a la altura de Maité.

— ¿Y si después de Navidad las dos le llamamos? Puedes hablar con ella por teléfono.

Maité celebra y hasta me parece una buena idea. Será una forma de tener noticias de ella, aunque sea indirectamente.

Una confusión de voces conocidas llega a mis oídos y, por un momento, me sorprendo. No puedo creer que realmente vinieron, ¡después de que dejé claro que no quería ver a Miguel!

Me levanto justo cuando mis padres cruzan la puerta. Mi madre trae un recipiente grande y una bolsa con regalos, mientras mi padre carga una carne asada envuelta en papel aluminio. Catarina, Alberto y el bebé vienen detrás, y por último, Miguel.

Mierda.

— ¡Uuuhuu! — Maité grita y corre para abrazarlos.

Por lo visto, mis deseos no valen nada.

— ¡Hola, mi amorcito! — Mi madre le entrega el recipiente a una Helena muy sonriente.

— Pensé que no vendrían, abuela.

— Pero, ¿qué es la Navidad lejos de la familia? — le pregunta a Maité mientras me mira.

Catarina me abraza y Alberto me saluda. Todo esto fue planeado, y si no me equivoco, Helder y Helena formaron parte del complot.

— Tu espíritu navideño es contagioso, Matteo — bromea Cat.

— Si decido mostrarte lo espirituoso que puedo ser, te vas a irritar mucho, Cat.

Ella se encoge de hombros mientras limpia la boquita del bebé con una toalla pequeña.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Echarnos otra vez? ¿En la noche de Navidad? Eso sería muy cruel, incluso para ti.

Soy arrastrado a una reunión familiar ridícula, organizada en contra de mi voluntad, pero aguanto todo por Maité. Su alegría es lo único que me motiva. Mi madre incluso hace una oración alrededor de la mesa, y creo que voy a ir al infierno por considerar todo esto una completa tontería.

Después de la medianoche, pido permiso para alejarme de la mesa, aunque no creo que alguien me haya escuchado, porque están muy ocupados abrazándose y deseándose esas cosas bonitas que solo se dicen en fechas especiales. Me siento nuevamente en el sofá de la sala, observando las luces del árbol de Navidad, sintiendo el vacío que me consume en medio de las risas de una felicidad que no comparto.

Miguel se sienta a mi lado y, antes de que pueda levantarme, agarra mi brazo.

— Si no quitas tu mano de mí ahora mismo, arruino esta jodida Navidad — amenazo.

— Pareces el Grinch, hermano.

Después de todo, ¿de verdad cree que tiene la libertad de hacer bromas?

— Tranquilo, relájate. Solo que parece que estás mal — añade.

— ¿Parezco? Tú, en cambio, pareces estar muy bien.

Levanta las cejas y asiente con una sonrisa.

— Y lo estoy. Pasé cinco años lejos de mi familia, odiándome por lo que hice. Quería volver, pero tenía miedo de enfrentarlos. Hasta que un día me di cuenta de que mi situación no podía empeorar más, así que reuní valor y aquí estoy. Así que sí, al menos hoy soy feliz.

Intento levantarme otra vez, pero Miguel vuelve a sujetar mi brazo.

— ¿Es por ella?

— Déjame en paz.

— Escucha, Matteo. Esa chica no merece pagar por algo que pasó en el pasado. Enójate conmigo, hermano, pero ve tras ella.

Antes de que haga alguna estupidez, Maité aparece corriendo frente a mí, apuntando el celular hacia mi rostro, filmándome o intentando tomarme una foto.

— ¡Papi, di: Feliz Navidad! — pide.

Miguel suelta mi brazo y parece contener la risa. ¡Idiota!

— Maité, ¿qué estás haciendo? Apaga ese flash. — Intento cubrirme el rostro, pero ella se acerca.

— Por favor, papi, es una película de Navidad. Dilo.

— ¡Feliz Navidad! — digo a regañadientes. — Listo, ahora deja de filmarme.

Maité celebra, haciendo un pequeño bailecito, y luego vuelve a jugar con el celular con una habilidad impresionante para su edad.

— ¡Le va a encantar!

¡Dios mío! Esta niña…

— ¿A quién le va a encantar? — pregunto, ya imaginándome la respuesta.

— A Belinha. Teníamos que desearle Feliz Navidad, papi.

Catarina está parada en la puerta, sonriendo de una manera maquiavélica. Seguro que esto fue idea suya.

— ¡Ya lo vio, tía Cat! — Maité corre de vuelta para entregarle el celular a mi hermana.

¡Van a acabar conmigo!

Pero esa cosa de la grabación no se me sale de la cabeza en toda la noche. Lejos de los ojos astutos de Catarina, reviso mi celular a cada minuto, esperando un mensaje de ella que nunca llega.

Después de algunas horas de pura ansiedad, escribo un mensaje y lo envío inmediatamente, sin darme tiempo para arrepentirme.

Pero Anabela no responde.



Paso por el pasillo estrecho empujando la silla de ruedas de mamá hasta nuestra mesa.

Julieta cocinó porque mi sentido del olfato está mucho más sensible ahora, y las náuseas solo parecen empeorar. Papá y yo decoramos la casa y nuestra pequeña mesa en el centro de la cocina.

— ¡Listo! ¿Qué te parece?

— ¡Quedó hermoso! Se lucieron — comenta mi mamá, mirando los adornos navideños.

— Y puse pasas en todo, tal como a usted le gusta — dice Julieta.

Mamá se ríe por el entusiasmo de ella y la cara que pone papá.

— ¿En todo? — pregunta él. — ¿Incluso en el arroz? María, deberías haberle dicho que no exagerara, ni Anabela ni yo soportamos esas pasas aplastadas.

Es mi turno de asentir, pero Julieta hace una cara graciosa y se gira hacia la mesa, destapando una fuente llena de arroz blanco.

— ¿Y crees que no lo sabía? Separé para los dos quisquillosos, don Joaquín.

— ¿Podemos comer ya? — pregunta él, observando las demás fuentes.

— Solo después de dar gracias. ¡Es Navidad! — dice mamá, corrigiendo.

A pesar de la falta que me hacen Matteo y Maité, y también los demás, me siento feliz de estar aquí. Mi familia es mi refugio, el lugar al que siempre podré volver. No importa a dónde vaya o qué haga, ellos siempre estarán aquí, con los brazos abiertos para recibirme.

Julieta hace la oración y, después de eso, nos dan permiso para cenar. Empezamos a comer y ella pone canciones navideñas mientras papá comienza a contar sus historias de siempre, las mismas que hemos escuchado cientos de veces, pero que nunca pierden su magia.

— Una vez, cuando era pequeño, colgamos nuestras medias cerca de la ventana, mis hermanos y yo, y nos fuimos a dormir ansiosos por el regalo del día siguiente.

Ya es la cuarta historia de la noche, pero esta en particular la sé bien.

— ¿Y qué recibió? — pregunta Julieta, como si no la hubiera oído antes.

— Adivinen. ¡Me regalaron un jabón! En ese entonces me pareció un gran regalo. Solo nos bañábamos los sábados, así que iba a durar mucho tiempo.

— ¡Qué asco, papá! ¿Vivían en el campo, sudaban todo el día y solo se bañaban al final de la semana?

— Ju, tienes que entender que no había electricidad en casa, había que calentar el agua en la estufa de leña. Era un trabajo enorme...

Mi celular vibra en el bolsillo y, al sacarlo, veo que es un mensaje de Catarina.

Probablemente alguna cadena navideña, pero al abrir nuestra conversación, aparece un video con el rostro de Maité congelado en la imagen. Mi corazón se encoge al verla tan linda y sonriente deseándome una feliz Navidad y diciendo que me extraña mucho. Después, corre por el pasillo sacudiendo la cámara y graba a Matteo. Todo mi cuerpo se enciende, y odio que él todavía tenga ese efecto sobre mí.

Matteo se esconde, pero luego descubre su rostro y también desea feliz Navidad.

Él es tan guapo...

Respondo el mensaje con una foto de mi familia reunida y les deseo felices fiestas a todos. Miro el video al menos cinco veces más, buscando cualquier señal que revele los sentimientos de Matteo, pero creo que solo es una excusa para verlo una y otra vez.

— ¿Qué estás haciendo ahí? — pregunta Julieta, espiándome.

— Es un video de Maité.

Papá se frota las manos y luego destapa la fuente con el postre.

— Por fin, el postre...

De repente, siento un dolor punzante que atraviesa mi cuerpo de adentro hacia afuera, transformándose en un fuerte calambre. Presiono mi vientre con ambas manos y sé de inmediato que algo está mal.

— ¿Qué pasa, Anabela? — pregunta mamá, preocupada.

— No lo sé — digo, levantándome de inmediato —, necesito ir al baño.

Julieta aparta su silla y me sigue. Solo necesito recostarme y quedarme quieta hasta que el dolor pase.

— ¡Anabela! — me llama, con los ojos muy abiertos. — Hay sangre en tu pierna.

Miro hacia abajo y veo una línea fina de sangre roja brillante que baja, pasando por la curva de mi rodilla.

¡Mierda, mierda, mierda!

— Vamos, siéntate. Llamaré un taxi.

No sé qué hacer ni cómo actuar, pero Julieta parece razonar mucho mejor que yo, porque en pocos minutos ya me está llamando con mi bolso al hombro. Mamá y papá nos miran horrorizados, pero, extrañamente, no dicen nada. Entiendo que Julieta les pidió que no mencionaran nada al respecto.

— ¿Se lo contaste a ellos? — pregunto, sentándome en el asiento trasero del coche.

— Mamá es lista, creo que ya lo dedujo por su cuenta, pero no confirmé nada. Solo pedí que nos dejaran venir y les dije que a la vuelta tú les contarías todo.

Asiento, porque realmente ya no tengo cómo evitarlo. Con estas complicaciones, ellos terminarán enterándose y no hay nada que se pueda hacer.

Cuando llegamos al hospital, vamos directo al consultorio, lo que enciende una alarma en mi mente sobre la gravedad de la situación.

El médico hace una ecografía y, gracias a Dios, el bebé está vivo. Escuchamos los latidos de su pequeño corazón en alto y claro, pero los riesgos son grandes.

— Anabela, te aconsejo que consultes a tu obstetra mañana. Necesitarás pasar la noche aquí bajo observación, y él podrá guiarte mejor sobre qué hacer a continuación. Tu bebé está bien, pero necesitas reposo absoluto para que todo siga así, y no puedes estresarte.

— ¿Qué exactamente no puede hacer? — pregunta Julieta, nerviosa.

— De momento, mejor ni caminar. Esta noche se quedará aquí y, por la mañana, cuando le den el alta, deberá ir a ver a su médico. Lo mejor será empezar un tratamiento con medicamentos para mantener el embarazo y tener muchísimo cuidado.

Sus palabras me asustan aún más. El médico nos deja solas y, poco después, llega una enfermera con una silla de ruedas, en la que me lleva a una habitación. Julieta se encarga del ingreso, pero regresa al poco tiempo.

— Bela, creo que no hay opción, tendremos que llamar a mamá...

Cierro los ojos y asiento. No puedo dejarla preocupada y sin información.

— ¿Puedes hablar con ella? Me da miedo cómo van a reaccionar.

— Claro, mejor que tú no te preocupes por eso ahora. — Acomoda las almohadas detrás de mí y me ofrece una sonrisa. — ¿Y Matteo? ¿Quieres que lo llame?

— No — respondo, moviendo la cabeza —, no puedo hacerle eso ahora.

— ¿Cómo que no? Lo necesitas, Bela. Incluso podría ayudar con los gastos médicos.

— No necesito dinero ahora mismo. Lo que recibí allá es suficiente y Mat... ¿Recuerdas que su primera esposa le mintió sobre Maité? Le dijo que había abortado, él sufrió tanto, todo ese trauma, ese dolor que aún no logra superar, en gran parte fue por eso. Quería mucho al bebé, y ella lo hizo pasar por ese infierno diciéndole que lo había perdido.

— Pero no es lo mismo. Tú no estás haciendo nada contra tu bebé y, además, no va a pasar nada malo, todo saldrá bien.

— También quiero pensar así, pero no le voy a dar esa noticia sin estar segura antes. No soportaría causarle más dolor, Julieta.

Ella me mira con los ojos llenos de lágrimas, a punto de llorar.

— Te admiro tanto, ver cómo amas sin reservas, incluso en un momento como este, preocupándote más por él que por ti.

— Es que lo vi, estuve ahí mientras él sufría. Cuando descubrió la verdad sobre Maité... Solo de imaginar a Matteo en esa casa, llorando y bebiendo, aislado de todos, mi corazón se parte. No, voy a esperar estos primeros meses. ¿No dicen que los tres primeros meses del embarazo son los más delicados y riesgosos? Cuando pase ese tiempo, buscaré a Matteo y le contaré que estoy embarazada.

— Tú decides. Entiendo tu punto, pero creo que también debes pensar en ti misma.

— ¿Y si no lo acepta? ¿Si terminamos discutiendo? El médico también dijo que necesito evitar el estrés, así que por ahora trataré de imaginar un mundo en el que él reciba bien la noticia y sea un padre presente para nuestro bebé.

Creo que es algo instintivo, porque tan pronto como digo eso, pongo la mano sobre mi vientre aún plano y lo acaricio. Estoy aquí por nuestro hijo, y haré lo posible por proteger a esta

criatura, por mí y por mi Presidente.


29



Maitê baja las escaleras tirando de la mano de Matteo. Mi hermano aún no se ha quitado el pijama y tiene el cabello completamente desordenado.

— ¡Despacito, Maitê! — pide él, pero no puede contener una risa.

Me alegra mucho verlo mejor. A pesar de Miguel y todos los problemas, puedo notar un cambio significativo, y eso es gracias a Maitê y, claro, a Anabela.

— ¡Vamos, papá! ¡Vamos a abrir los regalos que dejó Papá Noel!

Es la mañana de Navidad, y estamos desayunando juntos, reunidos alrededor de la mesa como una gran familia feliz. Me encantaría creer que es verdad, pero Matteo nos está ignorando, aunque ninguno de nosotros se molesta por ello. No vamos a rendirnos con él, incluso si él se rinde consigo mismo.

Maitê lo deja frente al árbol, se arrodilla y empieza a abrir los regalos, mientras Matteo se sienta en el suelo a su lado.

— Esa niña lo está transformando. — Alberto está detrás de mí, observando la escena también. Pone sus manos en mi cintura y besa mi mejilla. — Es maravilloso.

— Falta algo. — Me giro para mirar a mi esposo. — Anabela — susurro.

Alberto sonríe y levanta las cejas, sorprendido por mi comentario.

— ¡Ah, claro! Entonces, ¿él está interesado en ella? — pregunta en voz baja.

— Todavía lo está. Conozco a mi hermano, puede aparentar ser duro, pero a mí no me engaña.

Maitê corre hacia nosotros con dos bolsas en las manos; los paquetes son casi de su tamaño.

— Tía Cat, este es para ti, y este otro para Otavito — dice, extendiéndonos las bolsas.

— ¡Gracias, mi amor! — Abrazo a mi sobrina.

— Estos no son de Papá Noel, son del papá Matteo. — Me entrega los regalos antes de volver corriendo al árbol.

— ¿Quién está con Otávio? — pregunto, echando un vistazo por detrás del hombro de Alberto.

— Está con tu madre, pero antes estaba con Miguel. ¿Puedes creer que tiene talento para los niños?

— ¿De verdad? — Dejo los regalos sobre la silla donde estaba sentada.

— Sí. Me había olvidado de cuánto le gustan los niños. Es una pena que no pueda acercarse a Maitê — comenta Alberto.

Matteo está dificultando cualquier acercamiento, por eso Miguel siempre está apartado, en algún rincón, observando todo como un espectador, respetando los límites que Matteo impone. No sé qué hacer para arreglar esto, para recuperar a mis dos hermanos, pero sé que será difícil. Ambos son igual de orgullosos, y Matteo realmente tiene sus razones.

— Matteo superará esto, amor. Estoy segura de que lo hará. Mira lo que ya ha logrado esa niña.

Miguel carraspea detrás de nosotros y sacude una bolsa grande en la mano. Lleva traje otra vez, y cada día se parece más al Miguel que recuerdo. Pero, a pesar de la apariencia, sigue sintiéndose fuera de lugar entre nosotros.

— ¡Feliz Navidad, Catcat! ¡Lo compré para ti!

Alberto nos deja a solas y va hacia donde están mi padre y Helder. Miguel me entrega la bolsa con cierto entusiasmo; me encanta verlo esforzándose por quedarse.

— Espero que te guste.

Abro el paquete despacio, cuidando de no romper demasiado el papel, y encuentro un portarretratos grande con una foto de los tres cuando éramos niños, abrazados en la playa de

Maresías, en São Sebastião.

Éramos tan unidos y felices. Matteo y Miguel eran mejores amigos, y yo era su pequeña. Cuando hacíamos planes para el futuro, separarnos nunca fue una opción. Todo lo que quiero es poder volver al pasado y cambiar lo que ocurrió.

— ¡Ay! ¡Es tan lindo! Amo esta foto — digo, sintiendo lágrimas en los ojos. — Gracias, Miguel, me encantó.

— Me alegra que te guste.

Regresamos a la mesa y nos sentamos en las últimas sillas, alejados de los demás.

— Quería algo que te marcara de manera especial. Hice uno para Matteo también, pero no se lo voy a dar — dice con pesar.

No le digo que lo intente, porque sé cómo terminaría eso. Necesita ir con calma si quiere recuperar la confianza de Matteo.

Tomo su mano con cariño, y Miguel parece algo incómodo. Es como si hubiéramos perdido la costumbre de ser tan cercanos, como si hubiera una barrera entre nosotros.

— Cuando todo pase, podrás dárselo — le digo.

Él asiente, decidido. No hay victimismo en su rostro, solo alguien intentando enmendar sus errores.

— Sí, lo haré.

Maitê le está poniendo el gorro de Papá Noel a Matteo ahora, y mi madre sonríe mientras los observa con Otávio en brazos.

— Creo que vamos bien, Cat. Míralos... — dice ella, contenta.

Recuerdo cómo eran nuestras Navidades antes de que apareciera Sofía. La casa siempre estaba llena, la cena abundante, las fotos colgadas en la pared encima del sofá, y las postales que papá enviaba a sus amigos con los deseos navideños de los Viturino. Estamos lejos de ser lo que éramos, pero nos estamos acercando, poco a poco.

— Está enamorado de Maitê, ¿verdad? — Miguel señala con la cabeza a un Matteo

embelesado, mirando a su hija girar por la sala.

— Lo está. A pesar de todo el caos, ella era justo lo que necesitábamos.

Miguel apoya los codos en la mesa y se inclina, acercándose para hacer nuestra conversación más privada.

— Y la empleada, ¿Matteo despidió a la chica después de aquel día?

Me aseguro de que Matteo no esté lo suficientemente cerca como para escuchar. Se pondría furioso.

— No fue exactamente eso, por lo que entendí. Creo que él terminó con ella y Anabela se fue porque quiso — explico.

— No pasó absolutamente nada, Cat.

— No hace falta que lo digas, claro que te creo y, sinceramente, creo que Matteo también lo cree — digo.

Miguel suelta un suspiro triste, luego estira el brazo sobre la mesa para tomar la cafetera y se sirve una taza.

— No esperaba llegar aquí y ser recibido con los brazos abiertos por él, pero confieso que está siendo muy difícil.

Mi madre se acerca a nosotros, le acaricia el cabello y luego besa la parte superior de su cabeza. Por lo que parece, Otávio ya está en brazos de otra persona.

— ¿Todo bien? — pregunta preocupada, lo hace todo el tiempo.

— Todo perfecto — responde él con una sonrisa.

Cuando se aleja otra vez, hago la pregunta que lleva rondando mi cabeza desde el día en que volvió.

— ¿Por qué no volviste antes? ¿Qué cambió?

Miguel sopla su café, ganando tiempo para pensar en su respuesta.

— Había mentido y traicionado a mi hermano. Claro, no lo hice por maldad, ni porque quería fastidiar a Matteo. Era un idiota que creía estar enamorado. Ella decía que también lo

estaba y que iban a terminar. Al final, cedí. No estaba pensando con claridad, porque ni siquiera analicé cómo una relación con Sofía sería insostenible. Pero luego quedó embarazada y dijo que no iba a terminar, y ahí me di cuenta de que nunca tuvo esa intención, que no me quería, y que Matteo ni siquiera sabía quién era realmente.

— Una vaca...

— Sí, pero eso no me quita la culpa. Soy su hermano y debí haberme alejado cuando me di cuenta de que me sentía atraído por ella, pero era un crío — dice encogiéndose de hombros—, un idiota, como ya dije. Solo que por cobarde mentí de nuevo y, cuando me arrepentí, ya era tarde. Fui cobarde otra vez — hace una pausa, como si tratara de recordar el orden de los hechos. — Estuve viajando de una ciudad a otra. Falsifiqué documentos, pedía aventones, pero nunca me quedaba más de un mes en el mismo lugar.

— Wow.

— Así fue. Estaba en Imbituba, cerca de Florianópolis. Trabajaba de noche como bartender y durante el día disfrutaba de las maravillas naturales de la ciudad: playas hermosas, lagunas, dunas, piscinas naturales...

— Siempre te gustaron las aventuras — comento.

— Conocí a una chica maravillosa y, después de un tiempo, me invitó a su casa. — Noto que el recuerdo ilumina sus ojos.

— ¿Conocer a la familia? Eso suena serio.

— Más o menos. Tiene dos hermanos de la misma edad que Mat y yo, muy parecidos, mejores amigos, ¿sabes? Y sus padres me recordaban a los nuestros. Empecé a darme cuenta de que me estaba encariñando con ellos porque me recordaban a ustedes.

— Entiendo. Y si ella no está aquí contigo, imagino que no terminó bien...

— No lo sé, Cat. Sabía que había algo raro, pero nunca supo todo. La verdad es que ella tiene un alma ligera de verdad y se dio cuenta de que yo solo fingía ser así. — Miguel empieza a reír, pero no parece que realmente lo encuentre gracioso. — El detonante fue cuando vi un

artículo en el periódico sobre Prover. Era solo una nota común, pero para mí fue como una señal. Algo estaba pasando. Ya llevaba unos cuatro meses en esa ciudad, enamorado, y la nostalgia por casa solo crecía...

— ¿Y huiste otra vez? — No resisto la pregunta, pero Miguel no parece ofendido.

— Tenía que resolver mi vida, Cat. Por eso volví. El amor no es suficiente para cambiar a alguien, pero fue el punto de partida para que eso sucediera conmigo.

Miro a Matteo, abriendo regalos con Maitê, y reflexiono sobre lo que dice Miguel. Decido que necesito hacer algo por mi hermano, primero el mayor, uno a la vez, claro. Y actúo.

Encuentro a mi madre en la cocina, ayudando a las chicas con los platos y cotilleando. Sería extraño para otra rica, pero Doña Clarissa siempre adoró ser parte del equipo y mezclarse. Ahora mismo se está riendo tanto que apenas puede mantenerse de pie, y trato de captar parte de la conversación para entender qué es tan gracioso.

— ¡Basta, Elis! ¡No puedo más! ¡Estás viendo cosas! — Mi madre se seca los ojos, literalmente llorando de la risa.

— Doña Clarissa, ¡lo juro por Dios! ¡No era un apretón de manos!

Incluso Helena, siempre tan discreta, está riendo un poco, mientras Suzi le pide a la otra que se calle.

— ¿Qué pasó, Elis? — pregunto, vencida por la curiosidad.

— Llegué aquí a la cocina y encontré a Timoteo y al señor Pedro de la mano. Hasta ahí, todo bien, ¿no? ¿Qué tiene de raro si se gustan? Lo gracioso es que estaban totalmente avergonzados y fingieron un apretón de manos para disimular.

— ¡Son unas chismosas! ¡Santo Dios! Tal vez solo era un apretón de manos — digo, riéndome del cotilleo.

Elis niega con la cabeza, decidida.

— No. Estaban de lado, apoyados aquí en la encimera. Mano derecha con mano izquierda. Luego el apretón salió al revés, ¿sabes?

— Elis, estás loca — dice mi madre. — Timoteo lleva trabajando aquí cinco años y ha tenido muchas novias.

— Solo digo lo que vi — insiste ella en su historia.

Mi madre se seca las manos con un trapo y se acerca a donde estoy. Apoyo mi mano en su espalda y la sigo por el pasillo.

— ¿Otávio ya dormió?

— Sí. Está durmiendo con Alberto.

Parece que todos los hombres de esta casa decidieron echarse una siesta después del almuerzo de Navidad. Maitê también durmió, abrazada al conejo de peluche.

Mamita y yo nos sentamos en el sofá cerca del árbol.

— Mamá, mañana voy a buscar a Anabela, intentaré convencerla de que vuelva — digo de una vez.

— Catarina, Catarina... No te metas en la vida de tu hermano. Lo conoces bien y sabes cómo es.

— Quiero que me acompañes.

Mi madre sacude la cabeza y pone una mueca, como si mi idea fuera absurda.

— De ninguna manera. No voy a hacer eso, él es adulto y sabe bien lo que hace.

— Confía en mí. Va a funcionar, él quiere mucho que ella vuelva, pero tiene miedo de ser rechazado. Yo solo quiero ayudar.

Mi madre parece pensarlo, está inclinada a aceptarlo.

— ¿Viste lo que pasó con Miguel...? ¿Y si vuelve a pasar?

— Matteo y Miguel necesitan ayuda profesional para sanar. Tal vez Anabela pueda convencerlo de eso. Ella lo logró todo — digo.

A pesar de la resistencia, mi madre acaba aceptando. Sabe que lo que digo es cierto, Matteo era otra persona antes de Anabela.

El siguiente paso es descubrir dónde vive. Como Matteo no puede decírmelo, decido

preguntar a Timóteo, lo encuentro en el balcón, fumando un cigarro.

— Timóteo, con permiso.

Se pone de pie inmediatamente y apaga el cigarro en el cubo de basura antes de tirarlo adentro.

— ¿Sí, señora?

— ¿Sabes dónde vive Anabela? Quiero hacerle una visita, nos volvimos amigas y la extraño mucho.

Asiente con la cabeza, Timóteo cae como pato, la historia no es exactamente mentira, pero mi objetivo es otro.

— Tengo la dirección, puedo enviársela.

— Gracias por el favor, Timóteo, te debo una, ¿vale?

Hace un gesto de desdén con la mano y dice que no es nada del otro mundo.

— Lo que sea. Si necesitas hablar con alguien, ya sabes, sobre la vida, los novios... Estoy aquí.

— Está bien.

Empiezo a caminar hacia atrás, creo que entendió lo que quiero decir con eso.

— Puedes buscarme. Estoy disponible para escucharte…

Choco contra un pecho rígido y me doy vuelta para encontrar a un Alberto muy confundido.

— ¡Hola, amor, ya despertaste!

Por suerte, Alberto conoce bien a su esposa, sabe que estoy tramando algo solo con mirarme, y si se pone curioso, lo meto en el plan.

Todos regresamos a São Paulo el mismo 25, y mi madre y yo decidimos ir a la casa de Anabela al día siguiente, por la mañana, pero no tan temprano.

Ambas bajamos del coche en la calle estrecha donde Anabela vive con sus padres. No resistí el impulso de hacerme la espía y terminé poniéndome un abrigo beige hasta las rodillas y

también preparé otro para mi mamá. Ambas usamos gafas de sol y hasta conseguí un sombrero.

La idea es pasar desapercibidas al principio, sondear a Anabela y asegurarme de que está dispuesta a acercarse. La casa es pequeña, por fuera solo se ve una pared pintada de blanco y un gran portón azul.

— Creo que es aquí — digo, mirando el número en mi celular.

Me inclino para mirar mejor, tal vez pueda ver algo desde adentro. Mi mamá se recuesta en la pared, mirando a los lados para ver si no nos descubren, pero entonces sucede.

Un hombre bajito, de cabello gris, abre el portón desde adentro y se topa conmigo. Nos saluda amablemente y necesito improvisar.

— Buenos días, señor, mi nombre es Catarina y esta es mi mamá, Clarissa. Somos amigas de Anabela.

— Joaquín Gonzales, padre de Bela. ¿Quieren entrar?

Miro a mi mamá, que está toda roja por habernos pillado así, y acabamos aceptando la invitación. Cruzamos el área de entrada de la casa y entramos por la puerta de la cocina. Aunque pequeña, la casa es muy acogedora y ordenada.

— Vinieron por lo que pasó, ¿no? Julieta me llamó hace un rato y dijo que ella ya había sido dada de alta. Dentro de poco estarán en casa. Pueden esperar si quieren.

Miro a mi mamá por unos segundos, no tengo idea de qué está hablando.

— Pueden esperar aquí en la sala. María — le dice a una mujer sentada en una silla de ruedas, mirando la televisión —, tenemos visitas.

— ¡Hola! ¡Mucho gusto! ¡Bienvenidas! — dice ella, sonriente. Ambas estrechamos su mano temblorosa antes de sentarnos.

— Son amigas de Bela. — Entonces se gira hacia nosotras otra vez. — Esta es María, mi esposa y madre de Anabela.

— Disculpe, señor, pero no sé qué pasó. ¿Ella está bien? ¿Está en el hospital? — pregunto.

— Nosotros tampoco lo sabíamos, nos tomó por sorpresa, ¿sabe? Pero está embarazada y tuvo una amenaza de aborto — dice él.

— Pero el bebé está bien, gracias a Dios — completa María.

Mi mamá se recuesta en el sofá y lleva la mano al corazón. Yo me quedo en estado de shock por unos segundos, sin poder decir nada. Anabela está embarazada y Matteo aún no lo sabe.

Oímos un ruido en el portón, y doña María avisa que deben haber llegado. Mamá y yo nos levantamos, ansiosas.

— Hola, papá. — Escucho la voz quebrada de Anabela desde la cocina.

— No puedes llorar. Papá, no digas nada que pueda poner nerviosa a Bela, ¿sí? Recuerda lo que dijo el Dr. Gusmão. — Es la voz de otra mujer, probablemente su hermana.

— ¿Por qué no lo contaste, amor? Sabes que estamos aquí para ti, para apoyarte — dice él, pareciendo emocionado también.

— Lo sé. Solo quería ordenar mis pensamientos primero — responde ella. — ¿Y mamá? ¿Está bien? ¿Está enojada?

— Estamos felices, claro, pero también muy preocupados por ti. Nos diste un gran susto. Ella está aquí en la sala, te está esperando con tus amigas. — Las voces se hacen más fuertes a medida que se acercan.

— ¿Qué amigas?

Anabela nos ve y sus ojos se abren de par en par. Apoya un brazo en la silla de ruedas de su madre, quien le sostiene la mano libre y la besa.

— Hola, Anabela — digo. — ¿Cómo estás?

— Hola, Cat y señora Viturino. — Anabela está pálida como un papel, pobrecita.

— ¡Ah, no! ¡No, no, no! Lo siento mucho, no quiero ser grosera, pero mi hermana no puede estresarse, ni tener emociones fuertes ni cosas por el estilo — dice la otra chica.

— Ju, estoy bien. — Anabela hace un gesto para que su hermana se calle.

— Lo entendemos, tranquila, ¿de acuerdo? Solo vinimos a hacer una visita — digo.

La hermana de Anabela cruza los brazos y se encoge de hombros antes de pasar junto a ella y tomar la silla de ruedas de su madre.

— Vamos a dejarlas hablar solas entonces, mamá. — Empuja la silla fuera de la sala al mismo tiempo que Anabela se sienta.

— Perdón por venir así sin avisar. Quizás no era un buen momento…

Anabela respira hondo y coloca un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja.

— Está bien. Tenía motivos para no querer contarlo ahora, pero ya están aquí, no hay otra forma.

— ¿Por qué, querida? ¿Por qué no querías contarlo? — pregunta mamá, acercándose a ella.

— Quería contarlo, ya había decidido ir allá después de Navidad, porque yo también acabo de descubrirlo, pero tuve dos sangrados en poco tiempo. — Mira sus manos sobre las piernas, está avergonzada. — Es un embarazo de alto riesgo, el médico pidió reposo absoluto durante los próximos meses y voy a necesitar tomar medicación para…

— No llores, Anabela, todo va a salir bien. — Me levanto de donde estoy, me siento a su lado y le tomo las manos entre las mías. — Estamos contigo.

— La cuestión es que quería estar segura primero, porque no quiero que Matteo sufra otra vez. Imaginen, si no lo logro… Él no merece pasar por esto por segunda vez. — Respira hondo, tratando de mantenerse fuerte. Mi corazón está roto. No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser pasar por algo así, y peor aún, sola.

— Y tú no mereces pasar por esto sin él.

— El médico me explicó todo, cómo sucede y las posibilidades. Lo vi en sus ojos, Cat. Él cree que solo es cuestión de tiempo.

— Hija mía, solo Dios decide eso. Mantén tu corazón en paz. Yo pasé cinco años pensando que mi hijo estaba muerto y ahora Él me lo devolvió. ¿Quiénes somos nosotros para

tener certeza de algo? Haz lo que sea necesario y ten fe. Todo saldrá bien — dice mi mamá con convicción, y Anabela se emociona.

— Gracias. Gracias por estar aquí y por no enojarse conmigo.

— Anabela. Necesitas decírselo, esto es algo que ustedes deben enfrentar juntos — digo, mirándola a los ojos. — ¿Está bien?

Anabela asiente con la cabeza y seca sus ojos húmedos por las lágrimas.

— Lo sé, pero no hagamos que Matteo se preocupe ahora. Esperen un poco más, hasta que tengamos certeza.

No tengo el valor de estar de acuerdo, porque sé que no voy a cumplir esa promesa, así que solo la abrazo otra vez.


30



No tuve ni una señal de ella. Ayer me desperté desesperado y fui a revisar el celular, como un hombre sediento en el desierto, ansiando un mísero mensaje de Anabela, alguna señal de que también ha estado pensando en mí como yo he pensado en ella, pero no hubo respuesta.

Probablemente la lastimé mucho cuando la alejé y, ahora, Anabela está decidida a borrarme de su vida y seguir adelante. Ni siquiera puedo imaginar que realmente haga eso, que se involucre con otra persona y me olvide. Hice una cagada monumental al terminar todo, cuando debería haber aprovechado esa crisis de celos para admitir lo que siento, definir nuestra relación y quedarme a su lado. Ahora no dejo de pensar en cómo serían las cosas si hubiera hecho eso.

Aun así, las razones que me llevaron a actuar de esa manera siguen ahí, y tal vez, aunque no lo admita ante otras personas, Catarina tiene razón y necesito a un profesional que me ayude con este rollo con Miguel y el pasado.

Si Anabela quisiera volver conmigo, si diera cualquier indicio de que todavía siente algo por mí, lo haría por ella, iría a terapia.

— Presidente, su familia ha vuelto.

Helder pasa apresurado por la puerta de la oficina.

— ¿Otra vez? Se fueron ayer.

— Sí, pero doña Clarissa y la niña Cat están aquí y dijeron que necesitan hablar con usted con urgencia.

Noto que solo mencionó a ellas dos, pero considero prudente confirmar.

— ¿Miguel está con ellas?

— No, esta vez están solas.

— Está bien, deja que pasen entonces.

Él sale de la oficina y espero pacientemente a que regrese con ellas, pero enseguida Catarina cruza la puerta y, detrás de ella, viene mi madre. Parecen algo desesperadas y…

— ¿Por qué están usando esa ropa? — Noto los abrigos largos que llevan puestos y las gafas oscuras; Catarina incluso lleva un sombrero sobre su cabello oscuro. — Parecen detectives secretos.

— ¡Es porque salimos en una misión secreta! — dice, agitada.

— Helder, ¿puedes traernos agua? — pide mamá, acercándose a mi escritorio.

Se deja caer en una de las sillas y empieza a abanicarse, pero hace frío; no entiendo qué está pasando.

— ¿Misión? ¿Qué estaban haciendo vestidas así? — cuestiono, observando mientras Helder sale del cuarto en busca de agua. — ¿Y por qué vinieron aquí de repente?

— Dijiste que amabas a Anabela — empieza Catarina.

Levanto la mano, interrumpiéndola.

— ¿Cuándo dije eso?

Se detiene, colocando las manos en la cintura.

— ¿No la amas?

— No dije que no la amo, pero tampoco recuerdo haber dicho que la amaba.

— Bueno, lo dijiste entre líneas, y yo sé leer muy bien.

— Está bien, pero ¿qué tiene que ver eso con esos disfraces? — Gesticulo, señalando su ropa.

Ella sonríe, emocionada.

— ¿Ves, mamá? Te dije que la ama. Puedes estar tranquila.

— ¡Gracias a Dios! — Mi madre levanta las manos al cielo, exagerada.

Las miro a ambas, todavía tratando de entender qué locura está ocurriendo aquí.

— ¿Pueden explicarse?

— Bueno, si la amas, ¿por qué sigues aquí sentado y no vas tras ella?

— Lo hice, si quieren saber — admito, consciente de que no tendré paz si no contesto sus preguntas —, hace semanas, y no quiso verme. En ese momento no estaba decidido a enfrentar nuestra relación.

— ¿Y ahora lo estás?

Catarina y mamá me miran expectantes. ¿Cómo es que salí en la misma familia que estas dos chismosas entrometidas?

— La extraño — confieso, a regañadientes —, pero eso no importa. Estuve esperando alguna señal de que todavía quiere estar conmigo, pero Anabela ni siquiera respondió a mi mensaje en Nochebuena. Creo que ya siguió adelante.

— ¡Ni aunque quisiera! — exclama Catarina, agitando las manos.

— ¿Cómo que no?

— Bueno, no quiero ni voy a complicarle las cosas, así que antes de contarte lo que vinimos a decir, necesito asegurarme de algunas cosas.

— Suéltalo ya, Catarina — me exaspero; este suspenso me está matando.

— ¿Vas a asumir la relación? ¿Vas a decirle que la amas y que quieres estar con ella?

— ¿Qué mierda de interrogatorio es este?

— ¡Responde, hijo! Y cuida esa boca… — resmunga mamá, corrigiéndome.

Suspiro, rindiéndome.

— Si ella me quiere, sí. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

— ¿Y no vas a retroceder ni cerrarte otra vez? — insiste Cat.

Quiero molestarme, pero sé que no lo dice sin motivo.

— Haré la terapia que tanto quieren si eso hace que Anabela vuelva. Estoy dispuesto a intentarlo.

Catarina salta, celebrando, y mi madre levanta las manos al cielo otra vez. Por cómo

actúan, parece que soy súper complicado.

— No puede ser contrariada ni pasar por ninguna situación tensa, Mat. ¿Crees que puedes manejar eso?

— ¿Cómo así? ¿De qué están hablando? — Me inclino un poco, poniéndome nervioso al instante. ¿Está bien?

— Como decía — continúo —, fuimos a buscarla, pero cuando llegamos a la casa, ella no estaba. Sus padres nos dejaron entrar...

— Claro que los dejaron, y a mí me echaron a patadas.

— Y con razón. Pero ellos no sabían quiénes éramos, les dije que era su amiga y pregunté dónde estaba. Su padre estaba preocupado; Anabela pasó el día de Navidad en el hospital, en observación, y aún no había vuelto.

Me levanto de un salto.

— ¿No pensaste que deberías haber dicho eso antes, Catarina? ¿Qué le pasó?

— Calma, está relativamente bien.

— ¿Qué significa eso?

Las dos se miran, y veo a mi madre asentir, como si le diera permiso a Catarina para decir de una vez qué está pasando.

— Nos dijeron que tuvo un sangrado y fue al ginecólogo obstetra.

— ¿Obstetra?

Nunca me consideré lento de pensamiento, pero por algún motivo la información no encaja de inmediato.

— Sí, ella y el bebé están bien, pero Anabela necesita reposo absoluto y cuidados médicos, al menos hasta que pase el primer trimestre y esté fuera de peligro de un aborto espontáneo.

— ¿Bebé? ¿Estás diciendo que está embarazada? — pregunto, intentando organizar lo que dijo en mi cabeza para entenderlo todo.

— ¡Estamos! — grita mi madre, celebrando. — ¡No puedo creer que voy a ser abuela otra vez!

— ¿Abuela? Dios mío… — Me siento de nuevo, asimilando la información. — ¿Está esperando un hijo mío?

— Sí, ¡ese es el punto! Sé que querrás saber por qué no te lo dijo, y creo que le corresponde a ella contártelo, aunque ya hablé de más. Pero recuerda que Anabela no puede pasar por estrés, así que ten paciencia y habla con ella como es debido.

— Está bien — digo, asintiendo —, eso no importa. Va a tener un bebé, un hijo mío — digo, empezando a entender la magnitud de todo esto.

Sonrío, el primero sincero desde que se fue.

— No puedo creerlo…

— Está feliz, ¿no? — mi madre le pregunta a Catarina, como si yo no estuviera escuchándolo todo.

— ¡Claro que sí! Va a tener un bebé con la mujer que ama, va a buscarla y va a empezar terapia.

No es como si esa última razón fuera motivo de alegría, pero no voy a discutir con Cat ahora; necesito salir de inmediato.

— Voy a hablar con ella. ¿Pueden cuidar de Maitê? O mejor, ¡llevaré a Maitê! Ella no podrá decirle que no…

— ¡Gran idea!

— Digan a Elis y las demás que preparen un cuarto, al lado del mío. Mejor aún, solo díganles que limpien mi cuarto, la traeré conmigo.

— ¿No es mejor hablar con ella primero? — cuestiona mi madre, siempre sensata.

Pero yo no soy así.

— Incluso si dice que no, acamparé en su puerta y no me iré de ahí hasta que Anabela venga conmigo.

— Ahhh, qué día tan feliz — celebra Catarina —. Yo me encargo de todo aquí, ¡puedes irte! Y también voy a agendar tu primera sesión — dice, como si temiera que me arrepienta.

— Está bien.

Encuentro a Maitê en la sala de televisión. Está tumbada boca abajo sobre la alfombra, con las manos apoyadas en la barbilla, mirando la pantalla sin pestañear.

— Hija, voy a salir y quiero que vengas conmigo.

— ¡Yujuuu! — Se levanta emocionada. — ¿Adónde vamos?

— A ver a Anabela.

— ¿Qué? — Sus ojos se abren como platos por la sorpresa. — ¿De verdad? ¿De verdad vamos a ver a Belinha?

— Vamos. Ven conmigo, que te voy a contar todo; necesitamos un plan.

Maitê no se hace de rogar, toma mi mano y me arrastra fuera de la casa. Timoteo está afuera con el coche, pero hoy decido hacer algo diferente. No sé cuánto tiempo me llevará convencerla, y quizá tengamos que pasar la noche, así que opto por conducir yo mismo.

Abro la puerta del garaje, y Maitê observa todo con la boca abierta. Nunca había entrado aquí y, con seguridad, no sabía de la existencia de los otros coches. Timoteo también viene corriendo, queriendo entender qué está pasando.

— ¿Presidente? ¿Va a salir?

— Voy a buscar a Anabela.

— ¿Otra vez? — Cuando lo miro con una expresión irritada, intenta corregirse enseguida. — Quiero decir, ¿quiere ir en otro coche?

— Vamos solo Maitê y yo. Puedes descansar hoy.

— Pero…

— No sé cuánto tiempo tardaré, porque no volveré sin ella — digo, aunque no necesito dar explicaciones.

— De acuerdo.

— ¿Mi coche está limpio? Hace siglos que no lo conduzco.

— Sí, señor. Mantuve todos limpios — dice, orgulloso.

— Entonces, pon el asiento de Maitê, por favor. Vamos en el Panamera.

Si le extraña mi decisión, no lo demuestra. Timoteo lleva mucho tiempo conmigo y nunca me ha visto conducir este coche. Es mi consentido, pero también me recuerda otra vida, cuando todavía salía de casa, iba a la empresa y vivía en la capital.

Pero ya está, el pasado ya me robó demasiado tiempo. No voy a dejar que mi vida siga acumulando polvo en un garaje cualquiera. Voy a retomar el control y conducir, con perdón de las analogías.

Cuando Timoteo regresa, instalo a Maitê en el asiento trasero y luego entro al coche. Es como andar en bicicleta; no se olvida ni siquiera después de cinco años. Enciendo el coche y salgo del garaje. En poco tiempo, estamos bajando por la pendiente hacia la ciudad.

— Me encanta este coche, papá. Y no sabía que usted sabía conducir.

— Claro que sí. Vamos a salir mucho de ahora en adelante — digo, decidido a cumplir esa promesa.

— ¡Yujuuu! ¿Siempre iremos a ver a Belinha?

— Vamos a traer a Anabela de vuelta, Maitê, pero necesito tu ayuda para lograrlo.

— ¿Ella va a volver? Ay, papito, me voy a explotar de alegría — celebra, levantando los bracitos al aire.

Su entusiasmo me hace sonreír.

— Sí, solo que aún no está de acuerdo, por eso necesito tu ayuda. ¿Crees que puedes ayudarme?

— ¡Sí, puedo!

Así que es eso. Maitê y yo vamos a rescatar a nuestra familia.

Horas más tarde, al estacionar frente a la casa, me encuentro con Julieta, que viene caminando lentamente por la acera, cargando una bolsa.

— Buenas tardes — saludo, intentando sonar amable.

— Así que tu hermana te lo contó todo — constata.

— En mi defensa, ya quería venir desde hace mucho. Le mandé mensajes a Anabela, pero no me respondió.

— ¿Le mandaste mensajes? Ella no me dijo nada. — Julieta parece curiosa con esa información.

Maitê salta del coche a la acera y mira a Julieta, sonriendo con su boca chimuela.

— ¡Hola! Soy Maitê.

— ¡Ah! ¡Qué linda eres! — Ella se agacha hasta quedar a la altura de mi hija. — Tu papá te trajo como arma de artillería pesada, ¿verdad?

— No sé qué es eso, me trajo para buscar a nuestra Belinha — dice Maitê, revelando el plan de inmediato.

Julieta me mira con una sonrisa cínica en los labios.

— ¿Ah, sí? Entonces, ¿el señor Presidente quiere llevarse a mi hermana?

— Sabes que puedo cuidarla. Allí tendrá toda la comodidad del mundo.

Julieta levanta una ceja y me mira como si esperara algo más.

— ¿Solo comodidad?

— Me tendrá a mí, si ella quiere.

— ¿Por el bebé? — insiste.

Sé bien lo que quiere escuchar, y no me importa decirlo, porque es la verdad.

— Porque la amo.

Eso la hace asentir, satisfecha.

— Bueno, porque ella también te ama. Pero no será tan fácil después de lo que hiciste.

— No tiene que ser fácil. Voy a arreglarlo todo.

— Me alegra ver que te decidiste. Vamos, entra.

Abre la puerta y sonrío. La primera batalla está ganada; ahora falta todo lo demás.

Entramos en la casa y me encuentro en una cocina pequeña, pero bien arreglada. Un hombre me observa con el ceño fruncido, sentado en una silla en la esquina.

— Papá, este es el hombre que dejó embarazada a tu hija — dice Julieta, provocándome un ataque de tos.

¡Dios mío! ¿Qué se le pasa por la cabeza a esta chica?

El viejo sigue mirándome, pero no hace ningún gesto de levantarse para golpearme, así que intento ser coherente.

— Soy Matteo Viturino, señor Gonzales. Creo que no fue la mejor presentación que pudo hacer su hija, y sé que las circunstancias tampoco fueron las mejores, pero le juro que mis intenciones son excelentes.

Él parece pensativo, mirándome, pero desvía la mirada hacia Julieta.

— ¿Con "excelentes" quiere decir que se hará cargo del bebé o que se casará con ella?

— Creo que hará lo que ella quiera — responde Julieta, con toda razón.

— Sí, queremos casarnos con ella — interviene Maitê.

¡Santo Dios...!

— Muy bien, si ella quiere, claro — el hombre está de acuerdo —. Ella tiene padre y madre, ¿sabes? Cuidaremos de ella y del bebé si hace falta.

— Lo sé, no estoy aquí para cumplir con una obligación.

— Él dice que la ama — Julieta se mete otra vez en la conversación.

Pero qué mierda de cuñada me fui a conseguir...

— Claro que sí la ama — Maitê está de acuerdo.

El viejo finalmente desvía los ojos hacia mi hija.

— ¿Y tú quién eres, pequeñita?

— Soy Maitê, su hija — dice, señalándome.

— ¡Ah! Anabela habla mucho de ti, está loca por verte.

— Yo también hablo de ella todo el tiempo. ¿Dónde está Belinha?

— En el cuarto. Pueden ir a hablar con ella — dice el señor Gonzales, mirándome de nuevo.

Agradezco al hombre y celebro otra victoria, pero ahora viene la parte más difícil.

Julieta nos guía hasta la puerta del cuarto y luego la abre, pero se queda parada, impidiendo que entremos.

— ¿Ju? ¿Quién está ahí?

Oigo su voz y solo eso hace que mi corazón se acelere en el pecho. Ni siquiera puedo creer que esté del otro lado de esa puerta después de tantos días lejos.

— Bueno, creo que puedes adivinarlo.

— ¿Vino Matteo? ¡Santo Dios! ¿Qué voy a hacer?

Sonrío al escuchar su voz preocupada; es increíble.

— Habla con él, pero cálmate, ¿vale? Recuerda que no puedes ponerte nerviosa por el bebé.

— ¿Y cómo no voy a ponerme nerviosa? También está Catarina, ¿eh? Yo dije que no era momento de hablar de esto todavía.

Solo escuchar la conversación entre ellas me hace sentir mejor. Qué ganas tenía de volver a ver a esta mujer.

— Voy a dejarlos entrar ahora. Si necesitas algo, grita.

— ¿Ellos?

Maitê no espera una segunda invitación; pasa corriendo y gritando por la puerta.

— ¡Belinha! ¡Qué ganas tenía de verte!

— ¡Ah! — Anabela grita. — ¡Maitê!

Aprovecho el momento de euforia y entro también al cuarto. Maitê y Anabela están abrazadas fuertemente, y me acerco a la cama con sigilo. Escucho la puerta cerrarse al mismo tiempo que los ojos de Anabela se encuentran con los míos.

— Hola, Bela…

Maitê se aparta y se coloca a mi lado. Anabela, por su parte, se recuesta sobre las almohadas y cierra los ojos, respirando despacio.

— ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

— No, solo no puedo ponerme nerviosa. Estoy calmándome.

— ¿Yo te pongo nerviosa? — pregunto, sonriendo.

— Vaya pregunta... — Abre los ojos. — Mira, no puedo estresarme por... ya sabes. Entonces, si estás muy enojado porque no te lo conté, ¿puedes esperar unos meses para regañarme?

— No estoy enojado. — Sacudo la cabeza.

— ¿No lo estás? Pero...

— Tenías tus razones. Fui un idiota. Te alejé, desconfié de ti y dije que no estaba listo. No tenías motivos para confiar en mí y decírmelo.

Ella niega con la cabeza y me ofrece una sonrisa triste.

— No fue por eso. Jamás escondería algo así por razones egoístas como esas. Todo lo que mencionaste, sí, me dolió, pero no sería motivo para ocultarte un embarazo. Lo hice por ti.

— ¿Por mí? — Ahora soy yo quien la mira, confundido.

— ¿Catarina te dijo que es un embarazo de riesgo? — pregunta, con cautela, y de repente lo entiendo todo. — Tuve amenazas de aborto y no quería que lo supieras hasta que el embarazo se estabilizara. Ya has sufrido mucho, no quería darte una noticia así sin estar segura de que el bebé sobreviviría. Con aquella historia — Mira de reojo a Maitê —, ya sabes, no me parecía justo hacerte pasar por algo así otra vez.

También miro a mi hija, que nos observa a Anabela y a mí sin entender la conversación.

— Las dos situaciones ni siquiera pueden compararse. No tienes culpa ni control sobre lo que pase — digo, emocionado al darme cuenta de cuánto pensó en mí todo este tiempo, mientras yo creía que ni siquiera pasaba por su mente.

— Lo sé, pero aun así...

— Sería triste, pero no es lo mismo, ni de cerca.

— ¿Pero entiendes por qué lo hice?

— Porque eres maravillosa y siempre estás pensando en los demás, cuando deberías preocuparte por ti.

— Matteo... — Sus ojos están llenos de lágrimas, pero me mira con vacilación, como si me pidiera que me alejara.

— Quiero cuidar de ti, prometo que tendrás el mejor tratamiento, cuidados médicos y todo lo que necesites. Ni siquiera levantarás un dedo para coger agua.

— Sé que tus intenciones son las mejores, pero estoy bien cuidada aquí. Julieta me ayuda con todo.

— Estoy preocupado.

— Lo sé, pero haremos todo para que el bebé esté bien — dice, con confianza.

— Me preocupa el bebé, pero también tú. Quiero que estés cerca de mis ojos, Bela. — Me arrodillo junto a la cama y tomo su mano. — Vuelve conmigo, por favor.

— Matteo, las cosas no funcionan así.

Desvía sus ojos de los míos, pero no retira la mano.

— Perdóname por todas esas tonterías que dije. Estoy cambiando, de verdad. Quiero estar contigo, te extraño tanto…

— ¡Yo también! — Maitê se arrodilla del otro lado, arrancándome una carcajada.

Anabela también ríe, pero pronto me mira con seriedad.

— Lo siento, pero no puedo. Dijiste que no estabas listo, y no lo estás, y eso no cambia solo porque vamos a tener un hijo. No quiero volver y que luego me alejes otra vez.

— No voy a hacer eso.

— Lamentablemente no lo creo, y ahora no se trata solo de mí. Tengo que pensar en el bebé. Te prometo que tendrás libre acceso a él siempre, pero eso no significa que tengamos que

estar juntos.

— Voy a demostrar que merezco esa confianza, no hay problema. Si no quieres volver conmigo ahora, vuelve a casa conmigo. Por ahora, eso será suficiente.

— Matteo…

— Por favor, Belinha. Te necesitamos mucho. Te extraño tanto. Lloré mucho cuando hiciste las maletas y desapareciste de mi vida.

— Ay, mi ángel… ¿Lloraste? — pregunta, emocionada. — Perdóname, Belinha. Yo quería quedarme contigo, pero…

— ¡Entonces vuelve! Si querías quedarte conmigo, vuelve con nosotros. Te prometo que seré buena contigo y con mi hermanito.

Esa fue una gran jugada. Puedo ver cómo sus ojos brillan de emoción con el comentario de Maitê, y creo que vamos a ganar la última batalla de hoy. De hoy, porque aún me quedan muchas por delante para recuperar la confianza de Anabela.

— Ay, mi amor, tú siempre eres buena.

— Y voy a vigilar al papá para que no sea malo contigo.

— Papá no es malo… — Anabela dice, un poco más suave.

— ¡Qué bien! Dijo que sí, papá — Maitê celebra antes de tiempo.

— Espera, Maitê, no dije…

— ¿Puede dormir conmigo? Voy a cuidarla muy bien y a vigilar al bebé. — Maitê deja de hablar y mira de Anabela a mí. — ¿Recuerdas que quería que Belinha fuera mi mamá?

Carajo, esto no me lo esperaba, no estaba en el plan. Miro a Anabela, que ahora ni siquiera oculta sus lágrimas. Bueno, al menos parece que está funcionando.

— Ay, Maitê… — Llora, y yo beso el dorso de su mano.

— Ven con nosotros, Bela. Prometo portarme bien, cuidarte y solo ir hasta donde tú estés dispuesta a dejarme entrar.

Observo sus ojos, mi miel líquida, y espero su respuesta, lleno de expectativa.


31



Maitê y yo nos acomodamos en el asiento trasero del coche. No sé exactamente cómo sucedió ni cómo me convencieron de volver, solo sé que, de repente, ella estaba celebrando mi regreso y diciendo que siempre quiso que yo fuera su madre. Empecé a llorar y, poco después, vi a Julieta guardando mis cosas en las maletas y llamando a nuestros padres para despedirse.

Matteo prometió cuidarme mil veces para que mi madre aceptara mi partida. Les dejó la dirección para que pudieran visitarme y también prometió mandar a Timoteo para recogerlos.

Esta vez voy como residente y por tiempo indefinido, así que llevo todas mis cosas, incluidos mis libros perfumados que tanto amo.

Cuando dejamos la ciudad y tomamos la carretera, Maitê deja de distraerse con los edificios y se vuelve hacia mí.

— ¿Sabías que voy a empezar a estudiar? — pregunta, emocionada.

— ¿En serio, mi amor?

— ¡Sí! En la escuela que es de mi papá, pero él no es profesor.

— No, claro que no — asiento, sonriendo.

— Tuvimos una Navidad en familia y el papá dijo que tú quisiste pasarla con tus padres…

— ¿Él lo dijo, sí?

— Tenía que decir algo — responde Matteo desde el volante —. No iba a decir que en la noche de Navidad te mandé un mensaje y me ignoraste.

— No lo hice a propósito. Me sentí mal durante la cena y fui al hospital.

Él frunce los labios y asiente; creo que quiere decir que debería habérselo contado, pero

prefiere no hablar por mi estado.

— ¿Ya sabes de cuántas semanas estás? — pregunta, mirándome por el retrovisor. — Según mis cálculos, creo que son unas siete semanas, quizás ocho.

— Eso… — confirmo, algo incómoda al notar que él también está pensando en ese día.

— ¿Ya te hiciste el ultrasonido?

— Me hice uno para escuchar el corazón del bebé, pero aún es temprano para saber el sexo. Lo descubriremos en la semana doce.

— ¿Qué crees que sea?

— No tengo la menor idea. La verdad, con todo esto, solo quiero que esté sano.

— Yo también.

— Yo también — Maitê está de acuerdo.

— ¿Mi cabaña todavía me está esperando? — pregunto. A pesar de mi resistencia, estoy feliz de volver.

— Sobre eso, creo que estarás de acuerdo en que no sería sensato que te quedes sola allí. Podrías necesitar ayuda.

— Bueno…

— Te quedarás en la casa, donde pueda vigilarte — dice, sin esperar que discuta.

Cuando llegamos a la mansión, Catarina y doña Clarissa corren hacia la puerta para recibirme. Me abrazan felices de tenerme de vuelta, y necesito explicar que no volví con Matteo, antes de que empiecen a preparar una fiesta de boda.

Helder, Elis, Suzi, Helena, Timoteo y Pedro están todos allí y salen a recibirme. Nunca en mi vida me habían acogido tan bien.

— Anabela necesita acostarse — Matteo dice, cortando la emoción de todos. — ¿Está listo el cuarto?

— Sí, Presidente. Limpié todo como pidió — responde Helena.

Matteo no se anda con rodeos antes de agacharse y cargarme en brazos, así, delante de

todos. Yo protesto, pero no sirve de nada. Parece tomarse muy en serio eso de que no puedo hacer esfuerzos.

Sube las escaleras y camina por el pasillo de las habitaciones. Imagino que me ha reservado una al lado de la de Maitê, pero pasa de largo por la suite de la pequeña y abre la puerta de su propio cuarto.

— ¡Matteo!

— ¿Qué? — pregunta, haciéndose el desentendido.

— ¡No voy a dormir contigo!

— Pero solo así podré vigilarte toda la noche — dice, como si fuera obvio.

— No necesitas vigilarme toda la noche.

— Sí, lo necesito, no voy a pegar ojo, velando tu sueño.

— Eso no es reconfortante, es aterrador. Ni pienses que si dormimos juntos las cosas van a cambiar.

Él sacude la cabeza, como si no hubiera pensado en eso.

— Para empezar, no puedes hacer nada remotamente divertido, amor… — Mi corazón se estremece al escuchar que me llama así. — Solo vamos a dormir lado a lado y cuidaré de ti. Si te molesta mucho, pongo un colchón en el suelo y duermo a los pies de la cama.

— ¡No puedo sacarte de tu cama!

— ¡Perfecto! Entonces está decidido.

Matteo me coloca sobre la cama y Maitê se sube por el otro lado. Después de tanto tiempo lejos de mí, parece que gané una pequeña pegajosa.

— ¿Estás cómoda? — pregunta, esponjando las almohadas bajo mi cabeza.

Tal vez esté exagerando un poco, pero, por más que lo niegue, la verdad es que me encanta. Me recuerda cuando mi tobillo quedó en ese estado y él no dejó de mimarme, cuando las cosas aún no estaban tan complicadas.

— Sí, estoy bien.

Matteo me mira por un instante, todo sonriente. Quiero comentar que ni sabía que tenía tantos dientes, pero me contengo porque me gusta verlo feliz.

— Muy bien, entonces, pediré que traigan el desayuno — dice, ya saliendo del cuarto.

Agradezco al cielo no tener que pedirlo yo, mi estómago ya está rugiendo de hambre. Sinceramente, no sé qué hacer con este hambre ridículo, solo empeora cada día, y aunque coma, regresa cada vez más rápido.

— Matteo, ¿puedes traer un pan? ¿O un bistec? — pido, imaginando lo delicioso que será devorar todo.

Él me mira con una expresión graciosa, extrañando mi pedido.

— ¿Un bistec? ¿Ahora?

— Sí, no quiero tés, ni juguitos, ni esas cosas. Es que tengo muchísima hambre, quiero algo más consistente.

Matteo empieza a reír, pero asiente.

— Claro. Entonces eso de comer por dos es verdad, ¿eh?

— Técnicamente el bebé no necesita que coma más, pero ya verás, tengo hambre todo el tiempo. — Espero que siga sonriendo cuando lo despierte de madrugada pidiéndole comida. ¿Quién lo mandó a ponerme aquí a su lado?

— Está bien, mejor comer mucho que perder el apetito — dice, tal vez tenga razón. — Vuelvo enseguida.

Maitê toma el control remoto de la mesita de noche y comienza a buscar una película para que veamos juntas. Abre la plataforma de streaming y va cambiando de una película a otra, tratando de encontrar algo que le guste.

— ¿Sabías que papá hizo un gallinero para mí? — pregunta, mirándome de repente.

— ¡No me digas! — Nunca pensé que algo así me haría tan feliz. — ¿De verdad?

La pequeña se voltea en la cama para mirarme de frente y sonríe, emocionada al darse cuenta de que me gustó la noticia.

— ¡Sí! Hay algunas gallinas y pollitos también, que después serán gallinas. Belinha, son tan lindos y pequeñitos, son los bebés de las gallinas — explica.

— Así es, amor.

— ¿Y sabías que papá me dejó ponerles nombres?

— ¿Cuáles son?

— Rosita, Pintada, Cantorcito Barato…

— ¿Qué? — pregunto, sorprendida con este último.

— Ese lo escogió papá, es para el gallo, porque canta muy mal, ¿sabes?

— Entiendo. — Empiezo a reír.

— Y ponen huevos, que comemos en el almuerzo. ¡Son los mejores del mundo!

Imagino lo divertido que debió ser ese momento. Matteo se esforzó por acercarse a ella durante los días que estuve fuera, y eso me llena de orgullo y esperanza, un sentimiento que no debería tener, pero que es imposible evitar.

— ¿Entonces se divirtieron en estos últimos días? — pregunto.

— Sí, pero la mamá de los pollitos está enojada conmigo, así que le di un tiempo, ¿sabes?

Estallo en una carcajada sincera. Maitê me mata de risa con sus historias.

— Me refería a ti y a tu papá, Maitê.

— ¡Ah, sí! Nadamos en la piscina, jugamos e hicimos un picnic — dice animada —, pero te extrañé mucho.

— Yo también te extrañé, mucho — digo con sinceridad.

Maitê acaricia mi cabello con ternura. Cómo amo a esta niña…

— Estoy muy feliz por el hermanito. Me encantan los bebés — dice, con una enorme sonrisa.

Me alegra mucho eso. Me acuerdo de cuando nació el hijo de Catarina y de cómo temía que ella se sintiera celosa de que prestaran más atención al bebé que a ella. Temí que Maitê se sintiera igual, pero hasta ahora parece estar encantada con la novedad.

— ¿Puedo poner mi mano en él? — pide, arrodillándose sobre la cama.

— Claro que puedes, linda, ven aquí.

Estiro las piernas y subo mi blusa hasta debajo de los senos.

— Todavía es muy pequeño, tiene el tamaño de un arándano. Así… — Hago el gesto del tamaño con los dedos.

— No sé qué es un arándano.

Sonriendo, guío la manita de Maitê hacia mi barriga, y ella toca mi piel con cuidado.

— ¿Crees que él lo está sintiendo? — dice en un susurro, como si pudiera despertar al bebé.

— Apuesto a que sí.

Matteo anuncia su presencia con una bandeja llena de panecillos, pastel, rosquillas, jugo y café. Me incorporo en la cama y cubro mi barriga otra vez. Creo que me vio con Maitê porque está todo bobalicón, pero no dice nada al respecto.

— Helena está preparando tu bistec, con arroz, y ya lo traerá.

Gracias a Dios, porque ya me sentía triste al ver solo los pastelitos y el pan. Maitê toma una rosquilla de la bandeja, le da un mordisco y luego dice con la boca llena:

— Papá, toqué al bebé.

— Qué bien, hija. ¿Lo sentiste?

— No, porque es del tamaño de un arándano, pero Belinha dijo que él me sintió — responde con tono meloso. — Belinha, ¿dejas que el bebé sienta al papá también?

¡Ay, Dios mío! Solo de pensarlo, siento un escalofrío en el estómago. Matteo me mira con una sonrisa descarada en el rostro. Esto no es justo, ¡seguro que están conspirando juntos!

— ¿No quieres, papá? — pregunta ella, emocionada.

Matteo asiente con la cabeza y sonríe.

— Sí, la verdad es que me encantaría.

Me encojo de hombros porque, al fin y al cabo, no tiene nada de malo. Es el padre, tiene

todo el derecho, y no puedo negárselo.

— Está bien. — Subo mi blusa otra vez mientras Matteo se acerca a mí en la cama.

Él me observa y luego fija la vista en mi barriga con adoración, aunque obviamente todavía no haya crecido nada. Matteo coloca su mano extendida sobre mi vientre plano con un toque delicado, y siento que mi piel arde bajo su mano.

Un fuerte escalofrío recorre todo mi cuerpo y me delata cuando los pelitos cerca de mi ombligo se erizan. No dice nada, pero la sonrisa en la comisura de sus labios confirma que notó lo que su toque aún provoca en mí.

— Listo. Ahora el bebé conoce al papá también — dice Maitê, sin darse cuenta de lo que este momento tan fugaz provoca dentro de mí.

Matteo acerca su rostro lentamente, pero antes de hacerlo, me mira por un momento.

— ¿Puedo?

Asiento con la cabeza, porque las palabras simplemente desaparecieron.

Entonces besa mi barriga, despacio y con ternura, y sonríe de una manera tan dulce que sacude cada una de las barreras que cuidadosamente levanté entre nosotros.

— ¡Mi turno! — Maitê también besa mi barriga, y me siento adorable. La sensación es indescriptible.

Helena toca la puerta abierta, y Matteo se levanta, pero parece mucho más relajado y despreocupado, lo que me hace sentir más segura. No parece molestarle que nos encuentren en un momento tan íntimo.

— Muchas gracias, Helena.

— A la orden, presidente.

— Gracias, Helena, eres un ángel — digo, sintiendo la boca hacérseme agua al ver el plato de comida.

— Calenté el arroz del almuerzo, pero la cena estará lista en breve — dice, en tono de disculpa.

— No te preocupes, soy yo quien está comiendo más de lo habitual.

— Es por el bebé — dice Matteo, sonriendo al ver cómo Helena abre los ojos como platos.

— ¡Matteo!

— ¿Qué? — Me mira fingiendo inocencia. — ¿Crees que no notarán tu barriga creciendo? ¡Todos lo sabrán de cualquier manera!

— Lo sé, pero…

— ¿Vas a tener un bebé? — pregunta Helena, con una sonrisa de alegría.

— Vamos a tenerlo. Yo soy el padre — dice él, como si alguien pudiera no darse cuenta.

Me cubro el rostro con las manos, avergonzada, porque no quiero que piensen que lo engañé con un embarazo.

— Felicidades a los dos — dice, con un tono que parece genuinamente feliz —. Que nazca con mucha salud y que esta familia sea muy bendecida.

— Gracias, Helena — respondo, volviendo a mirarla —, pero no somos una familia, solo vamos a…

— Claro que somos una familia — Matteo me interrumpe. Parece decidido a demostrarme cuánto está dispuesto a hacer. — Puedes contárselo a los demás, Helena. A Helder le encantará la noticia. Por cierto, dile que Anabela ha vuelto, pero no a trabajar. Necesita reposo absoluto.

— Mi embarazo es de alto riesgo, Helena — aclaro, aprovechando la oportunidad. Por si acaso cree que estoy aquí aprovechándome de todos y descansando.

— ¿Ah, en serio? Vamos cuidarte muy bien, entonces. ¡Todo saldrá bien!

Deja la comida en la bandeja que Matteo trajo antes y sale del cuarto. Matteo la observa alejarse por un momento y luego se gira hacia mí.

— Esa chica fue un hallazgo…

Por alguna razón, siento un poco de celos. Es una tontería, claro. Helena es un amor y

nunca la he visto prestar atención más allá de lo necesario a Matteo, a pesar del espectáculo que él es. Pero ella es muy bonita, mucho más que yo, sin duda, y también es amable y educada. Dudo mucho que tenga la audacia de lanzarle un par de botas a la cabeza de su jefe.

— Y además es guapa — comento, atenta a sus reacciones.

¿Por qué estoy haciendo esto? Matteo y yo ya no tenemos nada, y me aseguré de que siguiera así. Él desvía la mirada hacia mí, parece confundido por un momento, pero luego sonríe y asiente.

— Sí, muy guapa, ¿no? ¿Por qué estará soltera?

— ¿Cómo? — pregunto, acomodándome en la cama para mirarlo de frente.

Matteo suelta una carcajada y hace un gesto con la mano, desestimando mi comentario.

— Tú… Perdón, Bela, es que nunca te había visto celosa y quise aprovechar un poquito.

— ¿Yo? ¿Celosa? No sé de dónde sacaste esa idea. Nunca pasó y ahora tampoco me siento así. ¡Me encanta Helena!

— A mí también — dice él, pero esta vez entrecierro los ojos, consciente de que está provocándome.

— Ah, qué bueno es tenerte de vuelta — dice, inclinándose para tomar mi plato —, y ahora, puedes comer tu cena.

— Mi primera cena, porque voy a comer otra vez para acompañarte a ti y a Maitê más tarde.

Matteo abre los ojos como platos, y su reacción me hace reír.

— ¡Santo Dios!

Aunque sorprendido, insiste en cortar un pedazo de carne y ofrecerlo con el tenedor, poniéndolo en mi boca. No es como si no pudiera hacerlo yo misma, pero no rechazo porque me gusta la sensación de que él me cuide, aunque no debería.

Matteo sigue sirviéndome hasta el final, y Maitê come dos pedazos de pastel, además de las rosquillas, afirmando que cenará después. Lo miro y me encojo de hombros, como diciendo

que si ella puede, yo también puedo.

Estoy terminando mi delicioso bistec cuando Catarina y doña Clarissa aparecen en la puerta.

— ¡Hola, querida! Nos vamos, pero queríamos despedirnos antes. ¿Estás cómoda?

— Sí, lo estoy. Gracias por todo.

Catarina hace un gesto para quitar importancia a mi agradecimiento.

— Perdón por decírselo a él, aunque me pediste que no lo hiciera. No podía dejarte allí, sin Matteo…

— Está bien, él dijo que lo prefiere así.

— Lo prefiero — afirma Matteo, colocando el último pedazo de carne en mi boca.

Catarina sonríe, y su madre también parece muy feliz de verme aquí, así que me relajo respecto a la impresión que estoy dando. No parecen pensar que soy una aprovechada, y eso, por ahora, es suficiente.

— ¿Saben en qué estaba pensando? Sé que Matteo odia las festividades y celebrar las cosas, pero creo que tú eres diferente, así que vine a sugerirlo frente a ti para que él no pueda negarse.

— Ahí va ella… — Matteo se queja, ya anticipando que su hermana sugerirá algo que no le gusta.

— ¿Qué les parece hacer un “gender reveal”? Vamos a saber el sexo del bebé en unas semanas y podríamos invitar a tu familia a venir aquí, Anabela. Sería una excelente oportunidad para estar todos juntos. Matteo puede llamar a Greg y a su hermano, reuniríamos a los empleados y a nuestra familia.

— Si por familia te refieres a…

— Me parece una idea fantástica — interrumpo lo que sé que él iba a decir —, y estoy segura de que Matteo no me negaría esto, Cat. Él sabe cuánto me haría feliz.

— Pero… ¿Hasta Miguel? — pregunta él, sin poder contenerse.

Solo levanto la ceja, esperando que cambie de idea, y lo hace, tranquilizándome.

— Está bien, Bela, si tú quieres, tendrás a todos aquí. Y sé que tú y Miguel no tienen nada que ver, solo estaba recordando cosas del pasado cuando exploté de esa manera.

— Exactamente — confirmo, satisfecha de que sea consciente de ello.

— ¡Ahhh, qué buena noticia! — celebra Catarina. — Ahora, mamá y yo nos vamos, pero volveremos más adelante para organizar todo. Ah, Matteo, por cierto, ya agendé tu consulta con el psicólogo. Será online, se llama Dominic Duarte y está muy bien recomendado.

— ¿Ya lo agendaste? — pregunta él, y yo solo miro de uno al otro, sin poder creer que esto vaya a pasar.

— Sí, dijiste que irías, y no podía darte tiempo para que cambiaras de opinión — dice ella, sin intentar ocultarlo.

— No puedo creer que realmente vayas a hacerlo… — comento, todavía en shock.

— Por ti, por Maitê y por el bebé, Bela, hago cualquier cosa. Incluso hablar con ese viejo gruñón.

— ¿Y quién dijo que es un viejo gruñón? — Cat replica. — De hecho, tiene más o menos tu edad, y es famoso por usar textos y reflexiones en las sesiones. Te gustan los libros, ¡será perfecto!

Matteo no parece muy convencido, pero no lo discute, lo que deja claro que realmente está dispuesto a intentarlo.

Y, una vez más, me permito tener esperanzas.


32



La respiración de Maitê se vuelve más pesada, y su manita pierde la fuerza con la que sujetaba la mía. No es para menos, ya son más de las once de la noche, y normalmente ella se duerme a las nueve. Creo que la vuelta de Anabela la dejó muy inquieta.

Apago la luz del cuarto y entrecierro la puerta, dejando solo una pequeña rendija para que entre la luz del pasillo. Maitê todavía tiene miedo a la oscuridad.

En lugar de irme a mi cuarto, bajo las escaleras y me dirijo a la biblioteca. Quiero elegir un libro para leer con mi Bela. Enciendo las luces y camino hasta las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros y leyendo los títulos en voz baja.

— Para vivir con poesía, Mário Quintana.

Tomo el libro en mis manos y lo hojeo. Incluso marqué mis frases favoritas con un resaltador. Seguro que a ella le gustará ver eso.

Subo de nuevo al cuarto, y no puedo evitar sentirme ansioso por estar a solas con ella otra vez. Anabela tiene el don de transformar todo a mi alrededor y de sacar lo mejor de mí, y por más que intente resistirme, pasa sin que siquiera me dé cuenta.

Ella está acostada en la cama, vistiendo un pijama que cubre todo su cuerpo y revisando su celular. Lo deja a un lado en cuanto me acerco.

— ¿Maitê ya se durmió?

— Sí. Me costó, pero lo logré — digo, pensando en su energía interminable.

Me tumbo en la cama junto a Anabela y empiezo a leer el libro, esperando que me pregunte de qué trata. No pasa ni un minuto.

— ¿Así que lees poesía? — pregunta, echando un vistazo al título.

— Leo casi de todo. Depende mucho de mi humor del día.

— ¿Y hoy tu humor te llevó a leer poesía?

— Sí, y puedes imaginar el motivo sin obligarme a decirlo.

Ella se mueve un poco y sonríe, encogiéndose de hombros.

— La verdad, no sé… quiero oír qué mejoró tu humor a este nivel. Me imagino que es el bebé.

¡Vaya, qué lista!

— Claro que el bebé me tiene feliz, pero estoy leyendo poesía porque la única mujer para quien compondría versos y sonetos está ahora mismo en mi cama — respondo sin rodeos.

— ¡Vaya! ¡No estás para bromas! — exclama, jadeando.

Me siento satisfecho al notar sus mejillas rosadas y cómo su respiración cambia. Va a ser una lenta tortura pasar días, quizás meses, sin poder tocarla, sin poder hundirme en ella y saciar las ganas que tengo de su cuerpo. Pero está bien, nuestro bebé merece tranquilidad, y tal vez la expectativa haga las cosas aún mejores.

Anabela trata de ignorar lo que dije y desliza su dedo por una página del libro, señalando algunas frases y fragmentos marcados.

— ¿Son tus favoritos? — pregunta, curiosa.

— Así es. ¿Quieres que te los lea?

— Por favor.

Bela cierra los ojos para absorber mejor las palabras, y empiezo a leer.

No bajes los peldaños del sueño

Para no despertar a los monstruos.

No subas a los desvanes,

Donde los dioses, tras sus máscaras,

Ocultan su propio enigma.

No bajes, no subas, quédate.

¡El misterio está en tu vida!

Y este nuestro mundo… es un sueño loco.

— Me gusta este — dice, suspirando. — Lee otro…

Hojeo el libro buscando algo que le guste, y encuentro uno de mis favoritos, simplemente por el juego de palabras, nada más.

Sobre mi tejado

Pirulín, lulín, lulín,

Un ángel, todo empapado,

Solloza con su flautín.

El reloj va a sonar,

Los resortes crujen sin fin.

El retrato en la pared

Se queda mirándome a mí.

Y llueve sin saber por qué,

¡Y todo siempre ha sido así!

Parece que voy a sufrir,

Pirulín, lulín, lulín…

— Este es gracioso, no sé si entendí bien lo que quiere decir.

— Es más un juego de palabras que algo profundo, pero me gusta. Nunca supe bien por qué.

— A mí también me gustó… Creo que voy a dormir, Matteo.

La miro por un momento, con ganas de inclinarme y besarle la boca, aunque sea brevemente, pero no lo hago. Todavía es temprano.

— Buenas noches, mi Bela.

Ella sonríe.

— Buenas noches.

Despierto abrazado a ella, y no hay mejor sensación en el mundo. Mi rostro está hundido en un revoltijo de cabellos castaños, y su mano delicada descansa sobre la mía, con nuestros dedos entrelazados. Anabela se mueve y me aparto lentamente, volviendo a mi almohada antes de que termine de despertarse y se sienta incómoda por nuestra cercanía.

Me levanto y voy al baño. Me afeito, lavo la cara, me cepillo los dientes y me visto antes de regresar al cuarto. La encuentro con los ojos abiertos y una expresión desanimada en el rostro.

— Buenos días. ¿Qué pasa?

— Náuseas…

— ¿Qué necesitas?

— Medicina para las náuseas, está en mi bolso… y comida, urgente.

No espero a que lo repita. Abro la puerta del cuarto y bajo las escaleras rápidamente. Entro en la cocina, asustando a todos, y empiezo a sacar varias cosas de la nevera y de los armarios mientras me explico apresurado.

— Anabela se despertó, está mareada y necesita comer rápido.

No hace falta decir más. Elis ya está sacando un vaso de jugo de la nevera y una bandeja para que ponga todo encima. Se ofrece a llevarla, pero prefiero hacerlo yo mismo.

Regreso al cuarto y le ofrezco la comida a Anabela, que la devora sin rodeos. Mientras come, busco la medicina que me pidió y observo cómo coloca el comprimido bajo la lengua.

Poco a poco empieza a respirar más tranquila y el color vuelve a su rostro.

— Gracias… Odio vomitar, lo evito como puedo.

— De ahora en adelante, no te preocupes. La comida estará al lado de la cama cuando despiertes, y la medicina, lista en mis manos.

— No tienes que preocuparte tanto, es normal en el embarazo.

— Pero si podemos hacer algo para evitarlo o mejorarlo, lo haremos.

— Ah… Fue tan lindo antes de dormir, tú leyendo poesías. Me olvidé de las náuseas que vendrían en la mañana…

Sonrío con su comentario, satisfecho de saber que disfrutó el tiempo que pasamos juntos.

— ¿Te gustó el libro?

— ¡Me encantó!

— Entonces dime — le pido, sentándome a su lado en el borde de la cama —, ¿qué olor le darías a esos poemas?

Anabela sonríe con la pregunta y cierra los ojos, pensativa. Parece analizarlo a fondo y, cuando llega a una conclusión, abre una pequeña sonrisa.

— Huelen a mar. Yo sumergiría las páginas en agua de mar, y después, al secarse, las guardaría allí. Siempre tendrían el olor del agua salada.

— Y yo pensando en complacerte, bajando a la cocina para preparar el aroma que eligieras… pero ahora me la pusiste difícil. No tengo mar por aquí.

Anabela se encoge de hombros.

— El libro ya tiene un olor propio en mi mente. No puedo cambiarlo para facilitarte las cosas, Presidente, lo siento.

— Mar… Que así sea, entonces.

— Sí. Podrías haber elegido un libro con olor a pimienta o azúcar. No fue culpa mía. — Me mira un momento y muerde su labio antes de sacudir la cabeza. — No quería decir nada para que no te creas mucho, pero esa barba arreglada te queda genial.

Paso la mano por mi barbilla, satisfecho con el cumplido.

— Ahora se nota que hay una persona aquí abajo, ¿no?

— Y qué persona… — comenta entre risas.

A pesar de su resistencia, Anabela está más relajada conmigo. Creo que está considerando darme una segunda oportunidad, y no voy a rendirme hasta que lo haga.

— Es marketing, ¿sabes? Ahora pareces un hombre más resuelto, más decidido.

— Porque así me siento — respondo, tomando su mano entre la mía.

Bela observa nuestros dedos entrelazados y me mira mientras deposito un beso en el

dorso de su mano.

— Hablando de marketing, ¿cómo va la universidad? — pregunto, porque desde que ella empezó, no volvimos a hablar del tema.

— Empecé bien, las materias no eran tan difíciles y realmente me gustaban. El hecho de que las clases fueran a distancia ayudó mucho, pero ahora, con el embarazo, creo que voy a tener que dejarlo. Apenas comencé...

— Quizás sea lo mejor, pero no por todo el embarazo, al menos durante el primer trimestre, para que no tengas que preocuparte por nada más. Pero tranquila con eso, cuando quieras retomar, te apoyaré en todo. Me quedo con el bebé para que puedas estudiar. Todo saldrá bien.

— Tienes la empresa, no es como si tuvieras todo el tiempo del mundo.

— Sí, tengo que trabajar, pero no quiero dedicarme solo a eso todo el día. Quiero dedicarme a ustedes también — digo, dándome cuenta de lo sincero que estoy siendo. Quiero más de la vida que solo trabajar.

— Gracias.

— ¿Por qué? Es mi obligación, amor. No lo hago por eso, pero no tienes nada que agradecerme.

Sus dedos aprietan los míos suavemente, y noto cuánto le impacta la palabra "amor". Pero no voy a dejar de usarla porque eso es lo que ella es: Anabela es mi amor. Me siento mucho mejor sabiendo que está aquí conmigo, aunque no exactamente como quisiera.

Maité aparece poco después. Sube a la cama, animada, y muestra los dientes para demostrar que ya se los cepilló.

— ¡Lo juro, lo juradito, papá! Ahora quiero contarte el sueño que tuve...

— Tuve, hija.

— Eso. El bebé nació, pero estaba bien peloncito, y le di un gorro mío para que no tuviera frío en la cabeza...

— ¿Era lindo, Maité? — pregunta Bela, sonriendo al escuchar su sueño.

— Un poquito — responde, haciéndonos reír —, pero era muy tiernito. Se llamaba Arturrrrr — dice, alargando la "r".

— Es un nombre bonito, cariño. Me gusta — dice Bela, acariciando el cabello rubio de Maité.

— ¡A mí también!

Nos quedamos en la cama conversando y riéndonos hasta la hora del almuerzo. Nos suben bandejas y comemos los tres juntos.

Me tomé los próximos días libres y no vuelvo al trabajo hasta principios de enero. Así que la tarde pasa tranquilamente mientras disfruto de la compañía de las dos. Son más de las cuatro cuando escucho golpes en la puerta.

— Presidente, tiene visitas — aparece Elis avisando.

— No me digas que mi hermana...

— No, señor. Su amigo, el señor Mackintosh, y su hermano.

— ¿Dónde están? ¿En la oficina?

— El señor Greg dijo que vinieron a entrenar boxeo. Están en el gimnasio.

Miro a Anabela primero. Estoy emocionado con la idea de tener compañía para el entrenamiento, pero si ella me necesita, mando a los dos a pelear entre ellos.

— Ve — dice, entendiendo mi dilema —, Maité y yo estaremos bien aquí viendo películas.

Me levanto de la cama, tomo unos shorts y me cambio rápidamente en el baño. Bajo las escaleras y me dirijo al sótano, donde los encuentro esperándome.

— ¿Qué tal, Viturino? ¿Listo para que te den una paliza? — pregunta Greg, provocando.

— ¿Y quién se supone que me va a pegar?

Los saludo antes de saltar las cuerdas para entrar al ring.

— ¿Vinieron en serio para esto?

— Al menos es un deporte. Yan ya estaba harto de estar en la ciudad, se quejó toda la semana.

— Entonces, ¿tú eres el que va a enfrentarme? — pregunto al Mackintosh más joven.

Él sonríe de manera algo cínica, como si realmente creyera que me va a vencer. Le ofrezco un par de guantes y observo cómo se quita los zapatos, se los pone y sube al ring.

Greg se queda como árbitro, pero al final de la pelea declara que Yan fue el ganador. Como no acepto eso, peleamos otra vez, y esta vez preparo mis mejores golpes y ataques menos predecibles. Cuando terminamos, Greg juzga que yo gané.

Al final, fue un empate, y tengo que admitir que el tipo golpea fuerte. Greg no quiso unirse porque, según él, solo estaba provocando, y solo los idiotas juegan a que los golpeen.

Helder entra con algunas botellas de agua y nos sentamos en el suelo, bebiendo mientras conversamos.

— ¿Y bien? ¿Cómo están las cosas? Confieso que, aunque vinimos para esto, me preocupaba todo lo que pasó con Miguel.

— Estoy bien, al menos ahora lo estoy.

— ¿Y qué pasó en todo este tiempo? ¿Hablaste con él? — pregunta Greg, preocupado.

— Todavía no, pero, sinceramente, creo que ya no estoy tan enojado como cuando volvió.

— ¿Y por qué eso?

— No sé, pasaron tantas cosas que terminó perdiendo relevancia. Estar tan enojado por algo que ya pasó y por una mujer que no me interesa más no tiene tanto sentido.

— Hablando de ella, me enteré de que murió — suelta Greg, de golpe.

— ¿En serio?

La noticia me toma por sorpresa.

— Sí, Yan y yo estábamos en casa de una prima de nuestra madre, Ana, y ella comentó algo por encima.

— ¿La exesposa? — pregunta Yan, metiéndose en la conversación después de mucho rato solo observando.

— La misma.

— Qué fuerte… Escuché a Ana mencionarlo, pero no estaba prestando atención, no me di cuenta de que hablaban de esa mujer.

No respondo porque no sé qué decir. Desde que vi a Sofía en aquel estado, supe que pasaría pronto. No quiero parecer insensible, pero no siento nada al escuchar esto, así que prefiero quedarme callado.

— Tuve una bronca fuerte con Miguel porque lo encontré hablando con Anabela — cuento, cambiando el rumbo de la charla.

— ¡Joder! ¿En serio?

Greg me lanza una mirada reprobatoria.

— No era nada, solo estaban conversando, pero me volví loco, ya sabes...

— Es el historial — apunta Yan.

— Exacto. Tuve un problemón con ella por eso, decidí que no estaba listo e hice una cagada, como pueden imaginar.

— ¡No me lo puedo creer, hombre! Parecía que iba todo bien con la chica — lamenta Greg.

Tomo un largo trago de agua antes de seguir contando lo que pasó.

— Pues sí, ella se fue, yo quedé fatal y Maité también.

— ¿Te arrepentiste, imbécil? — No veo venir el golpe hasta que me da una bofetada en la nuca.

Frunzo el ceño para mirarlo, pero no respondo.

— ¿Y cómo no iba a arrepentirme? Sabes que estaba muerto antes de ella.

— ¡Qué cursi eres! — Yan se ríe, poniendo cara de asco.

— ¡Eh! Yo doy consejos a los demás, hombre. Lo mío es diferente, tengo un desfile de

mujeres todas las semanas, pero Viturino no sabe hacer eso. — Greg siempre alardea con estas cosas, pero creo que no es mujeriego por elección, más bien tiene esa creencia idiota de que nunca será feliz en el amor y por eso no quiere apegarse. — Pero, ¿y entonces? ¿Fuiste tras ella?

— Cat fue, y descubrió que estaba embarazada.

— ¿Qué? ¿Dejaste embarazada a la gobernanta? — Yan pregunta, levantándose de golpe.

Aunque me divierte la sorpresa del escocés, niego con la cabeza al oír sus palabras.

— Joder, no hables así de ella.

Él se ríe y me mira con sarcasmo.

— ¿No era su trabajo? Ni que la estuviera insultando.

— Era su trabajo, ya no lo es más.

— ¿Y qué vas a hacer? — pregunta Greg.

— Ya lo hice, fui por ella y ahora está arriba con Maité.

— Entonces, ¿están juntos y van a tener un hijo? — pregunta, tratando de ubicarse en la novela mexicana que se volvió mi vida.

— Más o menos, vamos a tener un hijo y vamos a estar juntos. Ella todavía no me perdona por ser un imbécil.

— Y con toda razón. ¡La echaste, joder!

— No la eché, terminé con ella y le dije que podía quedarse aquí...

— Como si no significara nada. Eres un auténtico idiota.

Esto me hace reír. No es como si Greg estuviera en posición de juzgar o dar consejos.

— Y tú sabes mucho de estas mierdas, ¿no? Quédate en tu lugar, que yo voy a arreglar esto.

— Está bien, pero si logras arreglarlo y vuelves a ser una persona decente, quiero recibirlos en mi casa.

Levanto las cejas, sorprendido por la invitación.

— Nunca me invitaste antes.

— ¿Cómo iba a hacerlo? ¡No salías de esta casa, joder! Mucho menos del país.

— Tiene sentido. Pero, ¿hay espacio para nosotros? ¿Con Maité?

Yan se ríe y niega con la cabeza, como si no pudiera creer lo que estoy diciendo.

— ¿En serio? Es un castillo.

— Ya sé, el hogar de un hombre es su castillo y eso.

— No, imbécil. ¿Todo este tiempo pensaste que era una expresión? Es literalmente un castillo.

— ¡No me jodas! ¿En serio? Con razón a Yan le gusta quedarse allí. Creo que deberías hacer lo que dijiste antes, vender la empresa aquí y quedarte con el castillo.

— Sí, estoy pensando seriamente en eso. Necesitamos un socio para la destilería porque quiero entregársela a Yan y enfocarme en otros negocios. Y hablando de eso, ahora que estás mejor y con planes para el futuro, ¿piensas volver a la empresa? Al despacho.

— Me gusta más aquí, en las montañas. No quiero volver a vivir en la ciudad, pero si todo sigue así, puedo empezar a aparecer por allí al menos una vez por semana. No se lo digas a nadie, todavía no estoy seguro.

— Bien, tío, es un gran plan.

— Tengo algunas ideas rondando en mi cabeza. Anabela tiene un plan de negocios bastante diferente y quiero invertir en ella, en su idea… Pero no le he dicho nada todavía.

— Una cosa a la vez, ¿no?

— Eso. Primero la familia, después los negocios.





Las semanas que siguieron fueron como estar en un paraíso. A pesar de todas las preocupaciones, Matteo me mima todo el tiempo, y Maité no se despega de mi lado nunca. Los demás también están siempre cerca, trayéndome comida y bebidas.

Matteo y yo estamos cada vez más unidos, aunque él no ha intentado hablar conmigo ni convencerme de que lo acepte de vuelta, aunque lo hace con sus acciones: cuidándome y llamándome "amor", lo cual desmorona totalmente mis defensas. Estamos cerca de las doce semanas, y cuanto más se acerca el momento de saber por fin el sexo del bebé, además del fin del primer trimestre, más alegre y confiada me siento.

El médico vino a verme varias veces. Matteo se encargó de pagarle para que me atendiera en casa, lo cual fue genial, así no tengo que salir ni hacer esfuerzos. En la última semana comencé a caminar por la propiedad al menos dos veces al día, aunque distancias cortas y a paso de tortuga. Con cada día que pasa, tengo más certeza de que todo estará bien.

Ahora mismo estamos en el cuarto: Maité, Elis, Suzi, Helena y yo. Trajeron un enorme café de la tarde —que ahora incluye siempre bistecs— y se quedaron para charlar.

— ¡No veo la hora! Cuando nazca, voy a tejer gorritos de lana y calcetas para el bebé. Estará calentito y con estilo —dice Suzi, sentándose al borde de la cama.

— ¿Ya pensaste en los nombres? —pregunta Elis, inclinándose un poco hacia mí. Creo que podrías llamarle Elis, ¿qué te parece? Es diferente.

Las demás empiezan a reír, y yo no puedo resistirme.

— Aún no sabemos si será niña o niño, y con todo esto del embarazo de alto riesgo, no quise pensar en nombres hasta tener más certeza… ya saben.

— No digas tonterías —me reprende Helena—, todo saldrá bien, estoy segura.

Todas la miramos, esperando que explique su convicción. Helena suspira y continúa:

— Tengo una creencia: cuando una persona ha sufrido mucho en la vida, algo bueno tiene que pasar. Nadie vino al mundo solo para sufrir; necesitamos esos respiros, esos momentos

de alivio.

Seguimos mirándola sin entender a dónde quiere llegar, y ella se encoge de hombros.

— El Presidente ya ha sufrido demasiado, y te ama mucho a ti, a Maité y al bebé. Ustedes son su respiro. Dios no permitiría algo así.

Elis y Suzi se miran entre ellas, y yo casi me emociono con la percepción de Helena. Ella siempre es muy callada y reservada, pero es evidente que está atenta a todo y se preocupa por todas nosotras.

— ¿Esa creencia tiene algo personal detrás? —pregunto, observándola con atención.

— Sí, de alguna manera. Ustedes, esta casa y este trabajo son también mi respiro.

— ¡Virgen santa! —Elis se persigna—. Si trabajar así es tu respiro, ni quiero imaginar por lo que pasaste en la vida.

— Ah, mejor no quieras saber —responde ella, desviando la mirada y guardando silencio.

Me da curiosidad; quiero saber más, pero no quiero ser invasiva, así que no pregunto.

— Lo que importa es que ahora estás aquí, te integraste muy bien al equipo y además aprendiste a hacer mi chocolate caliente —comento, tomando un sorbo del espeso líquido.

— Gracias a Dios —suspira Maité, mordisqueando un malvavisco—. Ya no aguantaba más sin chocolate.

— Sí, y como Anabela ya no vuelve a la cocina, fue perfecto que llegaras, Helena —dice Suzi, mirándome como esperando una confirmación.

— Anabela, por favor, sácanos de la duda, por amor de Dios… —Elis levanta las manos en súplica, arrancando risas a las demás—. Te vas a casar con el Presidente, ¿verdad?

— ¡Ah, di que sí, Belinha! —se une Maité, rogando.

— Por favor, ¿quién les dijo que él me pidió matrimonio?

— Él le dijo a tu papá que se casaba, y yo también dije que me casaba.

— Santo cielo… Miren, chicas, no sé cómo van a quedar las cosas. Dije que no volvería con él, pero obviamente mi resistencia no es tan inquebrantable como pensaba. Él está siendo

maravilloso, comenzó terapia y me está cuidando tanto... Tal vez las cosas se resuelvan entre nosotros.

Ellas celebran, emocionadas con la perspectiva, y ya empiezan a pedir aumento de sueldo inmediatamente, ¡estas locas!


33



Estoy de pie, en medio del cuarto, intentando no moverme, mientras Leonel clava alfileres en el vestido que elegí. Es maravilloso, tornasolado, con mangas cortas y a la altura de las rodillas. Dependiendo de la luz, se ve rosa o azul, perfecto para un baby shower de revelación de sexo.

— Listo, amiga, ahora solo faltan unos ajustes. ¡Va a quedar perfecto! —comenta mientras se levanta, analizando el trabajo que hizo.

Esta es otra de las extravagancias de Matteo. Le dije que no sabía qué usar para la fiesta, y al día siguiente, o sea hoy, el hombre ya estaba aquí en la puerta con bolsas y más bolsas de vestidos diseñados por él a mi disposición.

— ¡Estás hermosa, Belinha! —dice Maité, mirándome con admiración.

— Muchas gracias, amor. —Viniendo de ella, lo creo, porque los niños siempre son sinceros.

Suzi golpea la puerta en ese momento y, al verme, se lleva ambas manos al rostro, sonriendo también.

— ¡Wow! ¡Te ves perfecta! —dice entrando al cuarto. — ¿Puedes dar una vuelta?

— ¡Nooo! ¡Está lleno de alfileres por todas partes! —advierte Leonel con un grito agudo de pavor.

— Es maravilloso —comenta Suzi, ignorando al estilista.

— ¡Y eso que aún no está terminado! —Leonel se acerca a mí nuevamente—. Vamos, cariño, quitémonos este vestido antes de que tu hombre lo vea y arruine la sorpresa.

Mi hombre, ¡y qué hombre!

Madre mía, cómo adoro escuchar eso y pensar que Matteo realmente es mío. Levanto los brazos y Leonel me ayuda a quitarme el vestido, guardándolo en su bolsa inmediatamente después.

— Gracias por el cumplido, Suzi, a mí también me gustó mucho —agradezco mientras busco mi ropa por el cuarto.

— Vine a avisar que la señora Catarina y los padres del Presidente acaban de llegar.

Maité sale corriendo al escuchar la noticia, casi tumbando a Suzi en el camino. Adora a los abuelos, la tía y, por supuesto, al primito.

— ¡No corras por las escaleras, Maité! —grito, aunque no estoy segura de que me haya escuchado. — Está bien, Suzi, ya bajo en un momento.

Suzi nos deja solas y Leonel saca una agenda de su portafolio para anotar algo. Finalmente encuentro los jeans y la blusa que llevaba antes de probarme el vestido, pero Matteo aparece en la puerta, interrumpiéndome.

Se detiene en seco, con la mano alzada, y me observa por un instante. Estoy solo en ropa interior, y lo veo tragar saliva, admirado. Desde que regresé, no ha visto más que mis piernas o unos centímetros de piel, y siento mi cuerpo encenderse bajo su mirada.

Pero luego mira a Leonel, que está distraído con sus notas. Solo me faltaba que tuviera celos del estilista...

Leonel levanta la vista de la agenda y fija su mirada en Matteo durante unos dos segundos bastante incómodos antes de mirarme y entender lo que está pasando. Ríe y levanta las manos en señal de rendición.

— Todo bien, todo bien. Me gusta lo mismo que a ella —dice, acompañado de un guiño y una sonrisa descarada, dejando a Matteo completamente avergonzado.

Comienzo a reírme, porque se lo tiene bien merecido. Me pongo la blusa mientras Matteo intenta recordar a qué vino, con las mejillas rojas, y se ve aún más guapo así.

— Ya bajo, ¿tus padres llegaron, verdad? —pregunto.

— Sí… eso. —Se rasca la cabeza, debatiéndose entre mirarme o no. Tan lindo… — También llegaron tus padres y Julieta, acaban de llegar.

Mi corazón se acelera en el pecho; los extraño tanto que duele. Ya hace más de un mes que no los veo, desde el día en que volví a Campos do Jordán con Matteo. Me pongo los jeans rápidamente, tambaleándome un poco al intentar equilibrarme en una pierna. Veo a Matteo ponerse blanco como el papel y reprenderme con la mirada por el descuido.

— Yo también ya me voy. Traigo el vestido el viernes, Anabela —comenta Leonel mientras recoge sus cosas.

— Muchas gracias por la atención y por venir hasta aquí —agradezco. Leonel dejó su atelier en la ciudad para atenderme en casa.

— Al contrario, gracias a ti por la oportunidad.

Nosotros tres bajamos al piso de abajo y encontramos el vestíbulo de la casa abarrotado de gente: doña Clarissa y el señor Leônidas están conversando con mis padres. Mi madre luce hermosa con el vestido rosa que le regalé en su último cumpleaños y parece feliz de estar aquí, sin importar mucho la silla de ruedas. Catarina está charlando con Julieta cerca de la puerta, y en la terraza, afuera, están Alberto y Miguel. Veo a Leonel pasar junto a ellos, saludando con la mano y coqueteando un poco.

Matteo me ayuda a bajar las escaleras por pura preocupación; mi barriga ni siquiera ha crecido tanto. Al llegar al último escalón, soy envuelta por el cálido abrazo de mi hermana.

— ¡Estás tan guapa, Bela!

Y eso que ni siquiera me arreglé. Ella, en cambio, está preciosa con su cabello negro suelto y un maquillaje delicado.

— Ju, ni siquiera me he cambiado —digo, señalando mi ropa vieja.

— No hablo de la ropa, sino de ti, de tu brillo. El embarazo te ha sentado bien.

Esa historia del "brillo" siempre me da risa. Es difícil brillar vomitando a cada rato y con una vida creciendo dentro de ti.

Mi padre me abraza después, saludando también a Matteo, y por último mamá se estira para rodearme con sus brazos, besando mi rostro con ternura.

— ¿Estás bien, amor? —pregunta, analizando mi cara.

— Sí, mamá, estoy bien. —Me seco los ojos húmedos y respiro hondo para no llorar. Malditas hormonas. — Qué bueno que están aquí…

— Qué bueno que tú estás aquí, hija. —Ella mira a Matteo por un momento—. Gracias por cuidar tan bien de mi niña. No sé si lejos de ustedes habría… Bueno, salido del momento más crítico.

— Ella me cuidó primero, doña María.

— Ustedes también me cuidaban bien en casa, mamá —respondo, intentando restarle importancia a lo que él dice.

Pero mamá sacude la cabeza y no pierde la oportunidad de ponerme incómoda.

— Aun así, lo emocional influye mucho, y tú estabas sufriendo lejos de él y de Maité.

Me escapo discretamente para saludar a los padres de Matteo, ignorando deliberadamente el comentario de mamá, pero oigo la risa baja de Matteo, que claramente se da cuenta de que estoy esquivando dar una respuesta.

Julieta se dirige a la cocina con Helena, Suzi y Elis para ayudar con los preparativos de la revelación. Aún faltan algunos días, pero vinieron antes precisamente con esa intención, ya que en vez de comprar la decoración, decidieron hacerla ellos mismos.

Mi padre acepta la invitación del señor Leônidas para ir a pescar al lago, y me alegra que se lleven tan bien. Mamá se queda con doña Clarissa y Maité, porque tenemos cita con el médico, esta vez en su consultorio en la ciudad, para recoger el resultado del examen de sexaje fetal y hacer un ultrasonido de rutina. Creo que Matteo ni siquiera pudo dormir anoche de tanta ansiedad. Catarina viene con nosotros, por supuesto, porque el resultado será entregado directamente a ella.

Esperamos en la sala de recepción de la clínica, y Matteo no para de mover las piernas.

Mira de un lado a otro e intenta mirar a las recepcionistas, sin éxito, porque ellas ya están más que entrenadas para lidiar con clientes ansiosos.

De repente, después de unos minutos, Catarina se abalanza sobre Matteo sin previo aviso y sujeta sus rodillas con ambas manos.

— ¡Ya basta, Matteo! Tu ansiedad también va a poner nerviosa a Anabela, y me está irritando. —Levanta las cejas como si fuera obvio.

Trato de contener la risa, pero Matteo deja de mover las piernas de inmediato, soltando el aire con impaciencia.

Finalmente, el Dr. Genivaldo, el médico que me ha estado atendiendo en la mansión, llama mi nombre y los dos me siguen al consultorio. Me hace algunas preguntas de rutina sobre las náuseas, las vitaminas y principalmente el reposo. Luego me da instrucciones sobre los próximos exámenes.

Mientras me cambio en el baño, poniéndome nuevamente esa bata abierta, Matteo y Catarina toman sus lugares junto a la camilla. Subo los escalones y me acomodo; Matteo toma mi mano, pero mantiene sus ojos azules fijos en la pantalla, expectante.

El médico esparce el gel frío sobre mi barriga, que ahora está más redondeada que la primera vez que hice esto, y luego coloca el transductor.

— Miren, esta es la columna del bebé y por aquí tenemos una piernita. —El médico pausa la imagen, como si fuera una foto, señalando la pantalla y midiendo las extremidades.

Matteo sonríe emocionado y señala la parte inferior de la pantalla. Creo que ha visto algo, o al menos eso piensa.

— Espera un momento. Creo que estoy viendo… ¿Eso de ahí es el pie del bebé?

El médico asiente, satisfecho de que alguien vea lo que está intentando mostrar.

— Exactamente.

Catarina frunce el ceño y sacude la cabeza, mientras Matteo celebra.

— ¡Sí, sí! Ahora lo veo todo. ¡Es perfecto!

El Dr. García ajusta otra configuración del aparato, y el sonido de los latidos del corazón de nuestro hijo empieza a sonar fuerte por toda la sala.

— ¡Dios Santo! ¡Qué rápido late! — Matteo está tan asombrado y feliz que no puedo contener el llanto. Él besa mi cabeza y me abraza por los hombros.

Es tanta felicidad que siento desbordar dentro de mí, que ni siquiera sé si merezco tanto. En el primer ultrasonido, estaba llena de miedo y creyendo que no llegaríamos a esto, pero ahora estoy aquí, estamos bien, no he tenido más sangrados y, lo mejor de todo, él está conmigo.

Cuando termina la consulta, el Dr. Genivaldo le entrega el resultado del examen a Catarina con una sonrisa cómplice en los labios. Tengo miedo de que Matteo le arrebate el sobre y salga corriendo, pero se está esforzando por seguir el juego.

Al salir de la clínica, Matteo decide detenerse en una chocolatería que está en el camino de regreso a casa. Yo, por supuesto, no voy a rechazar la invitación.

Los tres bajamos del coche y entramos en la tienda, que parece más un enorme chalet con su arquitectura de estilo europeo. El suelo de madera pulida le da un aire sofisticado al lugar, y en el centro hay una fuente de chocolate que llama la atención de los clientes; muchos se toman fotos frente a ella.

Nos dispersamos dentro de la tienda, y un vendedor amable me ofrece algunos productos, pero termino eligiendo por mi cuenta. Decido llevar una caja de bombones surtidos con envoltorios de colores para Maité. Apuesto a que le encantará, más aún porque viene con un juguetito. Para Julieta, compro una cajita de trufas y tres tabletas de chocolate con leche: una para mamá, otra para Cat y otra para doña Clarissa.

En el siguiente pasillo, compro un tambor grande con cincuenta bombones, para que las chicas y Helder también puedan probarlos. Luego me doy la vuelta, cargando todas las cajas que elegí, y me encuentro de frente con una rosa ofrecida hacia mí y los ojos azules más hermosos que he visto.

— Para ti, Bela. — Matteo sonríe y da un paso adelante, tomando los chocolates de mis

manos.

Me doy cuenta de que en el centro de la rosa hay un pequeño bombón.

— ¡Qué lindo! ¡Muchas gracias!

— También compré chocolate caliente para tomar en el camino, y una caja de bombones de cereza y crema de avellanas — dice, orgulloso.

— Yo también compré algunos regalos, para Maité y los demás…

Catarina entra al pasillo donde estamos, y me doy cuenta de que el exceso es cosa de familia, porque prácticamente lleva toda la tienda en las manos.

— Listo, ya escogí los míos.

— Voy a pasar todo por la caja entonces.

— Yo voy contigo, tengo que pagar también.

— No hace falta. Ya vuelvo, linda. — Matteo se va con Cat hacia el fondo de la tienda, donde están las cajas registradoras.

Debería insistir en pagar los dulces, pero en lugar de eso me acuerdo de aquel día en el lago, cuando concebimos al bebé, de la conversación entre Matteo y yo sobre la chica y el vendedor de chocolates. Me quedo de pie, cerca de la fuente, observando el flujo del chocolate que cae y es absorbido nuevamente, en un ciclo repetitivo.

Matteo me abraza por detrás, de repente, apoyando sus manos en mi cintura. No hemos vuelto a hablar sobre ello y no estamos realmente juntos, pero tampoco podemos mantenernos lejos el uno del otro. Así que perdemos el control en estos gestos sutiles, todo para tener un poco más el uno del otro.

— Listo — dice, y me doy la vuelta para mirarlo.

— ¡Quédense así, no se muevan! — Catarina saca el celular del bolsillo del abrigo y toma una foto. Es nuestra primera juntos.

Después de eso, volvemos a casa, llevando con nosotros todos los chocolates que escogimos en la tienda. Matteo está intentando cambiar chocolates por el resultado del sexaje con

Catarina, lo cual claramente no funcionará, especialmente porque ella compró más que nosotros dos juntos.

Nos reímos y conversamos mucho durante el camino de regreso. Matteo está mucho más relajado, hablando e incluso haciendo bromas con Catarina. Poder ver su evolución es maravilloso; cada día que pasa está más cerca de su redención.



Matteo

Anabela está conversando con sus padres en la sala de televisión y Maité está sentada cerca de ella, en la alfombra, con la boca toda manchada de chocolate.

Encuentro a Catarina y Julieta en la cocina, preparando algo para el té de revelación. Ellas esconden todo cuando me acerco, como si yo no supiera ya de qué se trata.

— Julieta — saludo.

— Matteo — responde ella de vuelta.

Pongo la bandeja de brigadeiros que compré en la chocolatería sobre la mesa y la empujo hasta dejarla frente a ella.

— Creo que empezamos con el pie izquierdo y quiero arreglar eso — digo, intentando sonar amable.

Ella mira la bandeja y luego inclina la cabeza, intrigada.

— ¿Acaso estás intentando comprarme con brigadeiros?

Me encojo de hombros; nunca he sido bueno fingiendo o inventando excusas.

— En realidad, sí.

Catarina pone los ojos en blanco, impaciente.

— Vale, elegiste bien entonces, funciona conmigo — dice, con una expresión más relajada, agarrando un dulce y llevándolo a la boca. — No por el brigadeiro — dice después de devorar la mitad —, sino porque cuidaste de ella. Mi hermana parece muy feliz aquí, con ustedes. Gracias por eso.

— No tienes que agradecer, ella me hace feliz a mí.

Julieta asiente, satisfecha con la respuesta.

— En ese caso, ya que no me perdonaste por los brigadeiros, ¿puedo llevármelos de vuelta?

Julieta agarra la bandeja y la levanta sobre su cabeza.

— Ni lo pienses, ya me los diste. No puedes quitar un regalo, lo siento mucho.

— Sí, y deberías irte ya — dice Cat, haciendo un gesto como si me echara de la cocina —, ¿no tienes tu sesión ahora?

— Ah, mierda… — Miro la hora en el reloj de pulsera. — No puedo dejar al tipo esperando.

Me dirijo al despacho y cierro la puerta con llave. Este es el único momento en el que he podido estar a solas desde que Anabela volvió, no por tristeza, sino porque necesito un poco de privacidad.

Enciendo el ordenador y me siento frente a él, en el sillón. Ya he recibido el enlace para la videollamada por correo electrónico y faltan menos de dos minutos para la hora. Hago clic en él, la pantalla se abre con la cámara y solicito participar en la llamada. Pronto recibo la aprobación, la cámara del psicólogo también se enciende y veo al tipo aparecer del otro lado.

El Dr. Dominic tiene casi mi edad, al menos es lo que imagino por su aspecto. Sus ojos marrones me miran a través de la cámara y sonríe.

— Buenas tardes, Matteo. ¿Cómo te ha ido desde la última vez que hablamos?

— Todo bien. En realidad, mejor que bien. Hoy fui con Anabela a un ultrasonido y, tío, es una locura escuchar el corazón del bebé y seguir esa evolución.

— Me alegra que estés bien y participando tan activamente en el embarazo. ¿Hay algo en particular de lo que te gustaría hablar hoy?

— No, todo está perfecto.

Dominic frunce el ceño y asiente. Luego se recuesta en la silla y me lanza esa mirada de quien sabe cosas.

— Mencionaste en la última sesión que tu familia iba a tu casa para un té de revelación. ¿Ya han llegado?

— Llegaron esta mañana, la familia de Anabela también.

— ¿Y tu hermano?

Niego con la cabeza; aún no le he contado el verdadero motivo por el que estoy en terapia, pero como siempre me esquivo cuando menciona a Miguel, creo que ya entendió que mi problema es con él.

— Todavía no ha llegado, pero debe venir porque ahora aparece siempre…

— ¿Ahora? — pregunta, perspicaz.

— Sí — suspiro, recostándome en el sillón y cerrando los ojos; tal vez así consiga hablar —, estaba muerto, ¿no lo dije?

— No, no lo dijiste.

— Miguel fingió estar muerto y desapareció por cinco años. Ahora está de vuelta.

— ¿Es por eso que estás enfadado con él?

Muevo la cabeza.

— No. Quiero decir, no solo por eso. Miguel me apuñaló por la espalda y ahora quiere que lo perdone.

— ¿Y tú no quieres perdonarlo?

— No lo sé — respondo con sinceridad —. No quería, estaba jodidamente cabreado con

él, porque, a pesar de todo, sufrí mucho cuando lo dieron por muerto… Pero creo que ya no siento tanta rabia.

— ¿Quieres contarme lo que realmente pasó?

— No quiero — digo, esbozando una sonrisa enseguida —, pero supongo que tendré que hacerlo, ya que es el motivo por el que estoy aquí.

Dominic no dice nada, solo espera a que ponga mis ideas en orden y empiece a hablar.

— Miguel era mi mejor amigo, además de mi hermano. Trabajábamos juntos y nos llevábamos muy bien. Yo estaba casado…

— ¿Con la madre de tu hija?

— Sí, Sofía. Era una mujer guapa, su única cualidad. No teníamos una buena relación de verdad, pero luego descubrió que estaba embarazada y pensé que las cosas mejorarían…

— ¿Qué pasó?

— Volví a casa un día y la escuché hablar por teléfono con alguien. Decía que no iba a dejarme para estar con esa persona, aunque el bebé no fuera mío.

Como no me interrumpe, imagino que la historia lo ha impactado. No es propio de un psicólogo opinar o insultar a la gente, así que se mantiene en silencio.

— Me fui de casa destrozado, estaba muy ilusionado con el bebé — cuento, y los recuerdos regresan con fuerza —, pero durante los días siguientes no le dije nada.

— ¿No le dijiste que sabías?

— No. Quería descubrir con quién estaba y decidí quedarme callado. Esperé a que saliera de casa para seguir su coche o que diera alguna pista, pero no pasó nada. Hasta que, en el momento en que menos lo esperaba, lo descubrí todo… — Me llevo la mano al rostro, intentando ordenar los recuerdos que he tratado de enterrar por tanto tiempo. — Quería hablar con alguien, desahogarme sobre lo que había descubierto y, aunque no estábamos tan unidos en esos días, decidí hablar con Miguel. Fui hasta la casa donde vivía, la puerta estaba sin llave, así que entré, como siempre hacía.

Creo oír una maldición y eso me hace sonreír, incluso en medio de toda esta mierda. Ni el psicólogo puede contenerse ante la puñalada que me dieron.

— Pues sí, ahí estaban en la cama. No estaban follando, o me habría arrancado los ojos, pero ella solo llevaba la lencería y estaban abrazados, hablando y riendo. Un post-sexo perfecto.

Abro los ojos y miro a Dominic. Él suspira y abre los brazos.

— No me esperaba esto, pensé que era una pelea por la empresa o algo así. ¡Qué mierda!

— Una pelea por la empresa no nos habría distanciado.

— ¿Y cómo quedaron las cosas después de eso?

— Entré en la habitación. Miguel me vio y se asustó, todavía recuerdo la expresión de culpa en su cara. Sofía se quedó blanca como el papel. Estaba el tema del estatus, estábamos casados, ella embarazada, y Sofía no quería que su vida perfecta se desmoronara así. Lo golpeé. Miguel ni siquiera se defendió. Sofía lloraba y gritaba… Miguel pedía perdón y decía que la amaba, que no lo había planeado y que lo sentía mucho.

— ¿Le creíste?

Asiento. Se me revuelve el estómago, odio recordar ese día.

— Creo que ya sabía desde hace tiempo que él estaba enamorado. Veía la forma en que la miraba, sé que no lo hizo deliberadamente para joderme, solo fue débil y no resistió. Si me pasara a mí y sintiera algo así por alguien con quien no debería, me alejaría. Miguel no lo hizo.

— Entonces crees que actuó mal, pero que no lo hizo para fastidiarte a propósito…

— No, él no haría algo así a propósito. A pesar de todo, sé que me quería.

— ¿Y Sofía?

— Seguro que lo presionó, lo provocó y puso a prueba sus límites. Sin duda, no ayudó. Miguel tenía unos veintidós años, seguía siendo un crío y estaba deslumbrado. Claro que eso no lo exime de culpa y Sofía no puede ser la única responsable de esto, pero sé que la iniciativa fue de ella. Creo que le divertía acostarse con mi hermano menor a mis espaldas, y estoy seguro de que se reía de él por estar enamorado, por creer que algún día ella lo elegiría…

— ¿Miguel se fue después de eso?

— Dijo que se iba de viaje porque no podía quedarse cerca de mí ni de nuestra familia después de lo que había hecho. Pero luego llegó la noticia de que el avión se había estrellado.

— Y mintió sobre eso.

— Sí, como dije, era un crío y no soportó el peso de sus propias decisiones. Pero ahora, cinco años después, descubrí que el bebé que Sofía dijo haber abortado estaba vivo y abandonado en un orfanato. Mi hija, Maité.

Él suspira, pensativo, y me sorprendo pensando en lo difícil que debe ser esta profesión, tener que escuchar tantas cosas e intentar mantenerse imparcial, al menos en la superficie.

— ¿Y cómo lidiaste con eso?

— Me afectó muchísimo. Justo cuando las cosas empezaban a mejorar, pasó esto. Llevaba años sin salir de casa, sin ver gente ni hablar bien con nadie, pero apareció Anabela, empezamos a involucrarnos y logré ver una luz, una salida. Y entonces descubrí lo de Maité.

— Me imagino que debió de ser muy complicado.

— Lo fue, pero Anabela me apoyó en todo. Las dos se acercaron también, y mi hija fue un punto clave en el cambio que tuve. Pero entonces Miguel volvió, y de repente me vi de nuevo en lo que pasó hace cinco años.

— ¿Dijo por qué volvió?

— Quiere mi perdón y el de nuestra familia. Se cansó de huir y de esconderse.

— ¿Y tú le dijiste que no?

— Varias veces, pero no parece querer darse por vencido.

— ¿Y cómo te sientes con eso? — Siempre esa maldita pregunta.

— Joder… ¿Sabes que no tengo ni puta idea de cómo me siento?

Dominic asiente, comprendiendo mi dilema.

— Bueno, Matteo, nuestra sesión está terminando por hoy, pero creo que avanzamos mucho. Lograste contarme sobre tu pasado y puedo ver que estás listo para seguir adelante.

Piensa en esto durante la semana, en lo que sientes respecto a tu hermano, y hablaremos sobre ello después.

— ¿Ya terminamos? ¿Hoy no vas a leer una de tus reflexiones?

Él ríe y destapa el frasco sobre la mesa. Según Dominic, la idea es que el propio paciente saque un papel al azar y lo lea, pero como nuestras sesiones son online, eso no es posible. Sin embargo, cuando lee las palabras escritas en el pequeño papel, confirmo la teoría que vengo desarrollando: ese frasco es medio mágico o vidente, porque solo así se explica la puntería perfecta que tienen los mensajes.

"Si el futuro te sonríe, sonríele de vuelta. Si el pasado te llama, simplemente ignóralo."


34



Finalmente llegó el día. Estoy más nerviosa que en la ecografía, porque ahora sé que vamos a descubrir el sexo. No es algo realmente importante, que sea niño o niña, lo más relevante es que pasamos el primer trimestre y el embarazo ahora es más estable, lo que me hace muy feliz. Aun así, estoy ansiosa por saberlo.

Mi barriga también se nota más ahora, no es enorme, pero ya sobresale y es evidente que estoy embarazada. Me siento bien con eso.

— ¡Ahhh, Bela! Me encantó el vestido — elogia Catarina al pasar por la puerta.

Julieta viene con ella y lleva la mano al rostro, en un gesto de sorpresa.

— ¡Estás tan maravillosa! No veo la hora de verte con la panza enorme. ¿Puedes, por favor, aprovechar que tu hombre tiene dinero y hacerte una sesión de fotos hermosa de embarazada?

— ¡Ju! Sí quiero hacer una sesión así y registrar el momento, pero él no es mi hombre — respondo, incómoda por estar cerca de Catarina —, es solo el padre de mi hijo.

— Solo — repite Catarina, enfatizando la palabra, y ambas comienzan a reír —. ¿Hasta cuándo van a seguir haciéndose los tontos y admitir que se aman y todo eso?

— La falta de amor no es el problema aquí, quiero estar segura de que él sabe lo que quiere y que no va a echarse atrás — respondo, explicándome.

— ¿Sabes qué? Tienes razón, pero sé que muy pronto te lo va a demostrar — dice, sonriendo.

— ¿Nos vamos ya?

Asiento, aceptando el llamado de mi hermana.

— ¡Vamos!

Bajamos las escaleras juntas y salimos al jardín trasero de la casa. El espacio está lleno de flores — además de las que ya estaban plantadas —, algunas mesas se han distribuido por el lugar y nuestras familias ya están reunidas y sentadas.

Frente a todos hay una mesa grande, llena de dulces y bebidas de colores, todo en rosa y azul, y en el centro, un gran pastel con cobertura que combina ambos colores.

Matteo lleva una camisa rosa y jeans azules, y se ve más informal de lo que lo he visto en todo este tiempo, ni siquiera su cabello está peinado de manera tan estricta. Su apariencia le da un aire más relajado.

Nuestros padres están sentados uno al lado del otro y un equipo de catering trabaja sirviendo la comida, ya que hoy los empleados de la casa también son nuestros invitados.

— ¿Cómo va a ser? ¿Vamos a cortar el pastel? — le pregunto a Catarina, tratando de imaginar qué planeó.

— Muy común, Anabela. Deberías saber que yo sería más creativa…

— Huum… ¿Una caja con globos, entonces?

— No, pero hasta me gusta la idea. — Me mira con los ojos brillantes, llenos de expectativa. — Pedí que todos se vistieran según sus apuestas y hasta hice unas calcomanías para que se marcaran con lo que creen que será.

— ¡Dios mío! — exclamo al ver la calcomanía en la muñeca de Julieta. Dice: "Es una niña".

— Entonces, tú y Matteo van al frente y les harán preguntas sobre el otro. Si aciertan, seguimos adelante, y así hasta que uno de ustedes se equivoque. Quien se equivoque recibe un tortazo en la cara, y dentro de la tarta está el color. Así lo descubrirán, ¿no es genial?

— ¿Nos van a embarrar la cara con el color correcto, es eso? — intento entender.

— ¡Sí! Ahora vayan, todos estamos esperando.

La idea me parece, como mínimo, un desastre, pero no me niego a participar, por

supuesto. A pesar de todo, va a ser divertido. Camino hasta donde está Matteo, más adelante, conversando con Greg, y él sonríe al verme. También está desesperado por acelerar las cosas y descubrirlo de una vez, probablemente más ansioso que yo.

— ¿Lista?

— Todo lo que puedo estar.

— Entonces vamos — dice Greg, con una sonrisa entusiasta.

— ¿Tú vas a dirigir el juego? — Me extraña la elección, pero parece realmente preparado para eso.

— ¿Y crees que me perdería esta oportunidad? Estoy deseando que Viturino se equivoque primero, así que no me decepciones, Anabela.

Matteo solo parece entender de qué se trata cuando ve las tartas alineadas en la mesa, pero no creo que le moleste.

Nos detenemos el uno frente al otro mientras nuestras familias nos observan, emocionadas. Maitê está en los brazos de mi padre, observando todo con curiosidad.

— Vamos allá, haré una pregunta para cada uno y luego diré si acertaron o no. Quien se equivoque, ya saben, tortazo en la cara…

— Está bien — acepto, incitándolo a continuar.

— Viturino, Anabela se rompió un diente cuando era niña. ¿Dónde ocurrió y cuántos años tenía?

— Mierda… Nunca me contó esa historia. — Matteo me mira con ojos acusadores y aprieto los labios, conteniendo la risa porque sé que va a fallar. — Bueno, tenía unos cinco, supongo. — Acierta por pura lógica, probablemente porque, si hubieran sido dientes permanentes, hoy tendría un implante o algo así.

— ¿Y el lugar? — Greg lo presiona, nada contento con su acierto.

— Hum… ¿un parque?

Greg ni se digna a responder y se vuelve hacia mí.

— Anabela, cuando era niño, Matteo soñaba con otra profesión. ¿Qué profesión era esa?

¡Ay, Dios! ¿Cómo se supone que voy a saberlo?

— Creo que quería… ¿ser médico?

El escocés sonríe, disfrutando vernos fallar las respuestas. Toma una tarta en cada mano y las levanta a la altura de su rostro.

— Anabela, ¿dónde te rompiste el diente? — pregunta, dirigiéndose a mí ahora.

— En la iglesia, me caí del banco — cuento, y Matteo sacude la cabeza.

Pobre, ¿quién podría imaginarlo?

— Y Viturino, ¿qué profesión querías seguir cuando eras niño?

— Chef de cocina. En mi cabeza, ellos comían cuando querían y antes que todos los demás — responde Matteo, provocando una carcajada general.

Greg no se compadece y nos estampa las tartas en la cara simultáneamente. Me toma unos segundos recuperar la visión, solo escucho la algarabía y a la gente celebrando. Matteo y yo tardamos un poco en quitarnos el betún de los ojos y ver el color en el rostro del otro.

Cuando veo sus mejillas y su frente cubiertas de azul, suelto un grito y empiezo a saltar, celebrando. Matteo lo capta al instante y festeja conmigo. La verdad es que, aunque el sexo no importe, ya tenemos a Maitê, y vivir la experiencia con un niño también será increíble.

Matteo me toma en brazos y me gira en el aire. Escucho los aplausos de los demás, pero estoy concentrada en el hombre que amo y que me ha dado este momento, esta indescriptible sensación de plenitud.

Para completar, pasa un dedo por mi mejilla y se lo lleva a la boca, sonriendo después.

— Sabe a felicidad, Bela.

Se inclina un poco, como si fuera a besarme, y siento mi corazón acelerar en el pecho. Mis manos se aferran a su camisa sobre los hombros y humedezco mis labios, lista para aceptar el beso, a pesar de todas mis dudas previas.

Matteo esboza una sonrisa ladina que me revuelve el estómago. Estoy soñando con su

boca sobre la mía otra vez, pero, de repente, simplemente me baja al suelo y se aleja, dejándome dudando de si el momento realmente ocurrió o fue solo una ilusión de mi mente desesperada.

— Dijiste que no querías volver conmigo, Bela. Ahora vas a tener que pedirlo — provoca.

Este idiota sabe perfectamente lo que está haciendo.

— Lo dije, sí. No sé de qué estamos hablando.

Después de eso, rodeamos la mesa y, juntos, cortamos el pastel, que tiene el relleno azul. Solo cortamos la primera rebanada para las fotos, porque luego el equipo del catering se encarga de repartir el pastel y los dulces a todos.

Helder parece exultante. Desde aquí puedo escuchar su voz alegre contando cómo ayudó a criar a Matteo, Catarina y Miguel, y ahora va a ayudar con Maitê y nuestro bebé.

Matteo sonríe mientras lo escucha, pero cuando levanta la mirada, se encuentra con Miguel, que acaba de llegar, un poco tarde, y su sonrisa se borra lentamente.

— Viturino, ¿jugamos billar? Falta uno y ese vas a ser tú. — Greg se detiene a nuestro lado y pasa un brazo alrededor del cuello de Matteo.

— ¿Billar? — pregunta, sin entender bien. — Yo no tengo mesa de billar.

— Sí, traje la mesa — dice Greg, como si no pesara una tonelada.

— ¿En serio? ¡Hace siglos que no juego!

No acepta de inmediato, pero por sus palabras y expresión, es evidente que quiere ir. Me mira, esperando que diga algo, pero, al contrario de lo que imagina, estos pequeños momentos me hacen aún más feliz. Me doy cuenta de cuánto está mejorando, es más sociable y se está divirtiendo más.

— Ve, voy a charlar un rato con nuestras madres.

— Entonces vamos… — Greg hace ademán de arrastrarlo, pero Matteo mira hacia donde está Yan, conversando con Alberto, y luego desvía la vista hacia Miguel, que está sentado solo en un rincón.

— ¿Quién va a jugar?

— Alberto, Yan, tú y yo.

— Está bien, llama a Miguel — dice, y su voz no es más que un susurro.

Greg parece tan sorprendido como yo.

— ¿En serio?

— Sí, ¿lo vas a dejar ahí solo? Puedes llamarlo.

— ¿Seguro? ¿No vas a pelear con él ni nada por el estilo?

— No — Matteo se ríe de la preocupación del otro —, me voy a portar bien, mamá.

Los dos se alejan de mí y Matteo se dirige hacia los otros, mientras Greg va en dirección a Miguel.

Veo cómo su rostro se ilumina con la invitación y, a pesar de todo, llego a sentir pena. Debe de ser difícil lidiar con lo que hizo y enfrentarse a la familia, pero aunque Matteo sigue siendo bastante reacio, parece estar dispuesto a insistir y quedarse.

— Hola…

Me doy la vuelta y encuentro a Julieta parada detrás de mí.

— ¡Hola!

— ¡Va a ser un niño, Bela! ¡Ahhh, qué cosa más linda!

Sonrío, emocionada con la noticia.

— ¡Estoy tan feliz, Ju! Ni puedo creer que las cosas están saliendo bien y encajando, poco a poco.

— Yo también. Tu futura suegra y tu mamá están celebrando ahí, agarraron una botella de champán y ni quiero imaginar cómo vamos a sobrevivir a las dos borrachas hablando sin parar más tarde.

— Que Dios nos ayude.

— ¿Y dónde se metió mi nuevo cuñado favorito?

El comentario me arranca una carcajada.

— ¿Así que ahora te cae bien abiertamente? Pensé que seguías con ese plan de fingir que odias a Matteo mientras intentabas convencerme a sus espaldas de volver con él.

— Eso era hasta que me dio una caja de brigadeiros, me compró con chocolate.

— Típico de él.

— Pero también me pidió disculpas, así que pude aceptar el soborno sin sentirme mal.

Sacudo la cabeza. Estos dos me matan.

— Se fue a jugar billar en algún lado con Greg y los otros.

Julieta abre los ojos de par en par y se acerca un poco más.

— Greg es ese dios que hizo la dinámica de la revelación, ¿no?

— ¡Julieta!

— ¿Qué? El hombre es un espectáculo, no puedes fingir que no lo viste solo porque estás enamorada. Anabela, yo, ese hombre, una manta para el suelo y una jarra de agua… Pasaría muy bien.

— ¡Pero qué…! ¡Eres la virgen más descarada de la historia!

— Lo soy, pero por falta de opción. Siempre estoy en casa por culpa de mamá, pero voy a cambiar eso pronto, ya verás.

— ¡Julieta! No puedes apresurar las cosas así. En algún momento conocerás a alguien y…

— Ni me vengas con ese discurso. ¿En qué siglo crees que estamos? No estoy hablando de enamorarme. Tú tuviste suerte, pero a mí puede tardarme una eternidad. Estoy hablando de sexo, de saber cómo es, nada más.

— Lo sé, pero tampoco puede ser con cualquiera, es un momento complicado y…

— ¿Es soltero?

— ¿Quién? — pregunto, intentando seguir su razonamiento.

— ¿Cómo que quién? ¡El escocés!

— ¡Ay, Dios! Sí, es soltero, pero es mucho mayor que tú y, según Matteo, no está

buscando una relación.

— Yo tampoco, es perfecto y encima tiene experiencia.

— Deja de decir tonterías.

— Bueno, siempre queda Miguel — dice, como si lo considerara una opción.

— ¡Por el amor de Dios! Mantente alejada de Miguel. Ahora que está volviendo a establecerse aquí con la familia, no quiero que me causes más problemas.

Ella se ríe, divirtiéndose a mi costa.

— Es broma, no es mi tipo. Quiero a Greg. ¿Me vas a ayudar?

— ¡Por supuesto que no!

Para mi suerte, Catarina elige ese momento para acercarse. Sonríe, me abraza y celebra la noticia, obligando a Julieta a dejar de lado su conversación completamente absurda.



Greg está haciendo pareja con Miguel y Alberto conmigo. Yan decidió que entrará en la próxima, cuando alguno de nosotros se rinda. Cuando Greg mete una bola y lo celebra, Alberto golpea el taco contra la mesa, irritado.

— ¡Pero qué mierda! No soy bueno en esto — se queja —, deberíamos jugar a las cartas.

— No sabía que eras un mal perdedor, cuñado — dice Miguel, riendo, y Alberto resopla.

Termino riéndome, porque tampoco conocía ese lado de Alberto. Siempre educado y servicial, pero al parecer es competitivo.

— Tranquilo, deja que se crean mucho ahora, vamos a dar la vuelta al juego — prometo, viendo a Greg fallar la siguiente bola.

Es mi turno. Apoyo el taco sobre la mesa y apunto con calma antes de acertar de lleno mi objetivo y embocar la bola.

Alberto celebra, pero no me distraigo, ya analizando mi jugada en busca de la siguiente bola.

— Estás todo contentito, ¿eh, Miguel? — Aunque tengo la cabeza baja, apuntando, sé que fue Alberto quien habló. — Apuesto a que es porque Matteo te invitó a jugar.

— ¡Cállate la boca, carajo! — sisea Miguel.

Me dan ganas de reír por la discusión estúpida de ellos, pero me controlo y mantengo la compostura. Acerto la bola y después el abdomen de Greg con la punta del taco.

— No celebres la victoria antes de tiempo. Y tú — señalo a Alberto —, deja de joder o te desinvito.

Los otros tres se ríen por la mueca que él hace, y el juego sigue así, lleno de bromas y comentarios de escuela secundaria que nunca nos abandonan. Es la primera vez que estoy cerca de Miguel desde que volvió y no siento odio ni ganas de salir corriendo. De hecho, me estoy divirtiendo.

— Y entonces, Viturino, ¿ya arreglaste las cosas con tu chica? — pregunta Yan, curioso.

Está tirado en el sofá que pusieron en la esquina del gimnasio, con una cerveza en la mano. Los aparatos fueron empujados a un lado.

— Casi, dame uno o dos meses más.

— ¿Pero por qué? — Greg quiere saber. — Ya se nota que lo estás haciendo bien, cuidándola y todo. Creo que te falta actitud, man.

— No es eso. Sé que Anabela está mucho más dispuesta que cuando la traje de vuelta, pero no quiero solo aparecer y soltar un par de palabras. Quiero acompañar el embarazo mientras ella me observa y se da cuenta de que no estoy jugando, construir algo más despacio para algo

que va a durar para siempre.

— ¡Joder! Maduró, gente.

Miro a Greg con una leve gana de darle un puñetazo en la cara. Es mi amigo, claro, pero consigue ser un pesado de mierda.

— Imbécil. Y ya que te gusta joderme, que sepas que cuando todo esté bien, voy a aceptar tu invitación e irme con mi familia a pasar unos días en Escocia. A ver si sigue en pie la oferta.

— Claro que sí, whisky no te va a faltar, te lo prometo.

— Algo es algo.

— ¿Y tú, Greg? Desde que te conocí a través de los Viturino, nunca te vi con ninguna mujer — indaga Alberto.

Eso fue hace bastante tiempo, en realidad. Alberto era mi amigo en la infancia y adolescencia. Su familia fue vecina de la mía durante muchos años. Cuando empecé a estudiar, ya no tenía tanto tiempo y casi no lo veía. Fue ahí cuando el cabrón se acercó a mi hermana y no se despegó más.

— No seas mentiroso, claro que me has visto, con varias — responde Greg, alardeando.

— A las que ni te tomaste la molestia de presentar. Estoy hablando de una novia de verdad, nunca tuviste una.

— Yo no tengo novia. ¿Matteo nunca te contó? — Alberto emboca la bola esta vez y me deja más cerca de la victoria.

— Ahí va otra vez con la misma historia…

Yan ríe, negando con la cabeza.

— No tiene sentido, Matteo. Él realmente cree en esa mierda.

— ¿Qué mierda? — pregunta Miguel. Es su turno de jugar y está inclinado sobre la mesa, apuntando a su objetivo.

— Los Mackintosh están malditos — empieza a contar Greg —, desde nuestros

tatarabuelos, si no antes.

— ¿Y qué maldición es esa? — Alberto parece contener la risa.

— Todas las personas de la familia que se casaron fueron infelices. Las relaciones siempre terminan en divorcio, muerte o traición. No es que no haya amor, es que la maldición siempre actúa y jode todo.

Alberto nos mira, primero a Greg, luego a mí y después a Yan.

— ¿En serio cree en eso?

— Sé que suena idiota — Greg retoma la explicación —, pero si hubieran visto todo lo que yo vi, entenderían mi punto. Con nuestros padres no fue diferente, ni con nuestros abuelos y mucho menos con mi tía, que decidió casarse porque pensaba que era una tontería. Todos acabaron jodidos, así que decidí que voy a vivir acostándome con muchas, sin apegarme a ninguna y esquivando la maldita maldición.

— Hermano, estás loco. — Ni Miguel le cree.

— Quiero ver cómo va a convencer al abuelo de eso — dice Yan, todavía divirtiéndose a costa de su hermano.

— ¿Cómo así? ¿Tu abuelo no está maldito también? — pregunto, encontrando gracia en la historia que ya escuché decenas de veces.

— La maldición viene por parte de papá. La familia de mamá no tiene ni idea de eso, y ahora Greg es el heredero de la empresa y nuestro abuelo quiere que se case.

— ¿Con quién?

— Ah, eso le da igual. Se está volviendo viejo y quiere un heredero para la empresa, cosas de gente chapada a la antigua que se preocupa por dejar los negocios en la familia.

— Estás jodido, Greg — respondo, mirando a mi amigo.

— Voy a encontrar una solución. Tal vez lo enrede hasta el final. O si no, le consigo una noviecita a Yan y le paso la empresa a él.

— Ni lo sueñes, ya te dije que voy a trabajar en la destilería. Tú verás cómo engañas al

viejo.

— No quiero hablar de eso hoy. Es un día feliz, Matteo va a tener un Matteito, nos estamos divirtiendo aquí, ¿para qué hablar de esta tontería? Dejemos los problemas para mañana.

Y tiene razón. Mi hija está conmigo, la mujer que amo también, y vamos a tener un niño. Las cosas no podrían estar mejor.


35



Deslizo el rodillo por la pared otra vez y una capa de pintura verde menta cubre el espacio en blanco frente a mí. Estoy de pie sobre la escalera, pintando el cuarto del bebé.

Anabela y yo elegimos un papel tapiz con animalitos de la selva por internet para cubrir una de las paredes y decidí hacer yo mismo todo el trabajo: la pintura, el empapelado e incluso el montaje de los muebles.

A ella le pareció graciosa mi decisión, sobre todo porque no la dejo hacer nada sola y siempre digo que podemos pagarle a alguien para que lo haga. Pero eso es porque prefiero que no haga esfuerzos, aunque el mayor peligro ya haya pasado. Yo, en cambio, no pude estar presente durante el embarazo de Maitê y ahora quiero aprovechar cada oportunidad, haciendo todo lo posible por mi cuenta, creando recuerdos y participando.

Me quito la camiseta para no mancharla con pintura y ya estoy terminando la primera capa. A través de la ventana, veo a Maitê corriendo detrás de una pelota afuera con Suzi. Cuando me ve, me saluda desde donde está.

—¡Está quedando precioso!— La voz de Anabela me toma por sorpresa y me giro en la escalera para verla.

Ahora, con dieciséis semanas, su vientre ya es bien visible. Lleva un vestido floreado, suelto y corto, disfrutando del verano y del calor de la sierra, además del propio de su embarazo. Su cabello está recogido en un moño alto y, con cada día que pasa, parece más hermosa.

—A mí también me está gustando mucho— respondo, analizando el trabajo.

—¡Estás todo sucio de pintura!— Anabela señala las manchas en mi pecho y no puedo evitar una sonrisa provocadora.

—Y tú estás mirando mucho.

La verdad es que ya hace tiempo que regresó, y durante varias semanas luché por reconquistarla con mis gestos y con paciencia, consciente de que, aunque estuviera dispuesta, físicamente teníamos ciertas restricciones. Con los riesgos del embarazo, no podíamos ir más allá, aunque ya estuviéramos juntos de nuevo.

Pero ahora el médico dio luz verde para las actividades sexuales. Yo estaba en la consulta cuando lo dijo y, desde entonces, no he podido pensar en otra cosa. El celibato y esta pequeña distancia entre nosotros están consumiendo todos mis pensamientos.

Anabela se encoge de hombros, sin preocuparse por ser descubierta.

—Te estoy mirando, claro. Ahí arriba pareces un modelo de ropa interior, y yo no estoy ciega— dice, recordándome nuestra primera conversación... o la segunda, si es que una mujer lanzando cosas y gritando cuenta como la primera.

Bajo los escalones y agarro el pincel sucio sobre el periódico.

—Para parecer un modelo de ropa interior, debería estar usando solo ropa interior, ¿no crees?

Anabela reprime una risa, pero rápidamente vuelve a su personaje de seductora atrevida.

—¿Y no estás usando?

Me confunde un poco su pregunta y, de repente, Anabela empieza a reírse sin control. Se apoya en mi hombro con una mano y sostiene su vientre con la otra, haciéndome sonreír. Amo esta versión suya embarazada.

—Claro que sí, loca. Quise decir que debería estar usando solo ropa interior y tú lo entendiste.

—Sí, lo entendí— dice, aún intentando recuperarse de la crisis de risa.

—Arruinaste mi actuación, por cierto. Se suponía que era un coqueteo y lo convertiste en un chiste— digo.

De repente, Anabela abre los ojos de par en par y su sonrisa desaparece. Mi corazón se

acelera de inmediato y le sujeto los brazos. Después de los sangrados y la amenaza de aborto, me he vuelto un poco paranoico con sus reacciones.

—¿Qué pasa, Bela?

—Se movió— dice, y solo entonces vuelve a sonreír, nerviosa. —¡Dios mío! ¡De verdad se movió!

Me relajo de inmediato, gracias a Dios todo está bien con los dos.

—¿En serio?— La noticia me emociona. Tal vez yo también pueda sentirlo. —¿Cómo fue?

—Ya había sentido unos temblores, pero esta vez fue más fuerte.— Se queda quieta, como si cualquier movimiento pudiera hacer que se detuviera. —¡Otra vez!— Anabela sonríe y toma mi mano, colocándola sobre su vientre, abajo del ombligo, un poco de lado.

Nos miramos en silencio por unos segundos mientras esperamos... y entonces sucede. ¡Es surrealista!

—¡Se movió!— Decimos los dos al mismo tiempo. ¡Es perfecto!

Acerco a Anabela a una silla y me siento en ella, luego rodeo su cintura y apoyo mi cabeza exactamente en el lugar donde lo sentimos hace unos segundos.

—Hola, mi amor, mi hijo. Soy papá, ¿me escuchas ahí dentro?— pregunto. Anabela empieza a reírse, probablemente pensándose que soy un idiota. —Te amo mucho y sé que es una delicia estar así, bien pegadito a tu mamá. También me encanta esa sensación, pero estoy ansioso por verte.

Siento los dedos de Anabela entre mis cabellos y levanto el rostro para mirarla. Es perfecta, y ya no puedo esperar más por el momento adecuado. Nada puede ser mejor que esto.

Me levanto lentamente, temiendo asustarla, y le sujeto el mentón, acercando su rostro al mío. Ya no puedo resistirme, ya no puedo evitarlo. Espero que esté lista, porque estoy a punto de arriesgarme de nuevo.

Anabela no se aleja. Al contrario, cierra los ojos y sus labios entreabiertos son la

invitación para los míos. Nos besamos sin prisa, disfrutando la sensación de plenitud que envuelve nuestros cuerpos.

Le sujeto la nuca y avanzo, profundizando el beso porque he estado reprimiendo este deseo por demasiado tiempo. Mi lengua se desliza entre sus labios y ella apoya las manos en mi pecho, aceptándolo. Escucho su suspiro y me tenso de inmediato.

Joder, parezco un niño de trece años, pero llevo meses sin tocarla.

Estoy a punto de alzarla en brazos y llevarla a la cama, pero escuchamos pasos corriendo por el pasillo y nos separamos justo antes de que Maitê entre corriendo en la habitación. Anabela muerde los labios y respira hondo mientras me giro de espaldas, caminando sin rumbo. Maitê nos mira a ambos con desconfianza. Esta niña es muy lista.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—Nada, solo estamos hablando sobre el cuarto de tu hermano —explica Anabela.

—Ah, vale. —Maitê pone las manos en la cintura y camina por la habitación, observando la pintura como si fuera una experta en el tema.

Miro a Anabela por encima del hombro y ella aparta la mirada, avergonzada. Esta mujer ni siquiera parece real.

—Sí, está muy bonito y creo que a Arthurcito le va a gustar.

—¿Arthurcito? —pregunto, sorprendido por su respuesta.

—Sí, papá. Me gusta llamarlo así por ahora, ya que todavía no tiene nombre —explica—. No me gustaría que solo me llamaran "niña", tener nombre es guay.

Miro a Anabela por unos segundos y ella sonríe antes de asentir.

—Por mí está bien, me gusta Arthur.

—Arthur… —repito, considerando lo fuerte que suena. —Arthur Viturino, entonces está decidido.

Maitê empieza a saltar de emoción.

—¿En serio, papá? ¿Puede ser Arthur? —pregunta entusiasmada.

Alzo a mi pequeña en brazos y ella rodea mi cuello con sus bracitos.

—Sí, mi amor. Nos encanta —digo, besando su mejilla con cariño.

Anabela se acerca a nosotros y rodeo su cintura con mi brazo, integrándola en nuestro abrazo. Beso su cabeza con ternura y Maitê se estira para abrazarla también.

Después de tantos días difíciles, ser recompensado con momentos felices como este me hace valorarlos aún más.

Maitê lleva un dedo a los labios, en un gesto pensativo.

—O también puede ser Zetito —dice, como si fuera la mejor idea del siglo. Ahora que sabe que le hemos dado esa libertad, un abanico de opciones se ha abierto en su mente y seguramente intentará aprovecharlo.

Anabela y yo nos miramos y negamos con la cabeza al mismo tiempo.

—No, no, Arthur está bien.

Maitê se conforma al final y mi corazón rebosa de alegría. Sé que nunca en toda mi vida había experimentado tanta felicidad.



Entro en la oficina y cierro la puerta con llave. Por más feliz y enamorado que esté, aún no estoy ni cerca de ser un tipo romántico ni experto en sorpresas, pero Anabela se lo merece, y quiero que se sienta especial. Por eso, llamo a la persona más romántica y creativa que conozco: mi hermana.

Cat atiende en el tercer tono.

—Buenas tardes, hermanito.

—Buenas tardes, Cat. ¿Cómo están ustedes? —Me siento en el sillón detrás de mi escritorio.

—Estamos muy bien. Otavio está muy espabilado, ya se da la vuelta solo en la cama.

Pienso que en unos meses seremos Anabela y yo presumiendo por un simple nuevo movimiento de Arthur. Los padres somos así, hago lo mismo con Maitê, que acaba de empezar la escuela y para mí ya es una superdotada.

—Un prodigio, este sobrino mío —digo, alimentando el ego de Catarina.

—¿Y Maitê, Anabela y el bebé?

—Todo perfecto, Cat. Las cosas están tan bien que hasta desconfío.

—¡Ay, para con eso! Después de tanto sufrimiento, te lo mereces y las cosas seguirán así por siempre.

Miro la propiedad por la ventana y el cielo azul del exterior. Estoy decidido: quiero recuperar mi vida, o mejor dicho, quiero vivir una vida feliz como nunca la he tenido, junto a la mujer que amo y mis hijos. Ningún sentimiento negativo volverá a aprisionarme.

—Catarina, quiero casarme con Anabela —digo de golpe.

Catarina suelta un grito al otro lado de la línea y tengo que alejar el teléfono del oído o voy a quedarme sordo.

—¡Sí, sí, sí!

Empiezo a reír por su entusiasmo.

—Me alegra que estés de acuerdo, pero no necesito que aceptes mi propuesta. Necesito tu ayuda.

—Por supuesto, cuenta conmigo. ¿Quieres preparar una sorpresa?

—Eso mismo. Quiero que sea especial, un momento que nunca olvide.

—¿Una cena, quizás? —sugiere Cat. Por su tono, está encantada con la idea, como era de esperarse.

—Demasiado simple, Cat. Cenamos juntos todos los días.

—Entonces puedes pedirle matrimonio con un anuncio en una valla publicitaria. La llevas y pasan justo frente a ella.

—Eso ya es demasiado exagerado, Catarina. —Tiene cada idea...— Quiero que sea algo

más íntimo, privado, pero no solo una cena, ¿entiendes? Especial y memorable, pero sin caer en lo ridículo.

Catarina se queda en silencio unos segundos. Seguro está pensando.

—De acuerdo. Voy a pensar en algo y hablamos después, ¿te parece?

—Perfecto. ¡Gracias!

—Siempre a la orden.

Catarina cuelga y yo también empiezo a pensar en algo que realmente le encante a Anabela. Algo nuestro, que demuestre todo mi amor por ella. Algo que sea totalmente nosotros.

Entonces se me ocurre una idea. Y no veo la hora de ponerla en marcha.





Estiro mi espalda sobre el colchón y muevo los hombros, girándolos lentamente. Siento los músculos tensos y un dolor en la zona lumbar que arde sin cesar. Me está molestando demasiado.

Matteo entra en la habitación y cierra la puerta detrás de él. Sus ojos encuentran los míos mientras se acerca a la cama, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Todas las noches él acuesta a Maitê y después viene a la cama. Hablamos, vemos alguna película, escuchamos música o leemos el uno al otro, pero hoy todo es diferente, porque después de tanto tiempo resistiendo el deseo, nos besamos de nuevo, y las cosas habrían ido más allá si

Maitê no hubiera llegado.

—Maitê dijo que quiere aprender a leer para contarle historias a su hermano —comenta, levantando las sábanas para cubrirse.

—Es maravillosa. No tardará mucho, le está yendo muy bien en la escuela.

—Sí que lo está, es el orgullo de la familia.

Sonrío ante su tono. Me hace tan feliz ver cómo crece el amor y la relación entre ellos cada día.

—¿Sabes que eres un papá baboso? Maitê y el bebé tienen suerte.

—Suerte tienen, con una madre como tú…

Sonrío al darme cuenta de que, indirectamente, me ha incluido como la madre de Maitê, y no hay nada que desee más. Es la familia que el destino me dio y quiero conservarla para siempre conmigo.

—Y con un papá como tú —reviro, frotando mis hombros en busca de alivio.

Él se acerca más en la cama y coloca su mano sobre la mía.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

—Sí, bastante. No creo que pueda dormir.

Matteo se acerca aún más y, con suavidad, baja los tirantes de mi blusa, provocándome escalofríos. Contengo la respiración por unos segundos, porque sus dedos sobre mi piel son fuego, incendiando cada lugar por donde pasan.

—Voy a darte un masaje. Acuéstate bien...

Hago lo que me pide, acostándome de lado por mi vientre, y Matteo empieza a presionar mis hombros, masajeando mi espalda, bajando lentamente por la línea de mi columna. Me relajo al instante bajo sus toques firmes y me permito disfrutar del momento. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza y me entrego a sus manos.

Matteo acaricia mi nuca y mi cabeza, entre mis cabellos sueltos, luego presiona sus pulgares sobre mi cuello y siento que floto. Lentamente, vuelve a bajar y aplica más presión en

mi zona lumbar, haciéndome relajar. Sus manos suben lentamente por toda mi columna y suspiro, incapaz de contenerme.

—¿Se siente bien? —pregunta al oído, causándome otro escalofrío.

—Maravilloso.

—¿El dolor ha pasado?

¿Dolor? Ya ni me acuerdo de eso. Lo que siento ahora es un latido constante entre mis piernas. Podría culpar a las hormonas por este fuego, pero la verdad es que hemos cultivado esta tensión durante demasiado tiempo, y ahora estamos a punto de chocar con el más mínimo contacto físico.

—Aún no —miento—. Por favor, sigue.

Matteo sube mi blusa hasta el cuello y me ayuda a levantarme para quitármela. Sé muy bien que lo que empezó como un masaje inocente no terminará así. Acerca su boca a mi nuca y deposita un beso lento allí. Un escalofrío me hace bajar la guardia, y Matteo vuelve a besarme en el cuello y luego en el hombro.

Su mano, que ahora sostiene mi cuello contra su boca, baja hasta cubrir mis pechos. Sus caricias son intensas y reflejan la urgencia de su deseo por mí.

—No aguanto más dormir a tu lado todas las noches sin poder tocarte así —dice, mordisqueando mi oreja.

Matteo me sujeta de la cintura y me ayuda a girarme. Sus ojos recorren mis pechos, ahora más grandes, y la forma en que me mira me hace sentir perfecta.

Matteo besa mi boca y succiona mi labio, mordiéndolo con suavidad. En un impulso desesperado, me sube a su regazo y enredo mis piernas alrededor de su cintura. ¡Dios santo, cómo deseo a este hombre! Matteo atrapa uno de mis pezones con la boca, ahora que están tan cerca de sus labios, y luego le da la misma atención al otro. Lo siento tan duro bajo las capas de ropa que todavía nos separan, que no puedo resistir más. Deslizo mi mano sobre su abdomen hasta que logro tocarlo.

Lo envuelvo con mi mano, sobre la ropa, y hago movimientos desesperados de vaivén sin interrumpir nuestro beso. Matteo toma mi mano y la dirige dentro de su pantalón. No necesito una invitación mayor que esa y siento una punzada de deseo en mi vientre cuando encuentro su piel suave.

Vuelve a besarme, pero sus manos recorren mi cintura, en la línea de mi ropa interior. Quiero lo mismo que él, así que levanto un poco mi cuerpo para darle acceso. Nos quedamos así, tocándonos y besándonos, en una danza rítmica y excitante, avanzando más y más cada minuto.

Matteo me recuesta en la cama y se acomoda entre mis piernas. Me mira con sus hermosos ojos azules, brillando de deseo, y su cabello cae sobre su rostro, un poco despeinado. Se me hace agua la boca solo de verlo así, me observa como si quisiera devorarme. Lentamente, retira mi ropa interior y desciende su cuerpo hasta quedar entre mis piernas. Tiemblo de ansiedad.

Abre mis muslos y los separa, y con suavidad desliza su lengua hasta mi entrada y me lame. Un gemido escapa de mis labios. Matteo va más profundo y me chupa con ganas, mordisqueando, besando y volviéndome loca.

Su atención está completamente enfocada en mí. Sigue chupándome durante un buen rato y, cuando estoy a punto de alcanzar el paraíso, Matteo se apoya en los brazos y sube, volviendo su atención a devorar mis senos y luego mis labios.

Usa las manos con destreza, acariciando mi cuerpo mientras me besa y guía su miembro duro para colocarlo entre mis piernas.

Matteo desliza su polla dentro de mí, despacio, sumergiéndose en mi cuerpo. Cierro los ojos al sentirlo dentro, es tan bueno que un gemido escapa de mis labios. Hace tanto tiempo que no lo tengo así... Su polla se hunde más profundo, y me esfuerzo al máximo por no acabar en cuestión de segundos.

Matteo se queda quieto un momento, mirándome. Acaricia mi rostro y luego besa mi boca antes de enterrarse en mí otra vez. Sus movimientos son rítmicos, entrando y saliendo de

mí, llevándome al borde del abismo.

— Mi Bella… No vas a huir de mí otra vez, ¿verdad?

Niego con la cabeza, incapaz de formular una frase coherente.

— ¿Nunca más? — insiste.

— Nunca. Te amo, Matteo.

Su sonrisa podría iluminar el mundo entero, pero lo único que importa es que ilumina el mío. Todo lo que soy se enciende cuando Matteo sonríe, cuando me doy cuenta de que las sombras se han ido y han dado paso a la luz.

— Yo también te amo, preciosa.

Después de eso, se vuelve más intenso. El vaivén me deja más mojada, y Matteo se desliza aún más fácil dentro de mí. Siento el éxtasis crecer, acumulándose en mi interior, como si fuera una presa a punto de desbordarse, y ahora se derrama sobre él.

Matteo se derrama conmigo.


36



Matteo

Mi sesión con el psicólogo es por la mañana hoy, así que me levanto y dejo a Bela durmiendo en la cama. Tuvimos una noche fantástica y me encantaría despertarla a besos y enterrarme en ella otra vez, pero quizás parte de esta felicidad que siento se deba precisamente a que estoy en tratamiento. No voy a detenerme ahora.

Me doy una ducha rápida y bajo a la cocina para preparar la bandeja con el desayuno de Anabela. Luego subo y la dejo junto a la cama, como he hecho desde el principio, para que pueda comer en cuanto despierte.

Bajo al despacho y cierro la puerta, pero cuando camino hacia mi escritorio, algo llama mi atención. Hay un portarretratos sobre la mesa que no estaba allí antes.

Lo tomo y veo que tiene una foto antigua en la que estamos Catarina, Miguel y yo, felices. En una época en la que todo era mucho más fácil. La imagen me llena de nostalgia y hasta sonrío antes de sentarme en el sillón y hacer clic en el enlace para la sesión.

— Buenos días, Matteo — saluda Dominic, levantando la mano desde el otro lado de la pantalla.

— ¡Buenos días!

Me recuesto en el sillón, más ligero de lo que me he sentido en siglos.

— ¿Y cómo estuvo tu semana? — Sus preguntas siempre parecen casuales, pero en realidad tienen un propósito mucho más calculado.

— Muy buena, de hecho. Pinté la habitación del bebé — le cuento, sin poder evitar sonreír.

— Qué bien, no sé si ya te felicité por el niño. Yo también tuve un pequeño hace poco.

— Sí, lo hiciste, en la semana en que lo supimos. ¿Pero tú y tu esposa tuvieron un bebé?

Él sonríe y asiente.

— Recientemente, una niña. Mi Minduim vino de regalo junto con Robin, mi esposa.

— ¿Como Anabela con Maitê? — Es curioso que llevemos tanto tiempo hablando y sepa tan poco sobre él.

— Exactamente, él llegó y lo cambió todo.

— Qué genial, hombre. Felicidades por tu familia.

— Gracias. ¿Y qué más? ¿Alguna novedad?

— Anabela y yo nos arreglamos ayer, ahora estamos juntos y decidí que voy a pedirle matrimonio.

— ¿De verdad? Por lo visto fue una gran semana, lograron resolverlo y eso es maravilloso, sobre todo con el bebé en camino. ¿Y tu hermano? — pregunta, como si no fuera el tema que ha estado flotando en el aire todo el tiempo.

Sutilmente, Dominic siempre consigue llegar al punto que quiere y tocar los temas importantes.

— Creo que permití un pequeño acercamiento aquel día del baby shower, te lo dije. Yo… debo de ser muy idiota, pero lo quiero.

— No eres idiota, eso te convierte en alguien dispuesto a seguir adelante y dejar esos problemas atrás.

— Tal vez. Después de eso no hablamos más, pero hoy entré aquí al despacho para nuestra sesión y encontré esto. — Tomo el portarretratos de la mesa y se lo muestro por la cámara. — Somos Miguel, Catarina y yo, en la playa. Recuerdo que ese día fuimos muy felices y creo… creo que fue él quien lo dejó aquí.

— Interesante. ¿Ha estado por aquí estos días? Dijiste que no volvieron a hablar.

— No que yo sepa, pero Cat tampoco ha venido y solo pudo haber sido uno de los dos.

— Lo importante es que es un recuerdo feliz. ¿Dirías que tuvieron más momentos buenos que malos?

— Definitivamente, hubo más días buenos que malos… y Sofía murió. Creo que ya es hora de dejar morir también lo que hay entre nosotros.

— Darle una oportunidad a él no te hace débil, Matteo — dice, apoyando mi decisión —, al contrario, demuestra que tienes el valor de arriesgarte y ponerte en una posición de vulnerabilidad, porque sabes que, a pesar del riesgo, la recompensa puede valer la pena. Tu familia lo vale.

— Creo que tienes razón. — Me encojo de hombros y avisto el libro de Miguel, ese que Anabela impregnó con su perfume. — Está vivo, es lo que importa, y quiero recuperar a mi hermano.

— Eso es genial. ¿Y crees que puedes lidiar con esta nueva vida y las decisiones que has tomado dentro de esta casa?

Otra pregunta perspicaz.

— No es lo que quiero, quiero vivir aquí, pero también pretendo volver al mundo real.

— ¿Y cómo piensas hacerlo?

— Anabela tiene una idea de negocio que quiero apoyar y también voy a volver a trabajar en la empresa de manera presencial.

— Perfecto, Matteo. Estás saliendo del capullo.

— Creo que ya era hora.

Nos miramos por un instante y sé que tal vez estoy siendo un idiota al pensar así, pero siento que poco a poco hemos establecido una especie de amistad, aunque no deberíamos. ¿No es una regla de los psicólogos no mantener amistad con los pacientes?

— ¿Puedes enviarme tu dirección por correo? Quiero mandarles un regalo por el bebé — dice, confirmando mis sospechas. No es una amistad unilateral.

— No tienes que hacerlo, pero te lo agradezco.

Cuando terminamos la sesión, salgo en busca de Helder y lo encuentro en la cocina, en medio de un chisme susurrado. Él y Elis están cuchicheando y mirando a los lados, como si temieran ser descubiertos.

No miran hacia atrás.

— Buenos días, ¿qué está pasando?

— Buenos días, Presidente — saluda Elis.

Se miran entre ellos y ella se encoge de hombros, dejándole la decisión a Helder.

— Es Timoteo, él y Pedro finalmente admitieron lo que ya sabíamos.

— ¿Qué admitieron? — pregunto, aunque ya había notado la cercanía entre ellos. Siempre pensé que solo eran amigos.

— Están saliendo. Se van a ir a vivir juntos y todo — cuenta Elis, radiante de felicidad.

Levanto las cejas, sorprendido. Me doy cuenta, una vez más, de lo poco que los conocía.

— ¿De verdad están saliendo?

— Sí, se van a vivir juntos y todo — repite Elis, sonriendo.

— Bueno, eso es genial, un chalet menos que mantener — respondo en tono de broma. — Helder, encontré una foto en el despacho, ¿Miguel o Catarina han estado por aquí?

— El chico Miguel. De hecho, sigue aquí. Lo vi hablando con Maitê hace un rato, deben de estar en la sala de música.

Sigo en la dirección que me indica y, al acercarme, ya escucho el sonido de las teclas del piano. Miguel siempre amó tocar y, por las risas, Maitê también está disfrutando escucharlo.

Abro la puerta con cuidado, pero Miguel me ve. Deja de tocar de inmediato.

— ¿Te molestamos?

— No, está bien. ¿Fuiste tú quien puso esa foto en mi escritorio?

Desvía la mirada de la mía y vuelve a fijarla en el piano, un poco incómodo.

— Le di una copia a Catcat en Navidad, estaba guardando la tuya.

— ¿Y viniste solo por eso?

Miguel revuelve el cabello de Maitê, que está de pie a su lado.

— Quería verlos, así que aproveché. ¿Crees que… podrías darme unos minutos para hablar?

Lo miro por un momento, pero creo que ya tomé esta decisión hace tiempo.

— Puede ser.

Les doy la espalda y regreso a la biblioteca, seguro de que él me seguirá.

Miguel no tarda en entrar y cierra la puerta detrás de él.

— Entonces… Sé que ya lo hice antes, pero quiero seguir reformulando mi disculpa de vez en cuando, con la esperanza de que algún día la aceptes.

Niego con la cabeza, descartando sus palabras.

— Ya basta, no tienes que hacerlo más…

— ¿No lo entiendes? No puedo rendirme contigo, Mat. Le hice la peor cosa del mundo a la persona que más amaba. Sé que puede que nunca logres perdonarme, pero no puedo dejar de intentarlo…

— No es eso lo que quiero decir. No tienes que disculparte más porque quiero dejar esto en el pasado. Al principio será raro, pero… estoy feliz de que estés vivo. Creo que nunca te lo dije.

— Joder…

Miro a mi hermano y lo veo secarse el rabillo del ojo antes de sorber por la nariz.

— No estaba preparado para esto. Pensé que me echarías como siempre.

— ¿Sabes qué? Ya me cansé de esto. A pesar de todo, te amo, Miguel, y creo que ya fue suficiente. Sofia ni siquiera está en este mundo, no hay razón para que siga entre nosotros.

— No me lo puedo creer… Si también estuviera muriéndome, diría que ahora puedo descansar en paz.

— Chiste pésimo, por cierto.

— Siempre fui malo para eso. Mat, te amo, hermano. Prometo que no tienes que

preocuparte por nada conmigo nunca más. Ya no soy el hombre que fui algún día, solo quiero estar cerca de ti, de mis sobrinos. Anabela tendrá un lugar de hermana en mi vida.

— No necesitas decir eso, primero porque sé que no hiciste lo que hiciste a propósito, tú creías que…

— Estaba enamorado. Y ciego.

— Eso, pero sobre todo porque Anabela no es como Sofia, de hecho, ni siquiera se pueden comparar. Y quiero que esta sea la última vez que hablamos de esto, Miguel.

— ¡Por supuesto! Para mí, de ahora en adelante, es una vida nueva.

Asiento, porque yo también quiero eso.

— ¿Muy pronto para un abrazo? — pide, avergonzado, esperando que lo rechace.

— En realidad, es el momento ideal, después podemos dejarlo solo para ocasiones especiales y felicitaciones, por favor.

— Que se joda todo entonces. Voy a dejar atrás el pasado, de una vez por todas.

— Ven aquí, hermano.

Miguel me abraza con fuerza, está llorando y creo que me contagia, porque pronto estamos llorando como dos niños. Me duele el pecho y no sé si lo que siento es felicidad, alivio o nostalgia. Probablemente sea todo a la vez.

— Perdóname, hermano, lo siento mucho por todo lo que te hice. Voy a pasar el resto de mi vida cargando con esta culpa y tratando de compensártelo — dice entre sollozos.

Lo alejo un poco y sostengo su rostro húmedo entre mis manos, mirándolo a los ojos azules de nuestro padre.

— No cargues con esa culpa, cúrate de eso también. Esa es la recompensa que quiero.

Me abraza otra vez y me da varias palmadas en la espalda. Ni siquiera puedo creer que esto esté pasando, el momento ni parece real.

— Gracias, Matteo.

Después de recuperarnos, Miguel se sienta en el sofá cerca de las estanterías y arrastro mi

sillón hasta quedar frente a él. No quiero perder más tiempo, quiero que entienda que esto es definitivo.

— Miguel, ¿estás pensando en volver a la empresa?

— Yo… — Se rasca la cabeza, pensativo. — Quiero retomar mi vida aquí, Matteo. Mi identidad. Y además hay algo más que necesito hacer.

— ¿Qué cosa?

— Dejé a alguien atrás cuando volví.

— ¿Una mujer?

— Sí, estaba enamorado, pero estaba huyendo y viviendo una vida que no era la mía, con un nombre que no me pertenecía… No quería construir nada con mentiras, pero tampoco tuve el valor de decirle quién era y lo que había hecho.

— ¿Y entonces te fuiste?

— Fue más que eso. Ella me hizo querer recuperar a mi familia y decidí luchar por ustedes, aun sabiendo que no los merecía. Necesitaba tener valor y ser… digno. Quiero buscarla después, pero no sé si todavía estará allí para mí.

— Creo que hiciste bien. No se puede sostener una relación basada en mentiras. Estás recuperando tu vida y creo que también deberías volver a la empresa.

— ¿Necesitas ayuda?

— Quiero volver a la oficina, pero también necesito reducir mi ritmo de trabajo.

— ¿Por el bebé?

— También. Voy a pedirle matrimonio a Anabela hoy, ya lo tengo todo planeado. De hecho, podrías quedarte aquí un tiempo y cuidar de Maitê mientras hago lo que tengo en mente…

Miguel parece un poco sorprendido, pero sonríe sin interrumpirme.

— Además, Anabela tuvo una idea para hacer ediciones de libros más personalizadas. Aún no lo sabe, pero quiero invertir en su proyecto y publicar los títulos — que en su mayoría

son clásicos — a través de la editorial de Prover. Tenemos la imprenta y el equipo necesario. Será un nuevo sello en una editorial que hasta ahora solo ha publicado libros didácticos y material escolar.

— ¿Y por qué? ¿La idea es tan buena?

— Es excelente, pero aunque no lo fuera, lo haría igual, porque es su sueño. Anabela cambió mi vida, no me cuesta hacer algo que haga la suya un poco más feliz.

— Si me aceptas, por supuesto que estoy dispuesto a ayudarte.

— Genial, entonces trabajaremos en eso. Bienvenido de vuelta — digo con una sonrisa sincera.

— No te vas a arrepentir de darme esta oportunidad, hermano. Te haré sentir orgulloso.

Por fin puedo empezar de nuevo sin nada que me ate al pasado. Puedo seguir adelante, crucé la puerta y salí de ese maldito lugar.

Estoy afuera, y aquí es hermoso.



Anabela

Cuando despierto, me estiro y miro a un lado buscando a Matteo, pero no está. A mi derecha, sin embargo, está ella: la bandeja con mi abundante desayuno de cada día.

La coloco sobre mi regazo y picoteo algunas cosas, tomo un sorbo de jugo de naranja y me concentro en llenar el estómago para no sentirme mal.

Después de eso, dejo la comida a un lado y voy al baño, donde me ducho sin prisas, lavo

mi cabello y pienso en la noche que tuvimos, en lo perfectas que están las cosas y en cuánto quiero que sigan así.

Matteo ya puso toda mi ropa en el vestidor, así que elijo uno de los vestidos que aún no me quedan cortos por delante — la barriga tiende a levantar la tela y dejar mis muslos al descubierto —, un par de bailarinas cómodas y sonrío al ver mi imagen en el espejo. Realmente ya parezco muy embarazada.

Paso las manos por los ganchos con la ropa colgada y por los montones de prendas dobladas en los estantes. Observo mis zapatos en la zapatera y concluyo que nuestras vidas ya se han fusionado en una. Estamos juntos y, gracias a Dios, es definitivo.

Matteo me pidió que hiciera una lista con los clásicos que me encantaría perfumar, los libros que ya tienen un aroma específico para mí. No entendí del todo el motivo, pero la idea me entusiasmó, así que dejo el cuarto y bajo a la sala de visitas.

Estoy tomando notas, acostada en el sofá, cuando veo a Matteo y Miguel saliendo del despacho, conversando amigablemente.

No esperaba ver algo así y no sé exactamente cómo me siento, pero Matteo parece feliz, y creo que Miguel era la última pieza suelta, el detalle final que lo ataba al pasado. Si hicieron las paces, entonces el tormento llegó a su fin.

Me incorporo y los observo mientras pasan junto a mí. Miguel me saluda con la mano derecha, desde donde está.

— Buenos días, Anabela — dice, comedido.

— Buenos días, chicos — saludo.

— ¿Todo bien contigo y el bebé? — pregunta, algo incómodo, como si lo hubieran atrapado haciendo algo malo… Solo que esta vez, todo está más que bien.

— Todo genial. ¿Y ustedes?

Matteo empieza a reír al notar lo desconcertada que estoy con la escena y pasa un brazo por los hombros de su hermano. Verlo así, tan ligero, hace que mi corazón rebose de alegría.

— Todo bien, hablamos y nos entendimos.

— Me alegro, amor. — Me levanto, dejo la agenda a un lado y corro hacia donde están. Abrazo a Matteo por la cintura. — Él te extrañaba mucho, Miguel.

— Y yo a él.

— Bella, hablé con Miguel y dijo que puede quedarse aquí con Maitê. Quiero saber si te gustaría ir conmigo al lago, un picnic…

— ¿Al lago, eh? — pregunto, recordando la última vez.

— Sin segundas intenciones — dice, levantando las manos en señal de defensa —, solo quiero pasar un rato contigo. No sé si comiste mucho, pero podemos llevar una cesta y disfrutar un poco.

— Me apunto… No comí mucho, estaba emocionada por empezar la lista que me pediste.

— ¡Genial! Voy a preparar las cosas y hablamos de eso también.

Matteo y yo bajamos al lago un rato después, caminando despacio. Lleva la cesta en una mano y sostiene la mía con la otra. Siento la brisa agitando mi cabello suelto y veo a Matteo respirar hondo. No dice nada, pero creo que siente la misma paz que yo.

Me ayuda a bajar en la parte más empinada, apartando las piedras de mi camino. Luego busca un árbol grande que nos dé una buena sombra para extender la manta y sentarnos.

— Aquí está bien — dice, dejando la cesta en el suelo, cerca de las raíces del árbol alto.

— Después de que me siente ahí, ¿cómo se supone que voy a levantarme con esta barriga? — pregunto, porque ya no tengo la misma flexibilidad de antes.

— Yo te levantaré — responde, divertido con mi pregunta.

Matteo extiende la manta y luego me ayuda a sentarme sobre ella, sosteniéndome de las manos mientras me deslizo con cuidado hasta quedar recostada contra el tronco.

En lugar de sentarse a mi lado, se recuesta, apoyando la cabeza en mi regazo.

— ¿Estás bien? — pregunto, observando su rostro.

Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa. Empiezo a acariciar su cara.

— Este es el mejor día desde que mi vida se convirtió en aquel infierno.

— ¿Cómo te sientes? — Quiero escucharlo decirlo.

— Casi pareces mi psicólogo preguntando eso — comenta con una sonrisa. — Está bien, ya soy bastante bueno describiendo mis sentimientos. — Matteo cierra los ojos, disfrutando mi caricia sobre su piel suave y su barba recién recortada. — Me siento ligero, como esta brisa que sopla ahora. Antes buscaba la felicidad en otras personas, en ti y en Maitê, pero ahora puedo encontrarla en mí mismo, y eso es maravilloso.

Tu relato me emociona, porque esperé por esto desde que me vi enamorada de él. Quería que sanara, que pudiera empezar de nuevo y sentirse completo.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Él toma mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Gracias por todo, por salvarme. Nunca podré agradecerte lo suficiente. Lo cambiaste todo, amaste a mi hija como si fuera tuya y trajiste luz a mis días oscuros.

Acerco mi rostro al suyo y beso su boca con calma, saboreando el momento. Matteo abre los ojos y fija los suyos en los míos por unos segundos; son como espejos, reflejando mi amor y mi felicidad.

—¿Comemos? —pregunta de repente. Por la hora, imagino que tiene hambre.

—Vamos.

Matteo se sienta de nuevo mientras yo tomo la cesta a mi lado y la coloco entre los dos. Pero, entre los panes, el pastel y las frutas, una pequeña bolsa de terciopelo azul llama mi atención.

—¿Qué hay aquí dentro? —la sostengo en mis manos.

—Delicia turca. La compré ayer en la ciudad, pensé que te gustaría.

—Nunca he comido delicia turca. Me recuerda a…

—Las Crónicas de Narnia —completa Matteo.

—Eso.

Desato el lazo de satén y miro los pequeños cubos en su interior. Son rojos, cubiertos con una capa de azúcar glas. Percibo el aroma dulce de los dulces y asiento, constatando lo obvio.

—Sí. Huele a Narnia. Voy a añadir el libro a la lista que me pediste hacer. Por cierto, ¿cuál es el propósito de la lista?

Matteo sonríe mientras me observa y niega con la cabeza.

—Te amo mucho, Bella. No hay nadie como tú, ¿lo sabías? He decidido que quiero construir contigo la empresa que siempre soñé. Tenemos una editorial en Prover, ¿lo sabías? Pero el enfoque ha sido más técnico. Ahora, también trabajaremos con un sello especial, dedicado a los clásicos. Serán ediciones limitadas y perfumadas, y tú serás la desarrolladora del proyecto. La empresa será tuya; yo solo te ayudaré.

Lo miro, boquiabierta, sin poder creer que esto esté pasando.

—¿Hablas en serio?

—Mucho, no tienes idea de cuánto. De hecho, ya hay una empresa preparando el proyecto para la sede donde funcionará todo.

—¡Dios mío! Pero… ¡ni siquiera he estudiado para esto!

—También lo harás. Lo resolveremos todo, Bella. Tú puedes con todo.

Asiento, emocionada, y me inclino para besarlo.

—Gracias por creer en mí, Matteo.

Él sonríe y vuelve a señalar la bolsita, incitándome a abrirla. Primero veo los dulces otra vez, pero luego noto una cinta negra entre ellos y, justo después, una pequeña piedra brillante aparece. Miro a Matteo; la idea cruza por mi mente, pero no puedo creer que sea lo que estoy pensando.

Su sonrisa se ensancha aún más y levanta las cejas, animándome.

—¿Qué es esto?

—Míralo tú misma, amor.

Meto la mano en la bolsita y saco la cinta negra. Tiene grabado el nombre de la joyería:

Gracy's. ¡Dios mío! Amo sus joyas, pero, por supuesto, nunca he podido tener una. La cinta está atada a un deslumbrante anillo solitario, con un diamante en el centro.

—Tú… ¿Esto es para mí?

—Por supuesto. ¿Para quién más sería?

Matteo se acerca y extiende la mano. Dejo el anillo sobre sus dedos, sintiendo cómo todo mi cuerpo tiembla.

Él desata la cinta y la deja sobre su rodilla mientras dice:

—Quiero pasar cada día a tu lado, dormir y despertar contigo, soñar tus sueños y amarte toda mi vida.

—Matteo…

Sostiene el anillo entre los dedos, pero ahora me mira directamente.

—Mi Bella, por favor, sé mía para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer que me esté pidiendo matrimonio. Matteo no quería involucrarse conmigo, ni siquiera quería intentarlo, y ahora me está diciendo que me quiere para toda la vida.

En los últimos dos meses, conocí a un Matteo distinto, que luchaba día tras día por liberarse y reconquistarme. Y ahora, después de todo, su redención está completa. Ya no hay miedo ni inseguridad. No hay tristeza ni rabia. Solo queda el amor, superando todos los obstáculos.

Quiero ser su esposa. Quiero que él sea mío, completamente mío.

—Sí, Matteo, acepto —respondo, con total certeza.

Él sostiene mi rostro y me besa una y otra vez. Su sonrisa me hace sonreír también.

—Gracias. Prometo hacerte feliz, mi ángel.

Se aleja un poco y toma mi mano temblorosa. Matteo desliza el anillo en mi dedo anular y deposita un beso cariñoso sobre él.

—Ahora eres mi prometida, la madre de mis hijos y la mujer de mi vida.

Él me abraza y yo le correspondo, y pasamos horas así, intercambiando caricias, besos y declaraciones de amor.

Esta vez es definitivo.

Matteo y yo, hasta el final.


37



Es el día de mi boda, simplemente el día más especial de mi vida, al menos hasta ahora, ya que en menos de un mes Arthur llegará al mundo.

Catarina está tan inquieta como yo; camina de un lado a otro a mi alrededor, poniendo aún más nerviosos a mí, a la peluquera y a todos los demás.

Nuestros padres están aquí. Vinieron y se fueron después del baby shower, pero ahora han regresado para ayudar con la boda.

Matteo tuvo la brillante idea de traer definitivamente a mis padres y a Julieta cerca de nosotros. No pude oponerme porque la distancia realmente me estaba matando y, de este modo, mi madre estará bien cuidada y Julieta tendrá un respiro, ya que él decidió contratar personas que la ayuden en casa.

No debe faltar mucho. El chalet que fue mío por un tiempo está siendo remodelado para recibirlos. Se han añadido algunas habitaciones y pronto podrán estar aquí, cerca de mí.

Las cosas han cambiado mucho en los últimos meses, en el último año, diría yo. Matteo llegó como una tormenta a mi vida, moviendo todo de sitio con su viento impetuoso y resignificándolo todo.

Me trajo el amor, una nueva vida, me dio a Maitê y nosotros nos dimos este bebé, que viene a sumar. Nuestra familia, hoy, es lo más especial de mi mundo.

Maitê entra corriendo por la puerta. Lleva su vestido color perla, por debajo de las rodillas. La falda es amplia y deja ver sus delicados zapatos. Su cabello rubio está recogido en un moño y algunos rizos caen de él, enmarcando su carita alegre.

—Ya es hora de ir. El tío Miguel dijo que papá va a hacer un agujero en el suelo, pero no

vi ninguna herramienta.

Miro mi reflejo una última vez en el espejo. Mi vestido es del mismo tono que el de Maitê. El corsé tiene algo de brillo y se ajusta perfectamente a mis senos; debajo de él, la falda cae ligera, diáfana, dejando mi barriga prominente y libre. Pensamos en esperar a que naciera el bebé, pero no hay razón para hacerlo. Quiero recordar este día exactamente como es.

Recogieron mi cabello en una larga trenza que cruza mi frente y cae sobre mi hombro. Pequeñas flores están prendidas en ella. El maquillaje es bonito y sutil, y en los pies llevo bailarinas, porque de ninguna manera voy a aguantarme sobre tacones con ocho meses de embarazo.

Alguien abre la puerta y me giro, encontrándome con Julieta.

—¿Vamos?

Estoy nerviosa. Alguien toma mi mano, es Cat... Maitê va delante de mí, y la organizadora la detiene al pie de la escalera para darle instrucciones sobre su entrada.

Catarina y Julieta se despiden de mí y me dejan sola, de pie detrás de la cortina. Respiro hondo y cierro los ojos, tratando de calmarme.

—Tu ramo, Anabela —me dice la mujer mientras me lo entrega.

Lleva un auricular y parece tener todo bajo control. Es un bellísimo ramo de rosas rojas, el más común de todos, pero también el más hermoso.

Percibo un movimiento a mi lado y me giro, encontrándome con mi padre. Sonríe y se frota las manos, nervioso.

—Parece que llegó el momento, Bella.

—Estoy nerviosa…

—Todo saldrá bien. Me estoy deshaciendo de una hija y, pronto, si Dios quiere, me desharé de la otra.

Niego con la cabeza, riéndome del comentario en tono de broma.

—¿Es momento de hacer chistes?

—Pensé que sí… para aliviar la tensión.

La organizadora da la señal para que Maitê entre. No lleva flores, como es habitual, sino un frasco con aroma a azahar, que irá rociando a su paso. Ese es el olor oficial de la boda, la fragancia que elegí para nosotros después de que todo se solucionara. Somos ligeros, alegres y un poco cítricos, y me encanta que seamos así.

Mi pequeña atraviesa la cortina, pero no logro ver mucho de lo que hay detrás de ella.

Matteo decidió que la decoración sería una sorpresa. Claro que sé que no lo hizo todo solo; Catarina tuvo mucho que ver en la organización, sin duda. Decidimos casarnos en los jardines, igual que hicimos el baby shower aquí.

Para ello, se colocó un cortinaje en el exterior de la cocina, dividiendo el ambiente. Es detrás de esa tela donde me encuentro ahora, esperando mi turno.

Aunque en el último año no hemos convivido con muchas personas, el lugar parece estar lleno. Mis amigas de la infancia fueron invitadas, nuestros parientes más lejanos y todas las personas que alguna vez fueron amigas de Matteo y que él consideró relevante llamar.

—Tu turno, querida —dice la mujer, y en ese mismo instante escucho la marcha nupcial empezar a sonar.

Papá me ofrece su brazo y respira hondo junto conmigo.

Y entramos.

Soy envuelta por un escenario que jamás imaginé encontrar, ni en mis sueños más grandes.

En lugar de floreros, hay pilas y más pilas de libros a los lados del pasillo y, sobre ellas, delicados y hermosos arreglos florales. El aroma a azahar está por todas partes y puedo notar que algunas velas arden al aire libre, manteniéndose encendidas con determinación.

Las personas sonríen y yo les devuelvo el gesto, emocionada. Miro hacia adelante y, primero, veo a los padrinos. Matteo eligió a Greg, Miguel y Alberto como testigos de este momento, y yo, además de Catarina, también invité a mi hermana y a Elis, representando a los

demás empleados.

Las sillas dispuestas en el jardín están ocupadas por los invitados. Helder está sentado en primera fila, junto a los Viturino. Suzi y Helena también están aquí, acompañadas de Timoteo y Pedro. Incluso el psicólogo de Matteo ha venido, imagino que se alegró con la evolución de su paciente, sin contar que nos dio el contacto de su esposa, quien se encargó de los dulces y la tarta para la fiesta. Nunca he probado nada tan delicioso.

Llegué a esta casa como gobernanta, no es que eso haya sido un problema para nosotros en ningún momento, pero resulta extraño que ahora me esté convirtiendo en su esposa. Extrañamente maravilloso.

Los padrinos abren espacio y lo veo, de pie junto al altar. Matteo lleva un traje blanco, hermoso. En parte porque elegimos casarnos de día, pero sobre todo porque el color representa el cambio que estamos viviendo en nuestras vidas. No más días oscuros, todo resplandece. Sus ojos azules se encuentran con los míos y sonríe, haciéndome sonreír en respuesta.

Cada paso por el pasillo es un paso más cerca de él, del hombre que amo y de la vida que me ha sido dada como un regalo.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero sigo sonriendo. Son lágrimas de felicidad.

Llego frente al altar y mi padre saluda a Matteo antes de darme un beso cariñoso en la frente.

—Te entrego aquí, querida, pero siempre serás mi niña.

Lo abrazo con fuerza y ya no contengo el llanto. Cuando Matteo toma mi mano entre las suyas y la besa, ya es un llanto incontenible.

—¿Qué pasa, amor? ¿Quieres arrepentirte de mí? —pregunta, sonriendo.

—¿Arrepentirme? —Lo miro entre lágrimas—. ¡Nunca! Me costó demasiado rescatarte. Estoy llorando de alegría.

Las palabras del religioso están cargadas de emoción y sentimiento y, después de eso, llega nuestro turno de pronunciar nuestros votos de amor.

—Mi Bella, así como en el cuento de hadas, llegaste aquí y encontraste a una bestia que se escondía en la oscuridad. Con tu luz, fuiste transformándolo todo, inundando mi alma y enseñándome lo que realmente es el amor. Por eso, le estaré eternamente agradecido a Dios, por haberme mostrado que, aunque solo fuera pedazos rotos, esquirlas de un hombre, bastaba una unión fuerte, un lazo. Tú. —Lleva la mano a mi rostro y seca mis lágrimas—. Te prometo que te amaré mientras respire, y si tengo algún poder en la otra vida, te amaré después de ella también. Te respetaré y cuidaré de ti. Haré todo lo que esté en mi alcance para que nunca más llores y para que tu sonrisa sea siempre mi guía.

El micrófono pasa a mis manos, pero necesito unos instantes para recomponerme. Matteo siempre está diciéndome que me ama, constantemente, pero nunca había dicho tantas cosas hermosas en una sola frase. Es difícil controlar la emoción.

—No sé si te llamaría bestia, pero bruto, ogro, un poco rudo… —Las risas llenan el jardín y termino sonriendo también—. Así como la Bestia, me diste una biblioteca entera, una editorial para apoyar mis ideas e incluso pusiste libros para decorar la ceremonia. Está claro cómo fue que me conquistaste.

Matteo sonríe y sacude la cabeza. Yo también sonrío, dándome cuenta de que sus votos me han desviado de lo que iba a decir. Respiro hondo y vuelvo a lo que había planeado.

—Llegué aquí como una chica que ansiaba algunas cosas, pero que, con el tiempo, se encontró frente a sueños mucho más grandes. Me volví mujer, no solo por el embarazo, sino porque conocí la vida a través de otros ojos, los tuyos… Entendí que no siempre todo es un cuento de hadas, pero pude ver con claridad que, con amor—un sentimiento verdadero que muchas veces nos hace poner el corazón del otro por encima del nuestro—todo es posible. Gracias por amarme y, sobre todo, por permitirme amarte. Y prometo hacer uso de esa autorización para siempre. Seré fiel y estaré a tu lado en todo momento, no solo por respeto a ti, sino porque también respeto a mi alma, que es completamente tuya.

Cuando la ceremonia termina, Matteo me besa, teniendo cuidado con nuestro Arthur en

mi vientre, y luego nos dirigimos juntos al otro lado del jardín, donde recibiremos a los invitados por el resto del día y parte de la noche.

Se ha preparado una gran fiesta. Poco a poco, las mesas y sillas comienzan a llenarse, y Matteo y yo nos dirigimos hasta la mesa larga en la punta, que nos ha sido reservada junto con nuestros padrinos, padres y Maitê.

Greg, sentado al lado de Mat, se inclina un poco para que yo también lo escuche.

—Felicidades, Viturino y Anabela, que sea tu único matrimonio y el último de él.

Lo miro con un deseo moderado de asesinato.

—Creo que no es muy acertado mencionar el matrimonio anterior, Greg.

—Realmente no lo fue, pero si puedes olvidar la metida de pata, tengo un regalo para ofrecerles a los dos.

Matteo no parece muy entusiasmado con eso.

—¿Y qué me vas a dar hoy? ¿Una botella de whisky?

—Nada de eso, el viaje del que ya hemos hablado. Quiero que vengan conmigo a Escocia, conozcan mi propiedad… Les prometo que los encerraré en una torre y desapareceré, ni siquiera me verán.

—Sería increíble, pero el bebé está por nacer. Decidimos hacer algo aquí mismo —respondo, y realmente lamento no poder aceptar la invitación.

—Entonces, después del nacimiento.

—¡Ah! Eso sería genial. Si Matteo está de acuerdo y todo está bien, podemos ir un tiempo después.

Miro a Matteo con curiosidad, pero ahora él también parece entusiasmado.

—Es una excelente idea. Tendremos al bebé, arreglaremos las cosas en la empresa y avanzaremos con las primeras publicaciones de la editorial de Anabela. Cuando Arthur tenga unos meses, iremos a visitarte y a ver tu castillo.

—¿Castillo? —pregunta Julieta. Está sentada al lado de Greg porque fue su pareja como

madrina. Ella cree que sabe disimular, pero ya me di cuenta de que siempre está buscando una excusa para hablar con él. ¡Que Dios me ayude!

—¿No sabías que tiene un castillo en Escocia? —pregunta Matteo. Pobre, no sabe que despertar el interés de Julieta no es algo bueno.

—¡Qué increíble! No, no lo sabía… Creo que si van a viajar con Arthur tan pequeño, necesitarán una niñera. Debería ir para ayudarles con él y con Maitê.

—¿Te estás invitando, Ju? —La miro, intentando hacerle entender que debería desistir de ese plan absurdo, pero me ignora por completo.

—Estoy ofreciendo mi ayuda. Apuesto a que mi cuñado estará encantado de pasar más tiempo contigo.

—¡Por supuesto que sí! Está decidido, Julieta viene con nosotros.

Santo Dios…



Matteo

Llegó la hora y ya no sé qué más hacer para ayudar. Debería haber impedido esta locura del parto natural. ¿Por qué le llaman natural? Anabela no deja de gritar, insultar a todo el mundo —y eso me incluye— y llorar desesperada.

Cuando comenzaron los dolores, estaba bastante tranquila.

—Calma, amor. Faltan horas para que esté lo suficientemente dilatada como para que él nazca, no hay prisa...

Eso fue lo que dijo, y tenía razón. Almorzamos tranquilamente y las contracciones iban y venían muy espaciadas. Anabela tomó la bolsa con la ropa que habíamos separado antes para ella y el bebé, dejamos a Maitê con Catarina, que vino a ayudarnos por unos días, y solo entonces fuimos al hospital.

Al llegar, la bolsa aún no había roto, solo tenía cinco centímetros de dilatación y, probablemente, aún le quedaban varias horas de dolor por delante.

Pero la cosa fue empeorando, el dolor se hizo más intenso y, mientras el médico intentaba calmarla, Anabela se ponía cada vez más tensa. Finalmente, unas doce horas después de que el trabajo de parto comenzara, la bolsa rompió. El médico sonrió, satisfecho, y entendí que eso significaba el fin del sufrimiento de mi Bela.

Pero no fue así. Nos dejó solos y pidió permiso para preparar la cama donde haría el parto y los instrumentos médicos necesarios.

Anabela ahora camina de un lado a otro, con las manos en la espalda y una expresión de odio en el rostro.

—¡Disfrútalo bien, Matteo! Porque no voy a pasar por esto otra vez...

—Está bien, amor.

He aprendido que lo mejor que puedo hacer es estar de acuerdo con todo, así la irrito menos.

—Mientras yo me muero de dolor aquí, tú estás ahí, con esa carita de modelo de calzoncillos intacta. ¡Esto es una injusticia! ¿O acaso hice este bebé yo sola?

—Muy injusto, ojalá pudiera arrancarte este dolor.

—¿Ah, sí? Lo dices porque no sientes a alguien desgarrándote de adentro hacia afuera. A ver si seguirías queriendo eso...

Me da la espalda y camina hacia el otro lado, pero de repente se gira y su expresión de rabia da paso a una de puro terror. Me pongo de pie, alarmado.

—¿Qué pasa?

—Yo… Quiero ir al baño.

—¿Ahora?

—Sí, quiero hacer, ya sabes, el número dos —dice, algo incómoda.

—Pero Anabela...

—¡Matteo! Si no lo hago ahora, lo haré en la camilla, ¡delante del médico! ¿Vas a dejar que pase por esa vergüenza? Ni loca. Voy al baño, tú vigila la puerta para que nadie me vea.

—Bela, no quiero dejarte sola en el baño —insisto.

—¿Y me vas a ver hacer caca? ¡Lo que me faltaba!

Entra y cierra la puerta, pero me quedo apoyado en ella, atento a cualquier palabra de mi esposa, a cualquier señal de que me necesite.

No tarda mucho.

—¡MATTEO!

Abro la puerta de golpe y me encuentro con Anabela medio sentada, medio de pie, mirando entre sus propias piernas.

—¿Qué pasa?

—Tuve una sensación rara...

Me mira de una forma extraña, es una mezcla de miedo y sorpresa.

—¿Cómo que rara?

Sus ojos reflejan puro pavor.

—¿Será que es el bebé?

—¿Cómo que el bebé? ¿No ibas a hacer caca?

—Pues… Creí que sí, pero ahora creo que estoy pariendo en el inodoro. Santo Dios —gime.

—Amor, sé que es incómodo y vergonzoso, pero tengo que mirar, ¿vale? Te prometo que algún día olvidaré esta escena.

¡Ni en mil años podría olvidarla!

Anabela asiente, resignada, y cierra los ojos. Me inclino un poco y meto la cabeza entre sus piernas, pero lo que veo me deja en pánico.

—¡Ay, Dios mío! ¡Es Arthur! —Abro la puerta de golpe y Anabela parece a punto de desmayarse del susto—. ¡Socorrrrooooooo, mi hijo va a caer al inodoro! ¡Auxilio!

Gracias a Dios, el médico llega rápido, las enfermeras también corren dentro de la habitación y ayudan a Anabela a salir del baño. La conducen a toda prisa al cuarto de al lado y la asisten para subir a la cama.

—¡El bebé está coronando!

Me dan un trasto raro, creo que es un abanico, y lo uso para ventilarme la cara.

—Puede pujar, señora Viturino. ¡Su bebé va a nacer ahora!

El grito de Anabela es lo último que oigo antes del sonido de mi cuerpo golpeando el suelo.



Epílogo



4 AÑOS DESPUÉS…

Doblo el papel azul del embalaje por ambos lados sobre el libro, antes de pegar los bordes y finalmente colocar el botón de rosa artificial en el centro, con el sello de nuestra colección.

Este fue el último de esta tirada. Lo meto dentro de la caja de cartón y la dejo junto con las demás, sobre las mesas de una de las salas de la editorial. Mañana serán enviadas a las librerías de todo el país.

Poder trabajar en lo que amo y hacer realidad este sueño todavía no me parece real, pero está pasando de verdad. Los lectores están comprando y regalando los libros de mi colección, los stocks de las tiendas online se agotan incluso en preventa y ya he leído varios comentarios de personas que compraron y aseguran que la idea funciona, despertando la memoria olfativa y haciendo que la lectura y los sentimientos que transmite sean siempre recordados.

Ya son decenas de títulos publicados bajo el sello Bela Essência, el nombre fue idea de Matteo. En cada lanzamiento, trabajamos una portada especial y el diseño de los ejemplares en general, así como sus perfumes. ¡Todo esto ha sido un éxito!

Reviso la hora en el celular y confirmo que ya estoy muy atrasada, como me imaginaba. Podría perfectamente dejar que los empleados de la editorial hicieran este trabajo solos, pero me encanta ser parte del proceso. Por eso mismo, sabiendo que acabaría perdiendo la hora, traje mi ropa y accesorios conmigo; el maquillaje y el peinado me los hice más temprano, en el salón de belleza.

Me cambio en el baño mismo; para la ceremonia de esta noche voy a usar pantalón y blusa social, pero cuidé los detalles. Me pongo los pendientes que Matteo me regaló en mi último cumpleaños, retoco el labial y me calzo los stilettos antes de salir.

Mientras apago las luces de la oficina y agarro mi bolso de la mesa, Catarina aparece en la puerta. Está guapísima, con una falda gris de corte elegante, lista para acompañarme en mi gran día.

—No puedo creer que todavía estés aquí. ¡Estás atrasada, Bela!

—Lo sé, lo sé, ya estoy lista —digo, saliendo de la sala—. ¿Dónde están los niños?

Maitê y Arthur se quedaron con ella, Alberto y Otávio, porque Matteo está ocupado con cosas de la ceremonia, y ya estoy muriendo de saudades de esos dos.

—En el coche, con Alberto.

Bajamos por el ascensor. Ya son más de las siete y media y el edificio está completamente vacío, excepto por los guardias de seguridad en la planta baja.

Catarina y yo llegamos al estacionamiento y, desde donde estoy, ya puedo ver a Maitê, su pelo rubio es visible por la ventana. Arthur está sentado en su regazo, y los dos me llaman y saludan con la mano.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Camino delante de Catarina y beso a mis hijos por la ventana del coche de Alberto. Otávio está con ellos y también recibe un besito.

—Hola, Bela. ¿Nerviosa? —pregunta Alberto.

—Un poco, para ser sincera.

—¡Estás guapísima, mamá! —elogia Maitê.

Después de Arthur, Maitê también empezó a llamarme mamá, lo que fue una gran alegría para Matteo y para mí. Ella soñaba con eso y yo ya me veía de esa forma, así que lo oficializamos.

—Gracias, mi amor, tú también estás preciosa.

Catarina abre la puerta del asiento del copiloto y entra en el coche.

—¿Nos vemos en el campus, entonces?

—Sí. Voy justo detrás de ustedes —digo, alejándome de la ventana.

Desactivo la alarma de mi coche y me subo, siguiendo a Alberto fuera del estacionamiento.

El campus no queda lejos de aquí, a unos quince minutos en coche, pero vamos muy justos de tiempo, así que espero que el tráfico no nos retrase aún más.

Alberto está justo delante de mi coche y, cuando se detiene en el semáforo, veo a Maitê, Arthur y Otávio saludando desde el asiento trasero y les devuelvo el saludo. Esos niños deben volver loca a Catarina.

El semáforo se pone en verde y Alberto avanza por la avenida. Lo sigo justo detrás, pero de repente un coche fuera de control aparece a mi lado, cruzando aunque el semáforo esté en rojo. Acelero para salir de su camino, y el maldito pasa a centímetros de mí.

Podría haber sido un choque muy feo.

Intento recuperarme del susto, pero mis manos no dejan de temblar. Respiro hondo porque mi día especial no puede arruinarse por una cosa como esta. De todos modos, agradezco a Dios por el milagro.

Llegamos al campus veinte minutos después, y Catarina se queda con los niños mientras corro hacia adentro. Cuando paso por las puertas anchas de madera, mis ojos se encuentran con los de Matteo en el escenario. Como CEO de la red Vevet, fue invitado a dar un discurso en la graduación. No es que antes le importara lo que esperaban que hiciera, pero ahora da estos discursos de buena gana. Está magnífico en su traje perfectamente ajustado y parece relajarse justo en el momento en que me ve.

Julieta se levanta de la silla donde estaba sentada, al lado de mamá y papá. Los saludo desde lejos porque, por lo que parece, solo están esperando por mí para empezar.

—Agarré tu toga. ¡Apúrate!

Me la pongo mientras camino, uniéndome a los demás graduados del curso de marketing y publicidad de la red Vevet.

Matteo, como Presidente de la red educativa, está sentado en la mesa de autoridades de la ceremonia. El rector presenta a los miembros de la mesa, uno por uno, anunciando también sus títulos, y mi corazón se llena de orgullo.

Nos preparamos para subir al escenario, formando una fila en el pasillo. Mis compañeros me saludan y Matteo asiente desde donde está, dándome ánimo.

No sé cómo explicar la sensación de estar cumpliendo otro sueño más. Llegué a pensar que no lo lograría, con la llegada de Arthur y el matrimonio, pero Matteo estuvo conmigo todo el tiempo, me ayudó con los estudios y con los niños, y todo esto solo fue posible gracias a él.

Subimos al escenario y nos alineamos todos a la izquierda para cantar juntos el himno nacional. Veo a todos desde donde estoy: mis padres, Julieta, Greg, Catarina, Alberto, doña Clarissa y don Leônidas. Todos están aquí por mí, las personas que me apoyaron.

Mis ojos encuentran a Maitê levantando a Arthur para que él también me vea y las lágrimas empiezan a rodar por mi rostro. Nunca pensé que algún día esto fuera posible, igual que el éxito de mis libros perfumados.

Después de nuestro juramento, el rector invita a Matteo a ayudarlo con la entrega de los diplomas. No sé si eso ya estaba planeado entre ellos, pero creo que no.

—Alice Moreira Cesarini —Matteo pronuncia despacio, y la chica va hasta la mesa. Recoge su diploma del rector y saluda a Matteo con un apretón de manos.

—Amanda Serrão... —Amanda es de mi clase. Recoge el diploma y celebra levantándolo en alto, mientras su familia la aplaude.

Matteo hace una pausa y sonríe.

—Mi adorada esposa, Anabela Gonzales Viturino.

Los aplausos estallan en la audiencia y mi corazón late con fuerza en el pecho. No imaginaba que me presentaría de esa manera, pero debería haberlo previsto. El rector me entrega

el diploma y me felicita. Allá abajo, Julieta se esfuerza por levantar a Maitê en brazos para que me vea, aunque mi hija ya sea una jovencita, y doña Clarissa aplaude con las manitas de Arthur.

Matteo me abraza fuerte y besa mis mejillas. Ya no puedo ver nada por las lágrimas.

—¡Felicidades, amor, te lo mereces! —Me doy cuenta de que él también está emocionado.

Saludo a las demás autoridades de la mesa y a los homenajeados. El fotógrafo captura el momento exacto de la firma del acta.

Después de los discursos y el cierre de la ceremonia, Matteo, los niños y yo volvemos a Campos do Jordão. Después de una semana entera en São Paulo, no veo la hora de estar en casa otra vez.

Arthur y Maitê se duermen en el coche, pero Matteo y yo seguimos conversando sobre el trabajo y la cena que quiere organizar el próximo fin de semana para celebrar la graduación. Para alguien que odiaba a los extraños y no tenía vida social, le están empezando a gustar bastante las fiestecitas.

Nuestra vida sigue tranquila. Matteo va a la empresa algunos días a la semana, pero pasa la mayor parte del tiempo con nosotros. Yo me encargo del trabajo de marketing de la red Vevet, del grupo Prover y de la editorial, mientras Catarina, Alberto y Miguel se ocupan de la parte práctica, gestionan a los empleados y las cuestiones individuales de cada unidad educativa. Todo va bien.

A pesar de nuestros esfuerzos, Maitê y Arthur se despiertan cuando bajamos del coche. Elis viene a recibirnos en la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Ya la extrañaba mucho!

—¡Qué bueno que llegaron! ¿Tuvieron un buen viaje? —pregunta, abrazando primero a Maitê.

Matteo toma a Arthur en brazos porque nuestro pequeño todavía está bastante somnoliento. Apoya la cabeza en el hombro de su padre.

—Gracias a Dios, sí —respondo, hundiéndome dentro del abrigo.

—¡Felicidades, Anabela! ¡Estoy muy feliz por ti! —Me abraza fuerte.

—¡Muchas gracias, Elis!

Subimos las escaleras y seguimos hacia nuestro cuarto, al final del pasillo. Arthur se está frotando los ojitos y se acuesta sobre mi almohada, pero ahora ya está bien despierto.

—¿Quieres ir a la cama, amor?

—No, mamá —dice con su vocecita ronca, seguido de un bostezo perezoso.

Maitê pasa por la puerta, trayendo consigo un libro infantil que agarró de la estantería de su cuarto. Matteo pone cara de fastidio cuando ella se lo entrega en las manos, porque está cansado, pero nunca rechazaría un pedido como ese.

—¿Puedes leer este, papá? Es el nuevo favorito de Arthurzinho.

—Está bien, entonces. —Matteo mira las ilustraciones del libro, dándose cuenta de que es muy infantil. —¿Y cuál es tu favorito ahora, Maitê?

—Me gusta Diario de un Banana —dice ella.

—Creo que ese no es de mi época —comenta Matteo, pensando en el título.

Él observa el libro en sus manos.

—La Casa Adormilada… Creo que este es perfecto para el momento.

Me siento en la cama con ellos al mismo tiempo que Matteo se acomoda en el sillón frente a nosotros. Coloco a Arthur sentado entre mis piernas y Maitê se acuesta a mi lado. Matteo abre el libro e inicia la lectura, narrando las frases como un verdadero cuentacuentos:

—Érase una vez una casa adormilada…

—Donde todos vivían durmiendo —completa Maitê con una sonrisa.

—En esa casa había una cama, una cama acogedora, en una casa adormilada…

—Donde todos vivían durmiendo —completamos esta vez Maitê y yo, y Arthur se ríe de eso.

Matteo sigue con la historia. A los niños les encanta este libro, pero Arthur se divierte de verdad cuando aparece la pulga que despierta a toda la familia. Hoy, en especial, no se ríe porque

ya está dormido, y Maitê también se muere de sueño.

—Me voy a dormir. Buenas noches, mamá —dice, inclinándose para besarme. —Y buenas noches, papá —añade, caminando hacia Matteo y dándole un beso en la mejilla.

Maitê nos saluda con la mano y se va a su cuarto. Ahora, con nueve años, ya no le importa ir sola, pero la luz del pasillo sigue encendida.

—… En una casa adormilada, donde nadie más estaba durmiendo —Matteo termina la historia y cierra el libro. Levanta la vista y sonríe. —En una casa adormilada, donde mamá y papá no están durmiendo.

Dejando su lugar en el sillón, se acerca a la cama donde estamos Arthur y yo. Matteo besa mi boca, mis mejillas y mi cuello, haciéndome estremecer.

—Puedes parar con eso… —susurro, temiendo despertar al pequeño.

—¿Por qué? Te extraño.

—¿Extrañar? ¡Si fue hoy en la mañana!

—No sé de qué está hablando la señorita Gonzales. —Me toma de las manos y cubre a Arthur antes de arrastrarme para salir del cuarto.

Seguimos por el pasillo y de ahí directo al deck.

La noche está maravillosa, la luna brilla, hermosa, y varias estrellas pintan el manto de la noche. Matteo me besa con amor y sus caricias son sutiles, pero obvias.

—Quiero darte tu regalo de graduación ahora, amor.

—¿En serio? —Entorno los ojos, desconfiada. —Pensé que la cena sería el regalo.

—No. ¿Sabes que no todos los días tienes un modelo de calzoncillos a tu disposición? Soy tuyo esta noche, Bela. ¿Qué quieres de mí?

Él besa mi cuello, desarmándome, pero Matteo no conoce al monstruo que creó.

—Creo que, para empezar, un masaje en la espalda, y después, quién sabe, tal vez pida algo más.

Él sonríe, entendiendo mi plan, y acerca sus labios a los míos. La luna se refleja sobre

nuestros cuerpos y este podría ser fácilmente el final de esta historia, pero la verdad es que nuestro libro apenas está comenzando.





Recetas

EL BRUTO Y LA BELLA

CHOCOLATE CALIENTE DE ANABELA

2 tazas (té) de leche

1 cucharada (sopa) de maicena

3 cucharadas (sopa) de chocolate en polvo

1 cajita de leche condensada

1 rama de canela

1 cajita de crema de leche

MODO DE PREPARACIÓN

En una licuadora, bate la leche, la maicena, el chocolate en polvo y la leche condensada. Vierte la mezcla en una olla con la canela y lleva a fuego bajo, revolviendo siempre hasta que hierva. Apaga el fuego, añade la crema de leche y mezcla bien hasta obtener una mezcla homogénea. Retira la canela y sirve caliente.

Consejo de Maitê: ¡Queda riquísimo con malvaviscos!

MANJAR TURCO DE NARNIA

5 cucharadas (sopa) de maicena

1/2 taza de agua fría

1/2 taza de agua caliente

2 tazas de azúcar

1/2 taza de jugo de naranja

1 cucharadita de agua de rosas o jugo de limón

Cantidad necesaria de azúcar impalpable y maicena (para espolvorear)

MODO DE PREPARACIÓN

Mezcla la maicena con el agua fría y reserva.

Mezcla el agua caliente, el jugo de naranja y el azúcar, y lleva a hervir.

Después de que hierva, añade la maicena disuelta. Deja hervir a fuego bajo durante 15 minutos, revolviendo siempre. Retira del fuego y agrega el agua de rosas o el jugo de limón, mezclando bien. Unta un molde con mantequilla y vierte la mezcla.

Cuando enfríe (tomará consistencia), corta en cubitos con un cuchillo mojado en agua caliente. Mezcla dos partes de azúcar impalpable con una de maicena y espolvorea los cubitos de goma.

Consejo de Anabela: Perfectos para acompañar lecturas dulces… y también para propuestas de matrimonio, claro.

COOKIES DE LOS VITURINOS

125 g de mantequilla sin sal a temperatura ambiente

3/4 taza de azúcar

1/2 taza de azúcar moreno

1 huevo

1 y 3/4 tazas de harina de trigo

1 cucharadita de polvo de hornear

300 g de chocolate semiamargo picado

1 cucharadita de esencia de vainilla

MODO DE PREPARACIÓN

Mezcla la mantequilla, el azúcar moreno, el azúcar, la esencia de vainilla (y el chocolate en polvo si vas a hacer cookies con base de chocolate).

Agrega el huevo batido poco a poco y mezcla bien.

Añade la harina poco a poco y mezcla bien (puedes hacerlo a mano o con una batidora de pie).

Por último, agrega el polvo de hornear y mezcla solo hasta incorporarlo a la masa. Una vez que la masa esté bien mezclada, añade el chocolate picado. Forma bolitas pequeñas y hornea en un horno precalentado, sobre papel manteca, durante aproximadamente 15 a 20 minutos (250° C). Consejo de Matteo: Un día frío, un buen lugar para leer un libro y, de preferencia, acompañados de chocolate caliente.

RISOTTO DE QUESO CREMOSO – EL BRUTO AMA UNA PASTA

350 g de arroz arbóreo

3 cucharadas de aceite de oliva

1 cucharada de mantequilla sin sal

1 cebolla picada

1 copa de vino blanco

2 tomates cortados en cubitos pequeños

1 litro de caldo para regar (agua y caldo de pollo)

100 g de queso parmesano en cubitos pequeños

100 g de queso mozzarella en cubitos pequeños

100 g de queso fontina en cubitos pequeños

1 caja de crema de leche

Sal y pimienta negra al gusto

MODO DE PREPARACIÓN

En una olla grande y ancha, pon la cebolla picada a freír en el aceite de oliva junto con la mantequilla.

Cuando la cebolla esté transparente y ligeramente dorada, agrega el arroz arbóreo para freír durante 3 minutos, revolviendo siempre para que no se pegue.

Añade el vino blanco y sigue mezclando.

Agrega los tomates.

Incorpora el caldo poco a poco, revolviendo siempre para que el risotto no se pegue a la olla.

Antes de que el arroz se cocine por completo, añade los quesos.

Cuando los quesos se derritan, incorpora la crema de leche.

Corrige la sal y condimenta con pimienta negra al gusto.

Consejo de Matteo: Acompañado de vino, queda aún mejor.

AROMATIZADOR CÍTRICO DE NARANJA

500 ml de agua

Cáscara de 1 naranja

3 ramas de canela quebradas

1 cucharadita de clavo de olor

1 cucharadita de nuez moscada

Esencia de vainilla

1 frasco de vidrio reutilizado

Varillas para aromatizador o un frasco con atomizador

MODO DE PREPARACIÓN

En una olla, pon el agua, la cáscara de naranja, la canela, el clavo, la nuez moscada y la esencia de vainilla, y deja hervir.

Cuando empiece a burbujear, espera 3 minutos y apaga el fuego.

Transfiere la mezcla al frasco de vidrio.

Coloca las varillas dentro y ¡listo!

Consejo de Anabela: Ponlo en un frasco y rocía — de lejos — tus ejemplares favoritos. ¡Ah!

Guarda un poquito para cuando esta historia llegue en físico.

Agradecimientos

Agradezco, en primer lugar, a mi Dios, que me dio fuerzas para luchar en cada adversidad y la perseverancia para lidiar con los obstáculos, y principalmente, por haberme agraciado con la capacidad de crear y contar historias.

Quiero agradecer a mi padre, por enseñarme a tener valores, mostrarme el camino del amor y la perseverancia, pero, con esta realización en mente, quiero agradecer principalmente por haberme enseñado el amor por los libros, por apoyar mis escritos desde siempre. Gracias por leer mis poemas desconectados a los seis años e imprimir mi primer libro a los siete, Samy, la maléfica. Ojalá todos tuvieran padres como usted. Te amo.

A mi esposo, Gustavo, agradezco por todo el incentivo, por sentir orgullo de mí y contarle al mundo mis logros, por amarme siempre, despeinada o con uno de mis 365 pijamas, y por ser siempre mi referente de amor. Eres la razón por la cual creo en los romances y en los finales felices.

A mis hijos, Enzo y Théo, por ser la luz que ilumina mis momentos oscuros y por completar mi felicidad, los amo.

Agradezco a todos mis familiares, por ayudarme en los momentos en que lo necesité. Estoy muy agradecida por todo el apoyo y por creer en mí.

Y a cada uno de ustedes, lectores, porque esto no tendría ningún sentido si no estuvieran a mi lado. Son como una segunda familia, esa que me entiende y me acoge. Gracias por cada comentario de incentivo, ustedes fueron mi combustible para llegar hasta el final. Aquí no voy a mencionar nombres, pero ustedes saben quiénes son. Todos los que están en los grupos de WhatsApp y todos los demás, que en silencio, siempre están ahí. Agradezco principalmente porque, sin ustedes, no habría escrito este libro, si no fuera por el amor que demuestran siempre.

A mi agencia, Increasy, por aceptar mi ritmo loco de trabajo y subirse a bordo, especialmente a Grazi, por las madrugadas y fines de semana en los que se dedicó tanto.

Maria Vitória, mi asesora, por el material increíble de divulgación y por el esfuerzo para

que todo saliera bien, por la portada hermosa que transmite exactamente lo que yo quería. ¡Muchísimas gracias por convertirla en una obra de arte y por superarte en cada nuevo trabajo, eres maravillosa!

A los amigos que, de alguna manera, formaron parte de este proceso, les dejo aquí mi más profundo agradecimiento también, por el apoyo, la divulgación y el ánimo de cada uno, que siempre marca la diferencia. Pero en este caso quiero mencionar algunos nombres en especial; desde ya pido perdón si olvido a alguien.

Fernanda Santana, gracias por todas las palabras en los momentos difíciles que pasé y por ayudarme a mantener los pies en la tierra sin dejar de soñar. Por ser una amiga que vibra conmigo y que ya demostró, más de una vez, estar aquí para lo que sea. Durante la escritura de este libro surgieron problemas personales y te agradezco por haber estado conmigo y haberme ofrecido tu mano sin que yo tuviera que pedirlo.

Ju Barbosa, gracias por siempre decir las palabras justas cuando necesito escucharlas y por nuestras charlas de madrugada. Gracias por tu amistad y por apostar por mí tanto como yo apuesto por tu éxito.

Letti Oliver. Dios mío, ni siquiera sé qué decir de ti, un regalo que la vida me dio. Gracias por haberme ayudado desde el principio, por todos los consejos, por todo el trabajo gratuito. Gracias por todo tu empeño para que hoy esté aquí.

Rose y Lidiane, por leer este libro y enamorarse del Bruto y su Bella conmigo, mucho antes de que esta historia llegara a todos mis lectores. Gracias por ayudarme, apoyarme, por vibrar y chismear conmigo, por el trabajo hermoso en el club de fans junto con Vivi y por las tazas y camisetas infinitas del Saraverso.

A las colaboradoras, que me apoyan tanto, muchísimas gracias a todas ustedes: Anathielle, Anna Bia, Anny, Cláudia, Emilly, Hayane, Isabelle, Jessica, Lare, Laura, Majô, Rachel, Renata, Thálita y Vivi. Gracias Duda, por ayudarme y divulgar este libro incluso más que yo —y sí, esta vez es contigo misma.

April, te luciste con la maquetación una vez más. ¡Gracias, hermosa!

Bueno, eso es todo. Si llegaste hasta aquí, te agradezco en particular a ti. Espero que haya sido una excelente lectura y que nos encontremos aquí también en los próximos.